

Beautiful
BURN

A Novel

JAMIE
McGUIRE

#1 NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR OF
BEAUTIFUL DISASTER AND *WALKING DISASTER*

Beautiful
BURN

JAMIE McGUIRE

CONTENIDO

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 1

Cuando era una niña, me sentaba por lo que parecía una eternidad, mirando al fuego. Mi familia pensaba que era un pasatiempo peculiar, pero casi veinte años más tarde, yo estaba mirando el final de mi cigarrillo, las cenizas tan largas como mi dedo, el extremo encendido de naranja mientras el fuego escalaba en el papel.

La casa estaba llena de gente, tan llena de borrachos torpes sudorosos y con libertinaje que haría inútil a una respiración profunda; todo el oxígeno se había aspirado de la habitación. Mis huesos se saturaban con el sonido del bombo, y de niñas gritando y cacareando, la mayoría muy jóvenes para comprar una lata de cerveza y mucho menos estar a punto de vomitar el six-pack de Mike's Hard Lemonade¹ que acababan de consumir.

Me recosté en la silla mullida favorita importada de Madre, Aceptando el caos y sintiéndome como en casa.

Papi estaba convencido de que era una buena chica, por lo que era fácil ser testigo de mala conducta sin culpabilidad, aunque de vez en cuando yo participara.

Una belleza con pompadour², loción de brillo y tinte púrpura tendió una colilla —sólo una pulgada de hierba mágica encerrada en papel trenzado— y miré fijamente a sus ojos durante menos de un segundo para evaluar si el porro había sido alterado antes de aceptar. Exhalé hacia el techo, viendo como el humo flotaba por encima uniéndose a la nube blanca que ya se veía sobre el vasto espacio que era nuestra galería, hecha para espectáculos, vino, e invitados sofisticados, no los obreros borrachos locales que estaban frotándose contra pinturas y derribando floreros.

Inmediatamente me relajé, dejando caer mi cabeza hacia atrás contra el cojín del sofá. Como el cannabis recreacional funciona, Colorado era uno de los tres estados que clasificaban en mis lugares favoritos para vacacionar. El hecho de que mis padres guardaran una casa en Estes Park lo hizo mi número uno.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

Di la vuelta para afrontar su esplendor angelical, sin sorprenderme de que estaba en una fiesta llena sin conocer el anfitrión.

—Ellie —respondí, apenas prestando atención a sus somnolientos y enrojecidos ojos.

—¿Ellie Edson? ¿Eres la hermana de Ellison?

Suspiré. Esta no era la conversación que querría tener

—Soy Ellison.

Sus cejas se fruncieron en confusión sombreando su cara.

—Pero... Ellison es un sujeto, ¿no?, ¿el dueño de esta casa? —soltó una risilla y apoyó la mejilla en su brazo— ¿Son como... gemelos o algo?

Me eché hacia atrás, sonriendo mientras pasaba de forma espontánea sus dedos a través de mi pelo largo y oscuro. Uno de sus brazos había sido entintado con cráneos negros de distintos tamaños y brillantes rosas azules; el otro era un lienzo en blanco.

—No, yo soy Ellison. El tipo que posee esta casa.

¹ Bebida canadiense manufacturada en E.U.

² Peinado que se caracteriza por la formación de una masa de cabello sobre la frente que se crea a partir de la extensión del flequillo de una manera arrastrante hacia la parte trasera de la cabeza, la forma resultante suele ser fijada con productos cosméticos como el aerosol para el cabello. [N. del T.]

Se rio fuertemente de mi broma y luego se puso de rodillas en el suelo delante de mi silla.

—Soy Paige.

—¿Cuánto tiempo has vivido aquí?

—¿Qué te hace pensar que soy local? —preguntó.

Se concentraba en cada palabra mía, la atracción unilateral me hizo sentir una extraña sensación de euforia y aburrimiento. Paige era más que solamente hermosa; ella vestía la esperanza de la forma que cargaba su triste historia, a la intemperie, para que todos la vieran, vulnerable aun cuando su corazón ya se había roto varias veces para sanar.

Le tendí la colilla.

—Tus ojos carecen de toda una vida de expectativas fallidas y la culpa del derroche de recursos ilimitados.

Ella se rio.

—No sé lo que eso significa.

—Exactamente.

—¿Es la pintura de tus padres? —preguntó, apuntando con sus cortas uñas astilladas al retrato de la habitación.

Suspiré.

—Son ellos, intentando comprar la inmortalidad.

—No parecen tan malos. Te dieron todo esto.

—No, aún es de ellos. Solamente lo tomo prestado. La gente como nosotros aprende temprano a dejar de regalar cosas gratis.

—¿La gente como tú? —preguntó, divertida — ¿Como en gente que posee una casa de trecientos metros cuadrados?

—Varias de ellas —dije.

Sus cejas se levantaron, y su boca se curvó en una sonrisa dulce.

Unos podrían percibir mi comentario como presunción, pero había desdén en mi voz que sabía que Paige no reconocería. Ella todavía sonreía. Yo probablemente podría mencionar que mi madre me había admitido durante una borrachera Xanax, que ella amó más a mi hermana Finley, o cómo me destrocé deliberadamente el Ferrari que mi padre me había regalado para mi decimosexto cumpleaños (como una disculpa de que se le había pasado por alto), o incluso el tiempo en que mi compañera de cuarto, Kennedy —también una heredera— había llevado una bolsa Ziploc con su aborto espontáneo a la marcha por los derechos de la mujer en Berkeley. Paige todavía me miraría si estuviera profesándole mi amor en lugar de explicarle con detalle siete niveles de jodido.

Exhalé una risa.

—Definitivamente eres una local.

—Culpable. ¿Novio? —preguntó.

—Tú vas directo al grano.

Ella se encogió de hombros, dando una calada y conteniendo la respiración durante cinco segundos antes de soltar una bocanada de humo.

—¿Es eso un no? —preguntó, todavía tosiendo.

—Inequívocamente.

Trató de devolverme la colilla, pero sacudí mi cabeza. Ella sacó su reluciente labio inferior.

—¿Decepcionada? —no estaba segura de si ella quería un trío o un compañero de droga.

—Parece que serías una novia divertida.

—Te equivocas —me puse de pie, ya aburrida de la conversación.

Un vidrio se rompió al otro lado de la habitación, y un pequeño grupo se apretó alrededor de cualquier espectáculo que estuviera sucediendo en el centro.

Risas se volvieron gritos y cantos. *El Mundo Mejor* de Peter Max había sido tirado de la pared, rompiendo el vidrio. Cerveza barata salpicó las pinceladas de cincuenta mil dólares. Me abrí paso al frente para ver a dos hombres tirando golpes, haciendo un lío de mil demonios con cada obra de arte que los rodeaba.

Todos los ojos se fijaron en mí, y los espectadores se calmaron, haciendo que los dos de en medio hicieran una pausa. Todos estaban esperando que detuviera la lucha, o gritara, o tal vez llorara sobre el daño, pero mi mirada cayó sobre el hombre sin camisa lleno de tatuajes. También me observó, sus castaños ojos escaneando mis tetas y piernas, y luego la habitación. Su adversario se había vuelto su gorra roja hacia atrás, rebotando mientras rodeaba a Tatuajes, poniendo los puños de ida y vuelta como si estuviera en una caricatura de Bugs Bunny.

—Maddox, demostraste tu punto. Vámonos —alguien le dijo al hombre tatuado.

—Jódete —respondió sin apartar los ojos de mí —Solo lo llevaremos afuera.

Gorra roja tenía por lo menos veinte kilos más que Maddox. Saqué cinco billetes de mi escote y los sostuve por encima de mí.

—Apuesto quinientos a Maddox.

Las personas dispararon sus puños al aire, sosteniendo billetes, gritando apuestas y ganadores. Maddox me miró con una luz en sus ojos yo estaba segura de que nadie había visto en mucho tiempo —ni siquiera él. Apenas había empezado a sudar; su cabello alborotado y sus ojos oscuros gritaban invencible. La mayoría de los hombres que había conocido eran todos sombreros y cero vaqueros, pero Maddox no tenía que fingir. Él lo vivía, y tenía las bolas para respaldarlo. El ápice de mis muslos se tensó, y mis bragas estaban empapadas de repente. Di otro paso, forzando mi camino más cerca del centro. Nunca lo había visto antes, pero él se parecía mucho a mi siguiente error.

Por la forma en que se movía, me di cuenta de que estaba extendiendo la lucha mucho más tiempo de lo necesario. Golpe tras golpe —ninguno por parte del gilipollas voluminoso de la gorra roja al revés— más vidrio roto, más sangre salpicada y cerveza salpicada en la alfombra de pelusa italiana de Madre.

Se convirtió en un patrón el ver a Gorra Roja lanzando un golpe fallido, y Maddox usando la oportunidad para aterrizar uno suyo. Él era increíblemente rápido, preciso y despiadado. Casi podía sentir sus nudillos en mi mandíbula, haciendo sonar mis dientes, vibrando por mi espina dorsal.

Demasiado pronto, todo había terminado. El campeón tatuado se puso sobre su oponente sangriento como sin nada. Alguien entregó a Maddox su camiseta, y la utilizó para limpiar manchas de sangre y el sudor en su rostro.

Alguien me dio efectivo, pero no puse atención a cuánto.

—Tyler... larguémonos de aquí. No quiero que me despidan, hombre. Hay alrededor de una docena de menores embriagados aquí.

Maddox mantuvo su mirada en mí.

—¿Cuál es la prisa?

—No tengo ganas de explicarle al superintendente por qué nos arrestaron. ¿Y tú?

Maddox tiró de la camiseta de algodón blanco sobre su cabeza y las curvas definidas de su pecho y abdominales. Cuando la V justo por encima de su cinturón desapareció detrás de la camisa, mis hombros se hundieron ligeramente en decepción. Quería ver más de él. Quería ver todo de él.

Su nervioso amigo le dio una gorra negra de White Sox³, y él se la puso, colocándola bajo sobre sus ojos.

Un amigo de Tyler le dio unas palmaditas en el hombro.

—Me hiciste cincuenta dólares, Maddox. Como en los viejos tiempos.

—Por nada, capullo —dijo, su mirada fija no abandonaba la mía.

La multitud intercambió dinero, y luego, en el éxodo masivo, se fue a la cocina, donde las piernas estaban servidas y fluyendo.

Tyler Maddox se acercó a mí con una camisa húmeda y manchada de sangre. Sus ojos y nariz sombreados por su sombrero. Comenzó a hablar, pero agarré un puñado de su camisa y tiré, plantando un beso duro en su boca. Mis labios se separaron, dejando que su lengua caliente se deslizara en mi interior. Él reaccionó como sabía que lo haría —electricidad carnal entre nosotros— mientras agarraba la parte de atrás de mi cabello, inclinando mi cabeza hacia él.

Lo empujé hacia atrás, manteniendo un control sobre su camisa. Él esperó, sin saber qué esperar. Con una sonrisa pervertida, di un paso hacia atrás, dejando que mi mano se deslizara desde la tela de su brazo, y luego por su mano. Sus manos eran ásperas, sus uñas mordidas a lo rápido. Yo no podía esperar para sentir la aspereza contra las partes suaves de mí.

Uno de los lados de la boca de Tyler formó una sonrisa, y un profundo hoyuelo apareció en la mejilla izquierda. Era el tipo de guapura que no se podía comprar, con esos ojos marrones de oro y el mentón cuadrado y desaliñado —una sinfonía de perfección que sólo los genes ideales podrían componer. Había un montón de gente hermosa en mis círculos, con acceso a los mejores productos, estilistas, spas, y cirujanos estéticos, pero Tyler era real —sin esfuerzo y crudo.

Aceleré mi paso, dando el primer paso hacia atrás.

Tyler levantó la vista de la base de la escalera.

—¿A dónde vamos?

No contesté, pero aun así me siguió. Podría haber estado conduciéndolo a su muerte, pero me di cuenta de que Tyler Maddox no le temía a nada.

—¿Qué hay arriba? —preguntó, todavía subiendo.

—Yo —dije simplemente.

Él comenzó a moverse con un propósito, sus ojos pasaron de divertidos a hambrientos. Giré el pomo de la puerta principal y empujé, revelando la cama King californiana de mis padres y dos docenas de almohadas.

³ Los White Sox son un equipo de béisbol de Chicago pertenecientes a las ligas mayores. [N. del T.]

—Whoa —dijo Tyler, mirando alrededor de la habitación—. Esta casa es una locura. Quien viva aquí debe hacer banco. ¿Amigo tuyo?

—Es la casa de mis padres.

—¿Vives aquí? —preguntó Tyler, apuntando al suelo.

—A veces.

—Oh, mierda. Eres Ellison Edson. ¿Cómo los Edsons de *Edson Tech*?

—No. Solo soy Ellie.

—Tu papá está como en la Fortuna 500, ¿no es así?

—Realmente no quiero hablar de mi padre en este momento —dije entre besos.

Me mantuvo a raya.

—Perdón por la pintura y la mesa... y el jarrón. Los pagaré.

Me agaché, ahuecando la dureza detrás de sus pantalones vaqueros.

—Deja de hablar.

Tyler se reorientó, deslizando sus manos bajo entre mis leggings y mi piel desnuda, sus dedos sabiendo cuál era el lugar para hacer una pausa y explorar. Me quité las botas, tarareando mientras sus yemas de los dedos se deslizaban más fácilmente, hábiles con mi deseo de él.

El extremo de la cama tocó la parte posterior de mis muslos, y me eché hacia atrás, tirando a Tyler encima de mí. Había besado docenas de labios antes de aquella noche, pero ninguno de ellos había hambriento por mí, y había sido así durante mucho tiempo. Cada parte de mi piel que Tyler tocaba parecía tener sentido. Él era todo menos nervioso. Tan experto como yo en la rasgadura de botones y tirar de la tela.

Al momento en que mi sujetador y mis bragas fueron arrojadas al suelo, le di un tirón hacia abajo a sus calzoncillos de bóxer. Lo pateó hacia el final de la cama, y rodamos. Me senté a horcajadas sobre él, los dos jadeando y sonriendo. Mi lápiz labial se embarró en su boca, y mi interior se tensó, rogando por él.

—¿De dónde diablos vienes? —preguntó con asombro.

Levanté una ceja, y después miré a sus pantalones colgando por la mitad de la cama. Estiré la mano, buscando en su bolsillo con los dedos y sonriendo abiertamente cuando toqué un paquete de aluminio.

—Reduce la marcha, Maddox. No he venido todavía.

Tres líneas profundas se formaron en la frente de Tyler cuando sus cejas se alzaron. Él me miró rasgar el paquete de condón con mis dientes, y luego echó hacia atrás su cabeza cuando usé mi boca para asegurarlo en su lugar.

—Santa mierda —él respiró.

Él levantó sus caderas mientras ponía toda su longitud en mi boca y garganta. Las yemas de sus dedos peinaron mi cabello y tiró, tarareé contra el látex. Él arqueó su espalda enviando su punta aún más profunda.

Subí a su regazo, a horcajadas sobre él otra vez, agarrando su circunferencia y bajando lentamente, viendo como el calor y la humedad de mi interior lo abrumaban. Había hecho esto muchas veces antes, pero no conmigo. Tyler parecía del tipo que se hacía cargo, el tipo de persona que daba placer a su mujer hasta que le pedían inútilmente más. Pero él no les podía dar más, y eso fue exactamente lo me gustó más de él —además del hecho de que él era

increíblemente caliente y sabía cómo tocar mis partes sensibles como si fuera el arquitecto que me construyó.

Sus dedos se clavaron en mis caderas, y me di cuenta que estaba tratando de relajar mi ritmo. Él no admitiría que quería reducir la velocidad. Estaba cerca, pero también lo estaba yo, y un idiota estaba golpeando la puerta, llamando por él. Él no se iba a ir hasta que hubiera terminado lo que había empezado.

Estaba jadeando, gimiendo cada vez que mi culo se estrellaba contra su regazo, y cuando Tyler se vino, se vino con fuerza, agarrando mi culo mientras él arqueaba su espalda. Estaba tan profundo que dolía, pero giré mis caderas hasta que caí sobre el borde. Clavé mis dedos en su pecho, sonriendo con la boca abierta, incapaz de controlar los gritos que se rasgan de mi garganta.

Tyler extendió mis muslos y tensó su culo, presionando aún más en mí. Gruñó una serie de palabras, y luego se relajó, exhalando después de recuperar el aliento. Él me miró, con sueño y satisfecho.

—Maldita sea, mujer.

Me incliné, levantando la pierna, y luego me arrastre fuera de la cama. Me observó vestirme mientras yacía sobre su costado, haciendo caso omiso de los golpes en la puerta.

—Yo, eh... Yo trabajo mucho. Estoy en el equipo Alpine Hotshot⁴, también-

—¿Y? —ajusté mi sujetador detrás de mí, y luego di un paso en hacia mi ropa interior.

Tyler hizo una pausa, tratando de decidir qué decir a continuación.

—Así que... ¿Esos son Calvin Klein?

Miré hacia abajo a los calzoncillos de hombre extra pequeños sobre los que acababa de deslizarme. Encajes, tangas, cacheteros... no eran lo mío.

—¿Sí?

Se rio entre dientes.

—Así que, eh... no voy a poder... tú sabes-

—¿Llamar? Ya somos dos.

Tyler se puso de pie y comenzó a recoger su ropa, mientras que el golpeteo desde el pasillo comenzaba de nuevo.

—Maddox! ¿Estás ahí?

—¡Por el amor de Dios, Zeke, Espera! —dijo, poniéndose sus pantalones vaqueros.

Estaba esperando a que me vistiera antes de abrir la puerta, pero apenas estaba bajando mi camiseta sobre mi torso cuando uno de sus amigos abrió la puerta.

Uno de los hombres, un poco más bajo y mucho más voluminoso, me miró y —dándose cuenta de que estaba medio desnuda—bajó la mirada.

—¿Estás listo o qué?

—Estoy listo, Zeke —dijo Tyler, mirándome.

Zeke usó su pulgar para señalar el espacio tras él.

—Están destrozando el lugar, ¿Necesitas ayuda para deshacerte de ellos?

Negué con la cabeza.

—Tengo un equipo de limpieza.

⁴ Hotshot podría traducirse vulgarmente como Tiro Caliente, pero se refiere a un personaje de primera o una figura importante. En inglés es un juego de palabras por su etimología, refiriéndose a los bomberos (que resultan ser personas importantes). Me referiré a ellos como bomberos y/o hotshots. [N. del T.]

—No creo que puedan limpiar tu sofá. Hay plumas por todo el suelo.

—Compraré uno nuevo.

Tyler frunció el ceño.

—Hay que ponerle un alto a esa mierda.

Zeke asintió.

—Y luego nos vamos.

Tyler me guiñó un ojo.

—Gracias por la... eh... grata sorpresa.

—Diría que cuando quieras, pero ninguno de nosotros llama.

Tyler se rio, mirando hacia abajo, y luego de vuelta a mí bajo sus gruesas pestañas.

—Supongo que te veré luego, Ellison.

—Es Ellie, y probablemente no.

No se vio perturbado.

—Buenas noches.

Retrocedió y cerró la puerta.

Me senté en el desastre de cobijas, mantas y almohadas que era la cama de mis padres. El condón de Tyler colgaba por la mitad del borde de la papelera de mi madre, junto a su vanidad cerca de la puerta. Tyler tenía una mala puntería.

Me enroscué en una posición fetal, derramando lágrimas que nadie podría ver. Llorando, no porque estuviera avergonzada, sino porque sabía que, sin importar qué tan destrozada estuviera la casa, o qué tan horriblemente hubiera faltado al respeto del cuarto de mis padres, ellos no se enojarían. Me perdonarían y me tendrían lástima. Sería por siempre su niñita perfecta. Mientras más fuerte gritara, más apretarían sus manos sobre sus orejas.

Alguien llamó a la puerta y le dije que pasara. Parada en el umbral estaba Paige, viéndose sola y desesperada.

—¿Hay espacio para uno más? —chilló.

Alcé las cobijas y sábanas. Sonrió y se apresuró a acostarse junto a mí. La rodeé con mi brazo y me relajé mientras ella besaba mi muñeca.

—Eres hermosa —susurró—. ¿Cómo se siente? ¿Vivir en una casa así? ¿Vivir esta vida?

No sabía cómo responder, así que dije lo primero que se me vino a la mente: —Cierra tus ojos.

Paige se acomodó, acomodando su mano entre mis muslos húmedos.

—Lo vi bajando las escaleras —dijo.

—¿Así que decidiste subirlas?

—Sabía que no se quedaría.

—No necesitaba que lo hiciera.

—Yo sí —dijo—, necesito que la gente se quede. Puedes fingir que soy él, si quieres.

—Fingir que tú eres tú —dije, besando su sien.

Paige se relajó en mis brazos, acomodándose mientras el bajo atravesaba la puerta. Después de unos minutos, y de que la música se cortara abruptamente— sabía que Tyler y sus amigos estaban terminando la fiesta.

No mucho después, la respiración de Paige se volvió constante. Cerré mis ojos y la jalé más cerca, hundiéndome en el olvido.

CAPÍTULO 2

Justo estaba volviendo hacia el Audio negro, original, de mi padre cuando la primera camioneta llegó. Hombres y mujeres salieron en fila, sus botas crujiendo contra la nieve mientras cargaban cubetas, aspiradoras y bolsas con bienes de limpieza hacia la casa. Felix, el asistente de mi padre, ya había expedido el nuevo sofá.

Mis padres no estarían en Estes Park desde Roma hasta dentro de otra semana, dándome bastante tiempo para reordenar la casa. No era la primera vez que Felix tenía que contratar equipos para limpiar tras una fiesta, y era muy bueno asegurándose que nada estuviera fuera de lugar. Desde que tenía siete, Felix había sido el pacificador y protector de la familia, y había doblado como guardaespaldas de mi padre cuando era necesario. A veces, Felix tenía que proteger a Papi de mí.

—Señorita Edson —dijo Felix, cabeceando mientras me aproximaba al vehículo.

Se elevó sobre el Audio, su traje ajustándose sobre sus anchos brazos. Sus lentes con armazón de metal estaban entintados, protegiendo sus ojos del mismo sol que se reflejaba sobre su lisa cabeza. Sostenía su celular en la mano derecha y un portapapeles contra su pecho en la izquierda. Sin duda ahí había una lista de varias páginas con objetos por marcarse, reparos y órdenes por hacer, todo en un esfuerzo para proveer a Papi con la vida que le había pagado a Felix para que hiciera.

—Gracias, Felix —dije.

Una vez que pasé, abrió la puerta del conductor para permitirme el paso. El auto estaba cálido, ya en marcha, haciendo que mi vestido de piel y mis botas altas se sintieran más exageradas que apropiadas para un conjunto de invierno.

—¿Todo listo, señorita? —Felix preguntó.

Asentí y él cerró la puerta.

Agarré el volante y suspiré. No había encendido un auto en siete años —desde mi examen de conducción. Estaba sentada en un vehículo que no me pertenecía, frente a una casa que no era mía, en una tierra de la que no era dueña. Ellos me poseían, y yo los dejaba porque era conveniente. No es que no hubiera tratado de corcovear al sistema en la preparatoria, pero discutir significaba que no era apreciativa, sin importar que hubiera o no pedido las cosas que tenía.

Hice rechinar mis dientes mientras ponía el carro en marcha. Mi agrio monólogo interior estaba constante porque no podía decir en voz alta lo que en verdad pensaba o sentía. Quejarse era ofensivo para mi padre y todos los demás. No tenía nada para quejarme. Era la chica que lo tenía todo. Mientras más dinero y cosas materiales me arrojaban mis padres, más grande se volvía el vacío. Pero no podía decirles eso; no podía decírselo a nadie. Tener todo y no sentir nada era el peor tipo de egoísmo.

Salí de la entrada de coches, acelerando lento durante toda una milla hasta llegar a la entrada de la mansión de mis padres. Al presionar un botón, la verja de cobre obedeció, balanceándose hacia mí, lenta y firme. Mi celular vibró, una foto de Finley apareció en pantalla, sus labios apretados por completo en una cara de pato. Estaba mirando hacia arriba para lucir por completo sus ojos turquesa y gruesas extensiones de pestañas.

Presioné el botón para contestar en el volante, abriéndome paso a través del portón abierto.

—Hola, Fin.
La voz de Fin me rodeó: —¿Cansada Abejita⁵?
—Un poco.
—Bien, espero que te sientas como la mierda, perra malcriada. ¿Por qué no me dijiste que anoche tenías una fiesta?
—Uh, ¿porque estás en Río?
—¿Y?
—No pensé que quisieras malgastar tu depilado brasileño en una fiesta aleatoria con locales en las montañas.
—¿Hace frío?
—Definitivamente no es clima de bikini.
—Nuestro jacuzzi ha determinado que eso es una mentira. ¿Te acostaste con alguien? — ya se había olvidado por completo de la pequeña ofensa y había entrado en modo hermana.
Finley Edson era la primogénita de Edson Tech, y en camino directo a gobernar con puño de hierro que curiosamente tenía uñas perfectamente cuidadas. Éramos herederas, pero a diferencia de mí, Finley lo aceptaba. Finley era dos años mayores, pero era mi mejor amiga, la única que quedaba de nuestra niñez que aún podía soportar. El resto se había convertido en clones insípidos de sus madres.
—No beso y cuento —dije, virando hacia el centro de la ciudad.
—Sí lo haces, ¿fue con la local de la que me contabas?
—¿Paige? No. Ella es dulce. Demasiado jodida para que la use.
—No creo que esa persona exista.
—Lo hace, y se llama Paige.
—Te estás volviendo suave con la edad, Ellie. Si aún estuviéramos en Berkeley, la habrías montado solo para romper su corazón. Así que, ¿quién fue?
Me encogí ante su descripción, pero solo porque era verdad. Yo había sido la fuente de dolor de la mayoría de las personas con las que hacía contacto, principalmente porque no me importaba, pero una pequeña parte de mí disfrutaba de las distracciones temporales de mi propio dolor.
—¿Siempre tienes que recordarme de mi disfunción?
—Sí. No cambies el tema.
—Es un tipo entre agencias de Hotshot.
—¿Un bombero? Puaj.
—No, no puaj. Es la élite. Los mandan como soldados al frente.
—Eso es un poco sexy —concedió.
—Él era refrescante... me dejó sacudirlo y echarlo sin siquiera parpadear. Y era caliente. Muy, muy caliente. Tal vez un diez.
—¿Un diez? ¿Cómo un diez cerrado, o apenas un diez?
—Diez a medias. No le atinó al bote de basura cuando lanzó el condón, pero puede pelear. Como, *en verdad* pelear. Le pateó el trasero a un sujeto que lo doblaba en tamaño anoche. Estaba construido como David Beckham. Tal vez más ancho. Estaba cubierto de tatuajes, y olía como Marlboro⁶ rojos y cobre.

⁵ Originalmente siendo *Elliebee*. Un dulce juego de palabras.

⁶ Los Marlboro son una marca de cigarrillos internacional. [N. del T.]

—¿Cobre?

—Tenía la sangre del otro sujeto por toda su ropa.

—¿Los dejaste pelear en la galería anoche? ¿Se rompió?

—La mejor pregunta sería qué no se rompió.

—Ellie —su tono se volvió serio—, a Madre le dará el patatús.

—No me sermonees desde Brasil. Ya tengo dos padres ausentes, no te necesito a ti.

—Bien, es tu funeral. O mejor dicho, el funeral de tu fondo fiduciario. Me intriga este chico. Quizás me suba en un avión y cubra mi depilado con leggings y botas. Oh —hizo una pausa—, ¿Marco? ¡Necesito camisas de franela!

—No traigas a Marco —advertí.

—Viene conmigo a todas partes. Su habla portuguesa ha hecho del viaje aquí una brisa.

—Él no viene. Te vuelves distinta cuando él está cerca.

—¿Qué? ¿Cómo indefensa? —Finley estaba bromeando, pero ambas sabíamos que era más chillona y pedinche cuando su niño estaba cerca. Marco había sido contratado para ser más que un asistente. No solo cargaba bolsas y la mantenía en el horario; también era su comprador, estilista, barista, barman, enfermero, camarero, diseñador y constante compañero de viajes.

—Odio a Finley y Marco. Solo me agrada Finley.

—Corrección: solo *amas* a Finley. Voy a llevar a Marco.

—Entonces no se puede quedar aquí.

Pude escucharla haciendo un mohín a través de las bocinas.

—Le conseguiré un cuarto de hotel. Si necesito algo, puedo llamar.

—Finley, por Dios.

Saqué un paquete de cigarros de la consola de mi padre y busqué un encendedor. Abrí la tapa plateada y presioné, calando inmediatamente.

—¿A dónde estás yendo? —preguntó, confundida.

—Solo estoy quitándome del camino mientras el equipo limpia la zona de impacto.

—¿En verdad está tan mal? ¿Y te quejas de mí sobre Marco?

—Aguanta —me concentré lo suficiente para aparcar en paralelo, y después apagué el coche, terminando mi cigarro.

—¿Sigues ahí? —preguntó Finley.

—Sí —dije, exhalando un soplo de humo. La nubecilla blanca se deslizó fuera a través de la ventana que había bajado solo lo suficiente para explicar a mi padre que lo había intentado.

—Tienes que detener esta mierda, Ellie. Todo mundo tiene un límite.

—Eso es lo que espero —dije, calando una última bocanada antes de empujar la colilla fuera de la ventana. Salí del auto y pisé la colilla de cigarro con el tacón de mi bota.

Me doblé para recogerlo y tirarlo en el bote de basura más cercano.

—Suertuda —dijo una voz detrás de mí.

Me giré para ver a Tyler apoyado contra una pared de ladrillos de una tienda de autopartes con sus brazos cruzados, una camioneta de Silvicultura US aparcada no muy lejos.

—¿Disculpa? —pregunté.

—Si no hubieras recogido esa colilla de cigarro, tal vez hubiera tenido que arrestarte.

—Alguien debería decirte que no eres un policía.
—Tengo un par de amigos que lo son.
—Pero qué genial para ti.
—¿Cómo está la casa;
—Destruída hasta la mierda. Fue bueno verte —dije, girando sobre mis talones.
Escuché sus pisadas siguiéndome.
—Solo estaba... bromeando —dijo, finalmente a mi lado. Sacó una cajetilla negra de Marlboro.
—¿Qué demonios es eso? —pregunté.
—¿Una ofrenda de paz?
—¿Me estás ofreciendo cáncer?
Rio entre dientes y guardó el paquete en el bolsillo lateral de su abrigo azul estándar.
—¿Hacia dónde te diriges?
Me detuve y lo miré, suspirando.
—Eres un patán.
Parpadeó una vez, y luego esas atractivas líneas en su frente se formaron, y una sonrisa apareció en su rostro, revelando la mayoría de sus dientes perfectos y blancos.
—¿Cuál es tu punto?
—Mi punto es que se supone que debías follarme y dejarme en paz.
—¿Muy bien?
Me miró por un momento, con disgusto. Sus botas estaban desgastadas pero lustradas, sus pantalones cargo azules presionados pero arrugados por un medio día de vestirlos, su camisa despintada. Tyler era un duro trabajador y se enorgullecía de su trabajo. Probablemente nunca se había perdido un día de trabajo, pero ahí era donde terminaba su habilidad para comprometerse. Tyler Maddox sin duda había roto tantos corazones como yo. Era exactamente lo que me merecía, aunque no tuviera intenciones de acercármele.
—Estás hablándome. Dijiste que no lo harías.
Tyler metió sus manos en los bolsillos de sus pantalones y se encogió de hombros, sonriéndome como si nunca hubiéramos tenido una aventura de una noche. Esa clase de encanto no podía aprenderse.
—Dije que no llamaría.
Me crucé de brazos y entrecerré mis ojos, mirándolo hacia arriba. Diablos, era alto.
—No tengo interés en ti.
Su hoyuelo apareció, haciendo que mis muslos se tensaran.
—Anoche no parecía eso.
—Eso fue anoche. Ahora estoy sobria.
Hizo una mueca.
—Auch.
—Sigue tu camino —dije.
Se irguió.
—¿Te parezco de los que siguen su camino?
—Solo cuando se trata de mujeres, que es por lo que te follé.
Frunció el ceño.
—¿Estás como... sin medicarte o algo?

—Sí, sí lo estoy. Trauma emocional, bagaje, tú nómbralo. Sigue hablándome y quizás sea tu próxima novia obsesiva. ¿Eso te suena bien?

—Está bien, Ellie —dijo, levantando sus manos—, lo entiendo. Pretenderé que no pasó.

—Gracias —dije.

—Pero fue malditamente asombroso, no me molestaría repetirlo.

—¿No podemos ser amigos con derechos sin ser amigos?

Arrolló mis palabras.

—Eres una perra cruel. Es extrañamente atractivo.

—Largo de aquí.

—Me voy.

—Y no regreses.

—Jamás pasó —dijo, abriendo la puerta de pasajero en su camión.

No se le veía ofendido, todo lo contrario, eso me ofendió a mí. La mayoría de las personas eran más sensibles después de que las abusaba así.

Zeke salió, deteniéndose cuando me vio. Me saludó y después trotó al asiento de conductor. Intercambiaron un par de palabras y luego Zeke encendió el motor.

—¿Quién es ese?

Me giré para encontrar a Sterling detrás de mí. Parecía un ejecutivo de banco, intentando emular a su padre lo mejor que podía, el CEO de Corporación Aerostraus. Vestía un abrigo de lana oscuro, una bufanda, un reloj de tres mil dólares y, encajando con su atuendo bochornoso, una abotonada azul —con el botón de arriba desabrochado. Se las había arreglado para caminar calle abajo a través de la acera nevada sin tener ni siquiera una mancha de humedad en sus botas italianas.

—Bésame —dije.

—Ew —dijo horrorizado—. No

—Bésame, cabrón. Ahora mismo. Uno bueno. Me lo debes.

Sterling me tomó por ambos lados de la cara y plantó su boca en la mía, babeando encima de mí, pero haciendo la escena que quería. El camión pasó de largo y, una vez que sonó lo suficientemente lejos, empujé a Sterling hacia atrás.

Se limpió su boca, asqueado.

—¿Por qué tuve que hacer eso?

—Para librarme de un sujeto.

—¿Acosador o vago? —preguntó, acicalando su oscuro cabello por el costado.

—Ninguno, solo me aseguraba.

—¿Aún tendremos el almuerzo? —preguntó, limpiándose de nuevo, luciendo menos disgustado.

—Sí —dije jalándolo hacia el Café de Winona.

Elegimos una mesa junto a la ventana y Sterling inmediatamente revisó el menú. Pasó sus dedos sobre cada línea, prestando atención a cada ingrediente. No era alérgico a nada, solo era un esnob.

Rodé los ojos.

—¿Por qué? Comemos aquí todo el tiempo.

—No he estado aquí en tres meses. Tal vez tengan algo nuevo en el menú.

—Sabes que nunca lo tienen.

—Cállate, estoy leyendo.

Sonreí, revisando mi teléfono mientras él miraba el menú de una década. La familia Sterling tenía una casa al final del camino de la nuestra, una de las muchas en el país, vacía la mayor parte del año. Sabía que Sterling era de mi gente en cuanto lo vi emborracharse a los catorce solo, junto a un árbol en nuestra línea de propiedad. Era solo otro bebé de fondo fiduciario —lamentándose de lo dura que es la vida cuando tienes millones pero no una familia atenta que te ancle al mundo real.

Sterling había invertido su fortuna entera en la opinión de su padre de que el éxito le sería dado cualquier día, y eso hacía a mi amigo un poco malhumorado. El padre de Sterling, Jameson Wellington, cambiaba de opinión acerca de la significancia de su hijo regularmente, dependiendo de las acciones, la actitud de los directores de junta, y si su esposa lo había estado molestando ese día.

—¿Cómo estuvo la fiesta? —preguntó sin mirar.

—Oh. Quise invitarte. Fue un poco improvisada.

—Escuché que fue de un montón de locales.

—¿A quién más querías que invitara?

—¿A mí?

—Finley no está en casa.

Sterling me miró por unos pocos segundos antes de volver a ver el menú. Ya no estaba leyendo.

—No le digas sobre el beso. Lo hice solo porque te debía una.

—No lo haré. Me odiaría porque aunque no lo admita... te ama.

—¿Lo hace?

Me incliné hacia él, molesta.

—Sabes que lo hace.

Se relajó.

—Te invito a fiestas todo el tiempo. Necesitaba... Necesitaba algo...

—¿Simple?

Lo señalé.

—Exacto.

—¿Ellison?

—¿Sí?

—Besas terrible. Seguramente le haces a ese sujeto un favor.

Lo miré ferozmente.

—Ordena tus putos huevos Benedict⁷ y cierra el pico. Mis besos son los mejores. Es precisamente eso por lo que necesitaba deshacerme de ese sujeto con tu caja de baba.

—¿A quién quieres engañar? No solo besaste a ese tipo.

La camarera se acercó, vistiendo un delantal rayado con colores olivo y crema, luciendo una sonrisa.

—Hola Ellie.

—Chelsea, si tuvieras que adivinar lo que Sterling va a ordenar-

—Huevos Benedict —dijo Chelsea sin dudar.

⁷ Los huevos Benedict son un plato que consiste en dos mitades de un muffin, generalmente cubiertos con jamón cocido, panceta, huevos escalfados y la muy popular salsa holandesa. [N. del T.]

—¿En verdad? —dijo Sterling, genuinamente consternado— ¿Soy tan predecible?

—Lo lamento —dijo Chelsea, avergonzada.

Me recosté mejor, dándole mi menú a Chelsea.

—No te estoy juzgando. Esos son unos huevos muy buenos.

—¿Lo mismo? —preguntó ella.

—No, querré un omelet del suroeste y jugo de naranja. ¿Tienen vodka? Un destornillador no me vendría mal.

—Son las diez y media de la mañana —dijo Chelsea, arrugando la nariz.

La miré, expectante.

—No, aquí no vendemos licor.

Sterling levantó dos dedos, ordenando jugo para él mismo.

Chelsea se fue caminando y presioné mis labios juntos, tratando de no parecer muy preocupada.

—Te ves cansado, Sterling.

—Ha sido una semana larga.

—Pero estás aquí ahora —sonreí,

—Finley no.

—Sterling —le advertí—. Ella no va a cambiar de opinión. Te ama más de lo que ama a cualquiera.

—Excepto a ti.

—Por supuesto que excepto yo. Pero te ama. Solo no puede estar contigo hasta que se adueñe de Edson.

Su cara cayó y sus ojos perdieron enfoque.

—Lo siento —dije, tocando su brazo a través de la mesa—. Debimos haber elegido un lugar con vodka.

Mi boca de pronto se sintió seca. Queriendo una bebida y percatándome de que no estaba disponible inmediatamente, creando un poco de pánico en mí.

Sterling se encogió en su lugar.

—Cuidado, Ellie, comienzas a sonar como yo.

La puerta chirrió y una familia de cuatro entró, discutiendo dónde sentarse. Era temporada de turistas y, aunque Sterling y yo pudimos haber sido tomados por unos, ambos habíamos tenido casas ahí por más de dos años. Lo suficiente para ser molestados por los turistas no-residentes. Éramos lo que los locales llamaban familias de medio tiempo y, la mayor parte del tiempo, si compartíamos el nombre de nuestra vecindad, ni siquiera debían preguntar. Solo uno de nuestros vecinos era familia de tiempo completo, y eso era solo porque venían de Arkansas, y mudarse a Estes Park era un sueño, no vacaciones.

Las dos meseras se escurrían a través de las mesas, que se llenaban con cada minuto. Las zapatillas de Chelsea ocasionalmente rechinaban contra el suelo de baldosas color blanco y chabacano mientras anotaba órdenes y se apresuraba a través de las puertas de vaivén de la cocina. Reaparecía con una sonrisa, deteniéndose para llenar grandes vasos plásticos en la fuente de bebidas tras la barra alineada de taburetes para los esquiadores de nieve que frecuentaban el café.

El calor corporal llenó el cuarto y noté a todos quitándose capas. Chelsea comenzaba a sudar mientras los turistas caminaban al otro lado de la pared de ventanas, enterrados en

abrigos, bufandas, gorros y guantes. Las puertas se abrían, ofreciendo un disparo de aire fresco, y Chelsea les hacía saber a todos cuando atravesaba una brisa fresca con sus dulces suspiros.

La nieve empezó a caer en delicadas piezas por cuarto día consecutivo. El retiro era feliz y el negocio estallaba, pero se avecinaba una tormenta y me preocupé por Finley tratando de arribar.

—¿Cómo está Fin? —preguntó Sterling, aparentemente leyendo mi mente.

—Está en Río. Creo que va a venir.

—¿Oh? —Sterling se limpió la nariz con su nudillo y esnifó, un indicador de que estaba intentando ser despreocupado.

—Estás tan metido en la zona de amigos, Sterling. Es hora de rendirse.

Se le vio muy horrorizado.

—No he intentado ganarla de vuelta en mucho tiempo.

—Si un mes se considera mucho tiempo.

Frunció el ceño.

—Estoy muy cansado para soportar a Ellie la Perra. ¿Puedes tratar de ser agradable por hoy?

Hice un puchero.

—Ow, ¿Sterling está en sus días?

No se divirtió con mi broma.

—Voy a dejarte aquí, sola en la mesa.

—No me amenaces con un buen momento —dije.

—Y dejar espacio para que el niño bombero se te una.

—¿Qué? —pregunté, girándome para ver a Tyler Maddox entrar con Zeke y algunos otros de su tripulación de primera. Me deslicé hacia abajo en mi silla— Mierda —siseé.

Me hundí en mi asiento. EN mi familia, situaciones incómodas requerían algo mucho más fuerte que jugo de naranja, y el impulso de ir a casa y asaltar el gabinete de licor se volvió abrumador.

Un cálido par de labios tocó mi mejilla y Tyler jaló una silla junto a la mesa.

—Hola, nena. ¿Me extrañaste?

—¿Estás demente? ¿Oyes voces? —pregunté, indignada.

—Solo vinimos por un almuerzo antes de regresar —dijo Tyler, indicándole a su equipo que se sentaran también.

Zeke se sentó a mi otro lado, viéndose incómodo.

—Podemos encontrar otra mesa...

—No —dijo Tyler—, no podemos. ¿Quién es tu amigo? —preguntó haciendo señas a Sterling.

—Joder —murmuré, quería echar a Tyler de mi vida, en lugar de eso lo puse celoso e hice que viera a Sterling como competencia que él fácilmente podría derrotar.

Sterling alzó la mano, pero la golpeé para que la bajara.

—Vaya que ese fue un beso, antes —dijo Tyler—. Me recuerda a cuando me besó así a mí. Anoche parece haber sido hace tanto tiempo.

Mi cara se convirtió en un semblante de disgusto.

—¿En serio? Vas a ir ahí.

—Eso hice, sí —dijo Tyler, presumido.

—A Sterling no le importa que me haya aprovechado de ti en la cama de mis padres anoche.

—¿Era la cama de tus padres? —preguntó Tyler— ¿Alguna vez has usado la tuya propia?

—En realidad, sí —comencé.

Zeke se retorció.

—Tyler, vamos, viejo, busquémonos otra mesa.

Tyler miró con ceño a Sterling, determinado.

—Me gusta esta.

Sterling aclaró su garganta, sin saber cómo procesar la situación.

—¿Qué te gusta de ella... exactamente?

Tyler no me quitó los ojos de encima.

—Tu amiga.

Me incliné hacia él.

—Si no encuentras otro lugar donde alimentar ese hoyo en tu cara, voy a levantarme ahora mismo y anunciar a todo mundo que tienes un pene pequeño.

No se inmutó.

—Puedo sacarlo de repente y probar que te equivocas.

—Comenzaré a gritarte por darme clamidia. Trabajas aquí. Es un pueblo muy unido. Los chismes así corren rápido.

Se encogió de hombros.

—Tú vives aquí también.

—La mitad del tiempo. Y no me importan dos mierdas lo que la gente piense de mí.

Chelsea trajo el plato de Sterling y lo colocó frente a él, y luego puso el mío junto, con nuestras bebidas.

—Estamos listos para ordenar —dijo Tyler.

Puse la palma de mi mano contra su cara, mi cara derrumbándose, lágrimas llenando mis ojos.

—Todo estará bien, Tyler. El goteo se acabará después de un par de antibióticos, y la comezón desaparecerá.

Chelsea hizo una mueca y miró a Tyler con asco antes de balbucear sus próximas palabras: —Yo, ehm... voy a... regresar en un rato.

Tyler me miró con la boca abierta.

Zeke rio entre dientes.

—Te lo advertió.

Sterling jugueteó un poco con su plato, ignorándonos.

Tyler miró de nuevo a Chelsea, que estaba musitando con la otra camarera y el cocinero. Estaban mirando hacia nuestra mesa, repugnados.

—Cielos, hundiste mi barco, Ellie.

Usé mi tenedor para cortar mi omelet y comí un bocado, satisfecha.

—Tal vez solo quiero que seamos amigos —dijo Tyler.

—Tipos como tú no pueden ser amigos con alguien que tiene una vagina —dije.

Zeke asintió.

—Tiene un buen punto.

Tyler se levantó, haciendo un gesto para que el resto de su tripulación se levantara con él. Lo hicieron, sus sillas chillaron contra las baldosas.

—Nos hicimos cargo de todos los idiotas destrozando tu casa, anoche. ¿Así es como lo agradeces?

Le sonreí.

—Debajo de tu fachada de patán, en realidad eres un buen tipo. Anoche estaba ebria así que mi radar estaba un poco desviado, pero puedo olerte a kilómetros y no quiero ser tu amiga. No quiero recordar aquel revolcón de una noche que tuvimos. Y no tengo tiempo para buenos tipos, Tyler, y no me imagino un peor infierno que tener que pasar tiempo contigo, sobria.

Cabeceó hacia Sterling.

—Él parece ser un buen tipo.

Se erizó el vello de mi nuca. Estaba siendo tan cruel como podía y Tyler actuaba como si estuviéramos intercambiando cumplidos.

—Sterling es un mísero pedazo de mierda que se auto-aborrece.

—Es verdad —dijo Sterling casualmente—, eso soy.

El equipo de Tyler intercambió miradas, y luego Tyler me miró por un largo tiempo.

—Disfruta tus huevos.

Sterling esperó un segundo o dos antes de inclinarse.

—Debe agradarte, nunca te había visto tan brutal.

Lo despedí con la mano.

—Tal vez sea un idiota confiado, pero no es un mal tipo. No debería mezclarse con nosotros.

—Verdad —dijo Sterling, meriendo otro bocado a su boca.

Palmeó su boca con su servilleta y luego me miró tras sus cejas bien cuidadas.

—¿Desde cuándo eres explicable?

—Oh, cariño... espero que tu día sea tan placentero como tú.

Se rio en silencio antes de probar otro bocado.

CAPÍTULO 3

Finley agitó su abrigo de visón y tiró sus lentes de sol grises Chopard⁸ sobre la mesa de mármol en la entrada. Finley no era despreocupada; solo quería que todos subieran que los seiscientos dólares que había gastado en escudar sus ojos del sol no le importaban — ignorando el que probablemente terminarían siendo lanzados por la borda de un yate rentado al mar de china del sur la próxima semana.

Giró su piercing de nariz un cuarto en contra de las manecillas del reloj y luego se llevó una mentita a la boca.

—Voy a tener que rentar a partir de ahora. Incluso la primera clase se ha vuelto asquerosa. Y los aeropuertos... ugh.

Marco, llenando su Henley⁹ carbón como un modelo de Banana Republic¹⁰, bajó su equipaje en el vestíbulo, saludando a Maricela y José en portugués cuando vinieron a coleccionar las maletas.

—Hablan español, Marco —dije, inexpresiva.

Marco se quitó los lentes, sonriéndome como si supiera unas cinco historias que me contaría después, frente a Finley, cuando todos estuviéramos ebrios.

—Es lo mismo.

Miré ferozmente a Finley.

—Lo trajiste —dije, acusadora.

—Se quedará en un hotel —dijo Finley, apenas notando que Marco le removía el abrigo.

Se inclinó para desatar sus peludas botas de nieve.

Me retorcí.

—Basta, Marco. Detente ahora mismo.

Marco le quitó la segunda bota y las dejó perfectamente alineadas lado a lado, levantándose y esperando con querer en sus ojos —no la clase de deseo que una mujer de mi edad querría ver en un hombre exótico y guapo. Estaba esperando a complacerme, cuidarme y satisfacer cualquier necesidad que tuviera, y no por mí —por Finley. Él no solo se enorgullecía de su empleadora y cualquiera que la rodeara, era su obsesión. Apaciguar a Finley era su especialidad, y amaba presumir de sus talentos.

—¿Puedo... —comenzó a inclinarse para recoger las maletas.

—No, no puedes —dije, bofeteando sus manos—. Toma tus maletas y encuéntrate un hotel. Finley puede respirar sola esta semana.

Marco no paraba de moverse, sin saber cómo cumplir mi deseo.

Finley le sonrió con paciencia fingida.

—Está bien, Marco. Ve, disfruta de tus vacaciones.

Asintió un par de veces, confiado e inseguro, claramente perturbado por dejar a Finley sola más de un par de minutos.

Marco besó su mano.

⁸ Chopard es una empresa suiza de relojes, joyería y otros accesorios (como lentes de sol).

⁹ Una Henley es un tipo de camisa parecida a una polo sin cuello, caracterizada por tener una apertura de diez centímetros para el cuello y de dos a cinco botones.

¹⁰ Banana Republic es una cadena de tiendas estadounidense fundada en sus orígenes como tienda de ropa para viajes, y actualmente especializada en producción de ropa y accesorios de lujo. [N. del T.]

—Si necesita cualquier cosa, Señorita Edson, estaré aquí en diez minutos.
Ella se separó lentamente de él, despidiéndolo con un ademán, indiferente a su encanto.
Marco se veía completamente devastado mientras tomaba su equipaje y cerraba la puerta tras él.

Suspiré.

—Esa mierda se está saliendo de control.

Me ofreció una media sonrisa, caminando unos pocos pasos para abrazarme fuerte.

—Solo estás celosa.

La apreté una vez y luego me alejé.

—¿También te limpia el trasero? Solo ahí estaré celosa.

Finley se rio, quitándose los guantes y caminando a través del pasillo hacia el cuarto del piano. Los arrojó sobre la chaise¹¹ y se sentó, relajando su espalda y cruzando sus pies en calcetas. Su cabello dorado cayó en suaves ondas apenas pasando sus hombros, brillante y perfecto, como debería estarlo después de todo el dinero que gastaba en mantenerlo así.

—No es que no haya intentado, mi amor. Tienes razón, él probablemente respiraría por mí si pudiera.

—¿No es molesto?

—En realidad no. No me preocupo acerca de nada excepto por lo que me debo preocupar.

—¿Cuándo volverás al trabajo? ¿La junta de papá sigue ladrando sobre tu promoción?

Suspiró.

—Pronto, y sí. ¿Cómo está la tierra del invierno?

Miré por la ventana. No estaba nevando, pero el viento soplaba pegotes helados de las ramas de los árboles.

—Creo que estaré lista para la mar.

Me miró mientras sus labios rojos sonreían.

—No te ves lista.

Rayé el esmalte azul marino de mi pulgar.

—Me siento entumecida. Nos hemos bronceado en cada playa, hemos esquiado en cada retiro desde Estes hasta los Alpes.

—¿Estás aburrida?

—Fuera de lugar.

Finley rodó sus ojos, disgustada.

—No hagas eso, Ellison. No te conviertas en un maldito cliché. La niña rica que está aburrida de la vida, rodeada por todos y por nadie, sintiéndose sola.

—No seas condescendiente conmigo. Recuerdo que tú también pasaste por una fase brusca.

—Compré y pasé un mes contigo en Barbados. No follé mi camino a través de ella. Tú siempre disfrutaste de tus farmacéuticos, lo sacaste de Madre, pero por el amor de Dios, Ellie. Elige un pasatiempo. Consiguete un novio, o novia. Halla una causa. Encuentra a *Dios*. Me vale un carajo, pero no te quejes de que tienes mucho dinero y demasiadas opciones.

¹¹ Una chaise longue, proveniente del francés, significa literalmente silla larga. Es un diván refinado. [N. del T.]

No estaba segura de la expresión que había en mi cara, pero probablemente espejeaba la de Finley. Cubrí mis ojos y me senté en el sofá, recostándome.

—Mierda, tienes razón. Soy Sterling.

—No estás tan mal, pero estás a un paso de rehabilitación. No estás aburrida, estás vacía. Deja de tratar de llenar eso con coca y hachís. Sabes que esa mierda no sirve.

Entrecerré mis ojos hacia ella.

—¿Qué carajos, Finley? ¿Cuándo empezaste a convertirte en una adulta? Tienes una niñera que agita tu café, ¿y me dices cómo vivir mi vida?

Se levantó, caminó los pocos centímetros al sofá y colapsó junto a mí, enganchando sus piernas sobre mi regazo. Entrelazó sus dedos con los míos.

—A Betsy le dio una sobredosis. No quiero que eso te pase a ti.

Me senté erguida.

—¿Betsy March?

Finley asintió, frotando mi palma con su pulgar.

—Hace nueve meses estaba donde tú estás. Todos lo vimos.

—Yo no.

—Has estado ausente, Ellie. Ya nadie te ve. Excepto, tal vez, Sterling.

—Vamos a ir a Sanya¹² la próxima semana.

—No te he visto en seis meses. Betsy estaba vacía. No quiero escuchar sobre ti siendo encontrada tirada en el piso sobre tu propio excremento. Esta es nuestra plática de hermanas. Estás jodiéndote. Necesitas hombrearte y lidiar con ello.

—¿Hombrear con ello? —dije, sonriendo brillantemente.

Finley trataba de mantenerlo leve, pero rápidamente se enjugó una lágrima.

La abracé.

—Fin, estoy bien.

Asintió.

—Lo sé. Todos estamos bien hasta que no lo estamos.

—Vamos. Has estado viajando todo el día. Te llenaremos el jacuzzi, te relajarás y pediremos comida.

Me sonrió.

—Con razón estás aburrida. Eso suena terrible,

—Bien, toma una ducha caliente y luego iremos a cenar. Encontraremos un bar lleno de locales calientes.

Sonrió.

—Mucho mejor.



La Arboleda estaba ocupada, pero no concurrida. Raro en la temporada de esquí, pero nos conté como suertudas. Finley dividía su tiempo entre su Kir Royale¹³ y las mesas que nos rodeaban, saboreando la curiosa atención que recibía solo por ser hermosa.

¹² Es una ciudad en la República Popular de China. [N. del T.]

—Siempre me han gustado los hombres aquí. Son un tipo de sexy distinto al que estamos acostumbradas. Hoscos. Me gustan las barbas.

—La mayoría de ellos ni siquiera son de aquí.

Se encogió de hombros.

—Nosotras tampoco.

Su teléfono vibró y pulsó una respuesta rápida, molesta con quien fuera que hubiera enviado el mensaje.

—¿Madre?

Negó con la cabeza.

—Marco se está reportando.

Me incliné, mis pechos casi expuestos presionando contra la mesa. Finley lo notó, pero solo se dejó distraer por un momento.

—¿Está enamorado de ti? —pregunté.

—No lo sé, probablemente. ¿Dónde conseguiste ese top? Has que tus diminutas tetas se vean enormemente turgentes.

—Mis tetas no son diminutas.

—Por favor —dijo Finley mientras el mesero entregaba nuestro *edamame*—, apenas eres una copa B.

—No todo mundo quiere insertarse doble-Des quirúrgicamente, Fin.

Miró al mesero. Él comenzó a hablar pero ella lo interrumpió.

—Sí, voy a querer otro. No, no hay nada más que queramos en este momento. Sí, el *edamame* es soberbio. Gracias.

Cabeceó y se fue a la cocina.

—Va a escupir en nuestra comida —dije, viéndolo desaparecer tras las puertas de vaivén. Se rio fuertemente.

—No fui grosera. Solo hice que su pasada por aquí fuera eficiente —sus ojos se encendieron y se levantó, abrazando a Sterling.

—¡Hola, mi amor!

Sterling besó su mejilla, y luego su boca. Ella no retrocedió.

Él miró sus ojos, sacudiendo su cabeza y sonriendo.

—Fin, eres hermosa.

Ella sonrió.

—Tienes razón.

Sterling sostuvo el respaldo de la silla de Finley hasta que se sentó, y entonces la empujó hacia adelante.

Giré mi cabeza mientras él se inclinaba, permitiéndole besar mi mejilla.

—Te aviso... besé a tu hermana —dijo Sterling, sentándose junto a Finley.

Ella lo miró y luego a mí.

—¿Qué está balbuceando?

—Yo lo medio forcé a besarme ayer —dije, sintiendo la ira silenciosa de Finley- Ella no quería a Finley en aquel momento específico, pero él le pertenecía—, para librarme del bombero.

¹³ El Kir Royal es un popular cóctel francés elaborado con crema de casis y champán o vino espumoso. [N. del T.]

Las cejas de Finley se alzaron, y miró a Sterling buscando confirmación. Eran un extraño par, entre que ambos vestían ropas y accesorios que costaban más que la casa promedio pero estaban ambos emocional y moralmente en bancarrota. Finley tal vez podría haberme hablado fuera de un espiral, pero ella tenía un gran puñado de gente y un clóset lleno de cosas: todas dispensables. Sterling amaba a Finley, pero nunca rogaría por ella, y prefería revolcarse en miseria infinita y admitir la derrota y tratar de amar a alguien más. Éramos amigos porque menos del uno por ciento de la población podía identificarse con la pena de tener mucho dinero y demasiadas oportunidades —con el aburrimiento de no tener limitaciones monetarias.

Podíamos depender mutuamente de nosotros sin esperar más que tiempo ni la esperanza de que fuéramos invitados a las próximas vacaciones pagadas. Nuestras amistades nunca serían más sobre conexiones que chistes locales o pláticas nocturnas. Sabíamos que si alguna vez bramábamos sobre la agonía del dinero no sería porque necesitaríamos un préstamo. No teníamos nada en común más que el hecho de que tuviéramos una sola cosa en común más que con el resto de las personas.

—¿De verdad la besaste? —preguntó Finley a Sterling.

Él asintió con la cabeza, dándose cuenta muy tarde de su error. Estaba esperando celos. El enojo de Finley siempre había sido de hervir lento, y apenas estaba a fuego lento.

—Fin —empecé a decir.

—Shush, Tú no puedes hablar.

Me recosté mejor en mi asiento, esperando que la noche no se volviera más incómoda.

Comimos nuestra carne de ternero, ricota de búfalo y achicoria. Bebimos demasiados Kir Royales que de alguna forma se transformaron en whiskey irlandés y, después de darle al mesero la propina más grande que había visto, salimos al frío para encender unos cigarros y exhalar soplos blancos en el aire.

Finley pareció habernos perdonado a los dos, soltando risitas contra el pecho de Sterling tras mis chistes, pero yo era más lista que eso. Sterling la jaló hacia él, aprovechando cada oportunidad que ella permitiera. Los guie bajo el callejón hacia Turk's, el bar de autos local con entrada trasera, hecha difícil de encontrar a propósito.

—Quiero ver a tu campeón —dijo Finley, borracha y boba.

—Probablemente esté ahí. Lo he visto ahí dentro antes. La mayoría de los locales pasan el rato en Turk's.

Entramos caminando, quitándonos los abrigos y guantes, y Paige me saludó desde el bar. La dejé abrazarme y guiarnos a una mesa en la esquina. Tyler Maddox estaba presente y, como esperado, tenía un tarro de cerveza para él y un cigarro acuñado tras su oreja.

—Santa mierda —dijo Finley no tan silenciosamente en mi oído.

Tyler fingió que no lo había oído mientras se levantaba, sacudiendo la mano de Sterling y la suya propia hacia las sillas vacías, incluyendo la suya. Zeke y otro sujeto se levantaron hasta que nos sentamos, y entonces esperaron mientras Tyler hallaba un asiento extra para poner junto a nuestra mesa.

Paige se inclinó hacia mi oreja.

—Justo estaba hablando de ti.

—Apuesto a que sí —dije.

Finley se presentó primero a Tyler y luego a Zeke. El tercer hombre estrechó su mano cuando ella la ofreció.

—Daniel Ramos —dijo.

—También conocido como Azúcar¹⁴ —dijo Tyler con una sonrisilla.

Finley soltó una risilla. Estaba inmediatamente enamorada de Tyler, y Sterling lo notó. Pasó fácilmente de estar riendo y ser afectivo a sentarse inmóvilmente entre el amor de su vida y Paige.

Paige descansó su barbilla en su mano, sonriéndole a Azúcar.

—Simplemente es tan predecible.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Todos los trasplantes son de California.

—No vine aquí con la intención de quedarme seis temporadas —explicó.

El pompadour morado de Paige brillaba con las luces de neón del bar.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Vine por una chica.

Zeke le palmeó el hombro.

—Qué dulce es Azúcar, ¿cierto?

Azúcar sacudió sus hombros para alejarse de él.

—¿Y dónde está ella? —preguntó Paige, intentando su sonrisa más coqueta.

—Aquí no —dijo Azúcar, inclinándose hacia ella.

—¿Es que acaso no hay camareras esta noche? —dijo Finley, molesta.

Fue entonces cuando la vi, la verdad detrás del destello de ira en sus ojos. No nos había perdonado, ni a Sterling ni a mí. Iba a flirtear con el bombero que mencioné para castigarnos a los dos.

Tyler se levantó, encaminado hacia el bar.

—Lo tengo.

Escuché a Finley y a Sterling charlar un rato, mientras trataba de no escuchar a escondidas a Zeke y Azúcar. Azúcar se quejó de una chica, luego Zeke mencionó a otro Maddox.

—¿Tyler tiene un hermano? —pregunté.

—Cuatro —dijo Zeke.

—¿Te imaginas a cinco Tylers corriendo por ahí? —bromeé.

—No tengo que hacerlo —explicó—, lo he visto en verdad, es bien puto aterrador.

Sacudí mi cabeza.

—Su pobre madre. Yo me mataría.

Zeke se movió en su silla.

—Falleció cuando eran pequeños.

Puse mi cabeza entre mis manos, bajando la mirada.

—Mierda. Eso es terrible. Lo siento —dije, agradecida de que Tyler no estuviera alrededor para verme meter la pata tan profundo.

—Está bien —dijo Zeke—. No lo sabías.

Tyler regresó con una bandeja de chupitos y los repartió. Levantó su vaso.

¹⁴ Originalmente era Sugar. [N. del T.]

—Por los buenos amigos y las bellas mujeres —dijo Tyler. Levantamos nuestros vasos, casi apreciativos por su hermoso brindis. Luego añadió— chupando mi polla.

Sus amigos se rieron y nosotros negamos con la cabeza, los demás bebieron el whiskey.

Tyler se levantó para ir por otra ronda y Paige se inclinó hacia Azúcar.

—¿Qué diablos fue eso? ¿Por qué actúa como un patán de repente?

Azúcar lanzó una mirada a Finley bajo sus pestañas.

—Las hermanas son complicadas.

Tyler se sentó de nuevo en su asiento, cuidadosamente bajando la bandeja en la mesa.

—¿Ese qué es? —preguntó Finley, tocando el brazo de Tyler.

Azúcar hizo una mueca.

—Supongo que no funcionó.

Paige me miró.

—¿Está siendo un patán para espantar a tu hermana?

—No estoy segura —dije, viéndolo mirarme.

Regresó su atención a Finley y giró su muñeca, permitiéndole examinar la flecha justo arriba de su codo.

—Eso sería la elección de Taylor.

—¿Tú novia? —preguntó Finley.

Tyler y Zeke se rieron.

—No —dijo Tyler—, Taylor es mi hermano.

—Taylor y Tyler. Eso es adorable —dijo Finley, dejando los dedos en su brazo.

—Aparentemente hay tres más —dije.

Finley volvió su atención hacia mí, preguntándose por qué sabía acerca de los asuntos personales de Tyler. Señalé a Zeke y ella sonrió, frotando el brazo de Tyler.

—¿Entonces hay cinco de ustedes? —preguntó— ¿Así es como aprendiste a pelear?

—Oh —dijo Tyler, incomodado—, te enteraste sobre eso.

—¿Es así?

—En su mayoría.

—¿Alguna vez se han peleado por una chica? —preguntó.

Comenzaba a sentir lástima por ella, Finley estaba intentando encelar a Sterling y a mí pareciendo una chica turista desesperada.

—No —dijo Tyler—, nunca.

—No te creo. Por lo menos una vez, a más de uno de ustedes les ha gustado la misma chica.

Tyler se acomodó en su asiento.

—Jamás hemos intercambiado golpes sobre algo así. Ayuda que nos atraen distintos tipos de chica. A la mayoría de nosotros, por lo menos.

—¿Cuál es tu tipo? ¿Rubia? ¿Rica? ¿Ninfa? —preguntó Finley, inclinándose.

Me retorcí.

—Fin...

Sterling se levantó.

—Creo que es hora de que me vaya.

—No —se quejó Finley, alcanzándolo—. No seas bobo, acabamos de llegar.

Sterling tiró unos grandes billetes sobre la mesa que fácilmente cubrirían las bebidas de todos y más, y se dirigió a la puerta. Finley frunció el ceño pero lo siguió.

Tyler me miró por unos segundos y luego se acercó, con su codo sobre la mesa.

—¿Tú también te vas?

Alcé mi trago y lo bebí rápido, sacudiendo mi cabeza.

—Ella volverá. Él no.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Hemos sido amigos por mucho tiempo.

Zeke rio tras su mano, tratando de mirar cualquier lugar excepto a mí.

—¿Hay algo gracioso? —dije, alzando una ceja.

Se aclaró la garganta.

—No es nada. Es solo que son un trío extraño. ¿Ellos están juntos? ¿Ella se queda contigo? —rascó su oreja, esperando a que contestara.

—Es mi hermana. ¿Alguna vez van a trabajar? —pregunté— Solo los veo parrandeando, follando y conduciendo el carro de la compañía.

Tyler ordenó otra ronda para la mesa.

—Es la camioneta de la compañía. Y sí, nos rompemos las espaldas trabajando. Solo ha estado lento. Trabajamos para la ciudad fuera de temporada.

Azúcar alzó su vaso hacia Tyler.

—En verdad lo hacemos. Salvamos este pueblo más de una vez.

Alcé mi vaso.

—¡Por combatir fuegos o lo que sea!

—¿Combatir fuegos o *lo que sea*? —preguntó Tyler, sonando ofendido.

Me reí una vez.

—Oh, por favor. Tú elegiste el empleo. No es como si todo mundo estuviera obligado a adorarte por ello.

—Wow, está bien —dijo Tyler, levantándose. Agarró el respaldo de su silla, los músculos de su antebrazo tensándose bajo el dobladillo de su manga Henley. Ajustó dos desgastados brazaletes trenzados en su muñeca derecha, sus uñas disparejas y sus nudillos gruesos porque los tronaba, habiéndolo hecho ya dos veces desde que Paige nos guio a su mesa. Quería esos dedos dentro de mí, su antebrazo tensándose mientras me tomaba por las caderas, quería algo que no me había pasado antes: una repetición.

—Tranquilo, Maddox —dijo Zeke—. No se equivoca.

—Oh, se equivoca. Está tan equivocada.

Guiñé un ojo a Zeke.

—¿Qué harás después de esto?

Zeke miró alrededor antes de apuntarse al pecho.

—¿Yo?

—Sí. La camisa de franela me excita. Me encanta la apariencia de leñador sexual que tienes.

Zeke rio un poco y luego se cubrió la boca con su puño, ahogándose en su saliva cuando se dio cuenta de que hablaba en serio.

La silla de Tyler cayó hacia adelante, apuntalando la mesa mientras él la empujaba y caminaba hacia el bar. Se inclinó con su codo sobre el bar, charlando con la barman, Annie. Ella soltó una risotada y sacudió la cabeza, pestañeando justo como Tyler necesitaba.

—No sé qué pasa entre ustedes dos— dijo Zeke—, pero no me metas en ello.

—Hombre sabio—dijo Azúcar, palmeando a Zeke en el hombro.

—Bien —dije, volviéndome hacia Paige— ¿Tú qué vas a hacer después?

—¿A ti? —dijo con una sonrisa maliciosa. No le importaba ser el plan B, ni el plan C.

—Buena respuesta —sonreí.

La barbilla de Zeke se elevó, quedándosele viendo a alguien alto detrás de mí.

—Hey, Todd, Creí que ya no se te permitía entrar aquí —preguntó Zeke.

Todd cambió su peso de un pie a otro, luciendo una mancha amarillenta en su pómulo.

—Maddox ha sido echado de aquí tantas veces como yo. Y sin embargo, están aquí con él. Zeke asintió.

—Tienes razón. No sé por qué me sigo haciendo esto.

Azúcar palmeó la espalda de su amigo.

—Deberíamos irnos.

Todd se inclinó hacia mí, tocando su sien con la mía. Estaba más intrigada que ofendida, así que esperé, inmóvil.

Azúcar se inclinó hacia adelante, listo para saltar. Su abotonada azul escondía su aliento monstruoso. Era una pared de ladrillos, tal vez más que Tyler, e igual de alto. Ambos tenían un rapado, pero Azúcar era menos bulldog suelto y más soldado entrenado.

—Tal vez nos les unamos —dijo Todd, mirándome. Sonrió demasiado cerca de mi cara, pero no me retracté. Era despiadado, pero necesitaba estar en primera fila si quería atestiguar lo que fuera que pasara después.

—Todd —advirtió Azúcar—, Maddox ha estado bebiendo.

—También yo —dijo Todd, sonriéndome—, ¿Cuál es tu nombre, preciosa?

—Eso —dije, espejeando su expresión—, ese es mi nombre.

—¿Preciosa? —preguntó, entretenido.

—Mercer —dijo Tyler, su voz resonando más fuerte que la música. Se paró justo detrás de Todd., insultándolo con el poco espacio personal que ofrecía.

Azúcar se levantó.

—Maddox, nos vamos.

Un lado de la boca de Tyler se levantó, pero le quitó los ojos de encima a los de Todd.

—No con todas las chicas lindas que están aquí.

Paige tocó mi mano y la apreté, no porque tuviera miedo sino porque el pico de la testosterona estaba haciendo que mis partes de dama chillaran en la mejor forma de dolor.

Zeke se levantó, también, y las baristas lo notaron.

Todd y Tyler se miraron el uno al otro por veinte segundos cerrados hasta que Todd finalmente rompió el silencio.

—Tengo curiosidad.

—Estoy seguro que puedo aclararla —dijo Tyler.

—Si no vales ni un carajo sin tu hermano cerca...

Los ojos de Tyler chispearon con excitación.

—No solo me des esperanzas, Mercer. Golpea o cállate de una puta vez.

Sin pensarlo, me paré entre ellos dos, mirando hacia arriba.

—¿Por qué los hombres hacen eso? ¿Por qué se llaman por los apellidos? ¿Decir el nombre es algo de maricas? ¿Es muy íntimo?

Azúcar se estiro hacia mí.

—Ven aquí, Ellie.

Hice una mueca.

—No van a hacer nada.

—¿Que no? —preguntó Todd, no sabiendo si sentirse insultado o aliviado.

Toqué sus hombros, parándome de puntitas para gentilmente besar su mejilla.

—Me lo agradecerás después.

Alcé mi rodilla, hundiéndola en su entrepierna. Se dobló y luego cayó en posición fetal mientras todos miraban en shock.

—¡Hey! ¡Lárguense al carajo de aquí! —gritó Annie.

Tyler agarró mi mano y se apresuró a salir, empujando la puerta y corriendo callejón abajo, y después siguiendo la calle. Nuestros zapatos crujían a través de la nieve mientras corríamos a través de una ráfaga de luz. Tyler no se detuvo hasta que llegamos a la camioneta blanca Dodge de su equipo, sus amigos nos seguían de cerca.

Presionó su llavero y me miró con una sonrisa sorprendida, vaho salía de su aliento en el frío aire nocturno. Cabeceó hacia el camión mientras las dos puertas de pasajeros se abrían y se cerraban de un portazo.

—Métete. Voy a llevarlos a casa y luego-

—¿Y luego qué?

Se encogió de hombros.

—Luego te llevaré a casa.

Metí mis manos en los bolsillos de mi abrigo y negué con la cabeza.

—Nah. Tengo que regresar y esperar a Fin.

—Está con Sterling.

—También como que dejamos a Paige allá.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Tyler— Jamás había visto a una chica hacer eso, jamás. Bueno, tal vez una vez en secundaria, pero nunca lo había disfrutado tanto.

—El moratón en su cara, ¿tú hiciste eso?

Cabeceó.

—Hace dos semanas. Pelea de bar. Fue brutal.

—Pero tú no tienes moratones.

Se encogió de hombros.

—No me gusta que ser golpeado, así que no me dejo.

—Nadie lo hace.

—Pero yo en verdad no lo hago.

—¿Cómo está eso? ¿Entrenaste o algo?

—Más o menos, tengo cuatro hermanos.

—Creí que dijiste que no peleaban.

—No por chicas.

—¿Todos son como tú? ¿Tus hermanos?

Se encogió de hombros otra vez.

—Más o menos.

—Eso explica mucho.

Dio un paso hacia mí con la misma mirada que tenía cuando estábamos al fondo de las escaleras.

—No tenías que hacer eso. Lo tenía controlado.

—No lo hice por ti. Lo hice por él.

—¿Porque sabías que lo mataría?

Reí fuertemente y relamí mis labios cuando lo vi sacar un cigarro.

—Voy a aceptarte uno de esos.

Tyler sostuvo su cigarro entre sus labios cuando encendió el mío, ahuecando el encendedor mientras echaba bocanadas en el suyo. Exhalamos al mismo tiempo y sentí que mi cuerpo comenzaba a temblar.

—Ven a casa conmigo —dijo Tyler.

Negué con la cabeza.

—Me llevaré a Paige a casa. Le gustaba Azúcar, ahora está allá, sola, sintiéndose deficiente cuando en realidad es la cosa más hermosa que jamás ha estado en ese agujero de mierda.

—No la más hermosa —murmuró, mirando a otro lado. Cuando no respondí, buscó mi mirada otra vez—. Quiero llevarte a casa.

—Tengo ganas de algo más suave, esta noche.

Se inclinó, besando mis labios una vez.

—Puedo ser suave.

Lo respiré, sintiendo mis muslos tensarse.

—No como nosotras.

Deslizó sus dedos detrás de mi nuca, apoyándose contra su puerta y luego presionó sus labios contra los míos, saboreándome como lo había hecho la primera noche, con un anhelo que hizo que toda la razón se derritiera conmigo.

Retrocedió, rozando mi labio inferior con su pulgar.

—Que se joda Paige.

—Yo joderé con Paige —dije, caminando hacia atrás un par de pasos antes de dar media vuelta.

Tyler exhaló una bocanada antes de que lo escuchara abrir, cerrar la puerta y encender el motor. Crucé la calle y volví a Turk's. Paige estaba de pie afuera en el callejón nevado, fumando y viéndose aliviada de verme.

—Volviste —dijo Paige.

Mi teléfono vibró y se encendió la pantalla. Reconocí la autofoto como de revista de Finley y fruncí el ceño.

En camino. Marco nos llevará.

Gruñí, metiendo mi teléfono de vuelta en mi bolsillo.

—¿Malas noticias? —preguntó Paige.

—Es solo... la chica con la que estaba, mi hermana, Finley. Tiene un asistente y está con él ahora. Vendrán a recogernos.

—¿A las dos?

Mi rostro se suavizó.

—Sí. ¿Tienes planes por las próximas tres horas? ¿O hasta el amanecer?

Paige tragó y luego sacudió la cabeza, sonriendo. Tenía una cara tan dulce. La muerte de su inocencia aún era fresca, y yo sabía que a ella aún le gustaba fingir que existía.

Faros delanteros se dispararon a nuestros ojos, ambas alzamos nuestras manos.

—¿Qué putas, Marco? ¡Apaga los brillos!

—¡Lo siento! —gritó desde el asiento de conductor.

Las luces se apagaron y ofrecí mi mano a Paige.

—Esto no es felices para siempre. Es solo esta noche.

Enganchó mis dedos con los suyos y asintió, siguiéndome al rentado de Marco.

—Hola —dijo Finley mientras nos acomodábamos en el asiento trasero. Su labial y máscara estaban embarrados.

Reculé.

—Qué asco, ¿a ti qué te pasó? Por favor dime que no chupaste a Marco por la culpa.

La sonrisa de Finley se desvaneció y se dio la vuelta.

—Llévanos a casa, Marco.

—Sí, Señorita Edson.

CAPÍTULO 4

Finley se tambaleó a mi habitación, envuelta en una bata blanca de peluche, sosteniendo una caja envuelta en papel blanco y grueso con un brillante moño aguamarina. Encendió la luz y retrocedió. La máscara embarrada ya no estaba y lucía su hermosa apariencia habitual, sin el maquillaje que de todas formas no necesitaba.

Notó a Paige desnuda y boca abajo en mi cama, después se me unió en la banca junto al alféizar de la ventana.

Me dio la cajita y se inclinó sobre la pared.

—Ábrelo.

Hice lo que me pidió, jalando el delicado moño y papel, finalmente llegando a la tapa de cartón. Adentro estaba otra caja de cartón. La levanté, viendo la foto de una cámara al lado.

—¿Qué es esto?

—No es la cámara más cara para principiantes que hay, pero es la mejor. O al menos eso dice Google.

—¿Esto fue tu idea?

Se encogió de hombros.

—De Marco. Mencionó aquella vez que estuviste aburrída en Maui hasta que robaste su cámara. Estaba muy impresionado con algunas fotos que tomaste y pensó que sería un buen regalo para ti.

—Apenas recuerdo Maui.

—Entonces la cámara es definitivamente una buena idea para ti —bromeó.

Removí la tapa del lente y presioné el botón de encendido, configuré un par de ajustes que reconocí y apunté el lente a Finley. Sostuvo sus manos frente a su cara.

—No te atrevas.

Giré hacia Paige, haciendo zoom hacia su mano contra las sábanas arrugadas y presioné el botón.

La imagen inmediatamente apareció en la pantalla, y giré la cámara lo suficiente para que Finley pudiera ver.

—Marco tenía razón. Tienes talento.

—Gracias por la cámara —dije, me sentía con talento con ella entre mis manos—, algo a lo que me pueda aferrar.

Finley cabeceó hacia Paige.

—Es una niña dulce. Y Dios... es hermosísima. Debe haber sido quemada muy gravemente para tener que despertar en tu cama. Más como destrozada y desplumada. Pobre niña.

—Lo sé.

—Así que probablemente no deberías...

—Lo sé. Se lo advertí.

—Sabes que eso no funciona. No tenemos finales felices con gente como ella. Las arruinamos.

Apagué lo naranja de mi cigarro y luego tiré la colilla por la ventana junto con los otros cientos en el cementerio Marlboro escondido abajo.

—No lo sé. Yo consideraría anoche como un final feliz.

—Hablo en serio, Ellie.

—También sé eso.

—Y entonces que quede claro, no hago orales por culpa. Ese es tu talento jodido.

—No debí haber dicho eso, estaba un poco arruinada. El bombero me besó y estaba tratando de llevarme a cualquiera a casa menos a él.

—¿El lindo? —cuando asentí, sus hombros cayeron— Demonios, yo lo quería.

—No es cierto.

—Traté de ignorarlo.

—¿Ignorar qué? —ojeé a Paige. Aún podía sentir sus suaves manos por todo mi cuerpo, su dulzor salado bailando en mis labios.

—Que le gustas. Cada vez que abría mi boca era como si rompiera su concentración. Él quería tanto que lo miraras, y tú estabas viendo a panqué de moras por allá —dijo, haciendo gestos hacia Paige.

—No fui su primera elección. Ella hubiera preferido despertar junto a Azúcar.

—Azúcar estaba hablándole a Zeke sobre otra chica. Tuve el sentimiento de que está cuidando de un corazón roto. Paige está mejor sin él —Finley escaneó a Paige como si fuera un gatito moribundo—. Tal vez vaya a estar bien.

—Va a estar bien —dije, levantándome. Caminé a través del cuarto para acostarme junto a la obra maestra desnuda que estaba en mi cama, acurrucándome con ella.

Paige se estiró y alcanzó mis brazos, ajustando mi agarre alrededor de ella sin abrir los ojos.

Finley se despidió diciendo con los labios: *Almuerzo en dos horas*, antes de irse.

Descansé mi mejilla sobre la sedosa y suave piel de la espalda de Paige, inhalando la atractiva mezcla de humo y loción. Se movió, su cabello azul arrastrándose contra la almohada como una pluma de pavorreal. No temía el incómodo adiós que seguramente vendría a esto, o a sus sentimientos. Mi genuina curiosidad por lo que ella haría con su vida después de mí arregló el espacio entre nosotros. Enganché mi pierna a la suya, la completa y suave extremidad asomándose fuera de la cara y arrugada sábana que solo cubría su trasero perfectamente curvado —el mismo que se arqueaba y corcovaba contra mi tacto hasta que el sol hizo haces de luz por el cielo.

—Estoy despierta —susurró—. Tengo miedo de que si me muevo, esto se termine.

Coloqué la cámara frente a su rostro y presioné el botón de mostrar, enseñándole la imagen de su mano. Todo a partir de su brazo se veía borroso, pero su cabello azul no se confundía con nadie más. Estaba esperando que me pidiera que la borrara, pero estiró su mano hacia atrás para acariciar mi cara.

—Es hermosa.

—¿Puedo quedármela?

—Sí. ¿Ya terminó?

—Terminó —dije—, le pediré a José que te lleve a casa.

—¿Quién es José? —preguntó, se sentó y se estiró, no del todo acongojada.

—Un empleado.

Sonrió, sus somnolientos y contentos ojos desaparecieron tras sus pestañas varias veces antes de que se enfocara.

—Me vestiré.

Saltó fuera de la cama, poniéndose sus vaqueros ajustados y suéter, después sus botas.

—El desayuno está allá abajo. Maricela te dará cualquier cosa que necesites.

Paige asintió, apretando su bolso contra su pecho. Realmente no me iba a pedir que la acompañara. No iba a pedirme nada.

—Tal vez te vea luego —dijo.

Apuntalé mi cabeza con la mano.

—No tendré tanta suerte dos veces.

No trató de ocultar que estaba halagada. Sus mejillas se sonrojaron y cargó su abrigo a la puerta, desapareciendo por el pasillo. Sus pisadas apenas fueron audibles mientras ella descendía las escaleras, pero la voz de mi padre se oyó cuando la saludó.

Me recargué contra el reposo, esperando pacientemente sin miedo a su inquisición. Estaría enojado por la factura de la limpieza, pero más por su pintura Peter Max destrozada que por el dinero. No amaba nada más de lo que me amaba a mí, y eso era afortunado porque mis cambios de humor y explosiones le costaban millones. El Ferrari, el incendio en la villa italiana de su colega, y las facturas legales —también conocidas como sobornos— para mantenerme fuera de prisión.

Se detuvo abruptamente en el umbral, como si fuera un vampiro que necesitaba ser invitado para entrar.

—Hola, Papi. ¿Cómo estuvo tu viaje?

—Ellison —comenzó, su voz gruesa con decepción inventada—. Llegamos temprano para hablar contigo. No es que no te amemos, conejita...

—Yo sé que me aman —dije, manteniendo un semblante suave, pero preguntándome a dónde se dirigía con la conversación. Usualmente comenzaba con el discurso de *Estamos tan decepcionados de ti, pero te amamos y esperamos que seas mejor*, pero esta vez parecía ser diferente.

Suspiró, ya exhausto de sermonearme. Dos pares de tacones chasquearon por el pasillo. Me senté cuando mi madre entró en la habitación, seguida por su entrenadora de vida, Sally.

—Philip —comenzó Madre—, te dije que esperaras —habló con su aliento, sonriéndome como siempre lo hacía, como si su sonrisa no natural hiciera que sus palabras fueran mágicamente imperceptibles.

—Yo solo—

—Señor Edson —dijo Sally—, es importante que mantengamos un frente unido, ¿recuerda?

—¿Qué es esto? —pregunté, entretenida— ¿una intervención?

—Te amamos —dijo Papi.

Madre mantuvo el dorso de su mano contra el pecho de su esposo y dio un paso al frente, abrochando sus dedos juntos en su cintura.

—Ellison, cuando tu padre y yo nos enteramos de tu fiesta y el daño que hizo, estábamos al borde. Te lo hemos advertido un sinnúmero de veces. Eres una adulta ahora. Esta vez en verdad no hay excusa.

—¿Por qué esta Sally aquí? —pregunté.

Madre continuó: —Estamos en el punto en el que nos preocupa tu seguridad y la de otros. ¿Qué tan mayor era la chica que se acaba de ir?

—Lo suficiente —dije, acostándome contra mi almohada.

Me estreché para ocultar lo inconforme que me sentía. Esta clase de confrontación era nueva para ellos. Mis padres usualmente tenían una discusión acalorada en mi presencia sobre cómo lidiar conmigo, y luego mi padre me mandaba de vacaciones lujosas —como la que estaba a punto de tomar con Finley.

Madre suavizó las líneas de arrepentimiento que cortaban su frente.

—Tu padre y yo hemos decidido... —se aclaró la garganta. A pesar de la exasperación, no estaba segura.

—Meredith... prosigue —dijo Sally.

—Estás castigada —se forzó a decir, Madre.

—Estoy... ¿qué? —reí la última palabra, totalmente incrédula. Nunca había sido castigada en mi vida, ni siquiera cuando era lo suficientemente joven para ser castigada.

Madre sacudió su cabeza y luego se retiró a donde mi padre. Él la sostuvo como si estuvieran identificando mi cadáver.

Sally se hizo cargo.

—Tu viaje al Mar Sur de China con Finley ha sido cancelado, también tus tarjetas de crédito y el acceso a casas y empleados de la familia. Podrás quedarte aquí por noventa días. Debes hallar empleo, y una vez que reembolse la cantidad apropiada por el número de daños que has causado a esta residencia, algunos de tus privilegios serán reinstituídos.

Rechine mis dientes.

—Vete al carajo, Sally.

Sally no se inmutó.

—Ellison, en serio —dijo Madre—, Maricela y José fueron instruidos para mantener la comida en la despensa y los cuartos principales limpios. Fuera de eso, depende de ti.

—Déjame ver si entendí. ¿Van a dejarme sin dinero, sola —ya que sé que Fin se va a ir de viaje sin mí— y sin medios de transporte, pero quieren que consiga un empleo y trabaje decenas de miles de dólares mientras también pago por las necesidades diarias y la renta? ¿Gas, taxis, papel de baño, comida? ¿Cómo se supone que haga ambas? ¿Tienen idea de cómo es la renta en esta ciudad? Lo que proponen es asnal.

—No proponemos nada —dijo Sally—. Esa es tu vida ahora.

Me crucé de brazos.

—Estoy segura de que mis engaños cortaron tus pagos, Sally.

—Conejita... —comenzó Padre.

Sally levantó su mano.

—Hablamos de esto, Sr. Edson. Ellison, esto no es sobre mí. Es sobre ti.

—¿Qué vas a ganar con esto? ¿Qué hay para ti? —pregunté, hirviente.

—Nada. Sanar a tu familia es mi trabajo.

—No por mucho —advertí—. No olvides quién firma los cheques, Sally. No es mi madre, y Papi no se suscribe a tus patrañas —señalé a mi padre—. Papi, no puedes dejar que haga esto.

—Es lo mejor —dijo mi padre, sin convicción.

—¿Lo mejor para quién? Me criaste para ser esta persona. ¿Ahora vas a castigarme por eso? Yo no solía ser así. Traté de ser buena para captar su atención. ¡Nada funciona!

—Culpa —dijo Sally.

—¡Es una ciudad turista! ¡Ningún trabajo disponible por aquí va a pagar lo suficiente para satisfacer lo que sea que debo, y renta y cuentas! ¡Literalmente me va a tomar años!

—Razonamiento —dijo Sally.

Cuando mi padre no mostró signos de retractación, empujé mi labio inferior, cruzándome de piernas para verme infantil.

—Sé que lo arruiné. Seré mejor, Papi, lo juro.

—Negociación —dijo Sally.

Una lágrima resbaló por mi mejilla.

—Te voy a odiar después de esto. Esto no nos volverá más unidos. Jamás te volveré a hablar.

Sally aclaró su garganta.

—Manipulación. Esas lágrimas son instrumentos, Philip.

—¡Que te jodan, tú concha tu madre aborrecible! —empuñé las sábanas en mis puños y reboté una vez en el colchón mientras gritaba.

Los ojos de mis padres se abrieron ampliamente. Sally se veía aliviada.

—Ahí. Ahí está la verdadera Ellison. No estás en bancarrota. Aún puedes usar la casa. Maricela se asegurará de que haya provisiones básicas. El resto, como dijo Meredith, dependerá de ti.

Mi padre me veía con dolor en sus ojos. Sabía que lo estaba matando por dentro.

—De verdad te amamos. Tienes razón, conejita, te hemos fallado. Esta es la única forma que conocemos para arreglarlo.

—Lo sé —dije entre dientes—, dejar a alguien más a cargo de mi destino siempre ha sido tu carta maestra.

Hizo una mueca de dolor y mi madre lo guio fuera y por el pasillo. Sally se quedó atrás con una sonrisa engreída en su cara.

—Puedes irte —dije, mirando a la ventana al otro lado del cuarto donde apenas media hora antes Finley había estado admirando la belleza de Paige y explicándome que no debería arruinarla.

—Puedes llamar a tus padres, Ellison. Pero no para torturarlos. No para rogar. No para tratar de cambiar su opinión, Yo estaré con ellos por los próximos tres meses. La cuenta de tu teléfono se transfirió a tu nombre y responsabilidad. Tienes un paquete básico hasta que puedas costear más, así que úsalo con sabiduría.

La miré, esperando matarla con mi feroz mirada.

—¿Por qué sigues aquí?

—Es importante que uses este tiempo para mejorarte. Va a cambiar tu vida, Ellie. Aprovechalo. Lo que tus padres están haciendo es lo más duro que jamás han hecho, y lo están haciendo porque te aman.

—Oh por Dios, Sally. Tienes razón, estoy curada.

Sally se rio.

—Me alegra que conserves tu sentido del humor.

—No fue humor, imbécil, fue sarcasmo. Puedes irte a la mierda con mis padres crédulos, tú serpiente egoísta y manipuladora

—Te deseo lo mejor, cariño. De verdad espero que hablemos pronto.

—Espero que le mandes un mensaje a mis padres pidiéndoles dinero, dos segundos antes de que mires hacia arriba y te golpeé en la cabeza un camión de desechos tóxicos.

Sally no se veía afectada, sino triste, girando hacia la puerta sin decir otra palabra. Habló suavemente con mis padres, Maricela y José antes de que la puerta principal se cerrara y su auto se dirigiera al portón.

Golpeé el colchón con mis puños, gritando tan fuerte como podía. Las palabras saliendo de mi boca ni siquiera tenían sentido y no podía recordar lo que se decía de una oración a otra, pero no tenía opciones y era lo único que podía hacer.

Corrí a través del pasillo hacia el cuarto de Finley. Su cama estaba hecha, su cuarto vacío y su equipaje desaparecido.

—¿Qué carajos? —dije, corriendo de vuelta a mi cuarto en busca de mi teléfono. Marqué el número de Finley.

Contestó enseguida: —¿Ellie? Oh por Dios, cariño. Estoy en el auto con Marco. Apenas me dieron tiempo para vestirme. Maricela tenía mis cosas empacadas y junto a la puerta cuando regresé a mi cuarto.

—¿También te echaron a ti?

—No. Querían que me fuera para Sanya. Dijeron que necesitabas tiempo a solas.

—Oh, con un demonio. ¿Estoy en tiempo fuera?

Finley guardó silencio.

—¿Qué vas a hacer? Madre dice que cortaron tu acceso al dinero.

—No... No lo sé. No he pensado tan en el futuro. Supongo... supongo que... —si le pedía dinero a Finley, sería tan patética como cualquier mula pútrida de la que nos hubiéramos quejado desde la pubertad.

—Me prohibieron ayudarte —dijo Finley, sonando derrotada—, pero dejé todo el efectivo que tenía en mi buró. Creo que son ocho o novecientos. Tomaron tu pasaporte y congelaron todas tus cuentas. Lo lamento tanto.

—¿Sabías que esto iba a pasa? ¿Es por eso por lo que viniste a casa?

—Por supuesto que no. Eres mi hermana, Ellie...

—Todo estará bien. Gracias por el efectivo. Cuando dejen de estar enojados se sentirán mal y cambiarán de opinión.

—No —dijo Finley, suavemente—. Le dieron todo el control a Sally.

—Eso es ridículo. Ni siquiera es posible.

—Firmaron un contrato. Sally tiene que firmar en todos los dineros o servicios que se te extiendan. Es lo que Madre me dijo. No sé qué es lo que van a hacer si no encuentras un apartamento. Sally hablaba de refugios en Estes Park —nunca había oído a Finley tan asustada.

—Eso es simplemente... absurdo. Una vez que Papi abandone esta tontería de intervención, mandará a Sally a freír espárragos. Me ama más que a su propia consciencia, más que a Madre —definitivamente más que a cualquier contrato con esa aspirante a terapeuta.

—Exacto, Te ama más que a nada, Ellie. Más que a su culpa u orgullo, o tu enojo. Más que a mí.

—Eso no es cierto, Finley, Tú eres la buena hija.

—Y tú la que requiere más atención.

Me dolió el pecho. Era la verdad, lo que lo hizo mucho más doloroso. No sabía que Finley pensará en mí de esa forma, y su opinión era la única que me importaba.

Continuó como si no acabara de desgarrar mi corazón.

—Es muy pronto para llamar, pero no contaría con su ayuda en un momento próximo.
Hablan en serio esta vez. Fuiste demasiado lejos.

—Tienes que hablar con ellos.

—Lo intenté, Fin. También intenté hablar contigo, si lo recuerdas.

—Fin. Eres mi hermana. Ayúdame.

Pausó por varios segundos y luego suspiró.

—Eso hago.

Aunque Finley no podía verme, asentí, y luego toqué mis labios con mis dedos. Tenía razón, pero eso no lo hacía justo. Había maneras menos dramáticas de que mis padres demostraran su punto.

—Buen viaje —dije.

—Lo lamento tanto, Ellie.

—Sí —dije presionando el botón de *COLGAR*. El teléfono cayó de mi mano a la cama, miré por la ventana para ver la nieve siendo soplada de los árboles. *¿Conseguir un empleo? Tengo un título en cerámicas. ¿Dónde carajos conseguiré un empleo en Estes Park?*

CAPÍTULO 5

—Dije que no —dije, tocando la madera en la mesa de Sterling y su monstruoso comedor.

—Es perfecta para ti —dijo Sterling, bebiendo su tercera copa de vino tinto. Estaba lamiendo sus heridas por nuestra noche con Finley. Al contrario de lo que había dicho cuando me invitó a su casa, Sterling no estaba en absoluto interesado en ayudarme a encontrar un empleo en Estes Park.

—¿Una barista? —dije— La gente en este pueblo sabe quién soy —la mayoría son baristas. Me echaran a risotadas del edificio si entro buscando trabajo. No creerán que necesite uno.

—No pueden discriminarte, Ellie. Si estás más calificada que cualquiera que haya pedido empleo, te lo tendrán que dar a ti.

—Así no es como funciona. Contratan nietos y sobrinas en esta ciudad. Y, no. No una barista. Me acaban de echar de Turk's. Tendrán miedo de que me beba sus reservas. Especialmente ahora que ha José le ordenaron quitar todo el licor de la casa.

—¿En serio?

—Totalmente —gruñí.

—¿Qué demonios hiciste, Ellie? No puede ser peor que aquella vez que—

—No lo es. Se rompió una pintura. Un par de floreros y una mesa. Vómito en el piso... nada que el equipo de limpieza no pudiera manejar.

—Entonces no es por el dinero.

—¿A qué te refieres?

—Estás jodida. No están tratando de enseñarte responsabilidad o gratitud, Ellison. Están tratando de salvarte de ti misma. Los padres de Betsy March hicieron lo mismo por ella. No hay salida. Deberías rendirte de una vez y acabar con esto.

Mi boca se abrió.

—Eres un cabrón increíble.

Bebió otro sorbo de vino.

—La gente sigue diciendo eso. Me lo estoy empezando a creer.

Lo miré, mis mejillas hirviendo con humillación.

—¿No necesitas... uhm... una asistente o algo, o sí?

—¿Yo? Mierda, no. Ya tengo cuatro. Oh. ¿Hablas de... contratarte?

Me puse cabizbaja.

—Solo si necesitas uno. No quiero caridad.

—Nunca funcionaría, Ellie.

—¿Por qué?

—Porque somos amigos y quiero que lo sigamos siendo.

—Me acabas de decir que me matara.

—No me refería a eso...

—Bien.

Me señaló.

—Justo por eso.

Fruncí el ceño.

—¿Ahora de qué hablas?

—Ni siquiera pusiste una pelea. Dije “no” y te retiraste. No quiero una marica trabajando para mí. Me criaron con más niñeras que asistentes. Uno para limpiar mi cola, otro para lavar mis manos, uno más para alimentarme, otro para que jugara durante el día, uno para la noche. Había más. No recuerdo sus nombres. ¿Pero mi favorita? Beatrice. Era más mala que un gato con un petardo en su culo, y me encantaba. Nadie más me hablaba como ella. Necesito personas que no tengan miedo de decirme la verdad. Puedes, pero no puedes, y seguiremos siendo amigos.

Suspiré y asentí, aburrida de su discurso. De verdad le encantaba oírse hablar.

Sterling me arrojó el periódico, se inclinó a través de la mesa y cambió a los anuncios. Ya había círculos rojos en la sección de *Ayuda*.

—Cartera —dije, leyendo sus sugerencias—, McDonald’s —lo miré. Alzó sus manos—. Banquera. Estoy quebrada y ¿piensas que es una buena idea que alguien como yo trabaje en un lugar como ese?

Se encogió de hombros, levantándose y caminando hacia el bar.

—Estoy tratando. Necesitas una bebida,

—Recepcionista de hotel. Noches. Registrar entradas y salidas, limpieza ligera y llevar los desayunos continentales —miré a Sterling—. ¿Les pagan a las personas quince dólares la hora por hacer esto?

—Es un pueblo turista. No pueden conseguir que las personas trabajen por el salario mínimo en empleos de salarios mínimos. El costo de vivir es muy elevado.

—¿No hay nada más?

—Asistente de una revista local —se rio— *La OrejaMontañesa*¹⁵ —dijo en tono burlón—. Adivina quién la posee.

—¿Philip Edson? —bufé.

—Noup, de esta no es dueño tu padre. Es la nueva tentativa de J.W. Chadwick, el dueño de Turk’s. No va a contratarte. También hay una posición de servil en el retiro, pero tendrías que lidiar con capullos como nosotros todo el día.

Cubrí mi cara, dejando que el periódico cayera a la mesa.

—Esto es lo que me pasa por titularme en algo que sabía que no me serviría para conseguir trabajo. Me jodieron. Mis padres me jodieron.

—Te jodiste sola. No actúes como si no supieras lo que estabas haciendo.

Saqué un arrugado billete de cien de mi bolsillo y lo tiré sobre la mesa.

—Es todo lo que me queda.

—¿Te dejaron cien dólares?

—No, no me dejaron nada. Fin me dejó ochocientos dólares. Me los bebí todos.

—No solo eres una ebria. Eres una ebria irresponsable. Te lo mereces.

—Te odio.

Sterling guiñó un ojo.

—Nah, me amas. Puedo decirte la fea verdad y seguimos siendo amigos. Por eso te quiero —puso un alto vaso de gin frente a mí—. Bebe. Tenemos un largo día por delante.

—No puedo buscar empleo ebria.

Sostuvo una pequeña píldora blanca en el aire y luego la puso sobre la mesa, empujándola hacia mí.

¹⁵ Originalmente *MountainEar*. [N. del T.]

—No estamos buscando trabajos hoy. Hoy, nos despedimos de Ellison Edson, la perra rica, y decimos hola a Ellie, la trabajadora de clase baja.

—Come mierda y muere, Sterling.

Se bebió su propia píldora con el vino. Miré a la mesa, tomando la gredosa y blanca píldora ovalada con mis dedos. Tenía razón, hoy no encontraría trabajo.

Lancé la píldora al fondo de mi garganta, sin importarme lo que fuera, solo esperando que hiciera efecto rápido. Tragué el gin hasta que mi garganta ardía, y entonces miré a Sterling, limpiando mi boca.

—Esto se va a poner feo.

—Siempre es así con nosotros —dijo, tomando otra bebida.



Desperté en el piso, desnuda y tapada con un mantel de mesa. Sterling era mi almohada, su muslo descubierto contra mi mejilla. Me senté, limpiando mi boca, saboreando salado y haciendo arcadas.

—Oh por Dios —susurré, mirando su desnudo cuerpo tumbado en el piso.

No lucía como Sterling, con la limpia y rasurada al ras mandíbula a la que me había acostumbrado. Su cara había empezado a oscurecerse con bigotes y su cabellera usualmente relamida había comenzado a liberarse del gel hecho para mantener cada mechón en su lugar. No difería mucho de cualquier otro que hubiera dejado en mi camino, desordenado y arruinado, pero el solo verlo era la manifestación física de fondo de roca —el hombre que mi hermana amaba, tirado en el suelo, desnudo, con una mezcla de nuestros sudores aún brillando en su piel.

La bilis se alzó en mi garganta y las náuseas me abrumaron. No había vomitado tras un día de beber desde principios de preparatoria. La sensación me tomó desprevenida.

Gateé hasta encontrar mi ropa, poniendo cada pieza de tela en mi pecho. Exhalé un pequeño llanto y lágrimas quemaron mis ojos. *Finley*.

Jamás me perdonaría —nunca nos perdonaría, traté de recordar lo que había pasado. El sol estaba tras la cima de las montañas, el cielo se oscurecía a cada segundo, Sterling y yo habíamos estado follando por horas, pero no recordaba nada de eso.

Mareada y humillada, recogí mi ropa, jalando mi sostén, mi camiseta, mis bragas —más náusea— y finalmente mis pantalones, sintiendo el frío del algodón contra mi piel. Di otra arcada mientras corría hacia el baño al final del pasillo. Mi estómago palpitaba y eran principalmente whiskey y otros licores los que salpicaban la puerta, presioné mis labios juntos y dejé que mis mejillas se hincharan, aguantando el resto lo suficiente para levantar la tapa del inodoro. El agua del inodoro se chorreó contra mi cara, cerré los ojos, sollozando.

Una vez que terminó, me levanté, lavé mis manos y mi cara, enjuagué mi boca y traté de enjuagar los trocitos misteriosos en mi cabello. Me miré al espejo. La chica que me devolvió la mirada era irreconocible. Estaba demacrada, con oscuros círculos bajo sus ojos inyectados de sangre. Era una adicta. Finley tenía razón. Vivir de este modo iba a matarme.

Caminé suavemente a través del pasillo, agarrando mi efectivo y botas en el camino.

Sterling se giró y corrí hacia la puerta, saltando en un pie para ponerme la bota, y luego en el otro.

—¿Ellie? —llamó, con la voz rota.

—Nada pasó—dije.

Se cubrió la cara y me dio la espalda.

—Joder. *Joder!* No, no, no... no pudimos. No lo hicimos. Dime que no lo hicimos.

—No lo hicimos. Nada pasó. Porque si hubiera pasado, entonces Fin no nos volvería a hablar, jamás —dije, cerrando la puerta tras de mí.

CAPÍTULO 6

La alarma estalló junto a mi oído, la alcancé, abofeteándola hasta que se calló. El sol de la mañana estaba derramándose sobre las persianas abiertas —las había dejado así a propósito para que me obligaran a levantarme de la cama. Mi entrevista con *La OrejaMontañesa* era en noventa minutos. Desafortunadamente, J. W. Chadwick era dueño del mismo bar del que me habían expulsado más de una vez, haciendo mi entrevista un poco más complicada.

Abri mi guardarropa, preguntándome lo que la gente vestía en las entrevistas. Cuando busqué en Google *Qué vestir en una entrevista de revista*, salieron miles de atuendos que jamás vestiría, incluyendo un vestido de gala con un cuello que caía en picada y una falda transparente que estaba segura de que nadie usaría en un espectáculo de pasarela.

Presioné mi espalda contra la pared y me deslicé al suelo, posando mis codos sobre las rodillas y descansando mi frente sobre mis puños. En este pueblo me conocían por peores cosas que ser la hija del billonario local. Nadie me contrataría, y una vez que Finley supiera lo que había hecho, jamás me perdonaría. Había perdido todo, y mi futuro se veía muy desolado.

Lágrimas bajaron por el puente de mi nariz, encharcando en la punta y goteando sobre la alfombra. Pronto, no podía controlar los sollozos y el agitar de mi cuerpo, y todo lo que podía pensar era en lo injusto que había sido que mis padres hubieran soltado esta bomba sobre mí y que además se hubieran llevado el licor.

Madre no podría empacar sin haber consumido por lo menos dos botellas de vino para calmar sus nervios.

—¡Señorita Ellison! —dijo Maricela, agachándose frente a mí —¿Qué ocurre? ¿Está herida?

Cuando la miré, utilizó su delantal para enjugar mis lágrimas.

—Nadie va a contratarme, Maricela. Soy la borracha del pueblo.

—No desde hace dos días, no lo es.

—No puedo hacer esto —lloré—, no sé cómo hacer esto. Solo están lanzándome a los lobos.

Maricela frotó mis brazos.

—Así es como yo aprendí a nadar, muñequita. Muchas veces necesitamos ser arrojados, o nunca podremos aprender solos.

—Metí la pata —dije, secando mi nariz con el dorso de mi mano—, lastimé a Finley —miré hacia arriba, mi labio inferior temblando—. Ella no lo sabe todavía. Solo puedo pensar en doparme para distraerme.

Maricela tocó mi mejilla.

—Eso no se irá hasta que lo enfrente. Admita sus errores, y luego, arrégelos.

La pequeña resolución que quedaba dentro de mí se derrumbó.

—No va a perdonarme. No esta vez.

—Señorita Ellison, ¿esto es por el lugar al que José la llevó? ¿La Planeación de Paternidad? ¿Qué dijeron? ¿Qué hicieron?

Esnifé. La prueba de embarazo había vuelto negativa, y habían sido dos semanas desde que me habían revisado por ETS, y no habían llamado de vuelta con los resultados. Con Planeación de Paternidad, cero noticias eran buenas noticias.

—Finley es su hermana. La ama mucho. Quiere lo mejor para usted.

Comencé a sollozar de nuevo.

—De verdad lo jodí esta vez. No puedo creer que sea esa clase de persona. Alguien que... —sacudí mi cabeza, desanimada— He pensado tantas veces desde que pasó que tal vez sería más fácil si... No puedo hacerlo —miré a Maricela a los ojos, solemne.

—No entiendo —dijo Maricela, preocupada.

—Solo quiero que esto termine —las palabras sonaron insinceras, una declaración tan poderosa con tan poca emoción. Me pregunté si así era como Betsy se sentía por su propio final —demasiado dañada para sentir cualquier cosa excepto adormecimiento.

Maricela tomó mi barbilla entre sus dedos.

—Niña, no más de esto. La Ellison que es destructiva y llena de ira... adelante. Mátela. Pero *usted* puede vivir.

Intenté mirar a otro lado, pero no me dejó.

—Si quiere demostrar que no es esa persona, entonces debe dejar de ser esa persona. Déjela ir. Mírese. No la está haciendo feliz.

Parpadeé, y luego asentí lentamente. Maricela siempre sabía qué decir cuando me sentía triste, pero nunca me había alzado la voz así. Estaba peleando por mí. No podía dejarla pelear sola.

—Tienes razón. Se tiene que ir,

Maricela me ayudó a levantarme.

Miré mi ropero otra vez. Estaba lleno de camisas de franela, capuchas y pantalones rasgados, camisetas reveladoras y playeras de concierto.

—La entrevista es en una hora. Voy a ir luciendo como si recién hubiera dejado las drogas.

Maricela se paró detrás de mí, tocó mis hombros y susurró a mi oído.

—Está muerta. Ve a encontrar a otra Ellison.

—¿Y si no sé dónde empezar?

—Ya lo hiciste —besó mi mejilla y dejó el cuarto.

Miré las ropas un poco más y luego azoté las puertas, corrí a través del pasillo hacia el cuarto de Finley, abriendo su clóset con la esperanza de que no se hubiera llevado todo lo fantástico a su apartamento en Manhattan. Colgando de sus ganchos encontré un par de pantalones ajustados de cuero negro y un suéter de borgoña. Con un alto par de botas negras, un poco de maquillaje y después de tomar un cepillo a través de mis ondas, le gruñí a mi apariencia en el espejo. Saqué los productos de cabello de Finley, me rocié un control de rizos y luego lo cepillé a lo largo. Miré mi reflejo otra vez y suspiré. Estaba tan acostumbrada a vestirme como si no me importara que cualquier cosa que requiriera un poco de esfuerzo me hacía ver como si estuviera intentando demasiado.

—Se ve bien, Señorita Ellison —dijo Maricela desde la puerta—. ¿Debería recoger su ropa sucia?

—Gracias. Pero no creo que debas. No quiero que te metas en problemas por mi culpa.

La expresión de Maricela cayó y luego asintió, sabiendo que tenía razón.

—Te enseñaré cuando estés lista —agitó su mano una vez antes de dar vuelta por el pasillo.

—José está seguro de que el Sr. Edson olvidó mencionar que va a llevarla a cualquier entrevista de trabajo.

Una amplia sonrisa apareció en mi rostro.

—¿En verdad?

—Buena suerte, Señorita.

—¿Maricela?

Se giró.

—No sé si te pidieron que reportaras lo que estoy haciendo, pero preferiría que no les dijeras sobre la entrevista.

Maricela había estado con nuestra familia desde que estaba en la primaria, y me miró con amor maternal en sus ojos.

—Solo quiero que se mejore, Señorita Ellie.

—Lo sé, eso intento.

Cerró la puerta y giré para verme en el espejo, decidiendo jalar mi pelo en un suave y alto bollo. El Sr. Wick iba a contratarme, aunque no lo supiera todavía.



José se asomó por el espejo retrovisor del Audi.

—Se ve bien, Señorita Ellison.

—Gracias —respondí, girando para ver por la ventana a los edificios que pasaban.

Nuestra casa estaba escondida al sur de la Carretera 66, y la revista estaba casi hasta el norte. Le llevó a José poco más de diez minutos llegar a la autopista, y dio vuelta al sur, conduciendo en sentido opuesto a todos los demás camino a sus trabajos, y a los turistas encaminados a la base de la montaña. Los camiones de arena pasaban a toda fuerza, rascando un camino hacia Estes Park. Pasamos retiros y posadas, un río y un cementerio... tantas cosas a las que nunca les había puesto atención porque no eran bares ni restaurantes sin un código de gala.

José pasó Mills Drive y mi corazón se aceleró. No estaba segura de qué esperar, pero tenía el presentimiento de que estaba por humillarme a mí misma. Pasamos varios edificios, todos cafés con vehículos que hacían juego. Más lejos del resto se hallaba un pequeño edificio con dos garajes y muchos camiones de emergencia estacionados alrededor del mando de círculo. Me erguí en mi asiento cuando vi el letrero.

CENTRO ENTRE AGENCIAS

PARQUE NACIONAL DE ROCKY MOUNTAIN

Me senté derecha, tocando el vidrio con las yemas de mis dedos. No estaba segura de que su equipo se hubiera quedado durante el año, pero si iba a venir por esta calle por cuarenta horas a la semana, esperé que no.

Junto al edificio de bomberos había un gran parque de vehículos recreacionales y medio kilómetro de tráileres dotaban el paisaje. Al otro lado de la calle frente a la estación y el parque había una nueva construcción de acero. Una entrada de autos curvada frente a la entrada que también continuaba hacia otro edificio de acero más pequeño que tal vez

funcionara como garaje o el almacén, posiblemente ambos. La oficina de La OrejaMontañesa era pequeña, una estructura de acero no descrita recién terminada en las afueras de la ciudad.

Me despedí de José mientras retrocedía. Había prometido volver en una hora. Me paré en la acera, vestida inadecuadamente para la temperatura que bajaba a cada momento. Las nubes estaban bajas sobre las cumbres y la nieve comenzaba a puntear mi cabello como plumas que desaparecían al contacto.

Una camioneta dual y el carguero de un tráiler pasaron hacia el parque de camiones, los diez neumáticos chapoteando contra el asfalto húmedo. Di un rápido paso hacia atrás antes de que una ola de agua helada me empapara desde mi bollo hasta los talones. Caminé hacia el edificio principal, pasando el letrero en el que se leía REVISTA OREJAMONTAÑESA. Mis tobillos se tambaleaban con cada paso, sintiéndome menos confiada y más ridícula mientras más me acercaba a la puerta principal. Mi mano dudo al alcanzar la manija, pero la abrí, suspirando de alivio cuando se calentaron mis mejillas.

La puerta chirrió al entrar, la alfombra industrial original ahora húmeda por mis botas. Las paredes estaban pintadas color cascarón; los cuadros colgados en una línea entre las ventanas contenían portadas de revistas. Además del escritorio frontal, había seis sillas con cojines rojos contra la pared, y una planta falsa, el vestíbulo era un montón de espacio vacío.

Al principio solo pude ver la cabeza de la chica en el escritorio principal. Se levantó, reconociéndome con un cabeceo. Parecía apenas salida de la preparatoria, luciendo colitas trenzadas rubias colgando bajo un gorro tejido. El nombre en la placa sobre el escritorio leía: JOJO.

Sostuvo la bocina negra del teléfono con sus mitones rosado cálido, con demasiado maquillaje para su joven rostro. Aunque estaba segura de que su intención era levantar un solo dedo, su mitón entero se levantó, pidiéndome con un guiño y una sonrisa que esperara a que terminara la llamada.

—No, Mike. Porque Wick está ocupado, y yo también. No quiere tus fotos en el desfile. Porque apestan. Tengo a alguien en el escritorio. Voy a colgar. Sí, lo haré.

Azotó el teléfono y me miró con sus grandes ojos y pestañas falsas. Su piel naranja se había estado horneando en una cama de bronceo mucho antes de que comenzara la temporada de esquí. Masticaba su goma y me sonreía con una pulgada de brillo untada en sus labios hinchados.

—¿En qué puedo ayudarte? —su tono cambió como si fuera una persona distinta. Ya no era la recepcionista malhumorada que desviaba las llamadas para Wick. Jojo era agradable, con ojos brillantes y esperando para hacerme feliz.

—Estoy aquí para la entrevista de las 9 a. m. Mi nombre es Ellison Edson.

La expresión de Jojo cayó.

—Oh. Eres la asistente de Wick.

—No, yo... estoy postulándome para el trabajo.

Se levantó, indicándome que la siguiera por el pasillo.

—Créeme, nadie más quiere el trabajo. Eres la primera persona que se ha postulado. El anuncio ha estado por un año.

Caminamos a través de un umbral extra grande hacia un cuarto vacío con un escritorio y una pequeña sala de estar, y nos detuvimos frente a una puerta ligeramente manchada con J.W. Chadwick marcado en la puerta.

—¿Hay alguna razón por la que nadie se haya postulado? —pregunté.

—Claro —dijo, mientras abría la puerta—. Es un capullo.

El Sr. Chadwick bajó el periódico que sostenía.

—Lo escuché.

—De todo mundo —dijo Jojo, cerrando la puerta tras ella—. Te amo, Papi.

El Sr. Chadwick se sentó erguido, entrelazando sus manos sobre su escritorio.

—Te amo, nenita —me miró—. ¿Cuándo puedes empezar?

—Lo siento, Sr. Chadwick. Creo que no escuché bien. ¿Cuándo puedo...?

—Empezar. Y es solo Wick. Todos me llaman Wick excepto Jojo.

—Tal vez deberíamos discutir lo que ser asistente significa exactamente —dije—. Horarios, beneficios y sueldo —no estaba segura de cómo funcionaba todo esto, pero no era estúpida.

—¿Necesitas empleo?

—Sí.

—¿Entonces qué importa? —dijo, mordisqueando el mondadientes en su boca.

—Importa.

Suspiro, recostándose en su silla descuidada.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Eres la hija de Philip Edson, ¿cierto? También te echaron de mi bar dos veces solo este año. ¿Por qué necesitas un empleo? No tengo interés de contratar gente perezosa que no necesita trabajo.

—Suena como si no hubiera contratado a nadie.

Wick me miró y luego las esquinas de su boca se alzaron.

—Necesitaré que organices archivos, mantengas mi calendario, hagas encargos, ayudes a Jojo de vez en cuando, programes anuncios y tomes todas las llamadas que reciba. Jojo está cansada de todos los periodistas en el estado y todos los que poseen una cámara pensando que son fotógrafos. Necesito a alguien firme. Necesito a alguien organizado. ¿Eres tú?

—Puedo ser firme cuando lo necesite, pero no puedo prometer ser organizada.

Wick me señaló.

—Pero eres honesta.

—Supongo.

—Treinta y seis horas a la semana, una semana de vacaciones... no pagada, cero beneficios, esto no es caridad.

Me encogí de hombros.

—No la necesito, de todas formas. Mis padres tienen mi seguro. O, lo tenían. Tendría que preguntarles.

—No me has dicho por qué estás aquí. Todos saben que tu hermana trabaja para tu padre. ¿Por qué tú no? ¿Ha habido alguna rebelión familiar o eres una especie de espía del periódico?

No pude contener una risilla.

—¿Espía? No. Como notará —dije, estirándome para alcanzar el periódico en su escritorio—, eso no está en mi currículum. Y tampoco es de su incumbencia.

Wick sonrió, sus dientes torcidos y amarillos me hicieron desear nunca más agarrar un cigarro.

—¿Fumas? —preguntó.

—¿Sí? —dije, acomodándome en mi asiento y un poco espeluznada porque acabara de mencionar en lo que estaba pensando.

—Estás contratada. Novecientos a la semana. Empiezas mañana. Vamos a fumar allá atrás.

—Oh. Uh... está bien.

Seguí a Wick fuera de su oficina, a través del pasillo con cajas, hacia la puerta trasera. Mis botas crujieron en la nieve y miré hacia arriba, dejando que los copos cayeran y se derritieran en mi cara.

Wick sacó un cigarrillo de un suave paquete en el bolsillo de su camisa y un encendedor del bolsillo trasero de sus vaqueros antes de jorobarse. Rodeó sus manos alrededor de la flama y sopló, después ofreció el encendedor para que hiciera lo mismo. Me incliné y di una bocanada, después di un brinco cuando dos hombres vinieron desde la esquina.

—¡Wick! —dijo Tyler, aligerando su paso en cuanto me reconoció.

—¡Tyler! ¡Zeke! ¡Llegan tarde! ¿Dónde diablos está el otro?

—Colorado Springs. Otra vez —dijo Zeke. Sacó dos cigarrillos de su paquete y le ofreció uno a Tyler. Retrocedí. Los mentolados eran asquerosos. Debían ser la preferencia de Zeke. Tyler fumó de un paquete negro.

—¿Qué hay, Ellie? —dijo Zeke.

—¿La conocen? —dijo Wick, agradablemente sorprendido.

—Sí —dijo Zeke con una sonrisa—. Nos conocimos en una fiesta.

—Es mi nueva asistente —dijo Wick.

—¿Asistente? —preguntó Tyler— ¿Eso qué significa?

—No estoy segura todavía —dije—. Lo descubriremos en el camino, supongo.

Wick asintió, viéndose orgulloso, y luego una profunda línea se creó entre sus cejas.

—Asegúrate de que no se meta en problemas, Maddox.

Tyler habló con su cigarrillo entre labios, entrecerrando sus ojos por el humo.

—Eso debería ser al revés, Wick.

Wick lo señaló.

—Si te vuelven a echar de mi bar, no te dejaré regresar esta vez.

—Eso dices siempre.

—Y no voy a dejar que tu amiga sea mi nueva asistente —dijo Wick.

—Eso es pelear sucio. —Tyler frunció el ceño.

—Estoy aquí —dije—. Y puedo salir con quien quiera —apuñalé mi cigarrillo en la arena del bote de colillas y palmeé a Wick en el hombro—. Gracias por el trabajo. Te veré en la mañana. ¿A las nueve? —pregunté, esperanzada.

—Claro. No llegues tarde. Soy un maldito bastardo en la mañana.

—Lo es —dijo Zeke, despidiéndose una vez.

Caminé alrededor del pequeño edificio del frente, aliviada de que José estuviera ahí temprano. Me deslicé en el asiento trasero y dejé que mi cabeza cayera contra el cojín.

—¿Consiguió el empleo, Señorita Ellison?

—Conseguí el empleo.

—Enhorabuena —dijo José, sonriéndome a través del retrovisor.

—No me felicites todavía.

CAPÍTULO 7

—Este —dijo Jojo, poniendo su mano encima del gabinete de metal de metro y medio—, es nuestro respaldo. Las copias duras—cuando las tenemos—van aquí. En el escritorio trasero junto a la pared están el escáner y la impresora—te mostraré cómo funcionan, después—y en la esquina está la parte más importante de tu trabajo... la Keurig¹⁶.

Adornada con un montón de paquetes de endulzante abiertos y filtros de café usados, la mesa tenía manchas de agua y se tambaleaba al tacto. La papelera junto a ella, sin embargo, estaba vacía. Sacudí mi cabeza.

—No —dijo Jojo—. Él no tira nada a la basura. Dawn siempre limpia en las noches, pero papá tiene como seis tazas al día, así que trata de facilitar el trabajo de la chica. Es buena, pero no es maga. Y, ya que este es el primer cuarto que cualquiera que venga a ver a Wick ve, sería agradable que no pareciera un basurero.

—Anotado —dije, empujando unos filtros a la papelera.

Jojo hizo un gesto hacia la puerta de Wick.

—Está cerrada cuando está de buen humor. Abierta cuando no.

Alcé una ceja hacia la puerta cerrada.

Jojo levantó una mano manteniendo sus dedos junto a su boca. Susurró: —Es para que lo oigas mejor cuando grita.

—Anotado también.

Jaló la silla y me senté automáticamente, Jojo no sabía que era mi segunda naturaleza el sentarme en una silla que habían jalado para mí, pero sentí la sangre hirviendo bajo mis mejillas cuando me di cuenta de lo que había hecho.

Presionó la barra espaciadora en su escritorio.

—Crea tu nombre de usuario y contraseña aquí, pero asegúrate de anotarlos en algún lado para que pueda tener acceso a esto cuando lo necesite.

Esperó mientras escribía mi usual nombre de usuario *ESquared* y *DoubleE5150!* como contraseña. A pesar de las constantes advertencias de mi padre, ese log-in había sido creado en la secundaria y lo había utilizado para todo desde entonces. Si Jojo hubiera puesto atención, se habría podido registrar en mis medios sociales o incluso en mi cuenta bancaria en línea si hubiera querido.

Jojo me enseñó el programa que usaría para el calendario de Wick y los recordatorios. Parecía ser simple. Para el fin de mi primera hora, podía revisar mi e-mail y el de Wick, y tenía acceso a sus contactos y a lo que tuviera que decir cuando sus amigos y ene-amigos llamaran.

Wick abrió su puerta y esperé pacientemente a que girara, pero en lugar de eso buscó en su bolsillo un paquete de cigarros y sacudió su cabeza hacia la puerta trasera.

—¿Tu cerebro está lleno, Ellie? —preguntó.

—No.

—Bien. Fumemos.

—Papá... —dijo Jojo, para nada feliz—. Le pagamos por hora. No la contratamos para que sea tu nueva compañera de fumar.

—Ya tiene un par de esos —dije.

¹⁶ Marca de una cafetera.

—Oh —sonrió Jojo—. Conociste a Zeke y Tyler, ¿eh?

—¿Los conoces? —pregunté.

—Zeke es un gran osito de peluche. Se ve malo, pero es la clase de chicos que abre las puertas para ti y te traen flores. Tyler es un bastardo.

Wick se vio insultado.

—Espera, Jojo., no vayas por ahí diciéndole esas cosas a la gente. No es un mal chico.

Jojo estrechó sus ojos hacia él antes de desviar su mirada hacia mí.

—Siempre toma el lado de Tyler. Es un tema delicado con nosotros —miró de vuelta a su padre—. Así que no voy a gratificar su ignorante opinión sobre Maddox con una respuesta, pero *es* un bastardo. Si lo conoces es porque ya dormiste con él, así que no creo que tenga que decirte sobre eso.

Wick y Jojo me miraron, esperando una respuesta.

—¿Y bien? —preguntó Jojo, aplanando sus palmas en mi escritorio— ¿Lo has hecho?

—¿Dormir con Tyler? —tragué, crucé mis brazos, moviéndome nerviosa y haciendo sonidos raros con mi garganta mientras buscaba una forma de cambiar el tema. Usualmente no me hubiera molestado encontrar una respuesta abrasiva y demasiado verdadera para una pregunta tan inapropiada, pero la sobriedad eran tiempos confusos para mí— ¿Tú lo has hecho?

Wick se giró hacia su hija, poniendo un cigarro en su boca, sosteniéndolo con sus agrietados labios.

Ahora Jojo se retorció incómodamente. Se levantó.

—No creo que esta sea una conversación adecuada para el lugar de trabajo.

—¡Maldición, Jojo! Ahora tendré que dispararle a mi compañero de fumar favorito, ¡porque todos sabemos que no puedo patearle el trasero!

Jojo rodó sus ojos y giró sobre sus talones, caminando alrededor de la esquina de su escritorio.

Wick esperó a que me pusiera mi abrigo para guiarme al callejón trasero. Una pequeña bodega de acero tras el edificio principal de la revista creaba un cuchitril entre la entrada de autos y nosotros.

Un parche de concreto creaba lugares de estacionamiento para Jojo y Wick, pero tras eso había una pastura llena de nieve y una piedra intermitente asomándose por el paisaje lleno de piceas azules y álamos.

—La estación de bomberos bajando el camino... ¿es la estación de *hotshots*?

—Y la segunda estación de la ciudad. Pero algunos de los sujetos que trabajan ahí son hotshots por temporadas—como Tyler y Zeke. Durante la temporada de incendios ellos viven por el Cuartel alpino.

—¿Qué es un hotshot por temporada?

—Durante la temporada de incendios ellos duermen, comen y viajan a través del país apagando incendios. De tres a seis meses al año.

—Oh —dije, preguntándome si Tyler ya se habría ido.

Wick encendió el papel blanco con tabaco y tomo una calada, luego me entregó el encendedor para que hiciera lo mismo con uno de los cigarros sobrantes de mi padre. El paquete tenía tres cigarrillos un poco aplastados, y yo solo tenía treinta y cuatro dólares del dinero que Finley me había dejado. Los precios no eran algo a lo que hubiera prestado

atención, pero estaba segura de que no podría costearme unos cigarrillos antes de mi primer cheque.

—¿Novecientos a la semana significa que me va a pagar cada semana o solo estaba hablando de acumularlo en la mensualidad? —pregunté, frotando mi cabeza. Sentí que una jaqueca se acercaba.

—Cada semana. Justo como el personal de mi bar.

—Entonces... ¿el viernes?

—Viernes.

Segundos después de que Wick respondiera, escuché botas crujendo contra la nieve. Tyler y Zeke aparecieron tras la esquina con cigarrillos ya encendidos y una conversación a medias. Ambos se veían felices y para nada sorprendidos de verme, y entonces cada quien tomó su turno para estrechar la mano de Wick.

—¡Taylor! —dijo Wick. Había notado la ropa casual su ropa casual al mismo tiempo que yo—. Debes tener el día libre.

Fruncí el ceño, preguntándome si Wick intentaba ser gracioso o si solo había dicho mal el nombre de Tyler.

—Escuché que finalmente encontraste a alguien que aguante tu mierda, Wick —dijo Tyler.

Wick le había dicho a Zeke y Tyler el día anterior que había sido contratada. Ahora actuaba como si se hubiera enterado por alguien más.

Zeke fumó una calada de su cigarro, y luego jaló la manga de mi abultado abrigo azul marino juguetonamente.

—¿Confundida?

Arqueé una ceja, insegura de si era una pregunta capciosa.

Sus risas fueron cortadas por el sonido del buscapersonas de Zeke. Jaló la presilla de su cinturón y lo sostuvo en alto, entrecerrando los ojos.

—El deber llama.

Palmeó a Tyler en el hombro y cabeceó hacia Wick.

—Tal vez los vea más tarde. Solo es una reunión.

Lo despedí y crucé mis brazos mientras el aire entre los tres que quedábamos rápidamente se volvía incómodo.

Tyler y Wick intercambiaron sonrisas engreídas, claramente compartiendo un chiste silencioso que desconocía. Los miré, aliviada de que Jojo asomará su cabeza a través de la puerta trasera.

—Annie está en el teléfono para ti.

—Estoy descansando —gruñó Wick.

—Probablemente deberías atenderla. Es el refrigerador otra vez.

—¡Maldición, maldición, maldición! —dijo Wick, arrojando su cigarrillo y no atinándole al bote.

La puerta trasera se azotó tras él y recogí la colilla aún encendida para enterrarla en la arena.

—Qué bueno que hayas recogido eso —dijo Tyler.

—He escuchado ese antes —dije, fumando una calada.

Tyler bajó su gorra sobre sus ojos y luego metió sus manos en los bolsillos de su abrigo. Antes de que pudiera preguntarle cómo se había conseguido el día libre, sonrió.

—¿Cómo está eso? ¿Trabajar para Wick? —preguntó.

—No tan malo como pensé que sería.

—Eso es inesperado.

Fumé otra calada, mirándolo apagar su cigarrillo y encender otro.

—¿Vienes aquí todos los días?

—¿Durante la temporada de incendios? Sí. Fuera de temporada, si estoy aquí.

—¿Cuándo no estás aquí?

—Cuando estoy viajando.

—Oh.

—¿Oh? —preguntó. Pude ver ese deseo familiar en sus ojos, aún tras la sombra que su gorra emitía. El hoyuelo en su mejilla izquierda se hizo más profundo mientras se inclinaba un milímetro en mi dirección.

Incluso esa respuesta nominal hizo que la vieja yo quisiera una botella de bourbon y un cuarto oscuro. Tragué. La vieja mí estaba a tan solo dos días, y no estaba lo suficientemente enterrada para soportar la manera en que Tyler me estaba viendo. Quería esconderme bajo su cuerpo y reemplazar el dolor con sus dedos hundiéndose en mis caderas, mirándolo tensarse mientras me estocaba en el interior, olvidándome de todo menos las manos ásperas de Tyler en mi piel desnuda, dejándome llevar por el dulce escape de la intoxicación.

—Deja de mirarme así —rompí.

—¿Cómo?

—Como si me hubieras visto desnuda.

—¿Lo he hecho?

Rodé mis ojos, inclinándome para apagar mi cigarrillo.

—Hey, —dijo, estirándose hacia mí. Escaneó mi rostro como si tratara de recordar—. Lo siento. No quería ofenderte.

Me empujé de él.

—Mejor regreso adentro. Necesito este trabajo ahora.

—¿Acaso, uh... Zeke siente algo por ti?

—¿Zeke? —dije, mi voz subiendo un octavo— No. Quiero decir, no lo creo. No, definitivamente no.

—¿Sientes algo por él?

Mi expresión se retorció.

—¿Por qué carajos me preguntas eso?

—¿Conociste a mi hermano?

Me paré, completamente confundida.

—Suenas completamente loco ahora mismo.

—Solo estoy asegurándome antes de lanzarme.

—¿Lanzarte? ¿Estamos en el bachillerato?

Sus cejas se fruncieron. Realmente se estaba concentrando, se veía tan confundido como yo.

—Fui a una preparatoria.

—No creo que la hayas terminado.

Se rio.

—¿Qué harás después de esto?

—No a ti.

Se ahogó en la calada que recién inhalaba, y luego humo y risa tropezaron fuera de su boca.

—Tranquila, preciosa. Lastimarás mis sentimientos.

—Escucha, me está costando trabajo volver adentro, lo que significa una cosa: necesitas irte lejos y mantenerte lejos. Estoy tratando de ser buena aquí, y tú eres... nada bueno... para mí... en absoluto.

Tocó su pecho con la palma de su mano.

—Soy bueno —dijo, fingiendo insulto.

Su confianza hizo que mis muslos cosquillearan.

—No. Eres malo. Y yo soy mala. Y necesitas volver a la estación o al cuartel general o como sea que lo llames para que pueda volver a mi trabajo.

—Voy a ir a Turk's más tarde. Deberías encontrarme ahí.

Negué con la cabeza, retrocediendo.

—No. Definitivamente no.

Dio un paso adelante, divertido con mi retroceso. Sabía el efecto que tenía en mí y lo estaba disfrutando.

—¿Te pongo nerviosa?

Mi espalda tocó la puerta. Suspiré, mirando hacia el cielo nublado.

—Me van a despedir —alcancé su rostro y le planté un beso en la boca.

Tyler ni se inmutó, agarrando mi abrigo y jalándome hacia él. Sus labios eran vagamente familiares, comandantes y con un propósito. Deslizó su lengua dentro de mí y tararé, cerrando mis ojos y dejándolo llevarme a otro lugar—cualquier otro lugar—menos el escenario de mierda en el que estaba ahora mismo.

Lo empujé, sin aliento.

—¿Tu camión está cerca?

—¿Mi camión?

—Sí, el que tiene el asiento trasero —estiré mi mano para alcanzar la roca tras su cremallera.

—Está... en la estación —gimió, tomando mi trasero con ambas manos. Se elevó, presionándome contra él.

Estaba contenta de haber estado vistiendo vaqueros y una camisa de franela. Si hubiera estado en el cuero y el suéter del día anterior, ninguna cantidad de sexo me habría calentado.

—¿Wick mantiene el almacén cerrado con llave durante el día? —pregunté.

Tyler se inclinó hacia atrás, mirándome hacia abajo con respiración elaborada.

—¿Es en serio?

—Solo checa la maldita puerta, Tyler.

Metió su barbilla y parpadeó.

—¿Tyler?

—¿Qué carajos? —dijo otra voz detrás de él.

La copia en carbono de Tyler lo atrapó por la espalda de su abrigo y lo jaló hacia atrás, lanzándolo hacia el suelo.

Zeke se paró, con los ojos abiertos por completo, detrás de él, alzando ambas manos.

—¡Whoa, whoa, whoa! ¡No lo sabían! ¡No se lo dije a ninguno de los dos!

Limpié mi boca y alisé mi ropa.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

El Tyler en el piso no estaba seguro de qué pensar, mientras el que estaba de pie estaba listo para la guerra.

Zeke señaló al Tyler al que me acababa de embarrar.

—Ellie, ese es Taylor, el hermano gemelo de Tyler.

—Oh, puta madre —dije. No solo eran gemelos, eran reflejos. No pude ver ni una sola diferencia— ¿Qué... *por qué* no me dijiste? —chillé.

—Mierda. ¿Esa es Ellie? —preguntó Taylor, alzando sus manos— ¡No me dijiste que trabajaba aquí!

Tyler señaló a su hermano.

—¿Ni siquiera le pediste el puto nombre antes de meter tu maldita lengua en su garganta?

—¿Estás jodiéndome? —dijo Taylor, sentándose lentamente— No actúes como si no lo hubieras hecho miles de veces, cara de polla

—¡Eres mejor que esa mierda, Taylor! Siempre nos aseguramos. ¿Qué diablos está mal contigo?

—Ella... —dijo, mirándome— ¡Le pregunté sobre Zeke! ¡Le pregunté sobre ti! No actuó como si... ¡No me dijo nada!

—¿Le dijiste mi puto nombre cuando preguntaste o solo preguntaste sobre tu hermano? No es la primera vez que alguien se confunde.

Taylor se encogió de hombros, avergonzado, Tyler se movió hacia él.

Levanté mis manos.

—¡Yo lo besé! —salió de mí.

Tyler se congeló.

—Yo lo besé —dije de nuevo, tocando mi pecho con una mano mientras la otra aún se extendía hacia Tyler—. Esto no es su culpa.

Taylor se levantó y se sacudió la nieve y lodo de sus abrigo y pantalón, con la cara roja y apretando la mandíbula.

Tyler miró a su hermano.

—Te debo una, capullo.

—Bien, me debes una —me miró—. Gusto en conocerte, Ellie.

—¿Eso es todo? —gruñó Tyler.

La mandíbula de Tyler se movió bajo su piel.

—Perdón por el malentendido.

Mis hombros cayeron.

—Yo también lo siento.

Taylor desapareció tras la bodega con Zeke siguiéndolo no muy lejos. Tyler rodó sus hombros hacia atrás y me miró con decepción en sus ojos.

—No —dije, señalándolo—. No puedes estar celoso. Apenas me conoces.

—No estoy celoso. Era mi hermano, Ellie.

—Por favor —me mofé—. Como si no hubiera pasado antes. Basándome únicamente en los cuarenta y cinco minutos que he estado con ambos de ustedes juntos, estoy bastante segura de que han compartido por lo menos una docena de mujeres en algún punto. Tal vez sin siquiera saberlo.

—No —dijo Tyler, casi haciendo un mohín—. Tenemos un sistema. Usualmente funciona.

—Tengo que volver adentro.

—¿Ellie?

—¿Sí? —dije, molesta.

—¿Estabas diciéndome la verdad o solo tratabas de evitar una pelea?

—¿Qué?

—Dijiste que lo besaste... pensando que era yo.

—¿Y?

—Pensé que no hacías repeticiones.

Suspiré.

—Voy a ser honesta contigo, Tyler. Lo jodí. Mis padres me cortaron. Estoy en quiebra y necesito este trabajo. Le hice algo horrible a mi hermana y estoy tratando de cambiar para que si y cuando se dé cuenta, sepa que ya no soy esa persona.

Un lado de la boca de Tyler se elevó y al mismo tiempo apareció su hoyuelo en la mejilla izquierda.

Presioné mis labios en una línea dura.

—Fue un momento de debilidad. No hago repeticiones. Especialmente, *definitivamente* no ahora.

Tyler procesó mis palabras, asintiendo una vez.

—Suena justo.

Reí.

—Está bien. Entonces disfruta Colorado Springs.

—¿Colorado Springs? —preguntó Tyler, confundido. El reconocimiento se encendió en sus ojos y se avergonzó por mí— Oh. Ese es Taylor.

Mis mejillas ardieron.

—Me alegra alejarme de ti. La cosa de los gemelos es demasiado para mí, sobria.

Tyler se rio y se estiró ofreciendo una despedida baja y diminuta mientras se alejaba.

—Adiós, Ellie Edson. Fue divertido.

—Ellie divertida murió. Solo queda Ellie quebrada-y-sola —bromeé.

Tyler se detuvo.

—No está muerta. Se está transformando. Como una mariposa.

—Eso es profundo, Maddox.

—He estado más profundo —dijo con una sonrisa, bajando su gorra tal y como su hermano había hecho diez minutos antes, entonces se fue caminando.

Rodé mis ojos y sacudí mi cabeza, abriendo la puerta trasera. Wick y Jojo casi cayeron de frente y luego pretendieron—pobremente—haber estado haciendo algo que no fuera escuchar a escondidas.

—¿Estoy despedida? —pregunté.

—¿Despedida? —preguntó Jojo— ¡Infiernos no! Eso es lo más divertido que ha pasado desde que Papi construyó el lugar.

Wick alzó un cigarrillo y se apresuró al interior, seguí a Jojo adentro. Ella fue a su escritorio y yo al mío, mirando mi computadora durante un minuto antes de que pudiera concentrarme.

—¿Ellie? —preguntó Jojo a través de la bocina.

Presioné el botón: —¿Sí?

—¿Dejaste las sustancias?

—Um... ¿sí?

—Papi lleva sobrio nueve años. Estamos impresionados.

—Gracias.

—Por nada. No más descansos hoy.

—Entendido —solté el botón y cubrí mis ojos con una mano.

La pintura de la nueva Ellie ni siquiera estaba seca y ya había tocado el timbre de la primera puerta que abría. Masajeé mis sienes, sintiendo otra jaqueca. Quería una bebida; mi boca estaba seca y mi mente jugaba con hacer que José se detuviera frente a la licorería en el camino a casa.

—¿Ellie? —preguntó Jojo, asustándome.

Separé la mano de mi rostro.

—¿Sí?

—Estás en el camino correcto. Nadie hace nada bien a la primera. Todo estará bien.

Nadie podría haberme dicho nada mejor en aquel momento. Esas tres oraciones apaciguaron mi alma.

—Gracias —fue todo lo que pude decir.

Jojo me guiñó un ojo y regresó a su escritorio.

Di un par de clics en mi computadora para navegar los ajustes y seleccioné Cambiar Usuario/Contraseña.

USUARIO: ELLIE2PUNTOo
CONTRASEÑA: CAMINOCORRECTOoo1

CAPÍTULO 8

Bluegrass sonaba a través de las bocinas del techo por todo el edificio de *OrejaMontañesa*. Hojeé a través de un montón de fotos del reciente medio maratón, sacudiendo mi cabeza.

—No te gusta la música. Supuse que eras una rockera —dijo Wick, caminando en mi oficina.

—Ignoro la música —dije, dejando las fotos sobre mi escritorio, desplegadas—. Son las fotos. Son terribles, Wick. ¿Quién las tomó?

—Tiene razón —dijo Jojo, sentándose en el canapé frente a mi escritorio. Cruzó las piernas, sus botas de nieve aún mojadas por haber entrado—. Las he visto. Apestan. Tienes que dejar que Mike traiga esta basura. O solo deja de usar a Mike, punto.

Wick frunció el ceño.

—No hay nadie más.

Cabeceé hacia Jojo.

—Su reportaje sobre la marcha de arte fue estelar. ¿Por qué no solo usar a Jojo?

Jojo sonrió y se levantó.

—Porque Jojo tiene una oficina que dirigir.

—¿Quién tomó esas? —preguntó Wick, señalando los cuadros encima de mi escritorio.

—Oh —dije, volteándolos ligeramente—. Fui yo. Son un recordatorio de lo que trato de hacer.

Jojo caminó a mi escritorio, sosteniendo un marco con una fotografía que había tomado en casa de mis padres el fin de semana anterior. Había capturado apenas la mitad del retrato de Finley en blanco y negro que colgaba del pasillo principal—tomada cuando ella tenía catorce años. Incluso en aquel entonces era bellísima.

—¿Tú tomaste esto? ¿Quién es ella? —preguntó Jojo.

—Mi hermana —dije con voz queda. No le había hablado a Finley desde que desperté junto a Sterling. Me había dejado un par de mensajes de voz, pero también entendió que tal vez no quería hablar con ella sobre sus vacaciones en el mar mientras yo estaba atrapada en un globo de nieve.

—En realidad es bastante buena —dijo Jojo. Miró a Wick y él concordó. Levantó otro cuadro antes de volver a bajarlo—. ¿Qué cámara usas?

Me encogí de hombros.

—Solo es una apunta-y-dispara que mi hermana me compró. Una Nikon, creo. Está por ahí —dije señalando la bolsa en la esquina.

Jojo se pavoneó hacia ahí y saqueó mis cosas, sacando la cámara y sosteniéndola en lo alto.

—Empecé con esta. Puedo enseñarte un par de cosas básicas en el almuerzo. Toma unas fotos esta noche y muéstramelas mañana.

—¿Por qué?

—Porque la descripción de tu empleo tal vez se amplíe.

—Me encantaría comer almuerzo. Pero estoy manteniendo un presupuesto. Traje un sándwich de casa.

—Es tu cuarto día de paga. ¿Aún no puedes costear un almuerzo? —se rio. Cuando no contesté, continuó— Yo invito. Ni te molestes en argüir. Yo ganaría.

—Tiene razón —asintió Wick.

—Está bien, solo deja que arregle esto un poco.

Jojo fue a su escritorio y Wick desapareció tras su oficina, cerrando la puerta. Estuve agradecida de que tuviera un buen humor. Pensamientos de Sterling y muchas posibles reacciones que Finley podría tener sobre nuestro momento temporal de locura corrieron en círculos en mi cerebro, y estaba trabajando quizás con tres horas de sueño.

Terminé de contestar los correos electrónicos de Wick y empujé mi silla con ruedas lejos de mi escritorio. El teléfono vibró.

—Ellie, línea uno —dijo Jojo por la bocina.

—¿Para mí?

—Sip.

Levanté el teléfono y presioné el botón para la línea uno, preguntándome si sería una barista quejándose sobre algo que no sirviera en Turk's, o tal vez Mike esperando que le diera buenas noticias sobre sus fotografías basura.

—Ellie al habla —dije, esperando por varios segundos antes de que una voz comenzara a hablar del otro lado.

—Pe... Perdón por llamarte al trabajo. Felicidades, por cierto.

Me encorvé, como si eso ayudara a silenciar la conversación.

—No puedes llamarme aquí, Sterling.

—Lo sé, lo siento. Finley no regresa mis llamadas.

Rodé los ojos.

—Nunca lo hace. Deja de ser paranoico y deja de llamarme. No pienses que no te recuerdo pasándome lo que fuera que esa puta pastilla fuera. ¿Qué hiciste? ¿Me drogaste?

—E-Esto no es mi culpa.

—¿Entonces de quién? —siseé— Ni siquiera recuerdo lo que pasó.

—¡Yo tampoco! —gritó— Estabas acongojada y se supone que solo nos relajaría. Fue algo nuevo que saqué de Preston.

—¿Preston? —siseé— ¡¿Me diste algo que sacaste de Preston?! ¡Pudiste habernos matado a los dos!

—No tenías que tomarla. No puedes poner todo esto en mí.

—Confíe en ti —dije, apretando el teléfono y tratando de gritarle lo más callado posible—. Pero tienes razón. Aceptó mi parte en lo que pasó. Tal vez la ames, pero es mi hermana. Estoy tratando de hallar la manera en la que pueda demostrarle—en caso de que se entere—que he cambiado.

—No puedes decirle —dijo Sterling, sonando desesperado.

—No se lo diré. Pero sabes mejor que cualquiera, Sterling, Finley siempre lo averigua. Supo que corté el cabello de su Barbie y ni siquiera estaba en casa. Fuimos anfitriones de una fiesta de cumpleaños ese fin de semana. Pudo haber sido cualquiera, pero supo que fui yo.

Sterling se rio una vez.

—Recuerdo esa historia —se calló por medio segundo—. Tienes razón. Estamos jodidos. Cerré los ojos. Mis labios rozaron la bovina mientras hablaba.

—Esto no es nosotros. Ya no quiero hablarte más, Sterling. Estás solo.

—Ellie...

Colgué el teléfono y suspiré, empujándome del escritorio y recolectando mis cosas para almorzar con Jojo.

Estaba parada en la puerta, esperándome, cuando di vuelta en la esquina. La seguí hacia su Outback y entré, abrazándome por calor. Jojo parecía ignorar el frío, encendiendo el auto como si no estuviera vistiendo enormes bolsas por guantes.

—Trajiste tu cámara, ¿cierto?

Levanté mi bolsa.

—Pensé que podríamos intentar el Café de Cramp. La comida no es directa de la granja ni esas mierdas, así que está libre de turistas y es uno de los lugares más silencioso, puedo enseñarte un par de trucos en tu Nikon. Estoy emocionada por ver lo que puedes hacer. Pareces tener talento.

Reí una vez.

—¿Qué? —preguntó Jojo, saliendo hacia el camino y presionando los ajustes del calentador con sus mitones.

—Eso es lo que dijo Finley. Mi hermana.

—Bueno, tenía razón. Tal vez podamos empezar a cubrir más que el mercado y la vida silvestre.

Jojo estacionó en el callejón en un espacio que parecía designado a los habitantes, cubriendo todo el bloque. No pareció preocuparle, saliendo y cerrando la puerta del auto. Caminamos juntas y la seguí pasando un par de basureros y cubas de aceite a través de una sucia puerta de malla adentro de la cocina trasera.

—Jojo —dijo uno de los cocineros.

Jojo saludó y me hizo gestos para que la siguiera pasando el área de alacenas, más allá de la parrilla y luego la caja registradora.

—¡Lo mismo! —dijo Jojo— ¡Dos!

La mujer tras el contador asintió y gritó a su personal: —¡Dos Jojos!

Nos quitamos los abrigos, bufandas, guantes y gorros, y los sentamos junto a nosotros en un reservado por la ventana.

—¿Tienes tu propio sándwich? Eso es algo genial.

—No en realidad. Solo ordeno la misma cosa todo el tiempo, y te va a encantar, también. Un bizcocho frito con aguacate, un huevo freído a medias encima y su salsa especial. Es coreano o algo, lo que es raro para un lugar que parece tan cocina sureña, pero es j—es bueno. Confía en mí.

Fruncí el ceño. No sonaba apetitoso en absoluto, pero era comida gratis y mejor que carne de pavo sobre pan integral, no me iba a quejar.

Le di mi cámara a Jojo y me dijo sobre la exposición, apertura, velocidad de disparo e ISO. Me hizo jugar con los distintos modos creativos de la cámara —el P, A, S y M—y me enseñó cómo se usaba, después me educó en por qué eran superiores a los modos de ícono.

Para cuando había terminado el extraño pero delicioso bizcocho Jojo, ya estaba ajustando la cámara y tomando un par de fotos del café afuera.

Jojo las miró todas, sacudiendo la cabeza. Mordí mis uñas, esperando la crítica.

—Ridículo —dijo, devolviéndome la cámara—. De verdad tienes un ojo para esto. Wick se va a cagar, porque está listo para perder a su asistente.

—No —dije, sacudiendo mis manos hacia ella—. ¿En verdad?

Jojo sonrió, poniendo sus codos sobre la mesa e inclinándose.

—En verdad. Aún ayudarás en la oficina y limpiarás la mesa de café, estoy segura, pero te irá genial. Lo sé.

—No soy periodista. No puedo escribir. Le pagué a alguien para que hiciera mis ensayos en la universidad.

Jojo hizo una mueca.

—¿Tenías que escribir ensayos por un título en cerámicas?

Cerré los ojos, avergonzada.

—Sí.

Jojo soltó una risotada y me reí con ella, *de verdad* reí, por primera vez en mucho tiempo.

—Gracias —dije, tratando de recuperar el aliento—. No sabía que podía reirme así, sobria.

Jojo descansó su barbilla en el talón de su mano.

—Sé que se supone que eres una especie de oveja negra de la familia, pero no estás tan mal. No puedo imaginarme que hayas cambiado tanto en un mes.

—Es sorprendente lo que la desintoxicación y la responsabilidad le hacen a una chica —dije, bromeando a medias.

—Lo has estado haciendo tan bien. Ni un desliz.

—Es difícil beber o comprar mota cuando estás en quiebra. Y aunque tuviera, no se lo diría a mi jefa.

—No soy tu jefa, y tú no eres una mentirosa. No es solo sobre el dinero, Ellie, y es un poco triste porque te he estado viendo trabajar tan duro y aún estás esperando para arruinarlo.

—Eso no es verdad —dije, sacudiendo la cabeza y jugueteando con mi vaso con agua.

Jojo soltó una pequeña risilla y luego juntó sus cosas.

—Vamos. Tienes trabajo que hacer.

Jojo me dejó a una cuadra de la revista y me incliné para verla a través de la ventana lateral del asiento de copiloto. El escape soplaba por la parte trasera del auto y mi aliento no era tan diferente.

—¿En verdad? ¿Esto es una especie de *Survivor* de fotografía? Estamos como a doce grados bajo cero,

Jojo agitó su brazo hacia mí.

—Hay unas cosas interesantes por aquí, quiero ver cómo las ves.

—Bien.

—Te veo en un rato —dijo con una sonrisa de comer-mierda.

Mi cámara estaba fría contra mi piel y batallé para cambiar los ajustes con mis dedos frigiditos mientras Jojo se iba, regresando al espacio tras nuestro edificio.

Me giré, viendo una vieja casa, y me incliné hacia atrás para ver la antena. Tomé un disparo de práctica y lo chequé, reajustando la cámara, tome otro. Cuando el monitor mostró la imagen, sonreí, Jojo tenía razón. El modo automático apestaba totalmente. Era un mundo de diferencia sabiendo cómo los ajustes afectaban la imagen.

Caminé calle abajo, lejos de *OrejaMontañesa*, perdiéndome tomando fotos y viendo la cambiante calidad con las variaciones del ISO, la velocidad de disparo y el tiempo de exposición. Tomé acercamientos de hojas con nieve, techos con nieve, autos descompuestos cubiertos en nieve, ventanas con nieve... había mucha nieve en mis fotos, pero hice que salieran bien.

—¿Te despidieron? —preguntó Tyler, o Taylor, del otro lado de la calle— Zeke y yo tenemos una apuesta de qué tanto durarás —tenía un ojo entrecerrado por el sol poniéndose, y me giré para notar que apenas se asomaba tras las montañas. Jalé la manga de mi abrigo para ver mi reloj. Había estado afuera en las temperaturas bajas por dos horas y media sin darme cuenta.

—¿Tú cuál eres? —pregunté, guardando mi cámara.

—Tyler —rio — ¿Eres como una vendedora de seguros o algo? —preguntó con una sonrisa.

—No. Ahora tomo fotos para la revista.

—Deben estar desesperados —bromeó.

—Vete a la mierda —dije, girándome para caminar tres cuadras de vuelta a mi edificio. Tyler estaba frente a su estación, tampoco me había percatado de la distancia que había caminado.

—Hey —llamó. Oí sus botas chapoteando contra la calle mojada y crujiendo contra la sal de piedra antes de que me alcanzara—. Estaba bromeando.

—Yo también —dije, caminando por la acera.

—Así que, uhm —metió sus manos en los bolsillos de sus pantalones cargo—. Tú y Paige...

—No hay un yo y Paige.

—¿No? ¿Por qué? Alguien dijo que tú y ella podrían ser... Te gustan los hombres, ¿cierto? Quiero decir... se supondría que sí después de la noche que tuvimos. No puedo descifrarte.

—¿Qué hay que descifrar?

Una sonrisa lentamente apareció en su rostro.

—Tú, Ellie. Estoy intentando descifrarte a ti.

—Me estás hablando otra vez.

—Pensé que esta vez estaría bien.

—¿Por qué?

Sus cejas se juntaron. Se estaba frustrando.

—Tú, eh... ¿aún piensas en aquella noche?

—No, en realidad no.

Suspiró.

—Ha pasado un mes, Ellie.

—Estoy consciente de ello.

—Aún pienso sobre eso.

Respiré profundamente, esperando que pudiera exhalar mis sentimientos.

—Hemos hablado sobre esto —dije, continuando mi viaje hacia la *OrejaMontañesa*.

—Ellie —dijo, riendo nerviosamente—. ¿Podrías detenerte y hablarme por un segundo?

Me detuve, alzando la barbilla para enfrentar su mirada.

—¿Así que estás interesado en mí porque no me desvanecí como el resto de tus aventuras de una noche, por mi padre o porque tal vez no me gusten los chicos?

—Ninguna de las anteriores. ¿Por qué eres tan complicada?

—Fue una noche, Tyler. Era alguien diferente entonces. No quiero estar atraída por el bombero sudado dispuesto a llevarse a una chica ebria a cama, no más.

Empujó sus puños en sus bolsillos y entrecerró un ojo—ese maldito hoyuelo en su mejilla apareciendo otra vez.

—No quieres, pero lo estás.

Estaba tan confiado que mis insultos no lo afectaban. Era demasiado arrogante para creerme.

Seguí caminado.

—Tú estás haciéndolo complicado. Intento ser clara. Solo porque tal vez no esté en mi apogeo no quiere decir que esté intentando enviarte indirectas.

—Ya te llevé a cama una vez. Quería preguntarte si querías salir.

Me detuve para escanear su cara, decidiendo si estaba diciendo la verdad o no. Había esperanza en sus ojos y tal vez un poco de miedo. Tyler era alto y macizo y apagaba incendios para ganarse la vida, pero estaba asustado de mí, y con razón. Tras todo ese músculo y ser un malote, Tyler era bueno, y eso significaba que yo era mala para él—incluso si era mejor de lo que solía ser.

—No puedo salir contigo.

Continuó como si no me hubiera escuchado.

—Hoy salgo a las diez.

—Estaré en cama a las diez.

—¿Qué tal un desayuno? No tienes que trabajar hasta las nueve, ¿cierto?

—Porque me gusta levantarme tarde, genio.

—¿Eres una chica de tocino y huevos? ¿O panqueques?

Fruncí el ceño. Ambos sonaban fantásticos. Un desayuno gratis era tan bueno como una cena gratis, y Sally había dejado claro que no permitiría a Maricela llenar la alacena hasta que hablara con mis padres por teléfono—lo que no planeaba hacer... jamás. No iba a cambiar mi vida por ellos; lo estaba haciendo por Finley, y eso significaba que pronto viviría de fideos Ramen hasta que Maricela sintiera lástima por mí y trajera unos de sus famosos tamales.

Desayuno gratis sonaba bien, pero usar a alguien por comida sabiendo que estaba interesado en mí no era ser una buena persona.

—No.

—¿No? —preguntó, sorprendido.

—Estoy un poco ocupada conmigo misma. Estoy seguro que encontrarás otra chica con la cual andar.

Mis pies finalmente decidieron quejarse sobre los tres pasos fríos hacia la *OrejaMontañesa*. La puerta chirrió cuando empujé a través del frente, desapareciendo con el sonido de mis botas estampándose en el tapete de bienvenida.

—Comenzaba a preguntarme si volverías —dijo Jojo. Su brillante sonrisa se desvaneció—
¿Sabías que Maddox está afuera?

Me giré para ver a Tyler de pie afuera de la puerta, sus manos en los bolsillos de su chaqueta, esperando.

Señalé la ventana, demandando que regresara por donde había venido. Negó con la cabeza.

—¿Qué haces? —preguntó Jojo.

—¿Cómo te deshaces de estos sujetos? Son como el chicle pegado en la suela de mi zapato.

—No podría decirte. Estoy bastante segura de que Maddox nunca ha esperado afuera en el frío por ninguna chica. No deberías hacerlo esperar hasta que se ponga azul. Ya sabes... por nosotros —levantó la mano—. Veamos lo que tienes.

Quitó la pequeña tarjeta de la cámara y se la di. Emoción apareció en su rostro mientras insertaba la tarjeta en el costado de su monitor y se sentaba, las ruedas chillando mientras se acercaba deslizándose.

Mis dedos estaban rojos y congelados, me preguntaba cómo hacían para trabajar afuera en estas temperaturas bajo cero. Rápidamente, hacer los ajustes apropiados y la fotografía se habían vuelto una obsesión, haciendo que el tiempo volara. Incluso estando junto a Jojo mientras ella veía los cientos de fotos, quería salir y hacerlo de nuevo.

Jojo sacudió la cabeza y posó su codo sobre el escritorio, ahuecando la barbilla en su mano. Se cubrió la boca con los dedos, presionando el ratón cada vez más rápido.

—Ni siquiera sé qué decir.

—La verdad. ¿Aún tendré el puesto de asistente si apestan, cierto?

—No apestan.

—¿No?

—¡Son increíbles!

Inhale profundamente.

—¿Lo son?

—¡Papi! —gritó Jojo, sonando más como una preadolescente impaciente que como una mujer capaz de manejar todo el negocio.

Wick se apresuró fuera de su oficina, caminando rápidamente.

—¿Son buenas?

—Velo tú mismo —dijo Jojo, haciendo clic con el ratón.

Me crucé de brazos, sintiendo mi piel quemando mientras lentamente se calentaba, y cambié mi peso, sin saber cómo tomar su reacción. Wick puso una mano en el hombro de su hija, inclinándose para ver mejor el monitor.

—Ellison —dijo Wick, mirando la pantalla—. No son malas, chica.

—¿Sí? —dije, esnifando.

Se paró derecho y me palmeó el hombro.

—Necesita una tarea, Jojo. No como la mierda aburrida usual. Algo que tanto locales como turistas quieran saber. Algo excitante. ¡Sexy!

Jojo frunció el ceño.

—Ew, no digas esas cosas, Papi.

Tyler finalmente empujó la puerta.

—No me voy a ir.

Rodé los ojos.

—¿No tienes un trabajo que hacer?

Wick chasqueó los dedos.

—¡Sí! ¡Lo tengo!

—¿Qué es? —pregunto Jojo.

—La primera tarea de Ellie —señaló a Tyler—. Puede seguir al equipo Hotshot. Conocemos lo básico, pero ¿qué es lo que hacen *de verdad*? ¿Qué tan peligroso es su trabajo? ¿Qué tan arduo físicamente? ¿Qué se necesita para ser un hotshot? ¿Quiénes son? ¿Qué hacen en su tiempo libre?

—No —dije, más rogando que respondiendo.

—Oh por Dios, Papi, ¡eso es brillante!

—Jojo —rogué—. No soy una periodista.

—Yo te ayudaré —dijo Jojo—. Puedo reescribirlo, o escribir toda la maldita cosa si tengo que hacerlo. Tú toma notas y fotos.

Wick sonrió, todos sus dientes amarillentos fueron visibles. Sacó su pecho, orgulloso de su hija.

—Esto va a ser grande. Edson y Wick. Podría ser elegido por la Asociación de Prensa.

—No hay que adelantarnos. ¿Estamos seguros de que esto es posible? —pregunté— Debe haber asuntos de seguridad.

Wick apuntó hacia Tyler.

—Haz que pase, Maddox. Te lo cobro como favor.

—No pidas un favor —dije.

Tyler dio un paso hacia el escritorio de Jojo.

—Estoy seguro que podría arreglarlo con el superintendente. Tengo un día libre mañana, podría llevarla y hablar con él.

Suspiré y pasé mis dedos por mi cabello, rogándole a Wick y a Jojo con los ojos.

—Basta. Hay que pensar en esto por unos segundos. ¿Quieres que mi primer trabajo— como una fotógrafa principiante— sea una historia destacada sobre seguir a los bomberos en incendios? ¿De verdad?

Jojo apagó su computadora, se deslizó en su abrigo y me guiñó un ojo.

—Tráeme de vuelta algo asombroso.

—Es mi segundo día tomando fotografías. ¿Quieres asombroso?

—Tengo fe en ti —dijo Jojo—. Sal de aquí. Se acabó la jornada y José te espera afuera.

Caminé penosamente hacia mi oficina para recoger mis cosas. Cuando regresé al vestíbulo, Tyler estaba en la sombra hablando con Jojo sobre mi tarea. Jojo ya había apagado las luces y esperaba a que me fuera, con llaves en mano esperando a cerrar tras mi partida.

Tyler me acompañó al borde de la acera donde el Audi estaba estacionado, nubes blancas salían del escape. Sally no había autorizado el uso del auto, pero José estaba seguro de que mis padres no me querrían caminando kilómetros en la nieve.

Yo no estaba segura.

—Entonces... ¿Desayuno mañana antes de que entremos? Yo invito.

—Esto no es un juego para mí —dije—. Necesito este trabajo. Sí meto la pata—

—No lo harás. Me aseguraré de que tengas mucho para capturar. Déjame comprarte un desayuno antes de que vayas a la estación. Hablaremos obre presentarle esto a mi jefe y tendremos una mejor idea de lo que quieres.

—No sé qué es lo que quiero.

—Muy bien —dijo, el hoyuelo en su mejilla apareció—. De cualquier forma, cuando el desayuno termine, tendrás una mejor idea de lo que quieres.

La puerta trasera del Audio chirrió mientras la abría.

—Ellie...

—Solo recuerda esto —dije—, esto no fue mi culpa. Traté de salvarte de los problemas.

—Soy un bombero, Ellie. Yo soy el que salva en esta relación.

Me deslicé en el asiento trasero y cerré la puerta. Tyler golpeteó la ventana y la bajé.

—Esto no es una relación.

—Ya te dije— Puedo ser amigos con beneficios —dijo con una amplia sonrisa.

—Te estás avergonzando a ti mismo.

—¿Yo? —dijo, tocando su pecho— ¡Nah!

Subí la ventana y José aceleró. Los asientos de cuero eran cálidos y froté mis guantes sin dedos.

José viró a la izquierda en la autopista a casa, mirándome por el espejo.

—Se ve feliz, Señorita.

Miré por la ventana a las luces que rompían la oscuridad.

—Creo que lo que ves es irritación,

—Tiene un invitado esta noche.

—¿Invitado? —pregunté— Por favor dime que no es Sterling. O mis padres. Joder. No son mis padres, ¿o sí?

José rio entre dientes.

—Ninguno. Es la chica de cabello azul.

—¿Paige?

Asintió.

—¿Cuánto tiempo ha estado ahí?

—Casi una hora. Trajo galletas. Son buenas.

—¿Te comiste mis galletas?

—No, Señorita Ellie. Trajo cuatro docenas.

—Debe saber que Sally intenta matarme de inanición.

José desaceleró en la reja y luego pasó, conduciendo con soltura hacia la entrada y deteniéndose frente a la casa junto a un Hyundai hatchback del ochenta. La pintura azul estaba picada y un largo rayón con abolladura corría desde el frente hasta el asiento trasero. El carro era lindo pero destrozado—no había un vehículo más perfecto para Paige.

La chica me saludó en el vestíbulo envolviéndome en sus brazos. Estaba envuelta en una manta que olía a Finley, no se veía nada excepto su cabeza, sus manos y sus Converse rojos usados.

—Espero que esté bien que esté aquí.

—Sí. Claro, por supuesto.

Me jaló hacia la cocina.

—Traje galletas —dijo, levantando la tapa de un bote de plástico que lucía más viejo que ella.

Sacó una galleta azucarada redonda, con glaseado blanco en la forma de un copo de nieve.

Probé un bocado.

—Wow —dije, todavía masticando. La galleta se derritió en mi boca y el glaseado estaba decadente—, ¿en verdad las hiciste?

Asintió.

—Son la receta de mi abuela.

Maricela abrió el refrigerador y señaló un plato cubierto antes de subir el cierre de su abrigo y tomar sus cosas para irse por la noche. Las luces de José brillaban a través del vidrio congelado, también, haciendo de la inesperada visita de Paige un alivio.

—¿Cómo te va? Como que desapareciste —dijo Paige, agarrando otra galleta.

—Ha sido un mes difícil.

—Tyler dijo que tus padres te cortaron. ¿Es cierto?

—¿Tyler Maddox? ¿Lo has visto? —una extraña pizca de celos ardió en mi estómago.

Se encogió de hombros.

—En Turk's. Dijo que lo mandaste a la mierda.

—No lo mandé a la mierda. Se estaba aferrando demasiado y lo aflojé un poco.

Paige soltó una risilla, su sonrisa infantil me incitó a tomar su mano. Entrelazó sus dedos con los míos.

—He extrañado verte.

—Aún estoy por aquí.

—¿Es cierto? ¿Lo de tus padres? ¿Es por eso que actúas tan diferente?

—Buen diferente, espero —dije, acorralando las migajas de nuestras galletas en una pila. Paige no contestó—. Sí, es cierto.

—Bueno, vine aquí para salvarte —se inclinó y, cuando se levantó, sacó una botella de una bolsa café de papel. Hurgó entre los gabinetes hasta que encontró dos vasos y los puso en el mostrador. Se me hizo agua la boca con el sonido de la tapa saliendo y el salpicón inicial del líquido ámbar contra el fondo del vaso. Paige llenó ambos hasta el tope.

—Whoa —dije—. No he bebido ni una gota en un mes.

Me ofreció un vaso y mantuvo el suyo entre nosotras.

—Por estar sobria.

—Yo... —mi garganta quemaba, pidiendo el contenido del vaso. Estaba justo ahí. Solo una bebida. Tendría solo un trago.

CAPÍTULO 9

—Te ves como el infierno —dijo Tyler, sosteniendo mi silla.
Me senté sin quitarme los lentes de sol.
—Gracias.
—¿Te desvelaste? Creí que ya no bebías.
—No lo hacía —dije, retrocediendo ante el sonido de su voz, el sol entrando a través de las ventanas y el niño chillón rebotando en la esquina.
—¿Qué pasó? —preguntó Tyler.
—Una amiga se presentó anoche con una botella de Crown.
Me miró con ceño.
—¿Después de qué? ¿Cinco semanas sobria? No suena como una buena amiga.
—No es como si estuviera en un programa de doble A.
Tyler alzó su dedo, indicando a Chelsea que se acercara.
—Hola. ¿Podrías traernos un par de aguas, por favor?
Ella asintió y él volvió su atención a mí.
—¿Puedes comer?
—Quizás.
Negó con la cabeza.
—¿Al menos la pasaste bien?
—Sí, hablamos como hasta la media noche y luego dormimos. Hizo galletas, hablamos de mis padres, y Finley y... —me desvié, recordando el lagrimeo y balbuceo sobre Sterling antes de desmayarme. Le había contado sobre Sterling y yo a Paige. Cubrí mis ojos.
—Oh no. Oh, Dios. *Joder*.
—Entonces... ¿no te la pasaste bien?
—No quiero hablar sobre eso. Avena. Sin fruta. Canela —estaba determinada a comer ya que no sabía cuándo volvería a tener que comer fideos no instantáneos—. Por favor.
—Lo tienes —dijo Tyler, ordenando por mí cuando Chelsea regresó con nuestras aguas.
No habló mucho y no me quejé. Ya había demasiado movimiento y luz y respiración en el momento. El sonido de los platos, las charlas, unos malditos niños riendo, puertas azotándose —todos necesitaban morir.
—Te ves como si odiaras todo —dijo Tyler.
—Más o menos —jalé mi capucha sobre mi cabeza, apoyando mi cara con mis manos.
—¿Esta es una de las cosas de las que nos reiremos después?
Me hundí en mi asiento. Los lentes de sol no ayudaban. Sentía como si el sol estuviera perforando mi cerebro.
—Probablemente no, lo lamento tanto.
Chelsea deslizó mi plato de avena frente a mí, la canela flotando hasta mi nariz. En realidad olía apetitosa hasta que llegó la pila de panqueques de Tyler, con moras, chocolate, crema batida y jarabe de maple, golpeando mi nariz.
—Dios —dije, reculando—. ¿Alguien te ha dicho que comes como un niño?
—Muchas, muchas veces —dijo, enterrando su tenedor en el montón y engullendo un bocado.
—¿Cómo luces así —dije, señalando— si comes así? —señalé a su plato.

—Tenemos mucho tiempo muerto en la estación, lo opuesto al dormitorio durante la temporada de incendios. Como no me gusta estar quieto, hago mucho ejercicio.

Me imaginé que sí. Era un mastodonte.

Tomé mi cuchara y la hundi en el bol, probando una pequeña cucharada. Hasta ahora, todo estaba bien. Un pan tostado, canela, avena blanda. Aún podía parrandear como estrella de rock, pero aparentemente no podía recuperarme como una.

Terminé mi agua con el par de ibuprofenos que traje de casa y luego miré el reloj.

—¿Llevas prisa? —preguntó Tyler.

—Solo quiero asegurarme de que llegue a la oficina a tiempo y tu superintendente no te permita este absurdo plan.

Tyler ya se había terminado media pila de panqueques, no estaba segura de cuándo.

—Los fotógrafos nos siguen todo el tiempo. No sé cómo vas a seguirnos el paso con tu condición si nos llaman. Nuestras caminatas son brutales.

—Cállate.

—Cuesta arriba.

—¿Por qué me torturas?

—... en la nieve.

—Tú preocúpate por tu trabajo, yo me preocuparé por el mío.

Tyler se rio una vez.

—¿Cómo es que la hija de un billonario terminó tomando fotos para una revista? Es un poco aleatorio, ¿no crees?

—Te conté sobre mis padres, y sé que lo recuerdas. Le dijiste a Paige mientras bebían o lo que sea.

—¿Te molesta? —preguntó Tyler, divertido.

—¿Qué hables de mis asuntos o que estuvieras con Paige?

—Cualquiera.

—Era personal. No es exactamente un cuchicheo de bar.

—Tienes razón. Lo siento. Es solo que pensé que como era tu amiga... y estaba preocupado por ti. Imaginé que ella sabría más que yo.

—Paige es una niña dulce. No es mi amiga.

—¿Amiga con beneficios?

Lo miré con ferocidad y levantó sus manos, riendo.

—¿Terminaste de rellenar tu cara? Me da náuseas —dije.

Se levantó, poniendo unos billetes sobre la mesa, y me ayudó a levantarme. Me sostuvo a su lado, soportando mi peso con facilidad y luciendo genuinamente empático.

—¿Estás bien?

Soplé un largo fleco errante de mi frente, aún más molesta conmigo de lo que ya estaba, y siendo honesta, enojada con Paige. Ella no sabía lo duro que estaba trabajando, aunque claro, ella no era responsable por mi nuevo camino; eso era todo yo.

Tyler me guio hacia su camioneta y me ayudó a entrar. Traté de mirar al frente y mantener los ojos en el camino porque conducir en el asiento trasero camino al de Winona fue bastante brutal.

En menos de quince minutos dio vuelta hacia Mills Drive. Su camioneta rebotó sobre el asfalto desigual y el hielo mientras se estacionaba en un lote al sur de la estación.

—Lo siento —dijo—. Tendremos que caminar un poco.

Un respiradero sangraba mientras la niebla salía del costado del edificio café, salí del auto y miré al otro lado de la calle, entrecerrando los ojos para tratar de ver si las luces estaban encendidas en la *OrejaMontañesa*.

—Si necesitas vomitar, ahora es cuando —dijo Tyler, rondando el frente y parándose frente a mí. Su grueso brazo pasó alrededor de mis hombros pero lo sacudí.

—Estoy bien. No me trates como a un bebé. Me hice esto sola.

—Sí. Sí, así es —Tyler atravesó la manta de nieve cubriendo el amplio espacio entre su camioneta y la estación. Llegamos a la puerta trasera y, con un rápido giro de perilla, estaba abierta. Tyler abanicó su brazo hacia el pasillo adelante—. Después de ti.

Me crucé de brazos para mantener lejos al frío mientras entraba. Por alguna razón era mucho más difícil mantener el calor cuando tenía resaca—otra cosa por la cual molestarme.

Tyler pisoteó con sus botas en un gran tapete industrial e hice lo mismo. Me invitó a que lo siguiera a través del pasillo adornado con marcos baratos luciendo fotos de previos superintendentes y algunos bomberos caídos. La última fotografía era de los noventas y el sujeto no podría haber tenido más de veinticinco. Me detuve para mirar sus pecas y su dulce sonrisa.

Pasamos a través de un umbral abierto que llevaba a un garaje encendido brillantemente lleno de pipas, motores y equipo. Mochilas y cascos colgaban de ganchos en las paredes y mangueras extra estaban encuadradas en grandes estantes.

—Dejaré que tomes unas fotos de aquí después de que el superintendente nos dé luz verde —dijo Tyler—. Mi líder de escuadrón dice que está aquí hoy clasificando unos postulados.

Después de un par de puertas cerradas, cruzamos el umbral a otro portal. Tyler señaló detrás de nosotros.

—Esa es la oficina del líder de escuadrón. El superintendente está ahí ahora, siendo majadero ante la computadora. Su nombre es Jefe¹⁷.

—¿Es el jefe o el superintendente?

—Su nombre es Jefe. Su posición es el superintendente. Es el que tiene que aprobarte para que te quedes en los dormitorios.

—Lo tengo. Espera. ¿Me quedaré en los dormitorios? ¿Esos dónde quedan?

—Más allá en el Parque Nacional de Rocky Mountain. Si vas a seguirnos, no podemos venir a la ciudad cada vez que recibamos una llamada.

—Santa mierda. ¿Entonces voy a tener que, como... empacar?

—Sip, estos —dijo, cabeceando hacia adelante—, son nuestros cuarteles. Cuarto de TV —dijo, señalando a la izquierda. Dos sofás y cuatro reclinables estaban frente a un gran televisor. Tenía una pantalla ancha, pero parecía tener su propia unidad, más viejo que la mayoría de los tipos viéndolo. Tyler saludó y lo saludaron de vuelta, curiosos pero no lo suficiente para moverse de sus sillas—, otra oficina —dijo señalando un cuarto más lejos a la izquierda—, hacemos nuestros reportes en esa computadora. Y ahí —dijo, señalando a la derecha—, está la cocina.

¹⁷ Originalmente es Chief, siendo también este un título de altura en la cadena de mando de varios cuerpos de emergencia. El juego de palabras no serviría si no se tradujera. El Chief se encarga de revisar y organizar a los demás bomberos bajo su mando dentro y fuera de la estación, pero no tras un escritorio. [N. del T.]

Caminé a través del umbral, viendo una mesa rectangular con ocho asientos en un lado y una modesta área de cocina con gabinetes en cada lado, un refrigerador y una estufa. Al lado del fregadero había una tostadora y un microondas. Parecían tener todo lo que necesitaban aunque fuera del tamaño de un guardarropa para servir a ocho o más hombres.

Tyler siguió a través de un segundo portal.

—Estos son los cuarteles de dormir.

—¿En serio? —el cuarto parecía una enfermería con camas casi lado a lado separadas únicamente por cuadraditos individuales que parecían armarios— ¿Qué son esos?

—Tienen nuestras pertenencias personales—ropa extra, abrigos, cosas así. Hay dos a cada lado, son como casilleros.

—¿Duermes así? ¿En un cuarto grande con un montón de tipos?

—A veces. Sí, algunos roncan.

Hice una mueca y Tyler se rio.

—Vamos. Hay que ir a ver al superintendente.

Caminamos de vuelta a través de la cocina, pasando a los muchachos en el cuarto de TV. Apenas habían comenzado a girarse, levantándose y estirándose.

—¿Van a algún lado?

—Comen desayuno y ven las noticias. Luego bajan a hacer sus quehaceres a menos que nos llamen. Fuera de temporada, trabajamos más o menos cuarenta horas a la semana, de cinco a. m. a cuatro p. m. o de cuatro p. m. a diez p. m.

—¿No hay fuegos durante la noche?

—Sí, para los muchachos de tiempo completo de la maquinaria.

—¿Quehaceres?

—Sip. Lavar los vehículos, barrer y trapear el piso, trastes... lo que sea. No tenemos criadas aquí.

Le gruñí, sabiendo que lo decía por mí.

—En el tiempo libre—si lo tenemos—es muy diferente en la estación de servicio de los hotshots. Cavamos nuevos caminos y arreglamos verjas y letreros, hacemos simulacros...

—Entonces no es tiempo libre. —dije.

—Tyler golpeó la puerta al otro lado del cuartel y una voz profunda gruñó desde el otro lado.

—¡Entren, maldita sea!

Tyler me guiñó un ojo y abrió la puerta. El superintendente estaba sentado detrás de su escritorio, escondido parcialmente por varias carpetas y una antigua computadora cuadrada, viéndose frustrado.

—Hey, Jefe, tengo a la periodista que-

—¿Sabes algo sobre Twitter? —preguntó Jefe, sus ojos negros apuntándome.

—¿Disculpe? —dije.

—El Twitter. ¿Sabes algo sobre eso? Alguien con más tiempo que yo que hacer más dinero que yo decidió que deberíamos tener una cuenta en Twitter y no tengo ni la más mínima puta idea de cómo... ¿cómo se le llama?

—Twittear —dijo Tyler, tratando de no reír.

Golpeó el escritorio con su puño.

—¡Maldición, Twittear!

—Sí, probablemente podría ayudar con eso —dije—, pero estoy aquí en una tarea, Señor...

Me miró brevemente antes de sacudir la cabeza y retornar toda su atención a la computadora.

—Solo Jefe. ¿Cuál tarea?

—Soy una... fotógrafa de la *OrejaMontañesa* —aunque era la verdad, sentí como si estuviera mintiendo—. Fui asignada a los Alpine Hotshots. Al Sr. Wick le gustaría compartir con la comunidad lo que ustedes hacen.

—Twitteamos —gruñó.

Tyler se rio.

—Jefe, vamos. A la Señorita Edson le gustaría-

—¿Edson? —dijo Jefe, finalmente decidiendo que yo valía más que Twitter.

Mierda.

Jefe estrechó sus ojos hacia mí.

—¿Como en Edson Tech?

—Uh... —empecé, sin saber cuál sería la respuesta correcta. Mi padre tenía tantos enemigos como amigos. Probablemente más.

—Solo es una fotógrafa —dijo Tyler—. Deja de reventarle las bolas y dile sí o no. Estoy aquí en mi día libre.

—¿Sí, y eso por qué? —preguntó Jefe.

—Le debo un favor—dijo Tyler.

—¿Conque sí?

—Sí. ¿Puede ser la sombra de la tripulación y tomar fotos o no?

—¿Le diste la tarjeta roja?

—Jefe —dijo Tyler, exasperado.

—Si puede enseñarme como enviar un twit, sí.

Me quité el abrigo, entregándoselo a Tyler, y rodeé el escritorio, arrodillándome junto al superintendente.

—Twitrear, Jefe. Se twittea en Twitter. Y se necesita una cuenta para Twitrear. Llené eso.

Tecleó lo necesario, siguiendo los pasos para crear una cuenta.

—Presione ese botón —dije, señalando—. Aquí puede subir una foto. Apuesto a que tiene un logo en su carpeta de imágenes —di un par de clics y encontré el logo de Alpine Hotshot, justo como pensé, en una carpeta. Una de sus fotos en el campo hizo una buena foto de portada y me levanté—. Todo listo.

—¿Listo para qué? —preguntó Jefe,

—Cliqueé en ese ícono y escriba lo que se le ocurra.

—No lo que quieras, Jefe —especificó Tyler—. Escribe algo asociado a los hotshots, pero no malas palabras. Y mantenlo debajo de ciento cuarenta caracteres.

Arrugó la nariz.

—¿Ciento cuarenta qué?

—Solo escriba sobre aquella limpieza en la que ayudamos el otro día. O la entrega de comida que haremos este fin de semana. Dígales que estamos listos para la temporada que viene y suba una foto grupal. Corto y dulce.

—¿Limpiezas y comida? ¿Hacen esas cosas? —pregunté.

—Sí. Todo el tiempo —dijo Tyler como si debiera saberlo ya.
Después de un golpe en la puerta una voz familiar habló: —¿Quién es la falda?
Me giré para ver a Taylor en el umbral. Era simplemente perturbador lo mucho que se parecía a Tyler.
Lo miré con ferocidad.
—No soy una falda ni estoy vistiendo una. Y sabes perfectamente bien quién soy.
Taylor guiñó un ojo y sonrió.
—Asegúrate de decirle a todas tus feministas de Tumblr que te ofendiste primero —dijo antes de dar vuelta hacia el cuarto de TV.
La mandíbula de Tyler pulsó bajo su piel, pero respiró lentamente.
Los ojos del superintendente bailaron entre donde estaba Taylor, Tyler y yo.
—¿Qué demonios fue eso?
—Nada, Jefe. ¿Ya twitteó?
Jefe cliqueó el ratón y se recostó en su silla, posando sus codos en los brazos de la silla.
—¿Está twitteando!
—¿Luz verde a Ellie?
—Luz verde. Mantenla en lo negro o en la maldita zona de seguridad, y lárguense de mi oficina. Tengo trabajo que hacer.
—Sí, Jefe —dijo Tyler, mandándome al pasillo.
—¿Lo negro? —susurré con un lado de mi boca.
—El área que ya se quemó por completo —dijo Tyler, imitándome.
Exhalé en alivio.
—Eso fue más difícil de lo que pensé.
—Es un buen tipo. Hace que la mierda se haga, se asegura de que tengamos el equipo que necesitamos, incluso cuando el latón piense que no.
—¿Latón?
—Los que están arriba en el gobierno. Es una cosa de presupuestos. Luchas constantes. No es por lo que estás aquí. Vamos a que conozcas a los muchachos.
Tyler me guió al puerto de camiones donde el resto del equipo estaban tan duros como el trabajo. Dos de ellos levantaban la capota en uno de los vehículos, otros dos barrían y trapeaban el suelo de concreto, y unos más estaban en la esquina con el equipo.
—¿Qué son esos? —pregunté, señalando a los híbridos entre martillos y hachas que colgaban de la pared.
—Oh, son hachas-azadas, también llamadas pulaskis. Esos —dijo señalando la herramienta que parecía una pala—, son rinos. Hacemos esos aquí.
—¿Hacen esos?
—Sí, con un soldador, una sierra, una lija y algunas otras herramientas. Lo que sea que podamos encontrar, de hecho. Tenemos que ser creativos a veces.
Saqué mi cámara y tomé algunas fotografías de las herramientas, después apunté a los miembros del equipo haciendo su día. Tyler se acercó a los hombres tintineando bajo el techo de un vehículo que parecía una gigantesca ambulancia.
—Este es un camión de equipo.
—Cuando anda —dijo uno de los hombres.

—El signo afuera dice Entre Agencias, y tienen equipo de Entre Agencias aquí, pero también motores, ¿y este es el departamento de bomberos de la ciudad? —pregunté confundida.

Tyler se encogió de hombros.

—Doble trabajo. Hace que todo sea más fácil, especialmente desde que algunos de nosotros somos urbanos y silvestres. Está más cerca de la ciudad, también, fuera de temporadas.

Asentí, sacando mi cuadernillo y mi pluma.

—Este —dijo Tyler, señalando a un hombre más alto que él, pero no más grueso—, es Smitty.

El bajo pero sólido hotshot tenía lentes y era una especie de belleza sofisticada, con piel de oliva y grasa embarrada en su mejilla.

Ambos se limpiaron las manos en sus pantalones y me saludaron.

—Lyle Smith —dijo Smitty, sacudiendo mi mano.

Tyler señaló al otro.

—Este es Taco.

—¿Taco? —pregunté. Su cabello rojo y piel pecosa no me dieron una pista por la cual le apodaran así.

—Clinton Tucker. Mi hijo tiene dos años. Cuando dice nuestro apellido suena como taco. Lamentablemente se quedó, pero no es el peor apodo aquí.

—¿Todos tienen un apodo? —pregunté.

Tyler se encogió de hombros.

—Más o menos.

—¿Cuál es el tuyo?

Smitty se rio.

—Tiene uno, pero nadie es tan valiente para decírselo en la cara.

—Tendrán que ponerme al tanto después —dije con una sonrisa.

—No —dijo Tyler—. No lo harán.

Apunté sus nombres.

—¿Te es difícil, Taco? ¿El estar lejos de tu hijo por días o semanas?

—Supongo. En realidad no tenemos otro modo. Es lo que hago —dijo Taco, limpiando sus manos con un trapo—. Durante la temporada de incendios, me voy por meses.

—¿Cuánto tiempo has sido un hotshot?

—Es mi cuarta temporada en Colorado.

Asentí y los dejé continuar con sus trabajos, luego me paré en una esquina para tomar unas espontáneas de ellos trabajando.

—Por ahí está Watts... Randon Watson —dijo Tyler, deteniéndose mientras Watts saludaba con una mano, sosteniendo el trapeador en la otra— Y ahí está nuestro líder de escuadrón, Jubal Hill. No dejes que su cabello plateado te engañe. Es un animal.

—¿Jubal? —pregunté— ¿Cuál es su verdadero nombre?

Jubal tiró la escoba y caminó hacia nosotros, su cabello claro luciendo su piel de bronce y ojos azul claro. Extendió su mano.

—Jubal Lee Hill. Encantado de conocerte.

—Jubilee —repetí.

Miró hacia abajo y se rio una vez.

—Solo es Jubal. No se necesita un apodo.

—El placer es mío —dije. Cuando se fue, lo documenté como si fuera una paparazzi. Él necesitaba estar en un calendario, o trabajando en *Vogue* en Nueva York y vistiendo lentes de diseñador y un traje, no empujando una escoba en un garaje.

—Está bien —dijo Tyler—. A todas las féminas que vienen aquí les gusta Jubal.

—No actúa como eso —dije.

—Es porque no lo sabe.

—Cierto.

—En serio. Ha amado a la misma mujer durante toda su vida. Desde, como, primer grado o algo. Se casaron justo después de la prepa y... deberías verlos. Son asquerosos.

—¿Asquerosos?

—Como recién casados. Y han estado en matrimonio por treinta años.

—¿Eso es asqueroso?

—No —dijo Tyler—. Solo nos gusta molestarlos. Apuesto a que mis padres hubieran sido así. Es un poco genial de ver. El resto está fuera.

—¿Cuántos hay en tu equipo? ¿Y a qué te refieres con fuera? ¿Heridos, de vacaciones, enfermos?

Tyler se rio.

—Los equipos suelen ser de veinte hombres y mujeres.

—¿Mujeres?

—No es algo que se vea seguido, pero los hotshots más pesados que conozco son mujeres.

Sonreí, dejando que mi cámara colgara de la cinta alrededor de mi cuello.

—¿Y dónde está el resto?

Tyler me guio a una foto grupal enmarcada.

—Como dije, fuera de temporada, cuando no estamos apagando incendios, a veces se nos asignan otros trabajos como búsqueda y rescate o asistencia en desastres. También trabajamos para alcanzar las metas de recursos en nuestras unidades base. Algunos tienen otros trabajos de medio tiempo o simplemente utilizan el desempleo para esquiar o viajar o pasar tiempo con la familia —apuntó a algunas caras que no reconocí—. Pez, el asistente superintendente. Sabio, Bucky y Ágil son líderes de escuadrón como Jubal. Azúcar, Gato, Escúter, Bolsón, Judío, Sancho, Enano, Pudín y Cachorro¹⁸.

Arqueé una ceja.

—Recibirás una lista con los nombres completos después.

—Nombres reales, por favor. ¿Qué son metas de recursos?

—Adelgazar, implementación de fuego prescrita, mejoramiento de hábitat, construcción de senderos... cosas así. A veces tenemos que ir a las escuelas y hacer... ya sabes... cosas de Humito el Osito¹⁹.

—¿Y quién se viste para eso?

Tyler hizo una mueca.

¹⁸ Originalmente, en orden, Fish, Sage, Bucky, Slick, Jubal, Sugar, Cat, Scooter, Baggins, Jew, Sancho, Runt, Pudding y Pup.

¹⁹ Originalmente "Smokey the Bear" [N. del T.]

—Ese sería yo.

Disimulé una risa.

—Gracias por eso —dije, escribiendo en mi cuadernillo—. Me gustaría una foto de ti en el traje en algún punto —frunció el ceño y lo empujó—, Eres un amor por mostrarme los alrededores y un ángel por llevarme a ver al superintendente.

—¿Un amor?

—¿Como cuántas horas trabajan en promedio.

Tyler se cruzó de brazos.

—¿Ahora hacemos esto?

Lo miré desde mi cuadernillo.

—¿Sí?

—Depende de si es temporada de incendios o tiempo libre. Si estamos combatiendo incendios, si solo dormimos, comemos y trabajamos. Podemos trabajar hasta dieciocho horas al día, pero trabajar treinta y dos horas seguidas no es poco común. Hay seguimientos de hasta catorce días.

—Santa mierda —dije bajo mi aliento.

—Solían ser veintiuno. Luego nos dan nuestros días de descanso requeridos—un descanso y relajación de cuarenta y ocho horas—y luego volvemos a salir. Viajamos por todo... donde sea que nos necesiten. Incluso Alaska, Canadá y México..

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—¿Soy un *amor*? —preguntó, divertido.

—Cállate y contesta.

—No puedo callarme *y* contestar... —se desvió, retractándose por mi mirada— Estamos en nuestra tercera temporada. Éramos un personal de tierra antes de eso.

—¿Éramos? —dije, mirándolo de nuevo.

—Taylor y yo.

—¿Son como un paquete?

—Básicamente —dijo de-hechosamente, y me imagine qué hacía lo mismo en entrevistas. Escribí un par de oraciones y luego toqué mi labio con la pluma.

—No veo a muchos sujetos mayores en tu equipo. ¿Por qué?

—No vas a ver muchos en ninguna. Luchar contra el fuego silvestre es brutal. Si haces más de cinco o seis temporadas te enfrentarás a problemas físicos serios. El superintendente va al sitio, pero está más o menos restringido al escritorio por las heridas de su espalda, rodilla y hombros.

—Jesús —murmuré.

—¿Qué?

—Nada. Mencionaste algo sobre la comunidad. ¿Qué más hacen?

—¿Te refieres al alcance comunitario? En el tiempo libre a. m. y p. m. hacemos entrenamiento físico con el horario, patrullamos, simulacros, serruchamos cosas, construimos cercas, letreros...

Apunté sus respuestas mientras hablaba, esperando que Jojo pudiera escribir una historia de mis garabatos aleatorios.

—¿No tienes tiempo libre? —pregunté.

—No durante la temporada de incendios. Hoy me tomé un día libre para hacer cosas.

—¿Necesitas... —dije, haciendo gestos a la puerta.

—¿Qué? No, no, estoy bien.

—No quieres dejarme a solas con estos tipos, ¿o sí?

—No, en realidad no.

—¿Qué harás cuando te vayas hasta que regreses?

—¿Qué hace un hotshot en su día libre?

Las cejas de Tyler se juntaron y me miró, confundido.

—¿A qué te refieres?

—Te irás, ¿cierto? No vives aquí, ¿o sí?

—No, no me iré.

—¿Entonces sí vives aquí?

—No, tengo un apartamento con mi hermano aquí en Estes Park. Usualmente solo nos quedamos en la estación cuando estamos de turno, pero claro... estás aquí, así que yo estoy aquí. Te di luz verde con el superintendente así que eres mi responsabilidad.

Arrugué mi nariz con ese pensamiento.

—Así que si los llaman, ¿tu plan es acompañarnos?

—Pues... sí.

—Entonces me quedo. Van a estar ocupados. No tendrán tiempo de hacer de niñeras.

—Fui al jardín de niños, sé cómo seguir direcciones.

—No estoy discutiendo contigo. Así es como va a ser.

—¿Y qué cuando tú estés en turno?

—Lo mismo.

—Oh, entonces ellos no tendrán tiempo para hacer de niñera ¿pero tú sí?

—Jojo que nos siguieras, ¿cierto? Así es como se hace cuando un periodista es tu sombra. Alguien tiene que asegurarse de que no salgas herida.

—No puedes hablar en serio. Fui asignada a ti ¿y tú fuiste asignado a mí? Justo comenzaba a sentirme genial.

—No te dejaré sola. Es peligroso, Ellie.

—Simplemente eres precioso.

Tyler frunció el ceño.

—Estoy repensando esto.

De pronto me sentí pesada y entré en pánico cuando un poco de bilis ácida se elevó por mi garganta.

—Solo bromeaba. ¿Estás bien? Te ves un poco verde —dijo Tyler.

—Tengo náuseas de repente.

—El baño está por ese pasillo, segunda puerta a la derecha.

Mi estómago dio una sacudida y di una arcada cubriendo mi boca. No esperé a que pasara de nuevo, corrí hacia el baño justo a tiempo. Mientras me agachaba sobre el inodoro, pensé en mi cámara siendo sumergida en el inodoro y luego cubierta de vómito, pero la encontré sobre mi oreja derecha, sostenida por el bombero que amaba odiar.

—¿Por qué soy tan estúpida? —gemí, mi voz haciendo eco desde la porcelana.

Tyler sostenía mi cámara con una mano y mi cabello con la otra.

—¿Está bien? —preguntó uno de los chicos desde el pasillo.

—Está bien, Smitty. Atrapó ese bicho estomacal que anda por ahí —dijo Tyler.

—Qué malota —dijo Smitty—. Yo estuve en cama dos días con esa mierda.
Vomitó de nuevo. Ambos hombres hicieron el mismo ruido de sorpresa y asco.
—Estoy súper emocionada por tener público para esto en mi primer día —dije.
—Lo siendo —dijo Smitty—. Siéntete mejor, Ellie.
—Esto no es humillante para nada —dije, vomitando una vez más.

CAPÍTULO 10

—Whoa —dije, retrocediendo un paso. Había estado en muchos incendios de casas y autos, incluso algunos de hierbas en mi primera semana, pero Tyler tenía razón. Los fuegos silvestres eran diferentes.

Tyler mantuvo sus ojos en todo alrededor de él, guiándome a un lugar seguro. Estaba envuelta en un suéter de lana térmico, con chaqueta y pantalones anti-incendios al menos tres tallas más grandes, haciéndolo más difícil mantener un buen agarre sobre mi brazo. Él tenía una camisa resistente al fuego y pantalones cargo marrones, tal vez con térmicos bajo su ropa, vistiendo gafas de protección, una bolsa de equipo y un casco.

Una fila de Alpine hotshots—a la mayoría los había conocido dos días antes en el campamento, y Tyler los quería, incluyendo a su hermano—con brillantes chaquetas amarillas y cascos de seguridad azules, cavaban una línea al pie de la montaña. Había una sinfonía de sus pulaskis y rinos chocando contra raíces y ramas a través del sonido constante del dron de comunicación por radio.

Tyler me trajo tan cerca como pudo, tratando de ayudar a su equipo mientras mantenía un ojo en mí. Habíamos acampado por dos noches, y excluyendo las ascuas saltando en la línea de fuego, predijo que estaríamos acampando para el anochecer. Nadie estaba más sorprendida que yo, que no lo esperaba con ansias.

No había motores con mangueras o pipas con agua. Los bomberos apagaban los incendios con antorchas de goteo, palas y sierras eléctricas, cavando trincheras para jalar todo lo que pudiera alimentar el fuego.

No tenía miedo a las alturas, pero una extraña combinación de miedo y regocijo me invadió mientras veía abajo hacia el valle. El viento soplaba mechones de mi cabello a mi cara y me di cuenta de que también soplaba el fuego hacia el equipo de bomberos. El tiempo se ralentizó mientras me le quedaba viendo a Tyler. Estábamos atrapados en un momento en el que no había estado nunca antes, no esquiábamos en un pináculo, no era un monta-olas en las playas de Tailandia, ni escalando Machu Picchu. Estábamos en la cima del mundo, la única fuerza entre el fuego y las casas que podía ver desde la montaña en la que estábamos.

Sosteniendo mi cámara, congelándome a un kilómetro y medio de lo que podría quemarme viva, por fin había encontrado lo que no sabía que estaba buscando.

—Retrocede, preciosa —dijo Tyler, estirándose sobre mi pecho como mi madre solía hacerlo cuando frenaba el auto demasiado rápido.

Estaba casi colgando sobre su brazo, inclinándome hacia adelante, hambrienta por acercarme y sacar foto tras foto, devorando la adrenalina tan rápido como mi cuerpo la producía. Era mejor que cualquier droga que jamás hubiera tomado.

Las flamas hacían un grave rugido mientras se arrastraban sobre arbustos secos y árboles sin hojas como una fila de soldados avanzando sin miedo. El camino hacia el lugar del incendio era un viaje difícil. Condujimos casi dos horas hacia el campamento y luego escalamos por casi una hora a través de hielo y nieve, subiendo por inclinaciones y a través de los álamos. Mis pies y cara estaban adormecidos incluso antes de que oliera el humo, pero me había olvidado del frío horas atrás, tratando de mirar a través del lente de mi cámara.

Taco corrió cuesta arriba, sin aliento y empapado en sudor y lodo, deteniéndose frente a Jubal para reportar.

—Rupturas de combustible completa en el borde este.

Smitty estaba detrás de él, jadeando y sosteniendo una antorcha de goteo en una mano y el pulaski en la otra. Watts sostenía una sierra eléctrica con sus hombros hundidos. Se veían igualmente exhaustos y satisfechos, cada uno de ellos estaba en su elemento y listos para la siguiente orden.

Se suponía que Tyler tenía un día libre, pero eso no impidió que estuviera ayudando a su equipo cavar una zanja de más de medio metro en la línea de fuego. Lo vi cavar el piso con el hacha-azada como si no fuera nada, dirigiendo a los hombres alrededor como si el fuego silvestre no estuviera consumiendo el mundo a una milla de distancia.

Viendo a través de fotos anteriores, noté que eran pesadas como Tyler, pero eso no me detuvo para acercar los lentes y sacar otra foto de cerca de su perfil sudado y lleno de hollín contra el sol poniente. Era más o menos hermoso—desde cualquier ángulo—y eso hacía que me costara dejarlo fuera de la toma. Los pinos verdes estaban esperando a ser salvados, y con el color de gris frío que provenía del humo latente y los cálidos anaranjados del horizonte en llamas, la tragedia hacía un hermoso fondo.

—¡El helo²⁰ se acerca! —gritó Jubal, sosteniendo el radio en su oreja— ¡El viento cambió!

Miré a Tyler, confundida.

—No hay viento.

—Aquí arriba no. El incendio hace su propio clima. Afuera, tal vez no tengamos nada de viendo, pero donde el fuego está quemando el oxígeno es succionado y puede crear vientos de hasta cincuenta o sesenta kilómetros por hora.

Vinieron más bomberos a los que no había conocido. Con sierras eléctricas en mano, un pequeño grupo, llamado aserradores, estaba desmembrando árboles para crear espacios en el cono superior de la montaña, previniendo que el fuego saltara de un árbol a otro. Cada aserrador tenía un compañero, llamado lodazal, que recogía las ramas cortadas y los arbustos para lanzarlos al otro lado de las líneas de fuego.

El resto del equipo—los excavadores—trabajaban en la línea, mochando el piso forestal y creando una trinchera de un metro—para romper el fuego en medio de la línea serrada. La tripulación Alpina había sido dividida en dos grupos de diez—aserradores, lodazales y excavadores, y luego unos vigías, uno revisando el clima y otros cuesta abajo iniciando un contrafuego. Incluso separados, trabajaban juntos sin problemas, la mitad de las veces no necesitaban hablarse. Jubal se comunicaba con el superintendente y luego ladraba las órdenes a los bomberos mientras se llenaba de tierra hasta el codo. Todos trabajaron por horas para crear lo que llamaban rupturas de combustible, cortando y quemando la vegetación, cubriendo kilómetros cavando agachados, serruchando, todo para acabar con el fuego.

Un estrépito constante y distante se acercó y pronto un helicóptero se asomó apenas por encima del pilar de humo, El helo tiró su carga y un polvo rojo-purpúreo llovió.

—Es suspensión roja—un retardante de llamas —explicó Tyler.

—¿Detiene el fuego?

—Lo ralentiza. Nos da más tiempo de cavar.

Tragué y Tyler tocó mi mejilla con su mano enguantada.

—Estamos a salvo.

²⁰ Tecnicismo para helicóptero. [N. del T.]

Asentí rápidamente, aterrada y emocionada al mismo tiempo.

Los hotshots apenas tomaron un segundo para notar la suspensión y luego siguieron cortando el suelo. Miré asombrada, exhausta solo por la caminata hacia el lugar del incendio y el frío.

Tyler rio y me giré para verlo, mirándome como yo miraba al fuego. No dejó de verme, solo sonrió. Incluso a través del sudor y la ceniza, su hoyuelo apareció. En ese momento, Tyler Maddox y sus incendios llenaron un hoyo en mi alma que no sabía que existía.

Trabajaron hasta después de que oscureció, el fuego se redujo a una galaxia de ascuas anaranjadas brillando en la colina.

—Muy bien —dijo Jefe a Jubal por la radio—. Es hora de llamar al personal de tierra.

—¿Eso qué quiere decir? —le pregunté a Tyler.

Sonrió.

—El personal de tierra va a limpiar lo que hicimos. Juntarán pilas en lo negro y las quemarán hasta que el fuego se enfríe. Terminamos a menos que ascuas salten la línea del fuego.

Los hotshots ya estaban empacando, haciendo el recorrido de vuelta a los vehículos. Caminé con mi cámara en mano, haciendo más sencilla la documentación del regreso de los hombres exhaustos y cubiertos de ceniza trotando a través del bosque sin siquiera una sola persona para agradecerles el haber salvado incontables millas de árboles y casas. El público nunca sabría lo que en verdad acababa de suceder, o qué tan duro habían trabajado los bomberos para asegurarse de que nadie lo supiera. La única evidencia era el chamuscado pedazo de tierra que habíamos dejado atrás.

Un pequeño copo blanco tocó el final de mi nariz y miré hacia arriba, viendo los miles más que caían a la tierra. La nieve parecía darle un segundo aire al equipo mientras comenzaban a hablar sobre el día y lo que podrían hacer con el resto de su fin de semana.

—¿Estás suficientemente cálida? —preguntó Tyler.

—Tanto como uno puede estar en un clima de menos seis —dije.

—¿Tomaste alguna foto mía, Ellie? —preguntó Watts, fingiendo sacudir el largo cabello que no tenía.

—Estoy segura que conseguí por lo menos trescientas de cada quien —dije, levantando mi cámara para ver todas las fotos que había tomado. Me impresionaba a mí misma. Cada vez que presionaba el obturador, el resultado era mejor. Mi tiempo de ajuste también era más rápido.

Los hotshots caminaron en una fila india hacia los camiones, las luces de sus cascos perforaban la oscuridad. El olor del humo nos rodeaba—en el aire, en la ropa, saturando nuestros poros—no estaba segura de si volvería a oler alguna otra cosa.

Un animal se escabulló a través de un arbusto cubierto de nieve y me hizo saltar.

—Creo que eso es un oso, Ellie —bromeó Taylor—. No te asustan los animales que podrían arrancar la carne de tus huesos que merodean por la oscuridad, ¿o sí?

—Basta ya —dijo Tyler detrás de mí.

Reajusté las cintas de mi mochila, sin poder parar de sonreír y aliviada de que Tyler no pudiera verlo. Mi nuevo amor por lo que Jefe llama *fotografía aventurera* no era la única cosa que me hacía sentir en el camino correcto. Los incendios y la fotografía excitantes—

sorprendentemente. La presencia de Tyler tenía un efecto calmante. Juntos, reemplazaban los riesgos y los narcóticos con los que me destruía desde que tenía catorce años.

Fruncí el ceño, infeliz con aquella revelación. ¿Tenía que reemplazar los viejos vicios con nuevos? Estaba cavando un hoyo para llenar otro. Eso no parecía correcto, tampoco.

—¿Quieres que cargue eso? —preguntó Tyler.

Apreté mi agarre sobre mi mochila.

—Yo puedo.

—Aún tenemos algunos kilómetros por recorrer. Si me necesitas-

—Yo puedo, Tyler. No me mimes.

Smitty me miró por encima del hombro y me guiñó un ojo, pero su expresión decayó cuando su mirada encontró a Tyler detrás de mí. No estaba segura del intercambio que habían tenido, pero Smitty se giró de vuelta con prisa.

Los bomberos en la larga línea adelante ya habían encendido los camiones y los tenían calientitos para cuando llegamos al campamento. Las tiendas de acampar se habían desmantelado y el equipo y generadores fueron sido cargados. Tyler me abrió la puerta y entré, arrimándome a Taco para darle mucho espacio a Tyler.

El motor revivió y la cabina traqueteó antes de que avanzáramos, regresando al camino tras la montaña por el que habíamos venido. Tyler se movió, no podía quedarse quieto, como si cada segundo junto a mí fuera una tortura.

Miré las distintas fotos que había tomado, borrando las que eran chatarra y quedándome mis favoritas. Tras unos kilómetros, Tyler por fin tocó mi rodilla y susurró a mi oído.

—¿Qué hice?

Miré sus ojos rojizos. Estaba confundido y tal vez un poco herido, pero no podía explicar algo que ni yo misma comprendía.

—Nada —dije.

Comencé a jugar con mi cámara otra vez, pero gentilmente tocó mi barbilla, inclinando mi cabeza para que encontrara su mirada.

—Ellie. Dime. ¿Es por cuando te jalé hacia atrás? Sabes que solo quería mantenerte a salvo, ¿cierto? Si fue un poco brusco, lo siento.

—No, lo sé. Está bien —dije, sacudiéndome su tacto—. No estoy enojada; estoy cansada. Perdón estallé contigo.

Escaneó mi cara, tratando de discernir si decía la verdad. Sabía que estaba mintiendo pero asintió, dejándolo ir mientras estábamos en un camión lleno de su tripulación. Los bomberos estaban siendo arrullados por el rugir del motor y la vibración de los neumáticos contra el terreno desigual.

Tyler miró por la ventana, enfadado y frustrado. Toqué su brazo pero no se movió. Después de otros diez minutos, su cuerpo se relajó. Su cabeza chocó contra el vidrio, rebotando con el movimiento del camión. Regresé mi atención a mi cámara, evaluando las imágenes restantes y esperando que Jojo estuviera feliz con al menos unas pocas.

Toqué el hombro de Jubal.

—¿Vas a conducir toda la noche?

—Me gusta conducir a casa. Despeja mi mente.

—Fue una buena ejecución.

—Cualquier día sin heridas o muertos es un buen día.

Jubal estaba sonriendo pero yo me pegué a mi asiento, pasmada. Los hotshots atendían cada llamada esperanzados, pero nunca seguros, de si todos ellos volverían. No podía imaginarme una unidad familiar más triste que esa y finalmente comprendí por qué un grupo de hombres de todo el país—algunos siendo extraños—eran tan unidos.

—¿Qué clase de heridas? —pregunté— Además de quemaduras.

—He visto muchos chicos siendo lastimados por inconvenientes—los árboles aún de pie por detrás. Pueden caer tan silenciosamente que nunca los oyes venir. Muchos muchachos se lastiman de esa forma. Trabajamos con equipo filoso—las sierras, los pulaskis—sin mencionar las antorchas de goteo y las bengalas. Más o menos todo lo que hacemos podría herir a alguien, y operamos con poco sueño y con agotamiento.

—¿Por qué hacerlo? —pregunté— Amar las afueras y la labor física está dado por hecho cuando piensas en este empleo. Pero cuando estás exhausto y rodeado por fuego en medio de la nada, ¿qué te hace pensar “Esto vale la pena”?

—Mis chicos. Hacer algo difícil por meses hace un equipo muy unido. Somos una familia. A veces pienso que me estoy poniendo muy viejo, luego recuerdo que no hay ningún otro lugar donde puedas encontrar lo que tenemos. Los soldados, tal vez. Son todo lo que se me ocurre.

Garabateé en mi cuadernillo, luchando por ver con el brillo de la consola. Jubal me contó historias sobre las distintas tripulaciones en las que había estado, como la Alpine era su favorita y cómo decidió que apagar incendios era su vocación. Entonces recordó el día en que los Maddoxes entraron en la estación.

—La cercanía y nivel de confianza de los equipos es suprema, pero esos chicos... vinieron y se convirtieron en el pegamento. No sé lo que haríamos si se mudan a casa.

—¿Dónde está su casa? —pregunté, un sentimiento de hundimiento embriagándome.

—Illinois.

—¿Por qué se mudarían?

—Su padre envejece. Es viudo, ¿sabes?

—Tyler mencionó eso.

Jubal pensó por un rato.

—Tienen otros dos hermanos menores allá, también. Han hablado de mudarse allá para ayudar.

—Eso es dulce, pero no me los imagino haciendo algo más.

—Ni yo, pero son una familia cercana, los Maddoxes. Apenas escuché a Taylor y Tyler hablando—nunca he conocido a ninguno de los otros. El resto de la familia no sabe que los chicos son bomberos.

—¿Qué? —dije, impactada.

—Noup. No quieren preocupar a su padre. Esos chicos son pendencieros, pero son unos mansitos en el interior. Creo que los gemelos se prenderían fuego antes de lastimar a alguien quien aman,

Miré a Tyler durmiendo profundamente, tenía una cara de paz. Me incliné hacia él, apenas tocando mi mejilla con su brazo. Sin dudarlo, Tyler me abrazó por los hombros, apretándome contra él. Al principio me puse rígida, pero después me relajé y sentí el calor de su cuerpo derritiendo mis huesos congelados.

Encontré la mirada de Jubal en el retrovisor. Sonrió con sus ojos y luego miró al frente.

—¿Ellie? —me dijo. Solo el reflejo de sus ojos azul hielo abrasó mi cuerpo— ¿Sabes qué es lo que viene?

—¿Un adiós? —pregunté, bromeando a medias.

Jubal sonrió, concentrándose de nuevo en el camino.

—Tal vez no.

CAPÍTULO 11

La cara de pato de Finley apareció en la pantalla de mi celular, pero presioné COLGAR y dejé que mi contestadora le hablara.

—¿Tu hermana otra vez? —preguntó Tyler, palmeando su cara con una vieja y andrajosa toalla. El resto de él aún estaba sucio, como el resto de nosotros.

Había olvidado a lo que olía mi cabello cuando no apestaba a humo, o cómo se sentían mis sábanas contra mi piel. Me quité la cámara del cuello y me dejé caer sobre el sofá en mal estado en la estación de los Alpine, adentrada en el Parque Nacional de Rocky Mountain. La temporada de incendios había comenzado antes y había estado acampando con los Alpine Hotshots por catorce días mientras combatían un incendio tan grande que llamaron a bomberos de todo el país. Según el equipo Alpino, fue su incendio más grande en dos temporadas.

La tripulación se dirigió a la cocina y me senté con mis extremidades tumbadas en todas direcciones, viéndolos pasar. Cada músculo de mi cuerpo dolía, todas mis articulaciones, incluso mis interiores. Empezó mi periodo al segundo día del campamento, pero apenas estuvo presente antes de que se fuera, probablemente por la repentina actividad y la disminución de calorías. Mis pantalones estaban tan sueltos. Estaba segura de que no quería mirarme al espejo.

Smitty chocó los cinco con Taco antes de abrir el refrigerador y agacharse para ver sus opciones, su cara manchada de hollín.

—Eso estuvo intenso por un momento —dijo Tyler.

—Gracias por hacer de niñera... otra vez. Y por ayudarme con mi carpa. No puedo creer que los muchachos durmieran en la línea de fuego por tres noches. Algunos ni siquiera tenían abrigos.

—Son más grandes. Se llama peso de vuelo—es como un límite de peso. Algunas veces, los helos nos vuelan a locaciones más remotas, así que no tenemos que caminar tanto. Entre el equipo, nuestro combustible y la tripulación, los helos no pueden cargar tanto. A veces, Enano trae una de esas sábanas de aluminio que los montañistas usan para acampar, porque es delgado y tiene peso de vuelo de sobra.

—¿Entonces se acurrucan?

—Nos acurrucamos, compartimos sábanas, hacemos cucharita... el frío está de putas allá. Lo que sirva —bromeó.

—¿Entonces por qué hacerlo?

—Dormir en la línea de fuego significa paga por peligro. Algunos muchachos lo prefieren sobre el campamento.

—Los generadores eran muy ruidosos —dije.

—Debiste haber dicho algo. Pudimos haber saltado a un camión y conducir un poco más lejos del ruido.

—Estuvo bien, estuve bien.

—Para una niña rica, no te quejas mucho, ¿o sí?

—Me encantó estar allá afuera, de verdad.

Tyler se inclinó para oler mi hombro,

—Hueles increíble.

—Cállate.

—Es en serio. El humo silvestre es mi olor favorito. ¿En una chica? Te hace extrañamente atractiva.

—Me han llamado peores cosas.

Tyler frunció el ceño.

—No frente a mí.

Hice una sonrisa cansada.

—Mi héroe.

Los bomberos ya se habían quitado los trajes y mochilas para ponerlos en la bahía de camiones, pero todos olíamos como queso viejo ahumado en una hoguera gigante. Tyler se arrodilló, pinchando las agujetas de mis botas de nieve y deshaciendo los nudos. Me las quitó, una por una, me incliné más atrás, meneando mis dedos de los pies para celebrar su libertad. Quitó mis calcetas, lentamente, haciendo muecas por las nuevas ampollas, las que se rezumaban y las que se curaban.

—Dios, Ellie. Hemos hablado sobre esto.

—No me molesta. Siendo que me lo estoy ganando.

—La gangrena no es un premio —trotó hacia su kit de primeros auxilios y comenzó a tratar el desastre estropeado sobre el que había estado caminando por diez días.

Intenté parpadear, pero me tomó un tiempo lograr abrir mis ojos de nuevo. Se sentían tan pesados como media tonelada. Podría haber tomado una siesta justo ahí.

Tyler terminó de embarrarme el antibiótico y de ponerme gazas en las heridas, tomó una cobija del respaldo de un reclinable, la desdobló y la extendió sobre mí. Reboté cuando se desplomó junto a mí sobre el sofá, vistiendo unos vaqueros y una térmica de manga larga, tres botones abiertos en la parte de arriba. Prefería verlo como pobre relleno de sus ropas anti llamas y el casco de protección azul, pero no me dejaría olvidarlo si lo supiera.

—Nunca te quejas. No tienes entrenamiento, solo saltaste ahí y caminaste por kilómetros, acampaste en la tierra y la nieve con temperaturas congelantes —dijo, relajándose junto a mí—. Estoy impresionado. Todos los muchachos lo están.

—No me importa —dije, descansando mi mejilla sobre su hombro. Estaba congelada y exhausta, sin saber si mis dedos aún funcionaban mientras los días pasaban. Manteniendo su promesa, Tyler me había tenido cerca. Era un hermoso pero difícil viaje, subiendo inclinaciones a través de los álamos. En algunos lugares, la nieve era tan alta como mis pantorrillas, y caminamos casi una hora hasta pasando la madera y el fango. Mis pies y rostro estaban adormecidos antes de que llegáramos al incendio, pero me distraía cualquier inconformidad cuando miraba a través del lente de mi cámara.

Apenas podía moverme y el resto de la tripulación de Tyler conversaba mientras se hacían sándwiches. Después de catorce días en la montaña, les debían cuarenta y ocho horas obligatorias de descanso y relajación. A pesar de que estuvieran desgastados, su versión del fin de semana había llegado, y estaban sin descanso.

—¿Cómo pueden estar tan... enérgicos? —pregunté, mis palabras lentas y mi voz ronca.

—Adrenalina —dijo Tyler, agarrando la cámara y viendo varias tomas.

—¿Cómo pueden tener la adrenalina alta todavía? El viaje de vuelta fue eterno. Creí que nunca volveríamos.

—Cada vez que vamos a un incendio está la posibilidad de que uno o todos salgamos heridos, o peor. Regresar como una unidad completa significa mucho —me entregó la cámara—. Lindas fotos.

—Gracias.

Descansó su barbilla en mi cabello.

—Jojo va a estar feliz.

—Gracias. Me envió un mensaje hoy. Quiere ver lo que tengo.

—¿Entonces vas a ir a mostrarle ahora? —sus cejas se juntaron— ¿Eso quiere decir que terminaste?

—Creo que lo averiguaremos.

—Tyler estaba viendo a sus amigos braceando y bromeando en la cocina, pero se le veía infeliz.

—¿Ellie?

Lo escuché llamar mi nombre, pero estaba en el fondo de un barril lleno de agua, caliente e indispuesta a moverme. El sonido de los muchachos en la cocina desapareció lentamente, solo podía oír el sonido de mi propio corazón y el ritmo constante de la respiración de Tyler. Me hundí más en mi misma, cómoda bajo la manta y el brazo de Tyler.



—¡Cállate de una puta vez! —siseó Tyler y parpadeé, viendo un Watts borroso saltando por lo que fuera que Tyler le hubiera aventando.

Me incorporé y froté mis ojos.

—Wow, ¿cuánto tiempo estuve fuera?

—Tres horas —dijo Jubal con una sonrisa—. Tyler no movió ni un músculo en todo ese tiempo para no despertarte.

—¿Cenaste? —le pregunté, mirándolo.

—Le traje un sándwich —dijo Watts, lanzándole de vuelta el pequeño cojín cuadrado a Tyler—. Vivirá.

Tyler lo atrapó y lo sostuvo contra su pecho haciendo un mohín.

—¿Y a ti que te pasa? —le pregunté.

Watts hizo sobresalir su labio.

—Está molesto porque despertaste.

—Déjalo —dijo Jubal, entregándome un vaso con agua.

—Gracias —dije.

Smitty encendió el televisor y Taco pescó su teléfono sonando, levantándose para llevar la llamada a la oficina.

Tyler se puso de pie.

—Tal vez deberíamos llevarle esas tomas a Jojo y a ti a tu casa, ¿no?

—Sí, probablemente debería llamar a José.

—Yo te llevo —dijo inmediatamente.

Jubal nos miraba divertido, aunque no estaba segura de por qué. El resto del equipo de Tyler estaba ocupándose de lo suyo mientras estaban atentos por cualquier cosa que dijera.

—Uh, claro —dije—. Gracias.

Todos los diecinueve bomberos, desde Pez hasta Cachorro, me dieron un abrazo de oso antes de que me fuera, todos pidiéndome que volviera pronto. Jefe hizo una rara aparición fuera de su oficina para despedirme y luego Tyler me acompañó a su camión, pacientemente manteniendo el paso con mi velocidad de perezoso.

—Joder —dijo Tyler bajo su aliento—. Debí encender el camión para que se calentara.

—Está bien. En serio, no es la gran cosa. Creo que ya demostré que no necesito tanto mantenimiento.

—Eso sí —abrió la puerta para mí pero se detuvo cuando notó mi mirada— ¿Qué?

—¿Qué estás haciendo?

Se encogió de hombros.

—Te abro la puerta.

—¿Por qué? —pregunté. Su gesto hizo que me sintiera incómoda.

—Solo entra.

Entré, abrazándome para mantener el calor mientras Tyler cerraba la puerta de copiloto y trotaba al otro lado. Estaba encorvado, molesto por algo.

Condujo hasta la revista para que pudiera darle mi memoria a Jojo. Me saludó con una sonrisa, ansiosa por subir las fotos a su computadora.

—A Papi le encantan estas —dijo.

—¿Sí? ¿Eso quiere decir que terminé? —pregunté.

—Tal vez. Necesito escribir lo que has aprendido hasta ahora, y limpiaré por ti. Tal vez necesitemos carne de cerdo después.

—¿De cerdo?

Su dedo presionó el ratón.

—Ya sabes... material que podamos usar después —me escaneó de pies a cabeza—. Ve a casa y descansa, Ellison. Te ves como el infierno.

—Voy en camino —dije, tomando mi chip de vuelta y encaminándome a la puerta.

El camión de Tyler aún estaba encendido, los vapores del escape ondulando hacia el cielo nocturno. En cuanto me vio dirigiéndome hacia él, se inclinó sobre la consola para abrir mi puerta. Subí de nuevo y froté mi pierna con rapidez.

—Tenemos que llevarte a casa. Estás exhausta.

—Has estado trabajando mucho más duro que yo.

—Pero yo estoy acostumbrado. Jojo debería dejarte un par de días libres. Te enfermarás.

—Me siento mejor, más que en mucho tiempo, en realidad.

Tyler movió la palanca a manejo y se alejó de la acera, dirigiéndose a mi casa. Encendió un cigarro y me lo dio sin preguntar, entonces encendió uno propio. No hablamos mucho. En lugar de eso, dejé que Tyler pensara las miles de ideas que parecía tener.

Tyler llevó su camioneta hasta mi entrada y se detuvo lentamente en el portón. Me incliné sobre él para presionar el código y la puerta chilló, lentamente abriéndose. Tyler aceleró y condujo el largo camino hasta la casa.

Estaba oscuro y asumí que Maricela y José ya se habrían ido.

—Gracias por el aventón —dije, recogiendo mis cosas y bajando al concreto. Caminé alrededor del camión y di unos pasos más, luego me paralicé.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Ellison, lo sabe —dijo Sterling. Salió de las sombras, viéndose delgado, sus bigotes le daban una sombra de barba. Se tropezó bajando las escaleras, tenía la corbata suelta y la camisa manchada.

La puerta de Tyler se abrió y se cerró, sus pisadas crujían contra la nieve y la piedra hasta que estuvo junto a mí.

—Hey, Sterling —dijo—. Es bueno verte.

Los ojos de Sterling estaban húmedos. Podía oler el whiskey a tres metros de distancia.

—Se putas enteró, Ellie. No responde mis llamadas.

—Te he dicho que nunca responde llamadas cuando está de vacaciones.

—¡Lo putas sabe! —escupió.

—Hey —dijo Tyler, colocándose entre nosotros—. No estoy seguro de lo que pasa aquí, pero apuesto a que tendrá más sentido en la mañana. Déjame llevarte a casa, Sterling. Parece que has tenido un día difícil.

—Jódete —dijo Sterling, aún mirándome—. Y a ti también.

—¿Qué me joda? —dije— ¿Quién pasó la píldora misteriosa?

—Nunca volverá a hablarme. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Estás exagerando, Sterling —dije—. Estás siendo paranoico. Lo que sea que te hayas metido no está ayudando.

—¡Sé que esto es tu culpa! —explotó, su voz atravesando los árboles a través de nuestros hogares— No solo eres la puta del pueblo, eres la puta del mundo. Cualquiera sabe a quién llamar por una cogida cuando Ellie está en la ciudad —dijo.

—Espera un maldito minuto —dijo Tyler, dando un paso adelante. Agarré su abrigo, reteniéndolo.

Sterling se rio.

—¿Qué vas a hacer, teniente malote? ¿Cambiar mi opinión?

—Sigue hablando —dijo Tyler—. Lo averiguarás.

Sterling alzó sus manos, burlándose como si temiera.

—Pon a ese obrero a trabajar.

Tyler dio otro paso pero puse mi mano en su pecho. Giré para mirarlo pero miró hacia abajo, avergonzado.

—Está ebrio. Está molesto. Vive al lado. Solo deja que se vaya.

La mandíbula de Tyler se movió bajo su piel, pero dejó que Sterling pasara, incluso después de que Sterling lo empujara con su hombro.

Troté escaleras arriba, usando la llave para entrar a casa de mis padres. Estaba silencioso, cada paso y cada movimiento hacía eco por los pasillos.

Tyler cerró la puerta tras nosotros y me siguió a la cocina.

—Tu casa luce diferente ahora.

—¿Casi vacía? —pregunté.

Maricela me había dejado un plato cubierto en la cocina con una banderita de mondadientes indicando cuántos minutos debía ponerlo en el microondas.

—¿Quieres compartirlo? —pregunté— Tal vez tenga un día o dos, pero al menos no es una MRE²¹.

²¹ Acrónimo para Meal Ready to Eat, traducible como Merienda Lista para Comer. Es básicamente comida deshidratada característica de los cuerpos de emergencia de E.U. [N. del T.]

—Nah. Tú come.

Quitó el plástico y presionó el tres. La luz se encendió y el plato comenzó a girar, lento y constante. Estaba feliz porque hubiera alguien más en la casa además de mí, pero no quería girarme por temor a la expresión en la cara de Tyler.

—¿Qué pasó contigo y Sterling? —preguntó Tyler— ¿No eran amigos hace unas semanas? ¿Por qué dijo eso sobre ti?

—Porque es la verdad —dije simplemente.

—Patrañas. No me lo creo ni un segundo.

—¿Por qué no? —pregunté, girándome— Lo has visto en primera fila.

—Solo me considero de haber estado ahí en el momento adecuado. Tuvimos diversión y nos protegimos. Cualquier cosa más allá de eso no es la puta incumbencia de nadie.

Me reí una vez, sorprendida con su respuesta.

—¿Qué quieres que diga? —preguntó— Si tú eres una zorra, yo soy una zorra.

—Eres una zorra, Maddox.

—No últimamente.

Luché contra una sonrisa mientras el microondas pitaba otra vez. Tyler se levantó, quitando mi plato y poniéndolo en el islote de mármol blanco y negro.

—Y tú claramente estás tratando de cambiar tu vida. Es simplemente puto injusto de su parte lanzarte tu pasado a la cara.

—¿Ocho semanas cuentan como mi pasado? —pregunté, sacando un tenedor del cajón. Me senté, remolinado las puntas de plata en la patata cocida.

—Esta mañana es el pasado —dijo Tyler—. Podemos ser completamente diferentes hoy si queremos. Que se joda Sterling por resentir tu cambio. Las personas como él usualmente tienen que lidiar con su propia mierda, de todas formas, y por lo que estén enojados en realidad no tiene nada que ver contigo.

Sentí una lágrima caliente bajando con mi mejilla, inmediatamente la enjuagué.

—Hey —dijo Tyler, estirándose sobre el islote—. Puedes contarme.

—¿Mi hermana? ¿Finley? Está enamorada de Sterling. Ese primer amor que no se va.

Tyler señaló detrás de él.

—¿Ese patán? ¿Por qué?

—No importa. Es como un loco certificable, pero lo ama. Estaría con él pero se está deteniendo. Tiene que adueñarse de la empresa de mi padre y no tiene tiempo para una relación. Quieren estar juntos. Ella lo ha estado negando y él está miserable.

—¿Y eso cómo es tu culpa? —preguntó Tyler, confundido.

Sequé mi nariz con una servilleta.

—Él tenía una... no lo sé... Estaba allá, hablando sobre encontrar un empleo. Ya estábamos bebiendo y él tenía estas píldoras. Las tomamos... no recuerdo mucho después de eso pero, nosotros... —cabeceé.

Asintió, indicándome que ya no debía seguir. Su cara se ruborizó y sus dientes se apretaron.

—Te drogó, te folló, y ahora te culpa por ello.

Cerré mis ojos, más lágrimas cayeron por mi mejilla. Tantas horas del día habían sido gastadas en tratar de no pensar en lo que había hecho y cómo pasó, que escuchar a Tyler decirlo tan directamente hizo que mi pecho doliera.

—No debí haber tomado la píldora. Ni siquiera le pregunté lo que era. Solo la metí a mi boca —me faltó el aliento—. Sterling ama a Fin. Si hubiera sabido lo que pasaría no la hubiera tomado tampoco. Está tan asustado como yo de que nunca nos hable de nuevo.

—¿Es por eso que tú...? —me hizo gestos.

—Sí, por eso trato de ser mejor. Esperando que si lo averigua me perdone porque... —me atraganté— ya no soy esa persona.

—No lo eres. No estoy seguro de que alguna vez lo hayas sido —dijo Tyler, tomando mi mano con la suya—. Come. No has comido en todo el día.

Probé un bocado, masticando mientras lloraba—lo que en realidad era sorprendentemente difícil.

Tyler saqueó los gabinetes hasta encontrar los filtros de la Keurig. Me miró comer, carraspeando hasta que finalmente tuvo el coraje de preguntar.

—Y ustedes... ya sabes... ¿fueron al doctor? Me imagino que ninguno de los dos pensó en usar protección.

Cabeceé, deseando que pudiera arrastrarme a un hoyo y morir.

—Sí. He tenido un DIU en alguna forma u otra desde que tenía quince. Me revisé.

—Bien. Pudo haber sido mucho peor. Pedazo de mierda —gruñó.

—Sería más fácil solo culparlo, pero no es toda su culpa —las lágrimas fluyeron otra vez. Tyler puso una taza humeante frente a mí y luego se hizo otra. Bebimos té hasta que dejé de llorar, sentándonos juntos en un silencio cómodo. Apenas habíamos dicho algo desde el inicio de nuestra conversación una hora antes, pero me sentí mejor solo sabiendo que estaba ahí.

Círculos oscuros aparecieron bajo sus ojos rojos y golpeteó sus llaves.

—Ellie...

—Quédate —dije.

—¿Aquí? —dijo Tyler, señalando la isla.

—¿Puedes?

—Quiero decir... Supongo que podría. Es mi día libre de todas formas. Jefe me lo debe.

—No tiene que ser como la última vez.

Hizo una mueca.

—Lo sé. No soy un completo idiota.

—¿Entonces te quedarás? —me sentí tan débil, tan vulnerable, pero era mejor que sentirme sola.

—Sí, quiero decir, puedo si tú quieres. Pero con una condición.

Lo estudié, sin saber qué es lo que iba a querer.

—¿Qué si tenemos otro desayuno? —preguntó— Mañana por la mañana.

Exhalé aliviada.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Estoy asumiendo que no me quieres cruda esta vez.

Se rio, pero se le veía preocupado.

—No lo sé. Creo que me gustó sostener tu cabello.

—Apuesto a que sí —bromeé. Lo miré, ni una pizca de humor en mi rostro—. Revelación... Creo que esta es una idea terrible

—Sí —dijo Tyler, cabizbajo—. Mencionaste eso. Sé que intentas arreglar tu mierda, y probablemente soy un amigo riesgoso para tener durante una metamorfosis... pero, no lo sé, Ellie. Solo me gusta estar cerca de ti.

—¿Por qué? Soy mala contigo.

Sonrió.

—Exacto.

Sacudí mi cabeza.

—Eres raro.

—Tú eres algo hermosa con suciedad en tu cara.

Me las arreglé para utilizar mis últimas energías en una risa.

—Solo voy a decir que eso es un halago y clasificarlo como bueno. Pero me voy a bañar.

—Sigo yo —dijo.

Puse mi plato sucio en el fregadero y guie a Tyler escaleras arriba, esta vez hacia mi habitación. Se sentó al borde de mi cama mientras me desvestía y abría la llave de la regadera.

—Estaba pensando —dijo desde la otra habitación—. Me está hartando esta escena de bar. Hay muchas otras que hacer aquí. Aunque todos mis amigos beben.

—Escúchame, eso lo hace difícil.

—Tal vez deberíamos hacer un club.

Me paré bajo el agua, gimiendo mientras me lavaba. Las duchas calientes en medio de un parque nacional con otras veinte personas eran escasas. Solo porque no me quejaba no significaba que no las extrañara.

—Dos personas no hacen un club, Tyler.

—¿A quién le importa? —dijo, asomándose a través de la puerta. Miró la pared pero hablo lo suficientemente fuerte para que lo oyera— Podemos hacer lo que queramos.

—¿Un club de no beber? Eso suena como lo más patético del mundo.

—Cualquier club en el que yo esté es puto asombroso.

—Si tú lo dices.

—Entonces... ¿desayuno? —preguntó, una nueva chispa de esperanza en sus ojos.

Suspiré.

—Yo sería muy, muy mala para ti.

—Nah —dijo, despidiéndome—. De todas formas, soy niño grande. Puedo manejarlo.

—No necesito que me salves. Lo tengo bajo control.

—¿Cualquier otra excusa?

Mis cejas se juntaron.

—Eres algo así como un capullo cuando no estás en el bosque.

—Enjuágate ya. Es mi turno.

Exprimí mi cabello y jalé una toalla del montón, saliendo al tapete. Con el rabillo del ojo pude ver a Tyler quitándose la camisa. Se quitó el pantalón y la hebilla hizo un ruido metálico contra las baldosas antes de que sus vaqueros cayeran al suelo. Caminó a través de la habitación y abrió la cortina, colocándose bajo el agua.

—Dios, esto se siente bien —dijo.

Sonreí, cepillando mi cabello. Miré su reflejo en el espejo enjabonando su piel, y sentí ese cosquilleo familiar entre mis muslos.

—¿Qué si esto se pone feo? —pregunté— ¿Qué tal si me odias cuando esto termine?

—No va a pasar.

—Pasó con Sterling.

—No voy a doparte para después tener sexo contigo.

—Entonces... ¿amigos? —pregunté.

El agua se detuvo y Tyler salió, envolviendo una toalla en su cintura. Su manzana de Adam rebotó cuando tragó, y luego se aclaró la garganta como si estuviera a punto de hacer una promesa que no quería cumplir.

—Amigos.

—¿Aun así te quedarás? —pregunté.

Tyler se las arregló para hacer una pequeña sonrisa, pensamientos arremolinándose tras sus nublados ojos.

—No iba a tratar de acostarme contigo de todas formas, Ellie.

—¿No?

—No. Ahora es diferente.

Me levanté, confundida, no pudiendo formar una respuesta. Lo que sea que estuviera doliendo en mi pecho, estaba segura de que era similar a un corazón roto.

—Vamos —dijo, poniéndose de pie—. Hay que dormir. Estoy abatido.

Me siguió a la cama, pero había una diferencia en el aire entre nosotros. Tyler se veía más relajado, como si la pregunta se hubiera ido, la presión se eliminó. Con la toalla aún envuelta a su alrededor, se arrastró a mi cama y se acostó de lado.

Abri el cajón de mi vestidor y me deslicé en unos Calvins bajo mi toalla, luego caminé a la puerta de mi baño, recogiendo su camisa del piso.

—Solo déjala ahí, Ellie. La vestiré a casa en la mañana.

Me miró con confusión y luego sorpresa mientras me la ponía y me tambaleaba hacia la cama, arrastrándome junto a él. Me envolvió entre sus brazos, enterrando su nariz en mi cabello y suspirando.

—Estás medio desnuda vistiendo mi camisa. Esto no es justo.

Me estiré hacia el buró de noche y luego me giré para mirarlo, viéndolo directo a los ojos mientras abría el paquete en mis manos.

—Aún podemos ser amigos —dije, estirándome y deslizando mi mano entre su toalla y su piel.

—No sé cómo hacer esto —exhaló Tyler, inclinándose para rozar mis labios con los suyos mientras deslizaba el látex en su piel—. Esta mierda del medio, Ellie. No creo que puedas. O eres mía o no lo eres.

—No soy de nadie más.

Plantó su boca en la mía, besando dura y profundamente.

—No tenemos que encajar en una caja especial —dije. Se alejó buscando más respuestas en mis ojos—. Es lo que es. ¿No podemos solo hacer eso?

Tyler lentamente me montó, escaneando mi cara por medio minuto antes de inclinarse a reclamarme con su boca.

Desenredé su toalla hasta que se deslizó y cayó en algún lugar de la cama.

—Tienes razón —susurró—. Esta es una mala idea —arrastró la tela de mis Calvins a un solo lo suficiente para poder deslizarse dentro de mí.

Respiré profundo y suspiré. Tyler se sentía tan bien... tan seguro. Si hubiera podido ver en sus ojos que estaba dispuesto a probarme como si fuera un veneno; incluso después de la primera probada, ya nos estábamos preguntando qué tan enloquecedor sería el final.

CAPÍTULO 12

Tyler parecía estar de un buen humor poco característico de él, comiendo sus panqueques y sonriéndole a todos los que pasaban cerca de nosotros en el de Winona, saludando con su tenedor.

Me había despertado en sus brazos, con su nariz en mi mejilla. Una vez que se comenzó a mover, medio esperaba que nuestra noche juntos terminara en una incómoda caminata de la vergüenza, no en besitos y acurrucarse mientras me enseñaba cómo lavar ropa. Le encantó quitarme la camisa para ponerla en la máquina. Le había tomado mucho más tiempo hacer eso que apretarse en sus pantalones, ropa interior y calcetines.

Apenas habíamos terminado el primer ciclo cuando me levantó sobre la máquina y se acomodó entre mis piernas, recordándome por qué había despertado maravillosamente adolorida.

In ropas frescas de primavera, me tomó de la mano y me llevó a su camioneta, me abrió la puerta en el Café de Winona. Ahora estaba mirando su plato casi vacío, sonriendo como un idiota.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunté.

Me miró, tratando de doblar la sonrisa en su cara y fallando.

—No me estaba riendo.

—Estás sonriendo. Como, mucho.

—¿Es algo malo?

—No. Solo me preguntaba en qué estabas pen-

—En ti —dijo inmediatamente—. La misma cosa que he pensado desde que nos conocimos.

Presioné mis labios juntos, tratando de impedir que subieran. Su buen humor era contagioso, facilitando el olvidar lo que Sterling había dicho en mis escaleras la noche anterior, y quitándome la preocupación de que tuviera razón.

Finley no había llamado ni mensajado en veinticuatro horas. Tal vez Sterling tenía razón. Tal vez lo sabía.

El teléfono de Tyler gorjeó y lo contestó.

—Hey, capullo —dijo. Su expresión cambiaba mientras escuchaba, al principio estaba concentrándose en lo que fuera que le estuvieran diciendo. Luego sus cejas rebotaron una vez. Me miró por medio segundo y luego se puso cabizbajo, parpadeando—. Pero está bien —preguntó Tyler, escuchando de nuevo—. ¿El... ¿él qué? No, no lo hicieron. ¿Estás bromeando? Wow... Sí, no. No lo haré. ¿Quién podría venir? ¿Qué clase de preguntas? ¿Sobre Trav? ¿A qué te refieres? Oh. Oh, joder. ¿Crees que servirá? Está bien. Sí. Ajá, le diré a Taylor. Dije que le diría. Entiendo. Nos mantendremos unidos. También te quiero, Trent.

Bajó el teléfono y sacudió su cabeza.

—¿Dijiste Trav?

—Travis —dijo, preocupado—. Mi hermano pequeño.

—¿Todo está bien? —pregunté.

—Uh... sí. Eso creo —dijo, perdido en sus pensamientos—. Acaba de casarse.

—¿En serio? Eso es genial, ¿no?

—Sí... Abby es... es asombrosa. Está loco por ella. Solo me sorprende. Se habían separado.

—Oh. Eso es... un poco raro.

—Así son ellos. Creo que hubo un incendio en la universidad en la que me gradué. Está en mi ciudad natal.

—¿Hubo heridos?

—Bastantes. Comenzó en un sótano, muchos quedaron atrapados.

—¿En un sótano?

—Uhm... Al colegio se le conoce por unas peleas clandestinas.

—¿Unas qué?

—Es como un rueda de apuestas. Dos sujetos se pelean. Nadie sabe hasta una hora antes. El coordinador llama a los peleadores, sus muchachos llaman a diez personas, ellos a cinco y así...

—¿Y luego qué?

Se encogió de hombros.

—Luego pelean. La gente apuesta. Es un montón de dinero.

—¿Y cómo sabes tanto sobre eso?

—Yo lo empecé. Taylor y yo con el coordinador, Adam.

La mirada en los ojos de Tyler cuando aposté por él en mi casa la primera noche ahora tenía sentido.

—¿Entonces Travis estaba ahí?

La expresión de Tyler cayó y me miró por varios segundos antes de responder.

—Se escapó a Las Vegas con Abby.

—Eso es bueno.

—Sí —dijo Tyler, frotando su nuca—. ¿Más jugo de naranja?

—No, está bien. Probablemente deberíamos irnos.

Tyler pagó la cuenta y luego tomó mi mano hacia el camión como si fuera lo más natural del mundo. Cuando me dejó en la *OrejaMontañesa*, el aire entre nosotros se sentía pesado e incómodo. Fue un momento de *deberíamos o no besarnos y qué significaría si lo hacemos*.

Me estiré por la manija.

—Espera un momento —dijo Tyler, alcanzándome. Deslizó sus dedos entre los míos y llevó mi mano a sus labios.

—Gracias por quedarte conmigo anoche —dije.

—Me alegra haber podido estar ahí para echar a tu huésped no invitado.

—A mí también.

Tomó mi teléfono, tecleando entre letras y números.

—Si te molesta de nuevo —dijo Tyler, la línea entre sus cejas se profundizó—. Llámame. Pero solo... ya sabes... llámame de todas formas.

Salí de la camioneta y me despedí mientras él se iba. Subió el volumen de su radio y podía oír los golpes del bajo hasta que dio vuelta hacia la carretera camino a los dormitorios de los hotshots.

La puerta chirrió cuando entré en la oficina.

—Buenos días —dije, saludando a Jojo camino a mi escritorio.

No solo estaba cerrada la puerta de Wick, sino que había un impresionante ramo de tulipanes y rosas violetas que salían de un solo florero. Rodeé mi escritorio, cruzando mi brazo por mi cintura y tocando mis labios con los dedos para no dejar que toda una sonrisa hiciera erupción en mi cara. Flores, romance y drama eran lo último que quería de Tyler, pero me senté absorbiendo lo increíblemente feliz que me hacían sentir.

Jojo se asomó por la puerta.

—¿De quién son?

Me incliné una vez más para confirmar y alcé mis manos, dejando que golpearan mis muslos.

—No encontré una tarjeta.

—¿Sin tarjeta? ¿No quieres adivinar? —preguntó, paseándose por el cuarto y sentándose en el canapé— ¿Tal vez el chico que te vino a dejar?

Me agaché para encender mi computadora, tomándome unos segundos para quitar la ridícula expresión en mi rostro antes de acomodarme en mi asiento.

—Tal vez.

Jojo se cruzó de brazos, viéndose engreída.

—Eso es lo que pensé que pasaría si pasabas mucho tiempo en la estación. Solo no me di cuenta de que pasaría tan pronto.

—No está pasando nada. Somos amigos.

—Claramente —dijo Jojo con una sonrisa pícaro—. Te vez más delgada. ¿Te alimentaron?

—Apenas.

Se levantó.

—Traje donas para celebrar tu primer día de regreso. Están en el cuarto de descanso.

—Eres una santa pero ya desayuné. Comeré algunas en el almuerzo.

—Tengo mucho que hacer hoy. ¿Estás haciendo esa escritura?

—Lo mejor que puedo. Recuerda que no soy una escritora. Solo escribo lo que sé, tú podrás convertirlo en una historia.

—Sí, sí... te escuché la primera vez —dijo, desapareciendo tras la esquina.

Abrí un nuevo documento y comencé una página en blanco antes de que mi mirada se desviara hacia el ramo. Me habían mandado flores antes, la mayoría de mi padre, pero se habían esforzado en este ramo. Los colores eran directos de mi cuarto, las rosas significando más que solo “gracias por anoche”. Tal vez estaba pensando demasiado en ello, pero Tyler no hacía gestos deshonestos.

Sacudí mi cabeza, concentrándome en la petición de Jojo. Recordé mi primer día, encontrando los básicos, como los nombres, herramientas, cómo lucían y los apodos graciosos del equipo. Todos se respetaban los unos a los otros pero, en mi opinión, admiraban a Tyler. Él rompía las discusiones, los lideraba en las montañas, y ellos respetaban cada decisión que él tomara si no estaba Jubal. Hablé sobre las rupturas de combustible y el suelo mineral y la vegetación. Mochilas, suministros, peso de vuelo y diez códigos. Incluí mi conocimiento limitado sobre las torres de fuego, coordenadas y el clima. Luego añadí historias como la del mejor piloto de helicópteros con el que Tyler trabajó—una australiana pelirroja llamada Holly que podía volar su Huey²² y balancearlo alrededor de la montaña al

²² El UH-1 Iroquois (*Utility Helicopter* [helicóptero de utilidad] 1, y en honor al pueblo iroqués) es un helicóptero militar de tamaño medio por el fabricante Bell Helicopter. Se le apodó Huey. [N. del T.]

último minuto para llevarlos al otro lado y que no tuvieran que caminar tanto—y la vez en que Tyler se comió una oruga gorda y jugosa por doscientos dólares.

Pasaron dos horas sin que me diera cuenta, Jojo tocó la puerta antes de entrar. Deambuló a través de mi oficina hasta la puerta de su padre. Tocó dos veces y retrocedió un paso.

Wick salió, sus mejillas rojas y sus ojos brillantes, Jojo se paró junto a mi escritorio, cruzada de brazos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—A Papi y yo nos asombraron tus fotos, Ellie. Nos enviaste cosas increíbles. Saliste al campo y dormiste fuera en temperaturas congelantes con esos bárbaros hasta el final. Naciste para esto.

—¿Para qué?

—Para ser una fotógrafa de campo —dijo Wick.

—¿En qué? —pregunté, inquieta.

—Papi va a contratar otra asistente.

—¿Qué? —pregunté en pánico.

Jojo tocó mi brazo.

—Está bien. Tu nuevo trabajo con la revista pagará más.

—¿Más?

Sus ojos se ensancharon.

—Mucho más. Papi quiere tener este artículo continuo para la revista. Quiere que sigas a los Alpine Hotshots por toda la temporada de incendios.

—Pero si contratan a alguien más, ¿entonces qué?

Jojo rodó sus ojos.

—¿A quién queremos engañar? Papi no encontrará a nadie más. He estado haciendo esto por tanto tiempo. Puedo esperar a que termine la temporada de incendios. Tienes que hacer esto, Ellie, será fabuloso.

—Yo... no sé qué decir —dije, perturbada y halagada.

—Di adiós —dijo Wick—. Te quiero allá afuera otra vez hoy. Necesitamos una continuación para el próximo mes. Ya lo arreglamos con el superintendente. Empaca tus cosas. Estarás en los dormitorios Alpinos hasta octubre.

—Oh, gracias a Dios —dije, cerrando los ojos.

Casi podía oír a Jojo sonriendo. Ella no tenía idea de que me iban a echar de la casa de mis padres el próximo mes, apenas había ahorrado lo suficiente para mi factura telefónica, mucho menos un depósito de renta, ni siquiera para casas o departamentos a una hora y media de la ciudad. Segur a los bomberos hasta octubre me daba de seis a siete meses más para encontrar una forma de vivir Incluso si era durmiendo en un camión o en una carpa la mayoría del tiempo, era preferible a buscar un refugio.

—¿Sabíamos que estarías feliz! Te dije que estaría feliz, Papi.

—¿Ya terminé? —preguntó Wick.

Jojo suspiró.

—Ya terminaste. Puedes volver a poner tus pies sobre tu escritorio.

Saqué mi teléfono y mensajé a Tyler.

¿Te enteraste?

*Justo ahora. Soy tu niñero oficial. Estoy muy emocionado.
Gracias por las flores. Son hermosas. ☺*

Tyler se tardó un poco en responder.

*No te mandé flores. No sé si sentirme como un idiota o si querer matar al que
las envió.*

¿No mandaste las flores?

No. ¿No hay tarjeta?

No.

Quiero saber quién las envió.

Yo también.

No por la misma razón.

...la cuál es?

Tengo pensamientos violentos. Es todo lo que puedo decir.

Basta.

*Tengo un mal temperamento en general. Mandarle flores a mi novia no es
una buena idea.*

...No soy tu novia.

Todavía. No eres mi novia todavía.

Puse el teléfono en silencio y lo guardé en mi escritorio, negando con la cabeza y teniendo una docena de emociones conflictivas arremolinándose en mi mente y corazón, incluyendo la curiosidad por las flores. ¿Quién más podría mandarlas?

—¿Ellie? —preguntó Jojo a través de la bocina y salté— Tienes una llamada en la línea uno.

—¿Es un chico?

—Sí.

—¿Se llama Sterling?

—No.

—Presioné el botón para la línea uno y contesté el teléfono, esperando escuchar la voz de Tyler del otro lado.

—Aquí Ellie.

—¿Conejita? —la voz de mi padre estallaba a través de la bocina, tan fuerte que tuve que alejar el teléfono un poco.

Lentamente presioné el auricular a mi oreja.

—¿Papi?

—Escuché las noticias. Estoy tan orgulloso de ti —dijo con voz rota—. Sabía que podías hacerlo.

—G-Gracias. Papi, no puedo hablar ahora, estoy trabajando.

—Lo sé. Hablé con Wick esta mañana. Está impresionado. Dice que eres la mejor asistente que jamás ha tenido.

Wick no le había dicho sobre la tarea.

—En realidad acabo de recibir un aumento, así que... encontré un lugar. Me mudaré esta semana.

—Disparates, conejita. Ya te demostraste. Maricela está empacando en este momento, tu pasaporte y boleto de avión están en la casa. Queremos que te le unas a tu hermana en Sanya. Tu avión sale mañana.

—¿Quiénes son nosotros?

—¿Cómo está eso?

—Dijiste queremos que vayas a Sanya.

Se aclaró la garganta.

—Tu madre...

Después de una pequeña reñida, mi madre tuvo control sobre el teléfono.

—En serio, Ellison, ¿no pudiste encontrar algo menos... desesperado?

—¿Disculpa?

—¿Secretaria? Para nadie menos que J.W. Chadwick. Eso simplemente es vergonzoso.

La sangre bajo mis mejillas comenzó a hervir.

—En realidad no me dejaste otra opción, Madre.

—Vas a agradecerme por la oportunidad, y vas a encontrarte con tu hermana como tu padre dice, y luego vas a iniciar su compañía bajo Finley. ¿Entendiste?

—¿Eso es lo que quiere Sally?

Madre suspiró.

—Tu padre sintió que Sally era muy... restrictiva.

—¿Qué hay del contrato?

Madre rio.

—Bueno, no era un contrato legal, Ellison. Era más un acuerdo en papel.

Respiré hondo, aliviada de que pudiera apoyar mi espalda en la parte trasera de un yate rentado en treinta y dos horas, empapándome de sol y bebiendo mimosas mientras comía mi peso en langosta y pato pekinés. La pregunta era si Finley me querría allí.

—¿Ya le dijeron a Finley?

—No. Es de noche allá.

—¿Acaban de decidir esta mañana que no estaba muerta para ustedes?

—Honestamente, Ellison. No seas tan dramática. Te forzamos a conseguir empleo y eso hiciste, estás siendo recompensada por tu trabajo duro, y luego trabajarás bajo tu hermana. Nadie murió.

—Alguien murió.

Madre se tropezó con sus palabras.

—¿A qué te... de quién... de qué estás hablando, Ellison? ¿Quién murió?

Tragué saliva.

—Agradécele a Papi por los boletos, pero no voy a ir a Sanya. Tengo un trabajo aquí que amo.

—Amas ser una secretaria —dijo Madre, inexpresivamente. Escuché a mi padre haciendo unas preguntas en el fondo.

—En realidad también estoy tomando fotos para ellos, soy muy buena.

—Ellison, por el amor de Dios. ¿Eres una secretaria diagonal fotógrafa? Escúchate.

—Me quedo.

—Esto es por un chico, ¿cierto? Conociste a algún local y no estás pensando con claridad. Philip, hazla entrar en razón.

—Habrás veces en las que no me podrán encontrar. Si es una emergencia, pueden llamar a la revista. Ellos saben cómo contactarme.

—Ellison —advirtió Madre—. Si cuelgas el teléfono—

—¿Me cortarán el dinero? —pregunté.

Mientras mi madre balbuceaba algo para decir después, colgué, tenía miedo de que si hablaba otra vez con mi padre cambiara de opinión.

CAPÍTULO 13

Las luces estaban bajas en el cuartel general. La mitad de los hotshots estaban alrededor de la mesa de la cocina jugando cartas mientras los demás estaban en las duchas.

El único ruido era el de las tuberías canalizando el agua a través del dormitorio y hacia las diez duchas, además de mis dedos tecleando. Me había vuelto parte del sofá desde que volvimos a nuestro hogar temporal, descansando y subiendo las fotos recientes simultáneamente. Después de enviar la última foto, comencé a escribir mi siguiente entrega de la serie *OrejaMontañesa* “Hielo y Fuego”.

Tyler salió, su cabello recién rapado y sus mejillas rojas por la ducha caliente. Cuando estaba limpio, una línea de bronceo aparecía alrededor de sus ojos por estar vistiendo sus gafas de protección todo el día con el sol prominente. Vestía una camiseta de los Alpine Hotshots color gris, pantalones cortos de algodón color marino y, aparentemente, nada debajo.

—¿Mi turno? —pregunté mientras él caía en el sofá junto a mí.

Tyler frunció el ceño.

—Las casetas de ducha están lado a lado.

—¿Y? Soy una de los muchachos, ¿cierto?

Tyler no respondió, pero enseguida pude ver que la idea de yo bañándome junto a sus colegas lo molestaba. Inicialmente, todos me ofrecieron bañarme primero, pero no quería que los veinte de ellos esperaran después de dos semanas en las montañas mientras me bañaba.

Reí.

—Solo bromeaba. Pudín —llamé—. Te toca. Quítate lo apestoso.

—Sí señora —dijo Pudín, saltando de su silla plegable.

Tyler se rió, y lo empujé con mi hombro.

—¿Qué es tan gracioso?

—De alguna forma te convertiste en la jefa por aquí. Aceptan tus órdenes como si fueras la superintendente o Jubal.

—Tal vez solo necesitaban una hermana mayor.

Tyler miró a Pudín caminando hacia las duchas mientras su bolsa de baño se balanceaba sobre su hombro. Pudín se agachó bajo el umbral, sus brazos descollaban de su cuerpo por sus músculos masivos. Era el miembro de la tripulación más grande, seguido por Gato y Azúcar. Aunque habían llegado luciendo como levantadores de pesas, las caminatas y arduas labores de doce a dieciséis horas lo había hecho más delgados. Tyler había dicho que para el fin de la temporada todos parecerían más corredores a campo traviesa. Pudín ya había perdido dieciocho kilos.

—¿Crees que necesitan una hermana mayor?

Pudín asomó su cabeza por la esquina.

—¿Ellie? ¿Crees que podrías hacerme otro sándwich de queso derretido? Son los mejores que he probado.

—Yo te hago uno —dijo Pez desde la mesa.

La expresión avergonzada de Pudín hizo que pareciera un niño.

—Nah. Está bien, Pez.

Sonreí, no era la mejor cocinera, pero podía hacer un sándwich de queso fundido endemoniadamente bueno. Pudín no se refería a que fueran *los mejores*, solo los hacía muy parecidos a los que su mamá hacía cuando era joven.

—¿Tres? —pregunté.

—Si no es mucho problema —dijo Pudín. Su voz era tan profunda que sonaba como si fuera a través de un megáfono apagado, como sonaría un gigante.

—¿Está bien si lo hago después de que me bañe?

—No puedo ser limosnero y con garrote.

Desapareció tras la esquina y estiré mi cuello hacia Tyler, mirándolo con una sonrisa conocedora.

—Sí. Creo que todos necesitan una hermana mayor.

—O una mamá —dijo Tyler—. Tal vez no te dejen irte.

—Si no encuentro un lugar para octubre tal vez no me vaya —bromeé, pero Tyler me miró por mucho tiempo.

—¿Necesitas un lugar? —preguntó— Estoy buscando un compañero de cuarto.

—Creí que dijiste que tú y Taylor vivían juntos.

—Medio tiempo. Después de la temporada, él viaja.

—Necesito un lugar permanente.

—Tal vez podríamos buscar un lugar con tres dormitorios. Es la última temporada de Ágil. Él y su esposa tienen un condominio de tres habitaciones que seguramente pondrán a la venta.

Lo pensé por medio segundo.

—No puedo costear una compra.

—Yo sí. Estaba pensándolo de todas formas.

Negué con la cabeza.

—No podemos ser compañeros de cuarto.

—¿Por qué no?

—Sabes por qué.

Asintió un par de veces, fingiendo ver la televisión. Cada pocos minutos sonreía y comenzaba a decir algo, pero se lo pensaba mejor.

Pudín salió con ropas frescas y el resto de la tripulación cenicienta me miró.

—¿En serio?

Siguieron mirándome.

Suspiré.

—Ve, Gato.

Gato saltó, sonriendo.

—Soy su favorito.

—Patrañas —dijo Tyler, señalándolo.

Todos en la mesa se rieron y Gato trotó, lanzándome un beso.

—También te quiero, Ellie —canturreó.

—Golpearé tu polla —dijo Tyler, abofeteando el aire hacia él.

Sabio salió y envié a Judío. Bucky salió y mandé a Sancho. Pronto, todos los muchachos habían terminado y era mi turno. Rodé mis ojos hacia Tyler—insistió de nuevo en pararse

junto a la puerta. No era la primera vez que me bañaba en los cuarteles, y los muchachos nunca me espiarían, pero les encantaba molestar a Tyler.

Entré a la larga línea de espejos y lavamanos, envuelta en mi bata—la única cosa que había empacado que me recordaba de los lujos caseros. Restregué mi cabello con la toalla, sintiéndome más humana. Algunas veces tendríamos acceso a un semi-tráiler con puestos de ducha, pero cuando estábamos muy adentro en las montañas para que los camiones llegaran, era vivir en lo sucio o bañarse en un estanque, río o cascada. En el campamento era una persona distinta, ignorando la suciedad y el sudor en mi cuerpo, y lo helado. Para mí, por lo menos, estar sucia unos días más era preferible al agudo frío de la nieve recién derretida que no calentaba, ni siquiera en la cúspide veraniega.

Tyler tocó la puerta.

—Estoy decente —dije.

Se apoyó contra el marco de la puerta, cruzando sus brazos.

—Estás subestimándote asquerosamente

—¿Qué? —dije, tallando humectante en mi cara. Pasando tanto tiempo en el aire seco de la montaña hacía que mi piel se sintiera como una lija. No ayudaba que hubiera olvidado el protector solar y mi nariz comenzara a pelarse.

—Nada —dijo—. Hablaba en serio antes. Si necesitas un lugar, de alguna forma u otra, podemos hacer que funcione.

—No podemos vivir juntos, Tyler. Ya tenemos esta cosa rara de amigos con beneficios sucediendo...

—No últimamente —dijo Tyler con un puchero.

—Y sería muy complicado. Mírate. Estás parado afuera del baño para que los chicos no me vean.

—Protejo tu virtud —bromeó.

—Eres celoso. Se meten contigo cuando se trata de mí. Todos saben-

—¿Todos saben qué?

Aclaré mi garganta.

—Ya sabes,

—No, no lo sé. Dime.

—Que hay algo entre tú y yo —sonrió, su hoyuelo apareció. Entrecerré los ojos—. Deja de sonreír.

—No —dijo.

Mojé mi cepillo de dientes y estrujé la pasta en las cerdas, luego lo mojé de nuevo antes de cepillar mis dientes.

—Yo hago eso —dijo Tyler.

—¿Hacer qué? —dije, con la boca llena de espuma.

—Mojar mi cepillo dos veces.

Rodé los ojos.

—Debemos ser almas gemelas.

—Me alegra que estés de acuerdo.

Me agaché para escupir en el lavamanos y luego Tyler me agarró, sellando mis labios con los suyos. Cuando lo empujé tenía un círculo de pasta alrededor de su boca.

—¿Qué te pasa, Tyler? ¡Qué asco!

Limpió la pasta de su boca y se lamió su dedo, guiñándome un ojo.

—Como que te extraño.

Me paré junto al lavamanos, el agua corría, mirando a Tyler virar en la esquina con un rebote en sus pasos. Sacudí mi cabeza preguntándome qué demonios lo había picado. Desde que estaba en los cuarteles, él había sido profesional. No se había escabullido por las noches, no me había pinchado las nalgas ni había robado un beso—hasta ahora.

Me miré en el espejo para ver mis mejillas hundidas y la felicidad en mis ojos. Sentí un pequeño mareo en mi estómago, diferente al cosquilleo que solía sentir cuando Tyler estaba cerca. El verano volaba. Él hablaba de compartir un apartamento, pero la realidad era diferente en medio de la nada, rodeados por árboles y viendo las mismas veinte personas todos los días. No estaba segura de si Tyler se sentiría igual finalizando la temporada.

Me cambié a mis pantalones de pijama de franela, mi sudadera y unos calcetines afelpados, luego entré al cuarto de TV. Diecinueve hotshots estaban parados detrás del sofá escuchando a Tyler hablarle a un sujeto extraño de traje y corbata. El hombre estaba sentado en un reclinable con un cuadernillo y una pluma.

Me acerqué a la multitud, escuchando.

—¿Entonces no ha hablado con su hermano sobre el incendio? —preguntó el hombre.

—Quiero decir, sí —dijo Tyler—. Fui un alumno de Eastern. Él es un estudiante, pertenecemos a la misma fraternidad y perdimos hermanos en ese incendio.

—Pero está seguro de que no estaba ahí —preguntó el hombre—. Quiero recordarle que soy un agente federal y es imperativo que usted sea honesto.

—Ya le respondió eso, agente Trexler —dijo Taylor, con voz firme.

Tragué saliva. Tyler había recibido una llamada sobre el incendio a finales de marzo. Me pregunté por qué hasta ahora lo interrogaban.

El agente miró a Taylor.

—¿Le contó a usted sobre eso?

—No —dijo Taylor—. Lo escuché de Tyler.

Trexler señaló al gemelo en el sofá con su pluma.

—Y usted es Tyler.

—Correcto —dijo Tyler.

Trexler miró su cuadernillo.

—Es interesante que sea un...

—Bombero entre agencias —terminó Pez—. Y uno malditamente bueno.

Trexler reprimió una sonrisa.

—Su padre cree que es un agente de seguros. ¿Lo fue? ¿Un agente de seguros?

—No —dijo Tyler.

—¿Por qué cree su padre que lo es?

Taylor cambió su peso de un pie a otro, apretando su agarre en sus brazos. Pude ver sus bíceps tensándose.

—Nuestra madre murió cuando éramos niños —dijo Tyler—. Papá se preocuparía si supiera lo que hacemos.

—Entonces —dijo el agente—, ¿cree que sería seguro asumir que él no sabría sobre la participación de Travis en un ruedo de peleas clandestinas con el propósito de hacer apuestas ilegales en su campus universitario?

—Travis no estaba en ese incendio —dijo Tyler con una expresión en blanco.

—¿Es todo lo que necesita, agente? Estos muchachos acaban de regresar de casi dos semanas en la montaña. Necesitan descansar —dijo Sabio, su barba rojiza crispando mientras hablaba.

El agente Trexler escaneo la cara del equipo de bomberos y luego asintió.

—Claro. Pronto contactaré a su superintendente para hacerle saber que necesitare comunicación abierta. Esta es una investigación activa y su hermano es una persona de interés. Su cooperación será lo mejor que puede hacer por Travis ahora.

—Como sea —dijo Tyler, levantándose—. Buenas noches, agente Trexler.

Después de que Trexler se fuera, y su carro podía oírse alejándose de los cuarteles, el equipo de Taylor y Tyler los palmeó en las espaldas, ofreciendo su apoyo silencioso.

Me retracté, viendo a los gemelos tener una conversación intensa en la esquina. Taylor se alejó con sus manos en la cintura y luego regresó con su hermano, sacudiendo la cabeza. El resto del equipo se apiñó alrededor de la mesa, continuando su juego de cartas. También eran la familia de Taylor y Tyler, pero ellos sabían que los gemelos necesitaban resolver lo que sucedía con su otra familia en casa.

Taylor regresó a las barracas y Tyler me miró antes de desviar sus ojos al suelo. Había visto eso antes, muchas veces, principalmente al espejo. Estaba avergonzado.

Salteé a través del cuarto deteniéndome a unos metros de él.

—¿Qué puedo hacer?

Frunció el ceño, tratando de concentrarse en el piso.

—Está bien —dije—. No tienes que decirme. Puedo... ya sabes... solo estar cerca.

Asintió, manteniendo sus ojos en la alfombra. Retrocedí, acomodándome en la esquina del sofá más cercano a la pared. Puse una manta tejida sobre mi regazo y me senté silenciosamente. Tyler cruzó la habitación, sentándose en sus rodillas a mis pies.

Pasé mi mano a través de su cabello rapado, deteniéndome en su nuca.

—Te mentí —susurró—. Pero si te digo la verdad te verás envuelta en este lío.

Negué con la cabeza.

—No tienes que decirme

Me miró bajo sus cejas, enojado.

—¿No me escuchaste? Te mentí.

—No, estabas protegiendo a tu hermano.

Tyler me siguió viendo.

—Y ahora te estoy protegiendo.

CAPÍTULO 14

Todos excepto Taylor y Tyler se habían ido cuando desperté. Después de catorce días en la montaña, el equipo había despertado para su descanso y relajación. Por dos días, viajarían con cualquier amigo o familiar que fuera cercano, yendo a algún bar o a alguna tienda de ropa o quizás a un café familiar para comer comida de verdad.

Froté mis ojos, apenas viendo a Tyler mientras se sentaba sobre mi cama, sus codos descansando en sus rodillas. Vestía un par de shorts de basquetbolista rojos, una playera blanca y una gorra de béisbol azul. Por su atuendo y pies descalzos, era obvio que no planeaba salir, pero estaba a kilómetros de distancia. Su gemelo vestía botas, pantalones cargo y una playera Alpina, con una bolsa de lona a sus pies.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Taylor se apoyó contra el gran cuadro de madera que guardaba las pocas cosas que había traído al dormitorio. Tenía el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Taylor se va —dijo Tyler.

—¿Por qué? —pregunté, sentándome.

—Después del descanso, vamos a ir a Colorado Springs para unirnos a un equipo que está trabajando un incendio por allá.

—¿Tú no vas?

Tyler sacudió la cabeza.

—Esperaré a que los australianos lleguen, luego iremos todos. Es mejor si Taylor va primero, de todos modos.

—¿Por qué?

Me miró antes de bajar la vista.

—Taylor es mejor que yo mintiendo.

—El agente Federal va a estar allá —dije. No era una pregunta; sabía la respuesta.

Taylor asintió.

—Voy a responder todas sus malditas preguntas—otra vez—y espero que deje en paz a Tyler.

—Porque Tyler es el que habló con Travis.

Tyler se movió.

—En realidad fue Trent.

Fruncí el ceño. Sin haberlos conocido, era difícil diferenciar a sus hermanos.

—¿Y él cuál era?

—El segundo más joven —dijo Tyler, divertido por alguna razón.

—Oh, claro —dije—. El artista de tatuajes. Tiene sentido el por qué están cubiertos.

—Todos lo estamos —dijo Taylor—. Excepto Thomas. Tengo que ir al camino. Se supone que debo llegar primero. Tal vez encargarme de Trexler y su interrogatorio antes de que volvamos a trabajar.

—Algo... no se veía bien —dije—. Ten cuidado.

Taylor me guiñó un ojo.

—Lo tengo bajo control, Ellie. No te preocupes por mí. Desde que averigüé que iríamos a Colorado Springs... no lo sé. Tengo un buen presentimiento sobre esto.

—Solo te gusta ese tonto bar de vaqueros —dijo Tyler.

Taylor arqueó una ceja.

—Colorado Springs tiene un porcentaje de mujeres atractivas considerablemente mayor, y la mayoría pasa el rato en ese bar.

Tyler rodó los ojos.

—Están buscando pilotos. La base de la Fuerza Aérea está allá.

—Sí, pero estamos hablando de mí —dijo Taylor, empujándose de mi armario. Se agachó para agarrar su bolsa de lona y pasó la tira sobre su hombro—. Me voy, cara de polla.

Tyler se levantó, abrazando a su hermano. No era un abrazo de lado ni un estrechón-de-manos-diagonal-choque-de-hombros. Taylor y Tyler envolvieron sus brazos el uno con el otro y se apretaron. Se palmearon fuerte la espalda pero aún era dulce de ver.

Las llaves de Taylor tintinearón en su mano mientras giraba en la esquina. La puerta delantera se abrió y cerró, y Tyler suspiró.

—Lo vas a extrañar.

Se sentó sobre mi cama otra vez, se recostó entrelazando sus dedos.

—Es algo un poco maricón de decir, pero Taylor y yo no nos hemos separado en mucho. Se siente raro.

—Entendible. Cosa de gemelos.

—Solo estoy feliz de que no se vaya a Australia con Judío.

—¿Australia?

—Sí, cambiamos. Un par de muchachos irá allá una temporada para aprender cómo ellos hacen las cosas, y nosotros recibimos a unos de sus chicos para enseñarles nuestro modo.

—¿Esos son los australianos que esperamos? ¿No va a meterse con tu onda o lo que sea recibir a dos chicos nuevos?

—Los australianos son máquinas. Siempre han venido aquí a trabajar. Arrastramos nuestros traseros hacia el cuartel y ellos están ansiosos por la siguiente llamada. ¿Qué?

—No lo sé... me siento irracionalmente traicionada.

Tyler arrugó la nariz.

—¿Te sientes qué?

—Debiste habérmelo dicho. Un minuto soy la hermana mayor que hace sándwiches de queso, y al siguiente estoy fuera del círculo.

Tyler pensó sobre eso.

—Wow. Lo siento. Te ajustas tan bien que se me olvida que no sabes estas cosas ya.

—Supongo que epodo perdonarte —me incorporé, tapando mi cara con la mano—. Oh por Dios.

—¿Qué?

—Mi mano sabe a basurero —me levanté, abriendo el armario y tomando el cepillo y el tubo de pasta dental antes de correr al baño. Después de escupir espuma en el lavamanos, me enjuagué y tomé una toalla. Mi nariz se sentía congestionada, así que agarré un pañuelo.

—¡Oh por Dios! —dije de nuevo.

Tyler trotó a través de las barracas, deteniéndose en la puerta.

—¿Qué pasa?

—Estoy muriendo —dije, sonando mi nariz de nuevo—. Me estoy pudriendo por negro.

—¿Sale negro? —preguntó.

Asentí.

Tyler rio entre dientes.

—Eso es normal. Cuando termine la temporada de incendios seguirá pasando eso por semanas. Es por el humo y la ceniza.

—¿Eso no es... no lo sé... poco saludable?

Tyler hizo una mueca.

—Fumas, Ellie.

—Tú también —dijo rápidamente.

—Pero no me estoy quejando de los peligros de inhalar humo de madera. Nos metemos cosas peores cuando encendemos uno.

—Pero no exhalo carbón de mi nariz cada vez que fumo.

Tyler se encogió de hombros.

—Pues usa un cubrebocas la próxima vez.

—Tal vez lo haga.

—Bien. ¿Vamos a ir a la ciudad o qué?

Sacudí la cabeza y cambié mi peso, levantando un pie del piso frío.

—Ahora mismo no puedo. Tengo que enviar mis notas por correo a Jojo.

—No sé por qué no solo lo escribes tú. Usó la mayoría de tu manuscrito para la revista. Ni siquiera se dio crédito.

Sonreí, llenando mi mano con agua y enjuagando el lavabo.

—Eso estuvo bien. Pensé que sería basura pero ella lo arregló un poco y lo llamó bueno.

—Jefe dijo que ha recibido muchas llamadas por la historia. Al estaño le gusta la prensa positiva que recibe el equipo.

—La Asociación de Prensa no lo capturó como esperábamos.

—Aún —dijo Tyler mientras cerraba la llave—. ¿Entonces vas a trabajar?

—Sí... adelántate.

—Nah, esperaré. Se siente un poco bien estar a solas contigo.

Agarré mi laptop y luego me senté con Tyler en el cuarto de TV. Levantó el control y encendió el televisor, manteniendo el volumen bajo mientras Tecleaba. El proceso era un poco más fácil esta vez, emparejando fotos numeradas con la cuenta correspondiente.

No mucho después de que pasara una hora, Tyler me alcanzó para estirar mis piernas, bajándolas sobre su regazo. Se acomodó contra los cojines del sofá, viendo se somnoliento pero contento.

—¿Hambriento? —pregunté después de presionar ENVIAR.

—¿Todo listo? —dijo Tyler, viéndome cerrar la laptop.

—Sí. Terminado. Vamos a comer.

Condujimos hasta la ciudad en la camioneta de Tyler, sus escapes ridículamente fuertes anunciaban a cualquiera en un radio de seis kilómetros que estábamos de vuelta. Se detuvo en un pequeño café en el que no había estado jamás pero que se veía familiar.

La mesera se veía sorprendida y extremadamente entusiasta por verlo, pero Tyler no se dio cuenta.

—Uh, solo aguas por ahora. ¿Quieres jugo de naranja, Ellie? —preguntó Tyler, aún mirando el menú.

—Sí, por favor —dije.

—Dos —dijo Tyler, levantando su dedo índice con el medio. Cuando la mesera se fue, bajó su dedo índice, haciéndome una seña encantadora por unos segundos antes de quitarla.

—Lo mismo te digo —gruñí. Fingí estar molesta, pero era difícil cuando su hoyuelo mágico estaba presente.

—Jugo de naranja. Dos —dijo la mesera poniendo los dos vasos—. ¿Quién es, Tyler?

Estaba sonriendo cuando hizo la pregunta, pero había un destello familiar en sus ojos. Miró mi cabello, mi ropa, incluso mis uñas melladas con barniz astillado, preguntándose qué es lo que había hecho que yo mereciera un desayuno de Tyler Maddox.

—Esta es Ellison —dijo Tyler, la sonrisa en su cara expandiéndose a más no poder.

—¿Ellison? —preguntó la mesera— ¿Edson?

Me mortifiqué, preguntándome qué habría escuchado sobre mí y cuánta satisfacción sentiría cuando se diera cuenta de que yo no era tanta competencia después de todo.

—¿Sí? —dije, tratando de enfrentar su mirada condescendiente. La vida era una colección de historias y no podía permitir que ella me juzgara por un par de capítulos.

—¿Sabes? Mi prima Paige habla mucho sobre ti.

—Oh, sí. Dile que le mando saludos —dije, sorprendida de lo aliviada que estaba.

—¿Saludos? ¿Eso es todo? —dijo la mesera, su voz tenía una pizca de desdén.

—Emily, por favor. ¿Podemos ordenar? —dijo Tyler, impaciente.

Emily sacó su cuaderno y pluma, frunció los labios.

—Los gofres —dijo Tyler.

—¿Mantequilla de mani y crema batida con maple tibio? —preguntó.

—Sí —dijo Tyler.

Emily me miró.

—Oh, uh... Yo querré dos huevos, a fuego medio, y tocino. Quemado.

—¿Quemado? —preguntó Emily.

—Crujiente.

Sacudió la cabeza.

—Le diré al cocinero. ¿Algo más?

—Eso es todo —dije. Emily se fue caminando y me recargué sobre la mesa—. Va a escupir en mi comida.

—¿La conoces? —preguntó Tyler.

—No. No estoy segura de si me odia porque cree que le hice algo a Paige o porque estoy contigo,

—Tal vez las dos. Las chicas son así de raras.

—A la puta, Tyler. ¿Podrías ser más misógino?

—¿Estoy equivocado?

—¿Sobre eso? Ni siquiera estoy segura de lo que quisiste decir,

—Pero sabías lo suficiente para ofenderte.

—Te odio hoy.

—Me doy cuenta —dijo—. Diría que necesitas un trago, pero...

—No. Con mi suerte, nos llamarían a un incendio político y estaría vomitando mis entrañas.

Tyler sonrió ante la jerga. Un incendio político era algo lo suficientemente grande para que la CNN lo cubriera, algo en lo que todos eran despachados, la única razón por la que sabía eso era por haber vivido con veinte hombres que serían enviados a uno.

—No sabía que conocías ese término —dijo Tyler.

—Como que le tengo que poner atención al trabajo.

—Eres muy buena en ello, Ellie. Estoy feliz de que Jojo te diera un aumento, pero vi en el internet que les pagan a otros fotógrafos seis dígitos al año por tomar fotos de bosques nacionales.

—¿En serio?

—Estuve viendo a *National Geographic*, también. Parece un poco más difícil, pero no imposible.

Arqueé una ceja.

—¿Estás tratando de deshacerte de mí, bombero?

—De ninguna puta manera. Ni un poco.

Nos miramos en un intercambio silencioso. Teníamos un entendido que yo necesitaba, y Tyler estaba satisfecho con lo que fuera que tuviéramos. Parte de mí quería agradecerle por no apresurar las cosas, pero eso destruiría el propósito de nuestra regla para evitar etiquetas, o siquiera discutir la naturaleza de nuestra relación—si es que podía llamarse así.

Emily regresó con nuestros paltos, interrumpiendo nuestro concurso de miradas.

—Gofres. Huevos —dijo, volteándose antes de que Tyler pudiera pedir más bebidas.

—Está bien. No tengo idea de lo que le hiciste a Paige, pero su prima está enojada por eso.

—Sinceramente no tengo idea.

—¿No estaban ustedes dos, uh...

—No. En realidad se lo dije claramente. Muchas veces.

—Muchas veces, ¿eh?

—Cállate.

Tyler rio entre dientes, terminando su gofre. Pagó y caminamos al centro de la ciudad, deteniéndonos en varias tiendas. Era raro ver algo que me gustara y no comprarlo. Me encontré mirando las etiquetas de los precios por primera vez y una vez, cuando encontré un cuello de tortuga excepcionalmente suave, calculando mi balance bancario y facturas futuras en mi cabeza para ver si tenía el dinero extra para gastar. No lo tenía.

Deambulé por la tienda, espiando a Tyler a través de la estantería. Tenía un par de artículos en sus manos así que esperé a que pagara antes de que fuéramos a la dulcería. Pasamos el día caminando y hablando sobre la tripulación, dimes y diretes, intercambiando historias familiares y tratando de superarnos mutuamente en las actividades ilegales en las que participamos.

Yo gané.

El día se terminó y el sol se escondió tras las cimas de las montañas verdes, me sentí quejándome sobre *El Día que Tyler y Yo No Hicimos Nada*. Paseando sin rumbo en el centro de Estes era uno de mis mejores días.

Después de una cena ligera, Tyler y yo bajamos la cuadra hacia un callejón familiar. Casualmente tomó mi mano, al principio balanceando nuestros brazos y luego gentilmente apretando mis dedos cuando se dio cuenta de que no me iba a quitar de encima. Estaba

vistiendo sus vaqueros, botas negras y una camiseta de mangas cortas con algo sobre una motocicleta en tinta negra. Hacía juego con sus tatuajes y sonreí pensando en la reacción que tendrían mis padres si nos vieran.

—¿Qué opinas? ¿Quieres compartir un Shirley Temple?

—Creí que estabas harto de la escena de bar.

—No tenemos que ir. No quiero alentar viejos hábitos.

Le quité mi mano.

—No soy una alcohólica, Tyler. Puedo estar cerca del licor sin beber.

—No dije que lo fueras.

Entrecerré mis ojos. Hacia él.

—No me crees.

—Tampoco dije eso.

Apreté su mano, jalándolo hacia adelante. Resistió los primeros pasos y luego cedió. Una mujer empujó la puerta, sus tacones clicando contra el concreto mientras se iba por donde nosotros veníamos. Su tobillo rodó y casi se cayó, pero recuperó el equilibrio, gruñendo maldiciones hasta que se perdió tras la esquina.

Tyler se jaló mientras me estiraba hacia la puerta con mi mano libre. Me tropecé hacia atrás, cayendo contra él antes de empujarlo.

—Estaba bromeando, Ellie —dijo Tyler—. No creo que debamos entrar. Podemos encontrar otra cosa que hacer.

—¿A las diez en punto en este pueblo? O entramos ahí o volvemos al cuartel —dije señalando la puerta. Su pintura negra astillada era el prólogo perfecto para lo que nos esperaba dentro.

Me estiré de nuevo hacia la puerta, pero Tyler se resistió. Comencé una crítica mordaz sobre su conducta, tocó mi mejilla y me miró con consternación en los ojos.

—Ellie.

Giré mi cara de su mano. Mi nuevo trabajo y mi nueva vida se debían a mi orgullo terco. Ni siquiera ser desheredada por mis padres me hacía arreglar mi mierda. Mi suerte era mejor cuando hacía mis propias decisiones sin tener influencia exterior, pero me encontré a mí misma queriendo hacer lo que hiciera feliz a Tyler—el tipo de estupidez insípida que hacía Finley cuando le gustaba un chico—cosas que definitivamente no eran yo. Pero claro, ya no estaba segura de quién era en realidad. Tal vez Ellie dos-punto-cero se saltaría el bar para estar segura y esconderse de las tentaciones en el cuartel.

Fruncí el ceño.

—Vamos. O'Doul's, cocteles vírgenes y gente viendo. Podemos reír tan fuerte como si estuviéramos ebrios y golpear la mesa mucho. Nadie se dará cuenta.

Tyler todavía no estaba seguro, pero lo jalé por la puerta de todas formas. Un pequeño grupo de mujeres apenas legales se sentaban en la mesa cerca de la puerta. Algunas parejas estaban al final del bar por los baños, y unos locales más viejos estaban alineados a través de los taburetes de la barra. Tyler señaló la mesa en la que nos sentamos cuando vinimos con Sterling y Finley. El pensar en Sterling hizo que se me enchinara la piel. Él no quería follarme más de lo que yo quería ser follada cuando fui a su casa aquel día, pero Sterling era la personificación de fondo de roca para mí, y estaba bien en nunca volverlo a ver de nuevo.

—Hey, ¿estás bien? —preguntó Tyler, sentándose junto a mí. Palmeó mi muslo, regresándome al presente. Amaba y odiaba que me tocara como si fuéramos tan cercanos, como si le perteneciera. Tyler era mi nueva adicción, como coquetear con incendios en la montaña, amando el peligro y esperando a arder.

—Sí, ¿por qué?

—Te ves un poco disconforme.

—Un par de O'Doul's y estaré bien.

Tyler sonrió.

—Buena suerte adquiriendo un poco de coraje líquido con cervezas no-alcohólicas —se levantó, dejándome sola, para ir a ordenar a la barra.

Quitó los últimos pedacitos de barniz de mis uñas. Finley siempre había sido la que se asegurara de que tuviera una manicura regularmente, incluso si tenía que hacer una cita desde el otro lado del país, pero ahora que no podía costearme una, lo medio extrañaba.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo trasero y lo saqué, viendo la cara tontita y hermosa de Finley. Presioné el botón rojo por segunda vez ese día y lo guardé.

—Te ves terriblemente desamparada —dijo Tyler, poniendo una botella frente a mí—. Aquí tienes. Bebe. Annie me dijo que Wick ya le había advertido que si veníamos juntos me recordara no hacer nada para que nos echen.

—Que cabrón. Arruinó toda nuestra noche.

Tyler dejó estallar una risa.

—Eso es exactamente lo que dije

—¿En serio? —pregunté, dubitativa. Tyler asintió— Estamos pasando demasiado tiempo juntos.

—Y que lo digas. Lo sé.

—¿Ellie? —una voz aguda llamó desde el otro lado del cuarto— ¡Oh por Dios! ¡Ellie!

Me giré para ver a Paige escabulléndose entre las mesas para llegar a la mía. Se agachó y lanzó sus brazos a mi alrededor. Su cabello azul ahora era fucsia y se veía tan hermosa como siempre. Sus diminutos detalles seguían tan suaves cuando me sonrió. Aún estaba buscando a alguien, vistiendo una blusa recortada y unos shorts raídos de mezclilla para exponer sus tatuajes. Su brazo derecho, el lienzo en blanco, ahora tenía un listón negro que servía como las hojas de una rosa color coral.

—Eso es nuevo —dije.

Sonrió, señalando su nariz.

—Esto también.

Fruncí el ceño, incapaz de ignorar el pensamiento de que Paige estaba cambiando mucho, muy rápido. Ya estaba borracha, sus ojos inyectados de sangre y pequeños círculos purpúreos oscurecían la piel bajo sus pestañas. No debía tener más de veintidós o veintitrés, pero ya estaba cansada de la mierda que la vida le arrojaba. Íbamos en direcciones opuestas y me pregunté si yo había sido la gota que derramó el vaso. Finley siempre había dicho que yo arruinaba a las personas, y podía ver los caminos que Paige estaba tomando, todos cuesta abajo.

—Estoy tan feliz de verte —dijo, el nuevo piercing de su nariz brillaba al reflejar las luces de muchos colores que estaban sobre nosotros—. Fui a tu casa, José dijo que conseguiste un empleo y te habías mudado.

—Verdad.

—¿Dónde? ¿Nueva York? ¿Los Ángeles?

—Las barracas de los Rocky Mountain Alpine Hotshots, en realidad.

Paige giró su cabeza como un cachorrito confundido.

—¿Los qué?

—Soy una fotógrafa para *La OrejaMontañesa*. Estoy siguiendo a los bomberos este verano.

Paige se rio y empujó mi brazo.

—En serio. ¿A dónde te mudaste? —sus ojos rebotaban entre Tyler y yo, luego el reconocimiento encendió sus ojos— Entonces están... ¿viviendo juntos?

—No exactamente —dijo Tyler—. A menos que digamos que también estamos viviendo con otros diecinueve tipos.

Paige apretó su labio inferior, pero intentó relajarse, forzando una sonrisa.

—¿No pudiste llamar?

—No tengo tu número —dije.

—¿En serio? Pensé que te lo había dado —negué con la cabeza y parpadeó—. Bueno, te lo puedo dar ahora, ¿dónde está tu teléfono?

—En mi bolsillo.

Paige cambió la mirada de mí a Tyler, y luego de vuelta a mí. Se sentó junto a mí con los hombros caídos.

—Te he extrañado. Te ves genial. Te ves feliz.

Sonreí.

—Gracias.

Sus ojos me escanearon.

—¿Qué harás después?

—Vine a la ciudad con Tyler, de hecho —dije, sintiéndome más culpable con cada palabra que salía de la boca de Paige.

—Oh. Pues... yo podría llevarte. Tengo un auto.

—Estoy en turno, Paige. De verdad lo siento.

Podía ver todo el dolor en su rostro, por la forma en que miraba al piso y su boca temblaba.

—Me lo advertiste, ¿no es cierto? —miró hacia arriba— Te he estado esperando todo este tiempo y tú me dijiste que no lo hiciera. Tan estúpida —dijo, sacudiendo la cabeza y mirando hacia otra parte. Se limpió una mejilla rápidamente.

—Paige —dije, estirándome hacia ella.

Se alejó.

—Solo hay una persona que es más zorra que Tyler Maddox en esta ciudad.

—¿Taylor? —dijo Tyler. Oí la diversión en su voz y mis mejillas ardieron con ira.

—Yo —dije.

Paige rio una vez.

—Ni siquiera lo niegas. ¿Cómo se siente eso?

—De la mierda —dije— ¿Feliz?

El rostro de Paige se derrumbó y una lágrima escapó, cayendo por su mejilla.

—No. No en mucho tiempo —se levantó y caminó fuera, yo tomé de mi cerveza inútil con un largo trago.

—Ignórala —dijo Tyler.

—No es divertido —bramé—. No hay nada de divertido en mí usándola y luego derrochándola como todos los demás en su vida.

—Whoa, lo siento. Pensé que estaba de tu lado.

—Deberías volver al tuyo —dije—. La gente sale herida por aquí.

—No me asustas —dijo Tyler, acercándose—. Deja de ser tan malditamente obstinada. Soy bueno para ti.

—¿Qué si yo soy mala para ti?

Inclinó su botella hasta que chocó con la mía.

—Es justo lo que busco en una chica.

Suspiré.

—Creo que necesito una bebida más fuerte.

—¿Solo una? —preguntó Tyler. En realidad no lo estaba ofreciendo y pude ver la paciencia en sus ojos mientras esperaba a que decidiera por mí misma.

Consideré su pregunta y luego recargué mis codos sobre la mesa, sosteniendo mi cabeza entre mis manos.

—Tienes razón, no debería.

—Está bien, es tiempo de que salgamos —Tyler se levantó, llevándome con él.

Para cuando llegamos al callejón, Tyler ya me había dado un cigarrillo de su paquete negro y estaba buscando un encendedor.

—¿Qué demonios? —dijo Tyler, deteniéndose a medio paso.

Estaba mirando hacia el cielo y me retiré hacia su brazo cuando una fuerte explosión hizo eco en el cielo, como un trueno. Una lluvia de colores bajó y boqueé. Otro disparó hacia el cielo, explotando en chispas doradas.

Tyler miró su reloj, presionando un botón que lo encendía para que viera la fecha.

—Me lleva el diablo.

—¿Cuatro de julio? ¿Cómo se nos pasó eso?

—Mierda, debo llamar a Trent. Es su cumpleaños.

Tyler me guió a la calle, su brazo aún enganchado a mis hombros. Vimos los fuegos artificiales casi una hora antes de que el gran final encendiera el cielo nocturno.

Tyler me abrazó.

—¿Es patético que piense en todos los incendios que los fuegos artificiales podrían potencialmente iniciar? —dije, mirando los increíbles chorros de luz.

Tyler me miró.

—¿Es patético si quiero besarte ahora mismo?

Aún podía escuchar los fuegos artificiales con mi vista periférica, sintiéndome sentimental, era un día de independencia conmovedor.

Cerré los ojos y Tyler se inclinó, tocando mis labios con los suyos. Lo que había comenzado como algo dulce e inocente rápidamente cambió, agarré su camiseta con mis puños- Cuando lo jalé hacia mí pude sentirlo endurecerse tras sus jeans, haciéndome gemir en su boca.

Retrocedió, aún conmigo en sus brazos.

—Eso fue asombrosamente inesperado.

—Definitivamente deberíamos ir a casa —dije, sin aliento.

Alzó sus llaves.

—Estaba pensando lo mismo.

CAPÍTULO 15

Mi cuerpo me despertó con una sacudida, mis ojos ensanchados viendo el techo sobre mí mientras entraba en pánico, preguntándome dónde estaba y de quién eran los brazos que me envolvían. En mi sueño, estaba en un yate de Sanya con Finley, sintiendo el cálido sol en mi piel de oliva y viendo el mundo a través de lentes de sol de quinientos dólares.

Toqué mi frente con el talón de mi mano, ya lamentando lo despreocupada que había sido en el bote imaginario con mi dulce hermana.

Mi teléfono vibró y lo alcancé para sacarlo del buró de noche que alguien había cortado de un tronco. Finley me envió un mensaje. Los textos anteriores eran de ella aburrída en una hermosa playa, untada en loción de bronceado en el arco de *Andiamo*, o siendo sin esfuerzo mientras compraba en la Isla Hainan. Durante las últimas semanas sus textos se habían vuelto peticiones impacientes para que la contactara. Había leído el más salado que había enviado desde que se fue y no pude evitar sonreír.

Ellison, contáctame de vuelta. Quiero prueba de vida o estaré en el próximo avión hacia Denver que Dios me ayude.

Escribí una respuesta pero suspendí mi pulgar sobre el botón ENVIAR. Enviar *Estoy viva, estoy feliz, te extraño* no sería suficiente.

Los labios de Tyler tocaron mi sien.

—Envíalo —dijo, carraspeó lo ronco de su garganta—. Está preocupada.

—Querrá llamarme.

—¿Eso es algo malo?

—Sabrá que algo está mal. Puede leerme incluso a medio mundo de distancia.

—Ellie —dijo Tyler, sosteniendo mi cuerpo junto al suyo—. No puedes evitar esto para siempre. Vas a tener que hablar con ella en algún momento.

Envié el mensaje y luego apagué mi teléfono, sentándome. Mis músculos dolieron mientras me estiraba quejándose de la extraña posición en la que habíamos dormido toda la noche, tratando de encajar en una cama individual.

—Recibí una invitación en el correo. Mi hermano se casa de nuevo.

—¿De nuevo? ¿Ya se divorció?

—No, se escaparon, así que lo harán formal para que la familia pueda atender. Va a ser en St. Thomas a mediados de marzo del próximo año.

Suspiré.

—Me encanta St. Thomas, pero no me da suficiente tiempo para ahorra.

Tocó mi espalda baja con las yemas de sus dedos.

—Yo lo cubro. ¿Quieres ir? ¿Conmigo?

Miré a Tyler por encima de mi hombro desnudo.

—Como... ¿tu pareja?

Se encogió de hombros, estirando su brazo por encima de su cabeza.

—Puedes llamarlo como quieras, solo quiero que estés ahí.

Miré hacia adelante, jalando la sábana sobre mi pecho.

—Necesitaria un pasaporte para St. Thomas —suspiré—. Odio esto. Siento que esto —dije, haciendo gestos entre nosotros— es pagar por algo.

Se rio.

—No lo es. Ya tenía planeado invitarte.

Le ofrecí una sonrisa arrepentida.

—No podemos hacer esto otra vez.

Su sonrisa somnolienta era contagiosa.

—Sigues diciendo eso, ¿por qué no solo lo admites?

—¿Admitir qué?

Esperó.

—Bien—dije—. Tenemos... algo.

—No fue tan difícil, ¿o sí? —dijo, pero la sonrisa desapareció de su cara cuando me levanté, llevándome la sábana conmigo al baño y agarrando mi bolso de baño y bata del pomo del armario en el camino.

—¿Ducha? —preguntó.

—Sí.

—¿Te puedo acompañar?

—No.

Colgué la bata en un gancho clavado en el divisor entre regaderas y dejé que la culpa cayera al piso, alcanzando detrás de la cortina de plástico para girar la perilla.

La máscara quemó mis ojos y alcancé el jabón, rápidamente fregándola. Tyler me había besado todo el camino hacia la cama para desvestirme, y ninguno de nosotros se había alejado de ese lugar por el resto de la noche. Su lengua había saboreado casi cada centímetro de mi cuerpo, haciéndome venirme una y otra vez hasta que mis piernas temblaron exhaustas.

Una vez que terminó, y yo estaba descansando en sus brazos, pude sentir su alivio. Prácticamente irradiaba qué tan cómodo se sentía conmigo, y todo en lo que podía pensar era en lo duro que era fingir que lo que teníamos solo era sexo. Bajo su gruesa armadura, Tyler se preocupaba por mí y no estaba segura de que mereciera eso—o al menos no todavía.

Salí de la ducha con toda la intención de hablar con Tyler sobre a dónde se dirigía nuestra amistad con beneficios, pero un extraño estaba de pie en el umbral, impactado pero no pero para nada tratando de cubrir sus ojos de mi piel expuesta.

—¿Este grupo tiene sheilas²³ o los Alpinos permiten visitas conyugales? —preguntó.

Jalé la bata del gancho y la enredé a mi alrededor.

—Soy la fotógrafa. ¿Quién carajos eres tú?

Se rio, encantado por mi respuesta.

—Soy Liam. Este wog²⁴ es Jack.

Liam medía casi uno noventa, pero Jack era más alto, y muy rubio.

—¿Qué demonios es un wog? —pregunté.

—¿Cómo te va? —dijo Jack, con un pesado acento— Acabamos de llegar de Oz²⁵.

—Genial —dije, anudando el cinturón de mi bata y ajustándolo.

²³ Sheila es un término utilizado en el inglés australiano para mujeres o chicas (generalmente lindas).

²⁴ Wog se usa para referirse a personas europeas viviendo en Australia.

²⁵ Australia. [N. del T.]

Tyler entró, echándoles un vistazo a los dos hombres. Nunca había visto su expresión tan severa.

Liam extendió su mano hacia Tyler. Sus bíceps eran tan grandes como mi cabeza y me pregunté cómo cargaban tanto músculo en una caminata hacia un incendio.

Tyler miró la mano de Liam hasta que finalmente la retiró, pero el australiano no se veía alterado.

—Hay una mujer desnuda en su medio, caballeros. Sugiero que se retiren a otra habitación hasta que se cambie.

Jack palmeó el hombro de Liam.

—Son un poco apretados en cuanto a la desnudez. No hay que enojar al equipo en el primer día.

Liam no retiró sus ojos de los de Tyler, pero no lo estaba retando. Con su implacable y divertida sonrisa, Liam le hizo saber a Tyler que no estaba para nada intimidado, lo que solo lo enojó más.

Los australianos se fueron y Tyler se me unió junto al lavabo.

—¿Estás bien?

—Sí —dije, agitando mi mano despectivamente—. Parece que ya no eres el único bombero alpino que me ha visto desnuda.

Tyler apretó sus dientes.

—Debimos haberlos mandado directo a Colorado Springs.

—Entonces no habríamos tenido lo de anoche.

Sonrió, gentilmente pinchando unos mechones de mi cabello.

—Es un incendio político. Necesitan a todos en la borda. Tal vez te deberías quedar.

Fruncí el ceño.

—¿Qué se supone que haga aquí? ¿Fotografiar flores? ¿Las barracas? Jojo se enojará si no voy.

—Es un equipo táctico diferente. No solo es Jefe dando las órdenes. Tal vez no te dejen estar ahí.

—Tengo una insignia de prensa. Puedo ir a donde quiera.

Tyler se rio.

—Eso no es exactamente acertado.

Pasé un cepillo a través de mi cabello húmedo.

—Por Dios, eres hermosa en las mañanas.

—¿Ya no soy extrañamente atractiva?

—Nunca dije eso sobre *ti*. Hablaba de lo mucho que me gustaba que olieras a fuego silvestre —apreté la pasta en mi cepillo, haciendo que Tyler sonriera. Lo señalé con el cepillo dental—. Ni siquiera lo pienses. Tenemos un equipo aquí y ahora.

Tyler se vio disgustado.

—Acaban de llegar.

—Aún así son equipo.

—O tal vez escuchaste su acento y de pronto ya no quieres que tengamos un algo.

Arrugué mi nariz.

—No hablas en serio.

Se encogió de hombros.

—A las chicas les gustan —se fue caminando.
Cepillé mis dientes como si los estuviera castigando.
Empacamos las maletas y Tyler llamó a Jefe, haciéndole saber que los australianos habían llegado. Los muchachos cargaron el camión forestal e iniciaron el viaje de doscientos diez kilómetros al sur, por la Autopista 36 hacia Colorado Springs.
—Amigo²⁶, ¿qué tan largo es el viaje?
—Como dos horas y media —dijo Tyler—, más o menos.
Jack se movió un par de veces en su asiento y giré.
—Deben estar hartos de viajar. ¿Cuándo llegaron?
—Anoche. Condujimos aquí a primera hora en la mañana —dijo Jack. Sonreía mucho, lo que le daba una joven apariencia, aunque fuera puro músculo.
—¿Arrancaron corriendo? —pregunté.
—¿Cómo estuvo eso, querida? —preguntó Jack.
Me reí, sabiendo que sería un viaje interesante. Ambos hablábamos español²⁷ pero la jerga iba a ser un reto.
—Que si empezaron a trabajar en cuanto llegaron.
—Así es como nos gusta —dijo Liam.
Miré hacia adelante, ajustando mi cinturón de seguridad. Tyler tenía ambas manos en el volante y sus nudillos estaban blancos.
—¿Qué? —dije. Compartíamos la cabina del camión, pero los australianos estaban charlando y el motor silenciaba cualquier cosa que no dirigiera a ellos.
—Solo estoy pensando en la mañana.
—No eres el único que me ha visto sin ropa.
—Lo sé —dijo, cerrando los ojos—. Lo sé, es solo que no estaba ahí para atestiguarlo.
—Vas a tener que superarlo —dije—. Tienes que trabajar con estos chicos.
—Tal vez podría si supiera qué diablos estamos haciendo.
Arrugué mi nariz, atrapada con la guardia baja por su repentina ira.
—No es como si tú lo hubieras sacado al tema.
—En realidad, sí. Traté de ser paciente.
—¿Y qué pasó con eso? —pregunté.
—Un hombre no puede ser paciente para siempre.
—¿Y eso qué significa, exactamente? ¿Me perdí la fecha límite que no sabía que tenía?
Todo estaba bien hace dos horas. ¿Por qué estás tan molesto?
Ni siquiera respondió, su mandíbula aleteaba bajo su piel.
Liam se estiró, palmeando el hombro de Tyler.
—Perdón por lo de tu chica.
—No es mi chica —dijo Tyler.
Agité mis hombros hacia adelante y miré por la ventana, tratando de no verme afectada. Los australianos de pronto se silenciaron, empeorando la incomodidad. No me había dado cuenta de lo mucho que dolería el rechazo de Tyler. Desde que lo conocía, pensé que yo era la

²⁶ Mate, en inglés. Los australianos utilizan tanto esta palabra que se ha vuelto una característica destacada.

²⁷ Inglés. El inglés estadounidense y el australiano son muy diferentes, principalmente por el acento y la jerga. [N. del T.]

perseguida, pero en ese momento me di cuenta de por qué me restringía: Tyler había dejado a su padre, sus amigos, sus hermanos. En el fondo sabía que también me iba a dejar.

El motor rugió y los neumáticos giraron sobre el asfalto, creando un tarareo agudo. No podía hablar así que doblé mi brazo contra la ventana con los ojos cerrados, fingiendo dormir.

Tyler habló cuando los australianos le hicieron preguntas sobre los Alpinos, manteniendo el silencio mientras hablaban en el asiento trasero, discutiendo su entusiasmo por las caminatas en las montañas y el clima más fresco.

Liam hizo una pausa y luego llamo a Tyler.

—¿Cuál es la historia con la sheila?

—Su nombre es Ellison.

—Muy bien. ¿Cuál es la historia con Ellison, entonces?

—Es una fotografía para la revista local. Nos está siguiendo durante la temporada de incendios, documentando lo que hacemos.

—Es un bombón —dijo Liam—. Tiene los ojos más azules y claros que jamás haya visto.

Tyler se mantuvo callado, pero no necesité abrir los ojos para ver su expresión.

—¿Tiene novio? —preguntó Liam.

—Chispas —dijo Jack, disgustado. Claramente comprendiendo lo que Liam no, que algo sucedía entre Tyler y yo, incluso si no fuéramos a admitirlo.

—Estás ladrando al árbol equivocado, colega. Le gustan las chicas —dijo Tyler.

Técnicamente no estaba mintiendo, pero no me quitó el enojo. Hasta ese momento, Tyler había estado siendo directo y sin complejos sobre sus sentimientos hacia mí. Ahora actuaba como un prepuberto que intentaba ser genial frente a sus compañeritos.

Las dos horas y media se sintieron como una eternidad, y para cuando llegamos al estacionamiento del hotel, mi cuerpo estaba rígido y pidiendo a gritos que lo moviera.

Salí al asfalto y luego revolví las cosas para sacar mi cámara de mi bolsa, deslicé la cinta sobre mi cabeza y saqué fotos de la pequeña bola rosa de fuego bajo la gruesa capa de humo en el cielo.

—Eso no es nada, primor —dijo Liam—. Deberías volver a Oz conmigo.

Tyler tomó su bolsa de lona y azotó la puerta del conductor, caminando rápidamente hacia el vestíbulo. Liam y Jack lo siguieron, yo caminé detrás de ellos, retrocediendo mientras Tyler y los australianos se registraban.

El vestíbulo estaba monótono, decorado con beige y plantas falsas, y repleta de bomberos, algunos de ellos preparándose para salir, otros estaban solo de pie con una cerveza en mano. Un letrero en tiza por el bar decía *¡Bienvenidos, Bomberos! ¡IPAs²⁸ y aperitivos a mitad de precio!*

Tyler empezó a discutir con la recepcionista y luego sacó su celular.

Fruncí el ceño cuando presentó su billetera, azotando su tarjeta de crédito sobre el escritorio. La recepcionista corrió su tarjeta y la regresó con dos sobres pequeños. Me buscó con la mirada y caminé a través del cuarto hacia donde estaba parada.

—Toma —dijo, entregándome uno de los sobres.

—¿Qué fue eso? —pregunté.

²⁸ IPA significa India Pale Ale, un estilo de cerveza de tradición inglesa que se caracteriza como una ale pálida y espumosa con un alto nivel del alcohol y de lúpulo. [N. del T.]

—Te conseguí un cuarto.

—Yo podía haber hecho eso —dije—. Tengo un gafete de la revista.

Suspiró.

—No sabía eso. Además, ya me encargué de ello —comencé a rodearlo hacia la recepción pero me tomó del brazo— ¿Qué estás haciendo?

—Les doy mi tarjeta para que no tengas que pagar por mi habitación.

—Te dije que me encargué de ello.

Me halé de él, mirando las distintas caras en el cuarto. La mayoría de los bomberos no había notado nuestra discusión, pero los australianos sí.

—¿Cuál es tu problema? —siseé.

—Solo estoy tratando de conseguirte una puta habitación, Ellie.

—No, ¿por qué estás tan enojado? Eres como... ni siquiera conozco a esta persona.

Tyler miró a todas partes en el vestíbulo menos a mí.

—Soy yo.

—¿El cabrón celoso tú?

Se rio una vez, moviéndose.

—¿De quién carajos estoy celoso?

—Liam me vio desnuda. ¿Y qué? Habría terminado ahí si no solo le hubieras que estaba soltera sino que avivaste la fantasía de todo hombre.

—¿Huh?

—Le dijiste que me gustan las chicas —bramé.

—Es la verdad.

—Pues no te sorprendas si Liam me pide un trío uno de estos días.

Tyler gruñó.

—Suena como algo de tu rollo.

—No puedo creer que te intimide alguien como él.

Tyler se acercó un paso.

—Que quede claro, primor. Nadie me intimida.

—Pues has estado de malas desde que Liam llegó.

—Te vi —dijo hirviendo.

—¿Me viste qué?

—Vi cuando te encontré. Solo te quedaste ahí. Te tomó tres segundos enteros el cubrirte.

—¿Oh? ¿Entonces se supone que corra a proteger mis partes de dama porque un capullo grosero me encuentre? Tú caminas con tu trasero al aire todo el tiempo en las barracas.

—Es diferente.

—¿Por qué? ¿Porque tengo tetas? ¿Cuándo me has conocido por ser modesta?

—Exacto.

—Que te jodan.

Le arrebaté el sobre de la mano y di pisotones hasta los elevadores, aplastando el botón varias veces hasta que se abrió la puerta. La familiar que ya estaba adentro se deslizó pasándome al vestíbulo, la hija vestía un bañador azul sosteniendo una llanta de flamenco en su cintura.

Monté el elevador hasta el tercer piso, caminando por el pasillo hacia la esquina de mi cuarto. Mis dedos temblaban mientras sacaba la llave de su caja y luego llevaba la tarjeta al sensor, pero una gran mano cubrió la mía, bajándola.

—Demonios, Ellie —dijo Tyler—. Tienes razón. Estoy celoso como la mierda. Tú envías estas señales mezcladas y un sujeto entra y te ve, desnuda, luego pregunta por ti... tengo un millón de putos sentimientos arremolinándose. No sé qué diantres estoy haciendo. Nunca me había sentido así antes.

Levanté la tarjeta de nuevo y el candado zumbó. Bajé la perilla en la puerta mirando a Tyler.

—Madura —dije, atravesando la puerta y luego azotándola detrás de mí.

CAPÍTULO 16

Desempaqué las cuatro camisas, cinco pares de calcetines, tres pares de pantalones cargo, dos camisones muy grandes, pasta dental y un cepillo de dientes, máscara y brillo de labios de mi maleta. Los Alpinos podrían ser llamados en cualquier momento y quería estar preparada. No pasaba por alto que estaba peleada con el hotshot asignado para mantenerme a salvo o que Tyler necesitaba concentración en el incendio creciente y no en nuestro ridículo predicamento.

Tyler y yo no éramos un *nuestro*. No éramos un *nosotros*, lo que quería decir que no debía de haber celos, ni expectativas ni discusiones profundas sobre nuestro estatus relacional o hacia dónde se dirigía. Era una ebria en recuperación y él era una zorra en recuperación. Cualquier terapeuta que hubiera visto en los últimos cinco años habría dicho la misma cosa: que no teníamos futuro.

Tomé el control y encendí el televisor. El noticiero ya estaba reportando el incendio, las últimas noticias pasaban en el fondo de la pantalla. Solo escuché unos minutos antes de apagarla.

Mi teléfono vibró, en el mismo lugar sobre la cama donde lo había tirado antes. Incluso a tres metros podía ver que era mi hermana. Sonó un par de veces antes de oscurecerse, y luego la pantalla brilló de nuevo.

Caminé un par de pasos y agarré el teléfono, sin saber si lo lanzaría al otro lado de la habitación o contestar hasta que el auricular estuvo junto a mi oreja.

—¿Hola?

—¿Ellison?

—Hola, Finley.

Suspiró.

—Pensé que estabas muerta. Madre y Papá pensaron que estabas muerta.

—Supongo que para ellos medio lo estoy.

Podía oír su ira construyéndose, encogiéndome cuando grito a mi oído.

—¡No para mí! No te he hecho ni mierda, Ellie, y ¡me has estado ignorando y evitando por meses! ¡¿Crees que he estado paseándome por la playa esperando a que solo estuvieras bien?!

—No, pero yo esperaba...

—¡Jódete! No esperes cosas agradables de mí ahora. ¡Estoy enojada contigo! ¡No merezco esto de ti!

Me congelé, preguntándome si se refería a algo más que solo ignorarla.

—¡Di algo! —dijo Finley con voz rota, luego empezó a esnifar.

Arrugué mi nariz.

—¿Estás llorando? No llores, Fin, lo lamento.

—¿Por qué no quieres hablarme? —lloró— ¿Qué es lo que hice?

—Nada. No hiciste nada. Solo no quería arruinar tus vacaciones. No quería que te sintieras culpable y no quería preocuparte.

—¡Fallaste de todas las maneras posibles!

—Lo siento.

—¡No quiero que lo sientas! —bramó— ¡Quiero que contestes tu puto teléfono cuando te llamo!

—Está bien —dije—, eso haré.
—¿Lo prometes? —ahora estaba más calmada, respirando profundamente.
—Lo prometo. Contestaré cada que llames... si no estoy trabajando.
—¿Qué estás haciendo, de todas formas? Madre dijo que eras una secretaria o una fotógrafa o algo para una revista por ahí.
—Sí.
—¿Estás usando la cámara que te compré?
Pude oírla sonriendo. Ya me había perdonado. No sabía sobre Sterling, y cuando se enterara, recordaría esta conversación y se sentiría aún más traicionada. Todo lo que quería era colgar el teléfono, pero eso la haría sospechar.
—Lo hago. Es una muy buena cámara, Fin, gracias.
Finley no habló por unos segundos
—Me siento como si le hablara a una extraña.
—Soy yo —dije.
—No, no eres tú. Cambiaste.
—Estoy sobria.
Rio.
—¿Cómo está eso?
—Pues, en realidad. Bien... lo jodi una vez. ¿Cómo está Sanya?
—No sabría decirte. He estado en Bali las últimas tres semanas.
—¿Cómo está Bali²⁹?
—Hermoso. Volveré a los Estados para verte.
Entré en pánico.
—Te extraño, Fin, pero estoy viajando mucho con este trabajo. Estoy siguiendo a los bomberos entre agencias y estarán por todo el lugar hasta octubre.
—¿Los hotshots? ¿Como el equipo de Tyler?
—Sí.
—Te lo estás follando, ¿no es cierto?
—Ocasionalmente.
—¡Lo sabía! —se rio.
Extrañaría a Finley, la que nunca entraba en shock, la que siempre dejaba que mis fechorías se deslizaran de sus hombros. Finley siempre ponía excusas por mí, me guiaba por la vida tomándome de la mano y me mangoneaba sin pensárselo dos veces porque eso es lo que las hermanas mayores hacían.
Sin importar cuánto quisiera prevenirlo, vendría un punto en el que seríamos hermanas pero ya no amigas. Incluso si Finley me perdonara, por siempre sentiría el dolor de mi traición y nunca sabría si podría confiar en mí de nuevo.
Bebí una o dos botellas de agua en el cuarto, deseando que fueran algo más fuerte, y luego paseé de un lado a otro antes de decidir bajar. Mi reflejo en el espejo por la puerta captó mi atención, y me quedé viendo a los redondos ojos azul-hielo que me miraban de vuelta. Mi reflejo no era amable. Mechones oscuros de mi cabello colgaban de mi bollo desordenado. Estaba sobria, trabajando y haciendo todo lo que la gente normal... ¿era feliz?

²⁹ Bali es una isla de Indonesia. [N. del T.]

Una parte de mí odiaba a Tyler por tenerme que hacer esa pregunta. Si no podía ser feliz haciendo algo que amaba, durmiendo junto a un hombre paciente tratando de cuidarme porque era lo único que sabía hacer, ¿merecía serlo? Era autónoma, haciendo mi propio dinero y mis propias decisiones—pero ver a Ellie-dos-punto-cero en el espejo, con la tristeza en sus ojos, era difícil de ignorar. Era exasperante.

La puerta pesada se azotó detrás de mí mientras caminaba por el pasillo. El elevador me llevó al vestíbulo que, sorprendentemente, estaba casi vacío.

—Hola —le dije a la recepcionista.

Sonrió, empujando el garabato que estaba haciendo.

—Eso es muy bueno —dije, viéndolo mejor.

—Gracias —dijo—, ¿qué puedo hacer por tí?

Empujé mi tarjeta de crédito en el escritorio.

—¿Puedo cambiar la tarjeta de mi cuarto?

—Claro —dijo agarrando el rectángulo plateado del escritorio. Usó el ratón, cliqueando un par de veces y luego deslizando la tarjeta en el escáner— ¿Para los extras también?

—Sí, para todo.

—Lo tengo —dijo, devolviéndome la tarjeta—, solo firma aquí.

—Gracias— —dije, viendo su insignia— —Darby.

—No hay por qué, *OrejaMontañesa*.

Caminé hacia el bar y me senté en el taburete, sola, exceptuando al hombre tras el mostrador lavando los trastes. Tenía una piel suave y morena, era demasiado joven para tener una cabeza llena de patillas plateadas.

—Buenas tardes —dijo. Metió su puño cubierto por un trapo en un vaso de vidrio, girándolo rápidamente antes de agarrar otro. Sus ojos oscuros hacían que pareciera ver las cosas con más intensidad de la que él tenía intención.

—Hola. Solo un... uhm... una Sprite, por ahora.

—¿En las rocas? —bromeó. Su sonrisa se desvaneció y empezó a trabajar, dándose cuenta de que no estaba de humor para chistes.

Llenó un vaso alto y lo deslizó frente a mí. Sus ojos destellaron cuando vio a alguien sentarse en el taburete a mi derecha. No fue difícil adivinar una vez que habló.

—Pásame una Victoria's Bitter³⁰, amigo —dijo Liam.

—¿Vas a beber en tu primer día de trabajo? —pregunté— ¿No tienes una reunión en quince minutos?

—No te preocupes. Tendré lo mismo que ella.

—Otro Sprite —dijo el barman, decepcionado.

Rompí los bordes de la servilleta con un millón de cosas rebotando en los confines de mi mente.

—¿Cómo terminaste en este grupo? —preguntó Liam.

—Empecé en la revista contestando teléfonos y terminé tomando un par de fotos que impresionaron al dueño. Me envió con Tyler y mis fotos obtuvieron atención local. Así que aquí estoy, capturando una serie.

—Trabajaste cuesta arriba, me gusta —dijo Liam, bebiendo su soda como si fuera una cerveza, incluso inclinó su vaso de plástico para saludar a otro bombero mientras caminaba.

³⁰ Es una marca de cerveza, de las más vendidas en Australia. [N. del T.]

—No había estado en la revista mucho tiempo antes de que me dieran mi primera tarea.

—Eso es más impresionante —dijo Liam.

—En realidad no —sacudí mi cabeza y miré hacia abajo.

—¿Qué hacías antes?

—Nada. Fui a la universidad, apenas me gradué y luego viajé un rato. Mis padres tienen una casa en Estes Park, así que así es como terminé aquí.

—Oh. ¿Cómo lo llaman los americanos? Eres una bebé fiduciaria.

—Supongo que lo fui.

—¿Pero ya no?

—No. Me desheredaron, de hecho.

—Mientras más te hablo, más interesante te vuelves. Usualmente es al revés.

Miré a Liam para estudiar sus detalles. Era un hombre australiano tan estereotípico, con la fuerte barbilla, hombros anchos y un cuerpo masivo. Su mandíbula estaba cubierta con una barba de tres días, sus iris esmeralda eran hermosos, aunque apenas eran notables por sus estrechos ojos. Mi primer instinto fue invitarlo a mi habitación y olvidarme de la pelea de Tyler en una hora o dos, pero si los últimos cinco meses me habían enseñado algo, era que no podía coger, tomar o fumar mis problemas. Aún estarían ahí en la mañana, incluso peor que antes.

Liam bebió otro trago de su soda, terminándola. Yo apenas había tocado la mía.

—Volver a empezar puede ser un poco deprimente —dijo—. Nadie te lo dice. Crees que se supone que debes sentirte mejor instantáneamente, y no saber cómo puede ser sumamente duro.

—No me digas que tú eres un bebé fiduciario —dije, dubitativa.

—No. Trabajar despeja mi mente, pero eso ya no me ayudaba. Necesitaba distancia.

Miró alrededor, sobre cada hombro, lo que sea que hubiera dejado atrás podría haberlo seguido.

—Pero te sientes mejor eventualmente, ¿no? —pregunté.

—Te haré saber cuando pase —dijo Liam, poniéndose de pie.

Tyler salió por la esquina y se detuvo cuando nos reconoció a Liam y a mí sentados juntos en el bar.

—Mejor me voy a la reunión —dijo Liam.

—Buena charla —dije, alzando mi vaso.

Liam chocó mi vaso con el suyo y se fue a la sala de conferencias. Tyler se detuvo unos pocos segundos antes de dirigirse hacia mí.

—¿Qué estás bebiendo?

—Sprite. Consíguete la tuya.

Sacudí la cabeza, escaneando el vestíbulo.

—Soy más un chico de Coca Cherry.

—¿Dónde está Taylor? —pregunté.

—No aquí. No aún, de todas formas. Me llamó antes. Conoció a una chica.

—¿Aquí? ¿Una local?

Se encogió de hombros.

—No tuvo suficiente tiempo para hablar. Creo que es una camarera o algo.

—Interesante. Oh, joder, Tyler —dije, viendo al agente Trexler deteniéndose en el escritorio. Coqueteó con Darby unos segundos antes de dirigirse a las puertas automáticas, notando a Tyler mientras pasaba. Cuando no se detuvo, suspiré aliviada.

—Taylor lo tiene bajo control —dijo Tyler.

—¿Cómo?

—Solo lo hace. Me tengo que ir.

Para mi sorpresa, Tyler se inclinó a besar mi mejilla antes de seguir a Liam a la conferencia. Cuando abrió la puerta vi a un montón de gente que parecía oficial en la cabecera de la mesa., sosteniendo los papeles recién desenrollados, luchando por volver a su posición anterior. Había llamadas haciéndose, pulsar en iPads y tecleo en laptops. Los bomberos estaban parados alrededor, esperando órdenes mientras el equipo táctico recolectaba información. Vi a algunos de mis chicos por medio segundo antes de que las puertas se cerraran, de brazos cruzados y viéndose rudos hasta que Pudín me vio y me saludó como un chico a sus padres desde un recital escolar.

—¿Aguantándolo, Stavros? —preguntó Darby, inclinándose en el bar. Su abotonada estaba perfectamente planchada, sus labios rojo mate y perfectamente alineados, sus pantalones negros sin pelusa y su media cola de caballo color miel bien ajustada. Ni un solo cabello fuera de lugar. Con sus curvas y sonrisa de un millón de dólares, me pregunté si Darby habría sido una reina de belleza. Cada movimiento que hacía era elegante, cada sonrisa planeada.

La miré, inmediatamente sospechosa. Trexler había estado coqueteando con ella antes, tal vez también era una agente.

—Los bomberos no dan propina —dijo Stavros—, y hasta ahora todos son heteros.

—Ha sido así toda la semana —dijo Darby, descansando su barbilla en el talón de su mano.

Sentí que mi cuerpo se endurecía, temiendo decir o hacer algo que ayudara a Trexler con su investigación de la familia de Tyler.

—¿Estás bien? —preguntó Darby.

—¿Quién era el que se acaba de ir? ¿El que te habló antes de apresurarse a la puerta?

—¿Trex? —preguntó, sus ojos instantáneamente brillando por el sonido de su nombre desde sus labios.

—Ajá —dije.

—Es un bombero, se va a quedar hasta que el incendio se apague. Es como de... un equipo especial. No es un hotshot ni personal de tierra. En realidad no habla mucho de eso.

—¿Cómo un bombero del servicio secreto? —pregunté, medio bromeando.

Soltó una risilla, aunque sonaba incómodo viniendo de ella, como si no estuviera acostumbrada a reírse.

—Probablemente. Es así de cerrado.

—¿Entonces no lo conoces? —pregunté, cuestionándome por qué le habría mentido.

—un poco.

—¿Solo un poco? —dijo Stavros con una sonrisa pícara.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Darby, peinando su cabello con sus dedos. Sus ojos cafés me recordaban a los de Tyler: cálidos con tonos dorados y mucho dolor detrás— Voy a suponer que eres una reportera, por tu gafete.

—Fotógrafa. Estoy siguiendo a los Alpinos.

—Oh. Conocí a Taylor Maddox y Zeke Lund. Son unos corazones. Se han estado riendo con Trex.

—¿Ah sí? —pregunté, confundida.

—Sí. Han estado en sus cuartos casi cada noche desde que llegaron.

—¿Cuánto tiempo ha estado Trex aquí?

Darby se encogió de hombros, mirando detrás de ella para asegurarse de que nadie estuviera en el escritorio.

—Dos semanas. Llegó aquí justo antes de que empezara el incendio.

Mis cejas se juntaron.

—Eso es un poco raro.

Sonrió.

—Tal vez no es un bombero agente secreto. Tal vez es un bombero psíquico secreto.

Una familia de cuatro entró a través de las puertas automáticas, hacia el escritorio. Darby saltó de su asiento y regresó a su estación, sonriéndoles con esa sonrisa roja.

Las puertas del cuarto de conferencias se abrieron, expulsando bomberos y oficiales del equipo táctico. Vi más que solo mi equipo ahí y me pregunté cuántos habían sido llamados para el incendio de Colorado Springs.

Tyler y Enano se pararon junto a mí, viéndose más como padre e hijo que como compañeros. Enano era dos cabezas más pequeño que Tyler pero igual de fuerte. Como los otros muchachos, Enano había entrado justo en la temporada de incendios, pero aunque fuera el más nuevo y más pequeño, usualmente era el último en el camión al final del día.

—¿Cuál es el veredicto? —pregunté.

Tyler se cruzó de brazos, escaneando la multitud formándose en el vestíbulo.

—Es grave. Vamos a ir tan cerca como podamos y luego tomar un helo al lugar del fuego. Alpine tiene el lado este.

—¿Debería ir por mis cosas?

Tyler se encogió.

—No.

—¿Qué quieres decir con no? ¿Cuándo salimos?

—No lo hacemos.

Sacudí mi cabeza.

—No entiendo.

—No tienes luz verde para ir. Es un incendio rápido. Ya tuvieron demasiados riesgos. Los vientos cambian a cada hora, simplemente no es seguro, Ellie.

—Nunca es *seguro* —siseé.

—La única zona segura es lo negro.

—Entonces tomaré fotos de lo negro.

—No estaré en lo negro. Me necesitan en la línea de fuego.

Le di la espalda, echando humo. La decisión no era suya, pero saber eso no ayudaba.

—¿Al menos me defendiste?

—Él votó por ti, Ellie —dijo Enano—. Todos lo hicimos.

—Probablemente podría sacar mi tarjeta roja ahora. Estas son patrañas sexistas —gruñí.

Tyler suspiró.

—Hay media docena de mujeres allá afuera. No es sexismo; es un asunto de seguridad. Sin civiles en la montaña. Lo reconsiderarán cuando esté más controlado.

Lo enfrenté.

—¿Estás putas bromeando? ¿Estás diciendo que si tuviera polla no me dejarían subir con mi pase de prensa? Un incendio nunca está controlado. Nunca es seguro. No sabes qué es lo que va a hacer. Todos solo esperamos que nos vaya bien allá arriba. Ahora voy a tener que fotografiar el horizonte y al personal de tierra cuando termine.

—Te dije que no vinieras —dijo Tyler, impaciente con mi berrinche—. Tenemos que irnos. Te veré cuando regrese.

—Llévame —le grité—. ¡Maddox!

El gentío se calló y vio a Tyler alejarse de mí hacia los elevadores. Giré para ver a Stavros, guardando lágrimas de ira.

—Dijiste “polla” —dijo Stavros—. Ya me agradas.

—Dame un vodka tónico.

Stavros sonrió.

—¿En serio?

—En serio.

CAPÍTULO 17

Mis dedos estaban extendidos sobre mi regazo, los diez manchados de tinta y cubiertos de tierra. Los entrelacé, tocando los nudillos de mis pulgares con mi frente, cerrando mis ojos pero no rezándole a nadie. Ecos del movimiento sonaban desde el pasillo hasta mi celda y mi rodilla comenzó a rebotar de nuevo. Esta era la primera vez que me habían arrestado sin que mi padre me fuera afianzar en una hora.

Las lágrimas ardían en el tajo en mi mejilla, solo una de las varias heridas que el bosque había dejado en mi cuerpo mientras trataba de caminar a través del bosque y las ramas secas y filosas. Mi cabeza todavía estaba girando por los incontables vodkas tónicos que me habían ayudado a decidir escabullirme hacia lo negro.

Las barras se deslizaron a la derecha y el alguacil atrapó la reja justo antes de que chocara contra la pared.

—Tienes amigos en buenos lugares, Edson —dijo.

Me levanté, cubriéndome la cara de la luz con la mano.

—¿Quién? —pregunté.

—Pronto lo sabrás —dijo.

Salí, rogándole a Dios que la persona al otro lado no fuera mi padre.

El alguacil me guio por el brazo hasta una habitación pequeña donde Trex estaba sentado en una silla plegable. Se levantó para quitarme del agarre del alguacil.

—No hables —susurró Trex.

—Vamos a liberar a la Señorita Edson bajo tu custodia, agente Trexler. ¿Asumimos que te asegurarás de que no se vuelva a meter en áreas restringidas?

—Estará al norte. Lo más lejos posible del incendio —dijo Trex.

Caminamos por un pasillo hacia el frente de la cárcel del condado. Tyler estaba sentado en una de las docenas de sillas junto a la pared blanca con la cabeza en sus manos. Cuando la puerta se cerró tras nosotros, nos miró.

—Oh, gracias a Dios —dijo, levantándose y jalándome hacia su pecho. Besó mi cabello y tomó un largo respiro antes de abrazarme.

Me encogí de hombros, sabiendo lo que iba a decir.

—¿Qué carajos estabas pensando, Ellison? Quiero decir... ¿qué putas mierdas pensabas?

—No aquí —dijo Trex, abriendo la puerta.

Tyler tomó mi mano y me jaló afuera, siguiendo a Trex a la acera y al Audi que se parecía al de mi padre. Trex abrió la puerta trasera para mí y entré, deslizándome cuando Tyler se subió junto a mí. Una vez que la puerta se cerró, los gritos empezaron de nuevo.

—¿Tienes idea de lo asustado que estaba cuando recibí la llamada? —dijo, furioso— ¿Tienes alguna puta idea de en cuántos líos te pudiste haber metido—de cuántos problemas pudimos haber tenido *todos*—si Taylor no hubiera involucrado a Trex? ¿Sabes qué me hubiera hecho el saber que algo te hubiera pasado?

—Lo siento —dije—. No estaba intentando hacer que te despidieran.

Tyler me agarró por los hombros.

—¿Despedido? —sacudió la cabeza, soltándome antes de recostarse en el asiento—. Maldita sea, Ellie, pensé que estabas muerta.

La culpa me abrumó y las últimas seis horas paseándome por lo negro, ligeramente intoxicada y luego haber sido ingresada al sistema tras mi arresto por fin me golpearon.

—De verdad, lo siento *tanto*. Fue tan estúpido, no estaba pensando.

—Eso suele pasar cuando estás ebria —estalló.

—Solo había tomado dos —dije, inmediatamente sintiéndome culpable por mentir. No me había tomado tanto el regresar a los viejos hábitos.

Tyler alzó su ceja, dubitativo.

—¿En serio me vas a mentir? ¿Después de que jalara un montón de hilos para sacarte de prisión?

—No estoy —dije, encogiéndome por la mirada severa de Tyler— mintiendo.

—Wow. Está bien —dijo, mirando adelante.

—Técnicamente, fui yo quien jaló los hilos —dijo Trex.

Fruncí el ceño hacia Tyler.

—¿Cómo conseguiste que lo hiciera?

—Tyler miró hacia abajo, frustrado.

—No preguntes cómo, Ellie. Solo di gracias.

—¿A quién? ¿Al FBI? Quiero saber. ¿Qué ganas de esto, agente Trexler? —temía lo peor: que Taylor y Tyler hubieran aceptado dar información sobre su hermano por la ayuda de Trex.

—Ya no es agente —dijo Trex. No estaba segura de si sonaba derrotado o aliviado.

—¿Qué? —pregunté.

Tyler asintió.

—Habla en serio. Ya no trabaja para el buró. Aparentemente su jefe es un verdadero capullo.

Trex se rio, encontrando humor en la situación.

—¿Cómo jaló los hilos, entonces? —pregunté.

Tyler suspiró.

—Solo lo hizo, Ellie.

—¿*Por qué?* —insistí— ¿Qué hiciste para pagárselo, Tyler?

—Es lo que *no* van a hacer —dijo Trex.

—Todos nosotros —dijo Tyler.

Ne crucé de brazos y estreché mis ojos.

—¿De qué hablan? ¿A qué se refieren?

—Darby —dijo Trex.

—¿Darby? —mi nariz se arrugó— Ella cree que eres un bombero —dije con tono acusador.

—Estoy consciente de ello. ¿Le dijiste otra cosa? —preguntó.

—No —dije.

—Bien. Queremos que se quede así —dijo Tyler—. Ese es el trato.

—¿Dejar que Trex le mienta a Darby? —pregunté— ¿Quién es ella?

—Solo una chica —dijo Trex—. Pero si arruinan mi cubierta con ella, volverás a la celda.

Me acomodé en mi asiento, infeliz por sus condiciones.

—No vas a lastimarla, ¿o sí?

Hizo una mueca, sus gruesas cejas juntándose.

—Ese es el punto, Ellison. ¿Accedes o no?

Miré a Tyler.

—¿Confías en él?

—Te sacó de prisión, ¿cierto?

Presioné mis labios haciendo una línea dura, sacudiendo mi cabeza.

—¿No la estás investigando? —pregunté.

—No —dijo Trex, simplemente.

—Bien —rugí—. Eres un hotshot.

Pude ver a Trex sonriendo en el retrovisor.

—Gracias —dijo.

Cuando llegamos al hotel pasé frente a Darby. Me saludó y sonreí esperando que Trex dijera la verdad. Había hablado con ella de nuevo en mi tal vez cuarto trago, y por lo que recordaba, ella estaba en Colorado Springs para empezar de nuevo, huyendo de algo o de alguien. Darby no necesitaba más problemas, ya había sido herida lo suficiente.

Tyler me escoltó a mi cuarto, deteniéndose afuera de la puerta. Parecía dolerle lo que estuviera a punto de decir.

—Sé que has tenido un largo día, pero necesito que vayas a empacar tus maletas.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque Trex tal vez te haya sacado de prisión, pero Jefe está más que enojado. Te quiere de vuelta en Estes Park. Ya llamó a Jojo.

Cubrí mi cara.

—Joder. *Joder*... ¿Por un error?

—Escabullirse en un área restringida y luego ser arrestada es un gran error —miró por el pasillo a la nada, le costaba mirarme a los ojos.

—¿Estoy fuera para siempre?

—No lo sé. Dame tiempo para que le hable. Dejaré que se enfríe un poco primero.

Exhalé, deseando poder reiniciar el día.

—¿Qué hay de ti? ¿Aún estás enojado?

La mandíbula de Tyler se apretó y luego dobló sus ojos a mi alrededor. Cerré mis ojos, presionando mi mejilla contra su pecho. Para mí, ningún lugar era más seguro que Tyler.

—Solo estoy feliz de que estés bien —dijo.

—Quédate conmigo —susurré.

Besó mi cabello.

—Habrás un auto esperándote afuera en quince minutos. Jefe te quiere en el camino hacia el norte. Solo estoy aquí para que empaques, registres tu salida y te vayas. Luego tengo que volver al campamento.

—¿No vendrás conmigo?

Sus cejas se juntaron.

—Tengo un trabajo, Ellie. Tú tienes que ir a casa.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—No tengo a dónde ir.

Buscó en su bolsillo y sacó una sola llave, la luz destellando de la plata.

—Lone Tree Village en Estes. 111 F. Nunca estamos ahí así que la mayoría es como un almacén. Ni siquiera estoy seguro de que haya sábanas en la cama. No es un pent-house pero es un lugar dónde quedarse. Mi habitación es la última puerta a la izquierda.

Tomé la llave, esnifando.

—Tyler...

—Solo... tómala —dijo—. Volveré a casa en unas semanas. Podemos averiguar el resto entonces —salió de mi habitación, despidiéndose antes de subir al elevador.

—Pensé que tenías que asegurarte de que subiera al auto —dije.

Detuvo su camino, pero no se dio la vuelta.

—Lo siento. No creo que pueda verte ir.

Mi labio inferior tembló y alcé la llave al sensor, escuchando el seguro haciendo clic antes de que atravesara la puerta. Mis ropas aún estaban afuera, listas para todo, pero tendría suerte si alguna vez me volvieran a llamar para salir.

La pared se sentía fría contra mi espalda mientras me deslizaba al piso por la pintura blanca hasta la vieja alfombra naranja y café. Mi teléfono vibró y lo contesté.

—¿Ellie? —dijo Jojo.

Cubrí mi cara con mi mano.

—Lo jodí, Jojo —dije, presionando mis labios juntos para ahogar un sollozo

—Tienes razón. Lo hiciste. Ahora necesitas empacar y volver al buen camino. ¿Me oyes?

—¿Aún tengo trabajo?

—Sabes que sí. No estoy diciendo que lo que hiciste estuviera bien, pero es una batalla cuesta arriba. Perdiste esta. Ven a casa y te prepararemos para la próxima.

Mi rostro se derrumbó y respiré profundo.

—No lo merezco, pero gracias —susurré.

—Cuelga, empaca y baja. El auto estará allá pronto. Cuando llegues a casa quiero que vayas directo a cama y te recogeré en la mañana para el trabajo. ¿Entendido?

—Entendido.

—Levántate. Borrón y cuenta nueva a partir de ahora.

Respiré profundo, levantándome y presionando COLGAR al mismo tiempo. No me llevó mucho empacar las pocas cosas que había sacado, y luego salí de la puerta, tomando las escaleras en lugar del elevador.

Darby dejó el marcador que estaba usando para su más nueva obra maestra garabateada y se levantó.

—¿Ellie? ¿Estás bien?

Me detuve frente a su escritorio, dejando la tarjeta frente a ella.

—Sí, me tengo que ir.

—¿Tienes que hacerlo? ¿Por qué?

—Metí la pata. Me enviaron a casa.

Darby sacudió la cabeza incrédula cuando lo escuchó de mí.

—¿Metiste la pata cómo? ¿Solo porque estabas bebiendo?

—Es una larga historia —dije—. Trex te la puede contar.

—Si alguna vez regresas... asegúrate de pasar a saludar.

—Lo haré —sonreí.

Un hombre más viejo que mi padre, vestido como un predicador bautista que olía como loción de rasurarse barata, ofreció una sonrisa artificial mientras recogía mi maleta. La lamida de boca encima de su cabello blanco era mal portada, aunque pareciera haber usado un cuarto de gel usado para peinarlo.

Esperé a que abriera la puerta, pero solo abrió el maletero y arrojó mi bolsa adentro. Abrí la puerta yo misma, pensando que el tapete pegajoso y la basura en el asiento de pasajero era el perfecto aventón para una mujer que acababa de salir de prisión.

Las dos horas y media a Estes Park se vieron especialmente largas teniendo que respirar las bolas de naftalina y posiblemente un pedo o dos. Cuando llegó a los límites de la ciudad el conductor giró su cabeza, manteniendo los ojos en el camino.

—¿Tienes una dirección?

—Long Tree Village. Edificio F.

Suspiró.

—¿Tienes una dirección?

—Espere —dije, buscando en mi teléfono—. Avenida Manford trece y diez.

El conductor tocó su GPS y luego se sentó, reasumiendo su misión de ignorarme.

Pasamos una parte de la ciudad que no conocía y luego dimos vuelta a un camino lateral, conduciendo por otros dos minutos. El letrero de Lone Tree Village me emocionó por medio segundo, pero luego recordé que la mayoría de mis cosas aún estaba en las barracas Alpine, y todo lo que tenía era lo que había en mi mochila.

El conductor condujo directo hacia donde estaba el edificio de Tyler. Rodeó a la parte de atrás y luego se estacionó en el primer lote que encontró.

Salí al asfalto, esperando a que el conductor me entregara mi maleta. Lo hizo y se giró a su puerta.

—¿Disculpe? —dije, siguiéndolo.

Se giró molesto.

—Ya se encargaron de eso.

—Oh —dije, viéndolo abrir la puerta y sentarse tras el volante. Di un paso atrás cuando echó en reversa, mirándolo irse y luego observando el edificio F.

El 111 estaba subiendo las escaleras, así que subí el primer conjunto, di vuelta en el rellano y subí el siguiente. Había algunas tablillas color arcilla faltantes en los costados, pero era un lindo vecindario y el pasto de afuera estaba podado—no es como si estuviera en posición de ser exigente.

Saqué la llave de Tyler de mi bolsillo y la giré en la chapa. El mecanismo cliqueó y mi corazón empezó a acelerarse. Estar frente al apartamento de Tyler, preparándome para entrar en su espacio personal por primera vez sin él ahí, se sentía mal.

El pomo se sentía frío y poco acogedor en mi mano, pero lo giré de todas formas, empujando la puerta beige hacia la sala de estar llena de muebles y cajas. Tyler me había advertido que el apartamento servía como una bodega, pero había varios montones, dejando un camino hacia la cocina a la izquierda y al pasillo de frente.

Seguí el pasillo, sintiendo la pared en busca de un interruptor. Cuando las yemas de mis dedos sintieron la palanca, la presioné hacia arriba, iluminando el pasillo de seis metros con paredes color cascarón y la alfombra beige—dos puertas a la derecha y una a la izquierda. Entré a la más cercana para encontrar un baño. Tiré mi mochila y rápidamente desabroché

mis pantalones, bajándolos hasta mis rodillas y sentándome en el frío asiento del retrete, gimiendo mientras me aliviaba por la primera vez en doce horas.

Al grifó le llevó un tiempo ofrecer agua caliente, miré alrededor antes de tener que secar mis manos en mis vaqueros. Agarré el borde del lavabo mientras trataba de soportar la náusea y el mareo que me abrumaban. Respiré y me sentí reconfortada—el apartamento olía a Tyler.

Con mi bolsa en mano, me detuve al final del pasillo entre las dos puertas. Empujé la de la derecha, viendo un cuarto con más cajas, una cama desnuda y un buró nocturno. La puerta que Tyler había dicho que era suya estaba cerrada así que giré el pomo y la abrí, golpeando una pila de cajas y tirando todas menos dos al piso.

—Mierda —siseé, soltando mi bolsa para recogerlas.

Sequé mi ceja y luego caminé a través del cuarto para abrir una ventana. Una brisa fresca sopló mi cara y cerré mis ojos, tomando un profundo respiro. Me habían exiliado del único lugar que se sentía como casa, alejada de las únicas personas que se sentían como familia. Estaba sola en la casa bodega polvorienta de un hombre cuya polla conocía mejor que sus sueños y esperanzas.

Descansé mi codo en el marco de la ventana, incapaz de luchar el revoloteo de mis ojos. Desde ese punto podía ver las montañas que se acurrucaban tras las barracas. Mis ojos se llenaron de lágrimas y estas se derramaron por mis mejillas, inexorable hasta que mi cuerpo comenzó a temblar. Quería estar en aquel raquítico edificio con duchas frías y camas tan incómodas que dolían. Esnifé un par de veces y limpié mi nariz con mi muñeca, relamiendo mis labios deseando cinco o seis segundos más de vodka tónico—diablos, habría sido feliz con un twelve-pack de cerveza barata, cualquier cosa que me quitara el dolor.

Me apoyé en la pared, tratando de mantener el paisaje en mi vista, pero lo único que podía hacer era sentir sed por lo que no podía tener y cerrar los ojos.

CAPÍTULO 18

Jojo abrochó su cinturón y se alejó de la acera, en silencio mientras me llevaba a la *OrejaMontañesa*. A solo una cuadra, finalmente suspiró y empezó a hablar, pero se lo pensó mejor. Su silencio era bienvenido. Sabía lo que iba a decir, y ella sabía que yo sabía lo que iba a decir. La gente hablaba mucho y no decía nada, que era la única conversación que Jojo y yo tendríamos si no hubiera cerrado la boca.

Aparcó y me hizo señas para que la siguiera.

—El escritorio sigue ahí. ¿Recuerdas cómo hacerlo?

—No veo el auto de Wick.

—Llegará después. Tiene una reunión con unos vendedores.

—¿Para Turk's? —pregunté, tragando saliva. Mi garganta rogaba por una quemazón de whiskey—cualquier cosa que acallara el anhelo que había tenido desde que abrí los ojos esa mañana.

—Sí. ¿No fuiste directo a la cama, o sí?

—Lo intenté.

—Lo jodiste. Créeme. No estoy excusando lo que hiciste. Pero Papi ha recibido muchas llamadas por tu artículo. Apuesto a que el Servicio Forestal también —abrió la puerta y la seguí adentro, deteniéndose mientras encendía los interruptores de la luz.

—Jefe tuvo razón al enviarme a casa. Era inútil allá, solo lo hice quedar mal. No lo culparía si me vetara para siempre de volver a seguirlos.

Caminé a mi oficina y Jojo me siguió adentro, apoyando sus mechones platinos contra la puerta.

—Yo tampoco. Pero no me sorprendería que no lo hiciera. ¿Cuándo regresan?

—Es un incendio político. Muchos noticieros lo cubrirán. Seguramente se irán por catorce días.

Se irguió.

—Si hay muchas estaciones cubriéndolo tal vez debería ir allá.

Enojo y celos se encendieron dentro de cada vena de mi cuerpo, Jojo tenía una familia... tenía que mantenerse puto lejos de la mía.

—No me dejaron subir, Jojo, y tengo experiencia. Conozco sus procedimientos y sé algo sobre el comportamiento del fuego. No te ofendas pero no te dejarían subir a la montaña.

Me guiñó un ojo.

—¿Cuándo he tomado un no como respuesta?

Forcé una sonrisa, mirando el espacio en el que estuvo antes de rodear la esquina hacia su escritorio. Minutos después la escuché al teléfono arreglando los derechos para cubrir la historia del equipo Alpine.

Mis ojos quemaron, pero retuve las lágrimas, negándome a llorar frente a Jojo. Escribí mi contraseña, sintiendo que el día que la había cambiado había sido hacia una vida—tan llena de esperanza y pensando que podía cambiar.

El teléfono de Jojo se colgó y se asomó por la puerta otra vez.

—¿Puedes cuidar el fuerte esta semana? Voy al sur.

—¿Te dejarán seguir la historia de los Alpinos?

Sonrió pícaro.

—Aún no lo saben, pero sí. El hotel de Colorado Springs, ¿verdad?

Asentí, manteniendo una cara valiente mientras Jojo se despedía y la puerta trasera se cerró. Mi cara se derrumbó y cubrí mi rostro con las manos, aspirando profundas respiraciones.

No me sorprendía que lo hubiera jodido, pero había arruinado para mí misma algo que me encantaba. Ese pensamiento me llevó a Tyler, y sabía que también estaba arruinando eso. Había una parte oscura de mí que no me permitía ser feliz y sabotaba todo lo bueno antes de que pudiera perderlo.

El teléfono trino y me incorporé, aclarando mi garganta y levantando la bocina,

—*La Oreja Montañesa* —dije, mi voz se rompió un poco.

—¿Cómo está tu primer día de vuelta? —dijo Tyler. Su voz profunda y suave hizo que todo lo demás desapareciera.

Sequé mis húmedas mejillas, carraspeando de nuevo.

—Está genial. Hogar dulce hogar.

—¿Fuiste? —preguntó, casi podía ver la incredulidad de su rostro.

—Sí, sí. Fui. Sí tienes sábanas en tu cama, y están limpias.

Suspiró.

—Ellie.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Te extraño como loco. Estar en la montaña, apestando a humo, exhausto y cubierto de tierra es mi lugar favorito para estar, pero no es lo mismo sin ti. Algo falta ahora.

—¿El sheriff? —bromeé.

Río fuertemente.

—Hablo en serio. Te escribí una carta. Todos los chicos hacen de mi vida un invierno.

—Sobretudo Taylor, estoy segura.

—El incendio está tan cerca, tomamos turnos y nos quedamos en el hotel.

—¿No están en el campamento?

—Noup. Taylor se ha estado yendo a la ciudad a algún lugar. Creo que hay una chica.

—Siempre hay una chica.

—No una lo suficientemente intrigante como para salir durante las pocas horas libres que tenemos.

—Probablemente no te has enterado, pero para que sepas. Jojo va a ir a cubrir a los Alpinos.

—¿Jojo? —dijo Tyler con desdén— ¿Por qué?

—Le dije sobre todos los noticieros estando allá y pensó que la revista debería tener a alguien allá.

Suspiró.

—Joder, Ellie. Lo lamento. Eso debió doler.

Mi pecho se sintió pesado y mis ojos ardieron de nuevo.

—Me lo hice sola.

—No lo hace apestar menos.

—Tienes razón.

Hubo silencio por un momento.

—Desearía poder estar ahí.
—Yo también.
—Doce días, Ellison. Iré por ti en doce días.
—¿Tyler?
—¿Ajá?
—He estado pensando mucho en beber. Bastante —cuando no respondió, continué— No creo que esto vaya a ser tan sencillo como pensé.
—¿Quién era la mujer que te echó de tu casa?
—¿Mi madre?
—No, la otra.
Mis mejillas se sonrojaron solo por pensar en ella.
—Sally.
—Así, ella. Deberías llamarla. Tienes su número, ¿no es cierto?
Froté mi sien con mi dedo índice y el medio.
—Ya no trabaja para mis padres.
—Mucho mejor.
—No le pediré ayuda, Tyler. La aborrezco. Me niego a darle la satisfacción.
—¿Estás diciendo que está mal que ella se sienta satisfecha por ayudarte? Creo que esa es la naturaleza de su trabajo.
—Satisfecha de una forma en la que una controladora, engreída concha su madre con cara de rata lo haría, no una entrenadora vital.
—Bueno... tal vez puedas solo tratar de mantenerte ocupada. Despegar tu mente de eso en lo que llego.
Consideré su sugerencia y un proyecto me vino a la mente inmediatamente.
—Tu apartamento necesita arreglos.
—No te atrevas.
—Hablo en serio. Me llevará al menos doce días. ¿Puedo desempacar por ti?
—No.
—¿Por favor? Se verá como un apartamento de verdad cuando vuelvas.
—Absolutamente no.
—¿Por qué no? ¿Tienes miedo de lo que encontraré cuando abra las cajas? ¿Qué? Tienen como... ¿trajes de piel humana o cabezas encogidas o algo? No me digas que te avergüenza tu porno.
Se rio.
—No, solo no creo que esté bien dejarte hacer eso.
La línea se mantuvo silenciosa por unos segundos, luego Tyler suspiró.
—No tienes que hacerlo, pero si quieres y te va a ayudar a mantenerte distraída, adelante.
Mi sonrisa se desvaneció.
—¿Tyler?
—¿Sí?
—No te cojas a Jojo.
—¿Qué putas, Ellie? No me la follé hace un año cuando tuve la oportunidad. Definitivamente no lo voy a hacer ahora.
—¿Nunca has estado con Jojo?

—Ajá, ella sigue ofendida... pero no. Jamás.

Suspiré, sorprendentemente aliviada.

—¿Entonces qué estás diciendo? —preguntó.

—Nada. Solo no quiero que hagas las cosas incómodas con mi jefa.

—Claro —dijo, autosatisfecho—. Les diré a los chicos que somos exclusivos. Le diré a Liam primero.

—No lo somos.

—Acabas de decirme que no me folle a alguien.

—No significa que seamos exclusivos solo porque no quiero que te cojas a mi jefa.

—¿Entonces está bien si te follas a alguien más?

Apreté los dientes.

—No me gusta este juego.

—Responde.

—No me importa a quién te folles —estallé.

Tyler se calló, me sentí victoriosa por unos pocos segundos, luego no. Mi orgullo y culpa parecían salir del mismo vacío, pero no llenaban nada. No estaba segura de dónde surgía la necesidad de mantener a Tyler cerca. Una parte de mí quería creer que era para concentrarme en la sobriedad que fallaba miserablemente, la otra creía que, como individuos, estábamos muy jodidos para funcionar. Lo dejé acercarse lo suficiente para sentirse amado, pero luego lo tiré a la esquina como ropa sucia. Para alguien que la mayoría del tiempo temía que él se fuera, definitivamente estaba tratando muy duro de alejarlo.

Lo único que entendía bien era que no merecía nada. La vergüenza me envió a otro ciclo de culpa y necesidad y sentimientos de inutilidad. No estaba mejorando, empeoraba.

—¿Es tan puto difícil que lo admitas, Ellie? ¿No podemos solo ser felices?

Tragué saliva.

—No somos un *nosotros*. Te lo he dicho desde un principio.

—¿Entonces qué estamos haciendo?

—Follando y peleando.

Claramente impactado y frustrado, Tyler se trastabilló con sus palabras. Finalmente se rio una vez por frustración.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Habla cuando llegue a casa.

Colgué el teléfono, sintiéndome enferma hasta las entrañas. No podía mantenerme ocupada para estar sobria, lidiar con todo en mi vida y una pila de una relación seria, sin importar cuánto quisiera.

El teléfono sonó y contesté, principalmente programando reuniones y archivando preguntas de anuncios para Wick. Se fue una vez y regresó, poniendo su puño en mi escritorio mientras leía el reporte sobre mi hombro.

Se levantó y suspiró, girando sobre sus talones y azotando la puerta detrás de él. Los marcos en las paredes se sacudieron y mis hombros se dispararon hasta mis orejas. Había trabajado para la revista por poco más de cinco veces y aún tenía que experimentar la ira de Wick. Tal vez era hora.

La puerta estaba completamente abierta y escuché a Wick en su silla de cuero.

—¡Ellie! —gritó.

Me levanté, deteniéndome en la puerta, esperando un asalto verbal ligero.

—Eres una buena chica. Te presionamos demasiado —dijo, viendo el librero detrás de mí.

—¿P-Perdón? —era casi perturbador que no me estuviera gritando.

—No quiero perderte. No quiero facilitar tus... problemas. No estoy seguro de qué hacer. No soy del tipo que solo ignora este comportamiento, Ellie. Pudiste haber sido gravemente herida, o peor. ¿Esa cortada...?

Toqué mi mejilla, me había olvidado de la bofetada que la naturaleza me había dado a la cara—no es que no la hubiera sentido hasta que escurriera sangre caliente por mi piel fría.

—Sí.

Wick se movió en su asiento y luego miró su reloj.

—¿Ya comiste? Casi es hora del almuerzo.

—Uh... ¿no?

—Pediré pizza. Piensa en lo que dije.

—Está bien —dije, dándole un pulgar arriba—. Buena charla.

Me guiñó un ojo y cerré la puerta, sacudiendo la cabeza. Si ese era un ejemplo de las habilidades paternas de Wick, tenía sentido que Jojo fuera una muñeca Barbie color zanahoria que le guardara rencor a cualquier hombre que le dijera que no.

El teléfono timbró y me senté, sostuve el auricular. Justo cuando me preparaba para saludar a la persona del otro lado, Jojo habló.

—Soy yo. Estoy aquí.

—Oh. ¿Has visto a mis chicos?

Se rio una vez.

—¿*Tus* chicos? No. No los he visto. Conseguí un cuarto—lo que no fue fácil, por cierto. Literalmente todos los cuartos estaban ocupados, excepto por un sujeto que sufrió quemaduras hoy. Lo enviarán a casa. Voy a estar por el vestíbulo para ver cuando los Alpinos lleguen.

—Tal vez estén afuera toda la noche. No estoy segura de cómo será su horario. Nunca se han quedado en un hotel antes—o al menos no en esta temporada.

—Me las arreglaré. Los malditos noticieros están por todas partes. Tenemos una oportunidad, si es que tú no...

—Si no lo arruiné. Lo sé.

—Lo siento —dijo.

—Solo ten cuidado, Jojo. Haz exactamente lo que te digan, cuando te digan, y abrígate. Se enfría allá arriba en las noches.

—Gracias Ellie.

Colgué, deseando que hubiera una forma educada de pedirle que no se follara a mi novio.

Terminé el reporte y se lo envié a Jojo por correo. Estaba sorprendida de algunas fotos que ella había tomado de los soldados en el vestíbulo. Tenía talento, sin duda alguna.

Conforme el sol se escondía tras las colinas, Wick saqueó sus cajones y luego su abrigo patinó por las mangas de su suéter.

—Solo dos descansos para fumar y ninguna noticia de Jojo. Hoy fue enorme-puta-mente aburrido —gritó Wick desde su oficina.

—Habla por ti —dije.

Salió, alisando su bufanda y poniéndose sus guantes.

—No todos somos lo suficientemente ágiles para seguir a los bomberos por las montañas para ganarnos la vida. ¿Estás quedándote donde tus padres?

Me aclaré la garganta.

—No. En realidad me estoy quedando en el apartamento de Tyler. Aún no he encontrado un lugar.

Wick frunció el ceño.

—Hice una historia de las casas asequibles por aquí. Tal vez encuentres algo disponible en la primavera, si lo sincronizas bien.

—Claro —dije, sintiéndome aún más desesperanzada que hacía diez segundos.

—No llames a tu hombre. Yo te llevo.

—¿En serio? —dije, más sorprendida de que pensara que José aún me llevaba que por su oferta.

Wick me dejó fumar en su camioneta mientras calaba de su propio cigarrillo y exhalaba por la apertura de su ventana.

—Tú y Tyler, ¿eh?

—Más o menos... no en realidad.

—Es un buen chico, también. Supuse que terminarían enamorándose. Lo podía ver en sus ojos.

—¿Sí? —dije, divertida.

—Nunca lo he visto mirar a nadie como te mira a ti. Sé que tienes otras cosas pasando, sin embargo. Probablemente se siente como demasiado para manejar.

—Fue su idea que me quedara aquí. Y solo es temporal.

—Uh huh.

—No lo estoy usando. Él insistió, y no tenía otra opción.

—Auch. Espero que no le hubieras dicho a él.

—No —dije cabizbaja—. No lo hice.

—Sabes que hay un apartamento justo encima de la *OrejaMontañesa*, ¿cierto?

—No, no lo sabía.

—Está vacío y nuevo. Lo construí al mismo tiempo que las oficinas, en caso de que Linda me echara. Soy un viejo cascarrabias, ya sabes. Perdí mi belleza. Ella sigue tan bonita como siempre. Jojo se vería como ella si no tuviera tanto maquillaje de payaso en su cara.

Solté una carcajada, tosiendo humo y sacudiendo mi mano frente a mi rostro.

Wick entró a Lone Tree Village, sabiendo a dónde ir. Aparcó y salí, agachándome.

—Gracias por el aventón, Wick. Encontraré transporte confiable lo más rápido posible.

Me despedió.

—Te recogeré en la mañana. Los buses no pasan por aquí. Solo mantente ocupada esta noche y te veré en la mañana.

—Jojo dijo lo mismo... mantenerme ocupada.

—Te lo dije, pasé por eso. Es probablemente la única razón por la que no despedí tu tonto trasero por tambalearte a una zona de fuego activa. Eso y que eres una malditamente buena fotógrafa de acción. Incluso mejor que Jojo.

—Gracias otra vez por el aventón.

Wick se despidió y luego retrocedió, frenando lo suficiente para verme entrar en el apartamento a salvo.

Cerré la puerta detrás de mí y encendí la luz, suspirando ante el mero tamaño de la tarea. El apartamento no estaba sucio, pero tenía que desempacar más o menos un año de pertenencias de ambos hermanos. Después de cambiarme a ropas más cómodas, volví a la sala de estar y abrí la primera caja. Usé cada gabinete, estante, armario y clóset para guardar las ropas, álbumes de foto, cosas deportivas, libros, revistas, platos y utensilios de cocina hasta que estuvieron en un lugar adecuado.

Una vez que limpié la última caja de la sala, un par de guantes amarillos bajo el fregadero me inspiraron para limpiar la cocina. Wick me había dicho que eme mantuviera ocupada y aún faltaban dos horas para la hora de dormir. Limpié los mostradores, fregué los lavabos y puse una carga de trastes en el lavavajillas.

Abrí el refrigerador, mentalmente preparada para ver moho que haría que cualquier laboratorio de antibióticos sintiera envidia, pero todo lo que había en los estantes prístinos era un six-pack de cerveza local.

Cerré la puerta y me senté en el piso, con la espalda en el frigorífico, mirando hacia arriba. Había trabajado duro y me sentía sola, no había mejor excusa para una cerveza fría.

—Solo ve a la cama, Ellie —dije en voz alta. Pero no estaba cansada.

Abri la puerta del refrigerador y la cerré de nuevo, mis dedos crearon ese pop y siseo tan reconfortantes y que tanto me encantaba, La sala de estar parecía un apartamento real, con decoraciones de verdad y lámparas en las mesitas a cada lado del sofá y la que estaba junto al reclinable. El lavavajillas aún corría con la última mitad de trastes y cubiertos, y había un bloque de cuchillos lleno con sal y pimienta encima del mostrador.

Incliné mi cabeza hacia atrás y luego lamí la espuma en mi labio superior, sonriendo ante la pequeña victoria mientras trataba de ignorar mi total fracaso.

CAPÍTULO 19

Estaba sentada en el sofá cuando mis pies apuntalaron la mesa de café, meneando mis dedos en mis calcetines afelpados hasta las rodillas y vistiéndome una de las sudaderas de Tyler que era lo suficientemente grande para parecer un camisón. Respiré el olor de las velas de latte de caramelo y calabaza que acababa de encender, sintiéndome confortada por las líneas de la alfombra y de las mesas recién aspiradas y barnizadas.

Me había tomado casi dos semanas desempacar cada caja y encontrar un lugar para todo lo de los gemelos. Tyler había estado ocupado, en casa solo lo suficiente para ver sus cosas desempacadas y tomar una ducha caliente antes de volver a las barracas. Después de que guardara sus pertenencias, limpié cada centímetro y usé algunos de mis ahorros para comprar unos toques finales no muy caros para las mesas más pequeñas, como las velas y los libros anticuados para bomberos que encontré en Goodwill³¹ y había apilado junto a la lámpara que los muchachos ya tenían. En una de las mesas anticuados acoplamiento de un departamento de bomberos neoyorquino que había sido soldado verticalmente en eBay barato y un extinguidor de fuego de estaño de un siglo que había puesto junto a la puerta.

Un álbum de fotografías de la infancia de Taylor y Tyler estaba en mi regazo, abrí mi foto favorita de Tyler y su madre. Estaba de cuclillas junto a él, rodeada por su equipo de béisbol, los Crushers. Era la entrenadora, su brazo derecho alrededor de Tyler, el izquierdo en Taylor con una sonrisa ancha y dientona. Se veían como la familia más feliz que jamás hubiera existido. No podía imaginar lo que su muerte les había hecho.

Quité la foto del álbum y caminé a través del cuarto hacia un marco vacío en el mantel bajo la pantalla plana colgando de la pared, inserté la foto con cuidado de solo tocar los bordes, y la coloqué junto a una de las pequeñas linternas con base de antena que había encontrado en una caja del cuarto de Tyler. Las motas de metal hacían que el marco resaltara y esperé que los hiciera sonreír como lo había hecho conmigo.

Me senté en el sofá otra vez, con una taza de ron y sidra calientes y con mantequilla, recargándome para relajar los músculos. La ausencia de Tyler lo había ayudado a enfocarse más en extrañarme que en nuestra pelea, y nuestras llamadas telefónicas nocturnas hacían más difícil el negar que lo extrañaba.

Las hojas cambiantes en los álamos alrededor de Estes Park lentamente mostraban señales de que el otoño se acercaba. La temporada de incendios estaba a solo semanas de terminar.

Mi teléfono estaba conectado a la bocina Bluetooth de Taylor en la esquina con el álbum de Halsey³² en repetición, estaba esperando a que Tyler llamara. Se había quedado en Colorado Springs durante su primer descanso y relajación porque el fuego aún no estaba contenido. Había dicho la noche anterior que estaban cerca de llamar al personal de tierra y yo esperaba que este descanso lo pasara en casa.

La cerradura osciló y la puerta se abrió, asustándome un poco, luego giré para ver a Tyler en el umbral, sorprendido.

³¹ Goodwill es una organización no lucrativa de E.U.

³² Ashley Nicolette Frangipane, más conocida por su nombre artístico Halsey, es una cantante y compositora estadounidense. [N. del T.]

—¡Cariño, estoy en... santa mierda —se inclinó hacia atrás, viendo el número en la puerta—. ¿Estoy en la casa correcta?

Me levanté, alzando las manos y dejando que cayeran a mis muslos.

—Bienvenido a casa.

Tyler me miró por mucho tiempo, una docena de emociones pasaron por su rostro.

—¿Qué? —dije, riendo nerviosamente, dejando mi taza en un portavasos.

Soltó su bolsa y dio tres pasos largos antes de envolverme en sus brazos y plantarme un profundo beso en la boca. Ahuecó mi barbilla y los besos se ralentizaron, menos apasionados y más cuidadosos, dándome unos picos más antes de soltarse.

Mordió su labio inferior, saboreando la sidra en sus labios y miró la taza.

—¿Eso es ron?

Sonreí.

—Solo un poco con mi sidra. Ha sido un largo día.

—Ha sido un largo mes. Un mes muy largo —alternó su mirada entre mis ojos, sus cálidos iris marrones rebotaban de un lado a otro mientras pensaba en algo que decir. Escaneó mi rostro, deslizando su pulgar por mi labio inferior.

Sacudió la cabeza.

—¿Qué es ese olor increíble?

—Las velas.

—Velas —rio—. En mi apartamento. Taylor va a cagar un lince.

—Me puedo deshacer de ellas. Solo pensé—

—Son geniales. No tenías que hacer todo esto.

—Sí, tenía.

Parecía estar decidiendo algo, y luego sus cejas se juntaron.

—Seguía pensando en la montaña que necesitaba concentrarme más en el trabajo que en pensar en ti. Era el lugar equivocado para estar preocupado. Por veintiocho días, he estado despierto cada noche pensando en tus labios, tus manos y la forma en que tus cejas se alzan cuando tu detector de patrañas se activa y me descubres alguna mentira. Te he extrañado como loco, Ellie. Y volver a casa contigo...

Ofrecí una pequeña sonrisa, no sabiendo qué más decir.

—¿Quieres ver el resto? —pregunté.

Se rio y miró hacia abajo, no se molestó en frustrarse con mi respuesta. Cuando levantó la mirada, su hoyuelo apareció.

—Claro, muéstrame el resto.

Tomé su mano y lo llevé a la cocina, mostrándole donde los platos estaban apilados y en qué cajón estaban los cubiertos, luego fuimos por el pasillo y saboreé sus reacciones con cada cuarto.

Cuando llegamos al suyo, entrelazó sus dedos en la cima de su cabeza y suspiró en asombro. No había un marco de cama, así que había usado unas celosías que había cerca del basurero como cabeceras. Las había limpiado y pintado con lo que sobraba de pintura blanca de la construcción de la revista.

Sacudió su cabeza.

—No tenías que hacer todo esto, Ellie. Este no parece el mismo apartamento... luce como...

—Casa —miré a mi alrededor para ver mi arduo trabajo, sonriendo.

Tyler me besó de nuevo, quitándome la sudadera grande por la cabeza mientras me hacía retroceder hacia la cama. Su lengua bailó con la mía y, cuando me senté, lo mantuve cerca con mi pierna derecha, apuntando mis calcetas afelpadas a su pecho. Aplanó ambas manos en cada lado de mis tobillos, deslizándolas más allá de mis rodillas hasta mis muslos, luego retrocedió, quitándome las calcetas y tirándolas perfectamente hacia el cesto en la esquina.

Tomó mi pie con su mano, besando mis dedos, mi empeine y luego trasladándose a mi tobillo, subiendo por el interior de mi pierna con pequeños besitos, cada uno dejando un segundo de calor antes de enfriarse.

Dejó mi pie sobre la alfombra y con la otra mano se quitó la camiseta. El dobladillo mostró su estómago y luego su pecho, antes de que la sacara por su cabeza y también la arrojaba mientras mantenía la mirada en mí. Se había estrechado durante la temporada de incendios, haciendo que los seis músculos tensos de su abdomen sobresalieran, y la pequeña V también se notaba, marcando el camino al bulto tras sus pantalones cargo y haciéndolo notarse más.

Se quitó las botas con patadas y luego se bajó los pantalones, subiendo encima de mí, vistiendo únicamente sus calzoncillos de bóxer. Su cabello estaba más largo y sus mejillas un poco hundidas, su barbilla más prominente pero su piel aún era áspera contra la mía, su lengua tan suave y cálida como recordaba.

Su peso entre mis muslos me obligó a clavar mis dedos en su espalda, acercándolo más, rogando para que me embistiera y se viniera antes de que mi corazón pudiera sentir otra cosa. En lugar de eso, sus besos se ralentizaron y se detuvo sobre mí mientras se balanceaba sobre un codo, ayudándome a remover las únicas dos piezas de telas entre nosotros.

Con una mano me estiré para señalar, con la otra lo estrujé.

—Hay condones en el buró de noche.

Rozó mi barbilla con su nariz, aspirándome. Estaba pensando en algo, decidiendo justo cuando alcanzó la piel bajo mi oreja.

—¿Has estado con alguien que no sea yo desde Sterling?

Negué con la cabeza.

—¿El DIU sigue ahí?

Asentí.

—Quiero sentirte —dijo. Cuando no protesté, contuvo la respiración, deslizando su piel desnuda en mi interior. Cerró sus ojos, exhalando mientras gemía.

Una intensa euforia surcó mi cuerpo, escalando bajo mi piel hacia los extremos, de mi cabeza a mis pies. Entraba perfectamente, como si hubiera sido moldeado solo para mí. Su piel contra la mía era más potente que cualquier otro acelerón que hubiera sentido antes, ya hubiera sido por auto-medicarme o por estar en la montaña. Tyler Maddox era el dope definitivo.



Ajusté el cinto de mi bata y me incliné contra el marco de puerta entre el pasillo y la sala. Tyler estaba al otro lado de la pequeña barra de desayuno, parado cerca de una sartén hirviendo en la estufa.

—Cocina —dije.

Tyler volteó el panqueque, atrapándolo en la sartén y luego lo bajó para tomar las tenazas y voltear el tocino. Se giró para verme sobre su hombro, destellando el hoyuelo del que me estaba enamorando y cabeceó para que lo acompañara.

Caminé a través del cuarto, reclinando mi espalda contra el mostrador al lado de él, cruzada de brazos. Se inclinó para besar mi mejilla y regresó al desayuno como si fuera la cosa más normal del mundo. Examiné mis sentimientos, preguntándome por qué no sentía la urgencia de correr hacia la puerta.

—Roncas —dijo Tyler con un bufido.

—No lo hago —dije, rodando mis ojos.

—No, pero sí eres la cosa más hermosa que he visto con el sol mañanero.

Bajé la mirada, dejando que mi cabello cubriera mi rostro.

Los trastes chocaron mientras los cargaba de comida grasosa y luego los llevaba a la pequeña mesa de restaurante junto a la pared. Nuestros dos platos apenas cabían, pero los bajó sobre la mesa, indicándome que me sentara mientras nos servía dos pequeños vasos de jugo de naranja.

Se sentó y tomó un gran sorbo, luego dejó el vaso vacío en el mueble detrás de él.

—No quiero que busques otro lugar. Quiero que te quedes aquí.

—Es de dos habitaciones, y Taylor eventualmente querrá su cama.

—No, quiero que vivas conmigo.

—Contigo —dije, mirándolo esperar nerviosamente por mi reacción. Sentir tanto poder sobre un hombre usualmente sería exhilarante para mí, pero ver a un hombre del tamaño de Tyler retorcerse era incómodo de ver.

—Lo siento, Ellie —dijo—. No pude evitarlo.

—¿Qué no pudiste evitar?

—Está mañana desperté contigo entre mis brazos —rio—. Tu puto cabello estaba por todas partes, me la pasé muy bien quitándolos de mi cara. Luego los mechones estaban expandidos, encuadrándote por encima de los hombros. Te veías tan pacífica. Solo pasó.

Fruncí el ceño.

—¿De qué hablas?

Su cara cayó, había un poco de desesperación en sus ojos.

—Me enamoré de ti. Había estado viniendo por un tiempo. Intenté no hacerlo.

—Estás enamorado de mí —dije.

—Estoy enamorado de ti —repitió, más confesión que declaración. Ambos sabíamos lo que habíamos acordado en nuestra relación, y él se estaba cagando encima de eso.

—Tyler...

—No quiero que busques otro lugar. Quiero que te quedes. No puedo pensar en ninguna puta cosa mejor que volver a casa contigo —hizo una pausa—. ¿Por qué me miras así?

Mi barbilla descansaba sobre mi puño, parcialmente cubriendo mi boca. Todo lo que pude hacer fue sacudir mi cabeza.

—No me amas —dijo, devastado. Tiró su tenedor y se dejó caer sobre el respaldo de su silla.

—No lo sé —dije, mis ojos bailando alrededor—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque estoy aterrado de que si te perdiera jamás podría sentir esto por nadie más.

Tragué saliva, sabiendo lo que pasaría después. Era la razón por la que había trabajado tan duro en el apartamento. Quería dejar algo bueno detrás.

—Eso ya lo sé. Cuando te pierda, nunca sentiré esto por nadie más.

Un lado de su boca se levantó, pero cuando se dio cuenta, su sonrisa desapareció. Asintió y presionó sus labios, mirando a todos los puntos en el suelo antes de levantarse e irse a su habitación. Cerró de un portazo y mis hombros se tensaron, cerré fuertemente los ojos.

Caminé por el pasillo, tocando la puerta suavemente.

—¿Tyler? Si tan solo... pudiera pasar por mis cosas...

No respondió así que empujé la puerta. Tyler estaba sentado en el piso con las rodillas arriba y su cabeza contra la cabecera de la cama.

—Solo recogeré mis cosas y me iré.

—¿A dónde vas a ir, Ellie? Solo quédate.

—No sería justo para ti.

Me miró con los mismo ojos cansados y arruinados que había visto tantas veces antes.

—Eres la única mujer en el mundo que conozco que puede decirme que me ama mientras me rompe el corazón.

—Te estoy haciendo un favor. Solo que todavía no lo sabes.

—Patrañas. Deja de putas huir.

Señalé la puerta.

—¿Has visto tus alacenas? ¿Tu refrigerador? Crown, ron, vodka, vino barato y cerveza. Caigo dormida donde sea que me desmayé.

No anoche —dijo.

—Pongo Crown en mi café para ir a trabajar, Tyler. Soy una ebria.

Se encogió de hombros.

—Entonces hagamos una llamada. Te conseguiremos un programa. No quiere decir que no pueda amarte.

—Teníamos un acuerdo.

Sacudió la cabeza, bajando la mirada. Cerró un ojo, la conversación entera era más dolorosa de lo que había anticipado.

—¿Qué si enamorarte no te rompe el corazón, Ellie? Somos felices cuando no peleamos sobre ser felices.

—Eso no es verdad —estallé.

—Pero por supuesto que sí. Cada vez que piensas que estamos sintiendo demasiado o siendo muy felices, pisas los frenos.

—Solo estoy tratando de parar antes de comenzar.

Se rebajó hasta sus pies.

—¿Antes de empezar? ¡Acabo de decirte que estoy enamorado de ti!

—No los sabes —dije, recogiendo mi bosa y llenándola con las pocas cosas que me pertenecían.

Tyler se me acercó y atrapó mi muñeca.

—¿Sabes cómo lo sé? Solo el amor podría doler así.

Me retorcí hasta que me soltó, pensando en el niño pequeño de la fotografía que había puesto sobre el mantel.

—Fui honesta contigo desde un principio. Te dije que no podía. Estabas de acuerdo.

—Pues ahora no —estiró sus manos, señalando todo el cuarto—. ¿Por qué hacer todo esto? ¿Nos hiciste un hogar solo para que me pudieras dejar solo en él?

—Quería que recordaras que no soy completamente terrible.

—¿Por qué te putas importa? —dijo, hirviendo.

Lágrimas se derramaron por mis mejillas.

—No merezco nada que tengas que ofrecer, Tyler. Amé estar contigo mientras me dejaste, pero lo que pasé más allá de esto...

Se rio una vez, incrédulo.

—Piensas que no me mereces, Ellie... —ahuecó mis hombros— Soy un capullo. Créeme, soy yo el que no te merece. Pero lo intento. Me dije hace unas semanas cuando... que iba a seguir intentando hasta que te mereciera.

Lo miré, mis ojos se estrecharon.

—¿Cuándo qué?

Apretó los dientes.

—Fue después de que me dijeras que solo follábamos y peleábamos, fui a un bar local para encontrar a mi hermano.

—¿Y?

—Entonces —suspiró—. Una chica apareció. Yo no sabía que conocía a Taylor.

—Entiendo. No tienes que contarme.

—No fui a casa con ella ni nada; solo la besé. Quería hacerlo. Era linda conmigo. No tenía que tratar tan putas duro solo para sentirme rechazado.

Tragué saliva, enojada por lo herida que me sentía.

—Está bien. Ella suena genial.

—Ella no eras tú —dijo.

Limpié mi mejilla.

—Apuesto a que ella no estaba jodida.

—Todos estamos un poco jodidos. No todos lo usamos para alejar a las personas.

Alcé mi mentón.

—Entonces decidiste que estabas enamorado de mí después de tratar de llevar a alguien a casa. Indicador de nuestra disfunción, ¿no crees?

—Ellie...

Cerré los ojos.

—Nunca quise que nos acercáramos tanto. Nunca quise que esto significara algo más. Déjame irme. Uno de nosotros tiene que hacerlo.

Soltó sus manos de mis hombros, exhalando todo el viento que había sido arrebatado de él.

—¿A dónde?

—Donde Jojo.

Cabeceó hacia la puerta.

—Vete.

Me agaché para agarrar una última camisa y luego me apresuré al cuarto de lavado al final del pasillo para tomar unas prendas dobladas. Mi mochila estaba llena así que comencé a llenar una pequeña canasta plástica de ropa.

Me estiré por la puerta, pero su mano estaba sobre la mía. Exhalé un llanto sabiendo que, si decía otra palabra, me quedaría.

Tocó mi mejilla con la suya y luego besó mi sien.

—Déjame llevarte.

Negué con la cabeza.

Soltó el pomo, esperando a que lo mirara. Cuando lo hice, su expresión me destrozó.

—Aún eres mi amiga, déjame llevarte.

Asentí, viéndolo buscar sus llaves. Me guio al camión y luego lo dirigí hacia la revista. No hablamos. Tyler apretaba el volante tanto que sus nudillos estaban blancos.

Cuando señalé el lote en la parte trasera, frunció el ceño.

—¿Por qué me pediste que viniéramos? Jojo no vive aquí.

—Hay un apartamento arriba. Tengo una llave —dije, quitando la llave de Tyler de mi llavero.

La tomó, viendo el metal en su mano. Cerró sus ojos.

—Ellie, aún quiero que me acompañes a Illinois el próximo mes.

Me reí una vez.

—No puedo conocer a tu familia. Tyler. ¿Estás demente?

—Ya le dije a Papá que vendrías.

Frunció el ceño.

—¿Por favor?

—No podemos ser solo amigos. No cuando ya hubo *te amos* por el aire. No podemos regresar. Lo arruinaste.

—Me arruinaste.

—Era tu turno.

Se las arregló para soltar una pequeña risa, cabizbajo.

—Bájate de una puta vez, Edson.

—Hecho —dije con una sonrisa—. Te veré por ahí.

Busqué la llave de la pequeña piedra falsa tras la puerta trasera y me despedí de Tyler mientras ponía el camión en reversa y se alejaba. Una vez adentro, arrastré mi maleta y canasta de ropa escaleras arriba, viendo el apartamento perfectamente limpio. Sin decoraciones, sin velas, sin fotos de nadie que amara.

Me senté en el piso a sollozar—emocionalmente exhausta, con el corazón roto y aliviada.

CAPÍTULO 20

Lo único malo de vivir en un departamento completamente nuevo sobre *OrejaMontañesa* por casi nada era que una vez que la temporada de incendios terminara, Tyler estaría trabajando calle abajo cada tercer día. El beneficio invisible era que a Jojo le gustaba acompañarme arriba después del trabajo, y a veces me llevaba a Turk's—y la hija del dueño recibía un lindo descuento.

Nos sentamos en una mesa en la esquina, bebiendo Huracanes en la poca luz. Decoraciones navideñas ya colgaban del techo mientras guirnaldas de oropel color rojo y verde subían en espiral por las vigas de madera en las esquinas del bar.

—Santo cielo, estas bebidas son enormes —dijo Jojo arrastrando las palabras—. Apenas voy aquí —dijo, tocando la mitad de su vaso—, y estoy borrachísima.

—Mientras más pronto mejor —dije, irritada porque yo ni estaba mareada.

La puerta se abrió y una línea de rostros familiares entró, charlando y sonriendo.

Me hundi en mi asiento.

—Mierda.

—¿Qué? —dijo Jojo, girándose para ver el origen de mi reacción— ¡Liam! —gritó con una gran sonrisa.

Liam escuchó su nombre y se giró para ver nuestra mesa. Jojo saludó como una idiota y él cambió de dirección, dirigiéndose directamente hacia nosotros.

—¡Jojo! ¡Maldita sea! —siseé.

Jack, Pez, Jubal, Sabio, Zeke, Bucky, Azúcar, Gato, Taco, Watts, Smitty, Enano, Pudín y Cachorro entraron después, llenando nuestros asientos y jalando unos más cuando el espacio se llenó. Estaba apretujada entre Jojo y Liam, ella parecía infeliz por el hecho de que estuviera junto a mí y no junto a ella.

—¿No podías traer a todo el equipo? —dije, codeando a Liam.

Se rio y frotó sus costillas.

—El resto vendrá. Excepto los gemelos. Taylor se quedó en Colorado Springs y Tyler volvió a casa.

—¿Qué se celebra? —preguntó Jojo.

—Se terminó la temporada de incendios. La mayoría de los chicos subirá a un avión en la mañana —dijo Jubal, palmeando a Cachorro en el hombro.

Todos se veían exhaustos, delgados y contentos.

—¿Tyler no quiso venir en la última noche juntos de todos? —pregunté.

Watts sacó su teléfono.

—Querrá si le dices que estás aquí.

Todos se rieron, menos yo.

—Por favor no.

—Muy tarde —dijo Watts, recolocando su teléfono en su bolsillo.

Liam se inclinó hacia mi oreja.

—Así que lo botaste, ¿no? Eso es duro.

—No lo boté. No estábamos juntos —dije.

Sabio habló: —Pues estuvo deprimido las últimas dos semanas. No creo haberlo visto tan miserable antes.

Jojo me miró con sus ojos somnolientos ojos vidriados e hizo un puchero.

—Para —le advertí.

—Jefe dijo que te va a dejar volver la próxima temporada —dijo Liam.

—¿En verdad? —dijo Jojo, sus cejas alzándose tanto que amenazaban con rozar su cabello.

—Sí —dijo Liam—. El pobre tío tuvo que oírlo todos los días de veinte miembros de equipo.

—¿Tú y Jack irán al aeropuerto mañana? —pregunté.

—Nah. Vamos a ver lugares de interés. Deberías venir —miró a Jojo—. Tu fotografía debería hacer un artículo sobre El Gran Viaje Americano. Podría llenar tu sección de viajes.

—No somos esa clase de revistas —dijo Jojo, molesta porque Liam no estaba coqueteando con ella.

Me miró de nuevo.

—Deberías venir.

—No puedo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque tengo un trabajo, y cuentas, y no solo puedo agarrar e irme. Ya vi los Estados. La mayoría de todas formas... y el resto del mundo.

—Oh. Viajera mundial, ¿eh? —dijo Liam. Era hermoso—incluso tras haber perdido diez kilos, con pómulos más pronunciados y ojos un poco más hundidos—pero la parte de mí que quería actuar sobre la atracción había sido robada por Tyler, y no me la devolvería pronto.

—Sí.

—Su papá es dueño de Tecnologías Edson, genio —dijo Jojo.

Todos los hombres en la mesa cubrieron sus bocas y dijeron ¡Oh! Al unísono. No estaba segura por qué. Su respuesta no había sido tan buena.

—¿Tu padre es Philip Edson? —preguntó Liam, sorprendido.

—Has escuchado sobre él, ¿huh? —dije, jugando con la pajilla de mi vaso.

Jack se rio.

—¿Hemos tenido a Paris Hilton siguiéndonos todo este tiempo?

Arrugué mi nariz.

—Retrátate, fuck knuckle³³, Ahora. Mismo.

Todos en la mesa excepto por Jack y Liam parecían confundidos. Ellos dos habían escuchado ese término en Australia; era mi insulto australiano favorito.

—Lo... Lo siento —dijo Jack.

Liam estalló en carcajadas.

—¡Eres un marica polla-suave! ¿Vas a dejar que te hable así y ya?

Jack hizo un mohín.

—Maddox aguanta mucho más de ella que yo.

Me hundí en mi silla, siendo atravesada por partes iguales de culpa, pena y humillación.

—¡Putra madre, Jack! —reprendió Gato.

—No, tiene razón —dije—. No sé por qué.

³³ Fuck knuckle, fuckknuckle o fuck-knuckle (*joder y nudillo*) es un término inglés que se refiere a cualquiera que sea un idiota, cabrón u otro insulto a la inteligencia; también se usa para maldecir situaciones u objetos. Probablemente deriva de *knucklehead* (*joder y cabeza*) que se utiliza como *cabeza de chorlito*. [N. del T.]

—Yo sí —dijo Jubal con una sonrisa concedora—. Pero puedes estar malditamente seguro que no se dejaría por nadie más.

Después de un largo e incómodo silencio, el equipo volteó sus tarros y su whiskey, charlando sobre sus historias favoritas de fin de temporada. De vez en cuando se reían, siempre de alguien. Escaneé los rostros de los chicos que había llegado a querer, deseando que mi favorito estuviera entre ellos pero, al mismo tiempo, aliviada de que no lo estuviera.

Liam se me acercó, tocando mi vaso casi vacío.

—¿Necesitas otro, amor?

—Sí, por favor —dije sin dudar. Alguien más ofreciéndose a comprarme una bebida no era algo nuevo—me tomó un tiempo acostumbrarme al tener que esperar hasta beber cuando pasara.

Liam alzó su dedo índice, haciendo señas a la mesera, luego sostuvo mi vaso vacío cuando ella lo miró. Le sonrió, ya enamorada de su acento y la línea de bronceado endémica de bomberos alrededor de sus ojos esmeralda.

Se inclinó hacia mí, rozando mi oreja con sus labios mientras hablaba. Habló sobre dónde planeaban conducir él y Jack primero, fingiendo necesitar consejos de viaje y riéndose con mi sarcasmo. Había terminado de beber lo que me compró y me sentía un poco más ligera cuando su mirada cayó a mis labios.

—He estado esperando pacientemente, ¿sabes? —dijo—. Ha sido casi una hora y tu muchacho no ha venido por ti.

Bajé la mirada.

—Probablemente porque no soy suya para que venga y me reclame.

—Sí, pero él es tuyo. Puedo verlo en toda la cara del bastardo.

Noté el color rosa de los labios de Liam contrastando contra su piel bronceada. Un eco en mi interior sugirió que tomara su cara y pretendiera que no me importaba que Tyler no hubiera venido como Watts dijo que haría. El sabor de la bebida de Liam en mis labios no sería la peor distracción. Mientras más imaginaba sus fuertes manos sobre mi piel, más infeliz me sentía. Se suponía que Sterling había sido mi fondo de roca, pero Tyler se había dado por vencido conmigo, justo como yo—no había un sentimiento más bajo que eso.

Deseé que al menos por una noche pudiera volver a ser la cabrona patológicamente egoísta que había sido. Incluso beber Huracanes uno tras otro no podía borrar a Ellie-dos-punto-cero. Jojo estaba feliz y sentimentalmente ebria, pero la culpa y el dolor por Tyler me consumieron. Exhalé y mi espalda golpeó la dura madera de mi silla mientras me preguntaba si compañía con más experiencia me hubiera ayudado más a perderme. Necesitaba a alguien completamente manipulativo, sin corazón y cruel—alguien como yo.

—Eres terrible coqueteando —dije, desilusionada.

Liam parecía sorprendido por mi retirada, luego cerró un ojo y arrugó la nariz casi tanto como si tuviera dolor.

—Realmente jodí esa, ¿no? Solo olvida que lo dije. Déjame ayudar. Te compraré otra bebida.

—La acepto.

La puerta se abrió y Tyler entró, solo, metiendo sus manos en los bolsillos y mirando a su alrededor. Cuando su mirada aterrizó en mí, se detuvo. Mi respiración dio un tirón y mi

corazón se estampaba contra mi caja torácica. Todo lo que podía hacer era no dejar mi asiento, correr hacia él y taclearlo.

Tyler casualmente caminó hasta el bar para saludar a Annie y pedirle una cerveza antes de navegar entre las mesas y sentarse junto a nuestro reservado de la esquina. Cada paso que daba parecía tomarle una eternidad, pero finalmente estaba ahí, a unos pocos metros de distancia.

Miró a Liam antes de sonreírme.

—Hey.

—Hey —respondí, nerviosa y avergonzada, sabiendo que sonábamos ridículos frente a la tripulación.

Tyler jaló una silla y se sentó junto a Jubal, quien lo palmeó un par de veces en la espalda para alentarlo.

—Me alegra que te nos pudieras unir, Maddox.

Watts sonrió.

—Me entristece saber que no éramos lo suficiente para una despedida, pero agrégale a Ellie...

—Cállate la boca, Watt —gruño Gato.

Tyler bebió un trago de su botella y se recostó en la silla, viéndose despreocupado hasta que Liam alzó su brazo y lo pasó al respaldo de mi silla. Los ojos de Tyler se dispararon al brazo extendido de Liam, y luego a él, dándole una mirada asesina.

—Justo estábamos hablando de ti, Maddox.

Dejé salir una risa nerviosa e involuntaria.

—No... no es verdad.

Tyler mantuvo su guardia alta, sin saber de cuál era la intención de Liam pero claramente impávido. Tomó otro sorbo de su cerveza y luego se inclinó sobre la mesa, con los codos sobre ella.

—¿Conque sí?

—No, conque no —insistí, tratando de superar el Huracán para que pudiera estar lo suficientemente consciente y evitar humillaciones.

Tyler me sonrió y me derretí.

—Está bien si lo hacían. Justo estaba pensando en ti.

—Y ahí lo tienen —dijo Liam—. Yo lo dije, amor.

La mirada de Tyler me dejó y se dirigió a Liam, una línea se formó entre sus cejas.

—No sé qué es lo que intentas hacer, Liam, pero si quieres irte de aquí con ambos brazos, basta.

Liam se rio, genuinamente divertido.

—Liam —advertí.

—Solo me estoy metiendo contigo, amigo. Lo haces demasiado fácil.

La silla de Jack chilló contra el piso mientras se inclinaba hacia adelante.

—Liam. Suficiente.

Liam alzó los brazos.

—Lo siento. Solo intentaba hacer que viajara conmigo. No creo que sea Colorado lo que extraña.

Tres líneas se profundizaron en la frente de Tyler cuando sus cejas se alzaron. El equipo se movió en sus asientos, incómodos por atestiguar el intercambio.

—¡Otra ronda! —dijo Jubal, alzando su vaso medio vacío. El resto del equipo alzó sus vasos y gritaron su concordia al unísono.

Tyler se inclinó más, bajando su barbilla mientras observaba a Liam.

—¿Qué estás haciendo, hombre? —utilizó el mismo tono que usaba con Taylor cuando lo decepcionaba.

Liam utilizó su sonrisa más encantadora.

—Lo he intentado, amigo. Ella no me quiere. Soy un excelente compinche. Pregúntale a Jack.

Todos los dientes de Jack brillaron cuando sonrió.

—Cierto.

Una esquina de la boca de Tyler subió, y luego me miró. Justo cuando abrió la boca para hablar, un hombre que vagamente recordaba llegó a la mesa.

—¡Maddox! —dijo, arrastrando las palabras, abofeteando el hombro de Tyler. Sus dedos se enroscaron en la camisa de franela de Tyler y la apretaron— ¡Mira! —dijo, saliva volando de su boca mientras hablaba—. ¡Es la chica que me pateó las bolas!

—Todd Mercer —dije, su pista me ayudó a recordar—. Me encantaría hacerlo de nuevo.

Una mirada agría invadió su rostro.

—Ellie, ¿cierto?

Tyler se sacudió el agarre de Todd y suspiró.

—Estoy ocupado, Mercer. Después te pateo el trasero.

—¿Por qué? —preguntó Azúcar, exasperado—. Siempre consigues que te pateen el trasero, Mercer. Cada. Vez.

Los ojos de Liam destellaron, divertidos.

—¿Lo pateaste en las bolas, Ellie?

—Intentaba que Tyler no lo matara.

—Matara —bufó Todd.

Liam no estaba impresionado.

—¿Quién invitó a este drongo³⁴?

La nariz de Todd se arrugó.

—¿Y eso qué significa siquiera? ¡Habla español!³⁵

Liam dejó de sonreír, intercambiando una mirada con Jack.

—Vete de aquí, Mercer. Tus bolas me lo agradecerán —dije.

La tripulación se rio y Todd se irguió, sacando su pecho y viéndose repentinamente lucido.

—Eres bien puta bocona para una zorra de temporada reducida a rogar por bebidas.

Después de un corto silencio, las sillas chirriaron contra el piso mientras los Alpine Hotshots se levantaban. Tyler escaneó al equipo, retrocediendo un paso.

Las caras de la tripulación eran incluso más severas y amenazadoras que la de Tyler.

³⁴ Drongo es un coloquialismo australiano para alguien inepto. Viene de un caballo de carreras (con el mismo nombre, proveniente de un ave) de entre 1920 y 1925 que nunca ganó una carrera (de 37 corridas). También es una de las historias más populares en Australia.

³⁵ Inglés. Otra vez. Traducciones, ¿cierto? [N. del T.]

—¡Maddox! —gritó Annie, sobre la música.

—Está bien —dije, levantándome. Me incliné sobre la mesa y agarré la camisa de Tyler.

—No lo putas está —dijo Tyler, viendo a Todd.

—No necesitas ser grosero, amigo —dijo Liam.

—Maddox —dijo Jubal. Sacudió la cabeza—. Nos la estamos pasando bien, este idiota borracho no nos lo va a arruinar a todos —señaló a Todd—. Largo de aquí. Advertencia final.

Tyler miró a Liam.

—Mantén a las chicas ahí.

Liam asintió.

Todd abrió la boca para decir algo pero, antes de que pudiera decir otra palabra, Tyler disparó su brazo a él. De pronto todo el bar era un enjambre de conmoción violenta, brazos columpiándose, gritos y grupos enteros de gente yéndose de un lado a otro, empujándose.

Liam jaló a Jojo y estiró su brazo por mi pecho, moviendo su cuerpo para protegernos pero claramente entretenido.

—¡No! —gritó Jojo mientras la mesa se volteaba y golpeaba el piso—. Oh, Papi estará tan furioso.

Jack estaba parado sobre una silla, dirigiendo a quién quiera que estuviera al fondo de la pila- Gato, Azúcar y Pudín estaban lanzando a cualquiera que no fuera un bombero fuera del montón de cuerpos como niños buscando ansiosamente en una caja de juguetes.

—Basta. ¡Basta! —grité, empujando el brazo de Liam.

La cabeza de Tyler se asomó por el mar de caos durante un momento y escapé a salvo hacia la pared, justo a tiempo para agarrar su camisa con ambos puños. Mientras Tyler asentaba un golpe devastador a la mandíbula de Todd, notó que lo sostenía y enganchó su brazo por mis hombros, agachándose y esquivando varios grupos de pelea hasta que estuvimos a salvo en el callejón.

Negué con la cabeza.

—Eso fue... innecesario.

—Estás temblando —dijo, estirándose hacia mí.

Lo empujé.

—Mercer apenas podía mantenerse de pie y lo atacaste.

—Ellie... nadie lo iba a dejar decir eso y marcharse a pie. Intentaba noquearlo antes de que alguien más llegara a él.

—Oh. Entonces le hiciste un favor —dije neutralmente.

Se encogió de hombros.

—Al menos no le pateé las bolas.

Me detuve y bajé la mirada, incapaz de evitar una sonrisa. El resto del equipo salió corriendo por la puerta, la mitad de ellos estaba riendo mientras los demás jalaban al resto de sus hermanos aún peleones.

Liam y Jojo salieron tomados de la mano. La pelea les había dado una excusa para romper los límites personales. Después de unas bebidas, un tacto era todo lo que se necesitaba, y Jojo no podría haber sido más feliz.

Jubal exhaló.

—Supongo que necesitábamos liberar toda esa tensión —dijo Jubal.

Pez frunció el ceño.

—Wick no nos va a dejar entrar hasta la próxima temporada. Algunos vivimos aquí.

—Hablaré con él —dije—. Jojo también.

Todos sonrieron, palmeándome y abrazándome mientras pasaban.

—Gracias, Ellie —dijeron—. Te veremos la próxima temporada.

Liam besó mi mejilla, guiñándole un ojo a Tyler.

—Cuidense, ustedes dos. Y dejen de joderlo, ¿quieren?

Jojo tambaleó sus llaves.

—¿Necesitas un aventón?

—Yo me encargo —dijo Tyler.

Lo miré agradecida. No se había dado por vencido conmigo. Sin importar lo que dijera o hiciera, él estaba ahí, esperando para cuidarme. Jack palmeó a Tyler en el hombro y el equipo se fue a los autos estacionados en la calle, charlando emocionados por la pelea.

Tyler se despidió de ellos y luego giró para verme, comenzó un minuto entero de silencio en el callejón frente a Turk's. Doblé mis brazos por mi cintura, sintiendo el sudor de mi piel enfriarse con el aire otoñal.

—¿Tienes frío? —preguntó Tyler— Mi chaqueta está en el camión.

—Estoy bien.

—Entonces... estoy confundido —comenzó—. ¿Liam y Jojo?

Reí fuertemente, sosteniendo mis manos a los costados y dejando que cayeran a mis muslos.

—Supongo. Estoy tan sorprendida como tú.

—Watts dijo que te pidió irte de viaje con él.

Asentí.

—¿Qué le dijiste?

—Un viaje costaría dinero que no tengo.

—¿Esa es la única razón?

—Tyler...

Sus hombros cayeron.

—No importa lo que haga, ¿cierto? Simplemente no puedo... —señaló el espacio entre nosotros— Pasar de lo que sea que esté en el medio.

Apreté los labios y los apreté con los dientes. Alejarme de él me estaba saliendo bien. Sería cruel si admitiera la verdad.

—¿Qué? —dijo con media sonrisa—. Dilo.

Negué con la cabeza.

—No seas marica, Ellison. Dilo —repitió.

—No debería.

—Sí. Sí deberías.

—Te extraño —escapó de mí.

Analizó mi rostro con una nueva luz en sus ojos.

Cerré los míos.

—Pienso en ti todo el tiempo... la mayoría de las veces preguntándome por qué aguantas tanto de mi mierda.

—Ambos nos lo preguntamos.

Desvié la mirada, tratando de encontrar algo que justificara mi atención para que Tyler no viera el dolor en mis ojos.

—Pero, cuando estoy contigo, Ellie... no importa. No importa lo que hagas para molestarte o alejarme. No puedo explicarlo. No me puedo librar. Algunos días desearía venir de una familia de hombres orgullosos, pero no soy el primero en desfallecer cuando se trata de una mujer de la que no me puedo alejar.

—Deberías... alejarte de mí.

Se rio.

—¿Crees que no lo sé? Eres como la versión femenina de mí.

Lo miré, satisfecha con su confesión.

—Cuando apareciste esta noche, fui más feliz de lo que había sido en un largo tiempo.

No titubeó, tomando mis mejillas entre sus manos. Se acercó y me alejé.

Arrugó las cejas.

—¿Entonces qué? ¿Qué debo hacer?

Mis ojos ardieron con lágrimas mientras apretaba la sección del medio de su camisa con ambos puños.

—Ya te lo he dicho. Te lo he dicho cientos de veces. Estoy jodida. Bebo de nuevo. Llevó café alcoholizado al trabajo.

Se encogió de hombros.

—Entonces empezamos de nuevo.

Ahí estaba eso otra vez. *Nosotros*. No sonaba más como algo extranjero y eso me asustó.

—No es tan simple. No estoy en forma para intentar arreglármelas con una relación.

Tyler me miró a los ojos y luego jaló su camisa de mi agarre y alejándose con su cabeza entre sus manos, respirando con dificultad.

—Sé que soy una idiota —dije—. No mereces esto pero traté de advertirte.

¿Advertirme sobre qué? —gritó, levantando ambas manos frente a él— ¿Que se siente genial estar cerca de ti? ¿Que sería increíble verte rendirte y luego romperte la espalda solo esperando que tu hermana se diera cuenta a medio mundo de distancia? ¿O tal vez me advertiste que me harías reír como un idiota?

Usé mi manga para secar una lágrima escapada.

—Podrías encontrar eso con cualquier chica normal.

—No quiero una chica normal, Ellie. Te quiero a ti —bramó.

Una risa se tropezó en mis labios pero mi sonrisa pronto desapareció.

—Te advertí que te haría sentir como la mierda. Te advertí que eras demasiado amable para involucrarte con alguien como yo.

—¿Alguien como *tú*? —dijo, frustrado y desesperado— Debiste haberme advertido que sonreiría cada vez que pensara en ti—¡que es todo el maldito tiempo! Debiste advertirme sobre eso, también. Debiste advertirme que eres hermosa en las mañanas, bajo la luna, cuando sales de la ducha, o con diez días de tierra en tu cara.

—No es chistoso.

—¡No! ¡No lo es! Maldita sea, Ellie. Estoy parado aquí diciéndote que quiero estar contigo y me dices que también lo quieres. Sé que lo haces. Tus razones ni siquiera tiene sentido.

—No tienen sentido para ti.

Soltó una carcajada.

—Todo este tiempo pensé que eras una masoquista. Eres una puta sádica.

—¡Te lo advertí! —lloré.

—¡No me advertiste que me enamoraría de ti! —las venas de Tyler se marcaban en su cuello y puso sus manos en la cintura, recobrando el aliento.

—¡¿Qué?! —dije, atragantándome.

—Me escuchaste —gruñó. La ira inmediatamente se extinguió en sus ojos siendo reemplazada por arrepentimiento.

—He tratado de alejarme de ti, Tyler. De verdad. No quiero arrastrarte conmigo.

—¡Muy tarde! —gritó. Se frotó la frente—. No vine aquí para pelear —dijo, exasperado—. Estoy tan cansado de intentar odiarte.

Sus palabras cortaban profundamente, el dolor me calaba hasta los huesos. Apenas podía hablar.

—¿Entonces por qué viniste?

—Para verte —dijo, frotando su nuca—. Tenía que verte.

Me estiré de nuevo, esta vez más lento, probando las aguas. Tyler mantuvo sus manos en su cintura mirando a todos lados menos a mí. Lo jalé más cerca, deslizando mis manos bajo sus brazos, abrazándole el torso y presionando mi mejilla contra su pecho. Su calor corporal irradiaba como una fiebre con una delgada capa de brillante sudor humedeciendo su piel. Lo aspiré sabiendo que si cedía tal vez estaríamos un poco menos heridos, menos rotos, pero estaba atrapada entre ser muy egoísta para dejarlo ir y ser muy contrita para dejarnos ir lejos.

La puerta de Turk's se abría y cerraba en un ritmo constante. La gente caminaba silenciosa y curiosa. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que teníamos un pequeño público. Tyler actuaba como si fuéramos las únicas dos personas en el callejón.

—Estoy feliz de que vinieras —susurré.

Había estado congelado desde que lo abracé. Sus brazos se mantenían firmes a sus lados. Después de unos segundos me abrazó de vuelta.

—¿Estás segura de eso?

—Extraño a mi amigo.

Su pecho subió y bajó mientras inhalaba y exhalaba, soltando a lo que sea que se estuviera aferrando.

—Tu amigo.

—Lo sé. Es tan puto egoísta —dije, cerrando los ojos.

—Supongo que tomaré lo que pueda —no podía ver su cara pero sonaba devastado.

—¿Lo prometes?

Tocó la parte trasera de mi cabello y luego besó mi coronilla.

—No. No lo prometo. Joder, Ellie. No quiero que solo seamos amigos.

Retrocedí un paso, retorciéndome.

—Sí, lo entiendo. Quiero decir... claro. ¿Quién querría después de...? Dije algo estúpido.

—Me dije a mí mismo que no lo presionaría, y lo presioné. Sé que estás jodida. También estoy jodido. No tengo idea de cómo hacer esto, y tú... maldición, haces esto mil veces más difícil de lo que debería ser. Pero no iré a ninguna parte. No puedo. No quiero a nadie más.

—No digas eso.

—Qué puto triste. Podemos resolver el resto después cuando estés lista. Lo dejaré en paz, pero no podemos ser solo amigos, Ellie. Nunca lo fuimos.

—¿Qué si nunca estoy lista?

Metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros con esperanza brillando en sus ojos.

—He visto que eres capaz de hacerlo cuando quieres. Creo que podrás con ello.

—¿Por qué haces esto? —pregunté incrédula— ¡Soy una causa perdida!

—Entonces yo también.

Cubrí mis ojos, tratando de no llorar.

—¡Es como hablarle a una puta pared! No me estás escuchando, no soy tan buena persona como pretendo ser y no te quiero en mi vida. Trato de hacerte un favor, Tyler. Tienes que alejarte. Tienes que ser el que lo haga. Lo he intentado. No puedo.

—Ya te dije —explicó—. Estoy enamorado de ti. Eso no se irá —se aclaró la garganta—. ¿Irás donde Wick para Día de Acción de Gracias?

Parpadeé, sacudida por el repentino cambio en la conversación.

—¿Qué? No.

—¿No en casa? ¿No en algún lugar con tu familia?

—Finley preguntó. Pero no estoy... lista.

—¿Por qué no vienes a Eakins conmigo?

—Ir a casa contigo.

Se rio, frustrado.

—Va a ser difícil, probablemente incómodo. Pero no importa qué tan duro sea, será más sencillo que tú estando sola—y más fácil que yo preocupándome por ti estando sola en Acción de Gracias.

Consideré su oferta.

—Siento como si estuviera en una encrucijada.

Sonrió y extendió su mano.

—Entonces cruza conmigo.

CAPÍTULO 21

—¿Qué pasa? —preguntó Tyler, empujó mi rodilla con la suya.

Sacudí la cabeza, mirando la nuca del conductor. La ventana de Travis estaba abajo mientras fumaba y hablaba con su esposa, ninguno de los dos pensaba en ajustar la calefacción mientras el aire frío llenaba el auto.

Travis era un demasiado grande para el pequeño Toyota Camry plateado que conducía, sonriéndole demasiado a su esposa. Se tomaban de las manos, charlando sobre las vacaciones en su segundo año de universidad, y como esta Acción de Gracias sería mejor que el año pasado.

Alzó sus manos azotándolas en la consola, fingiendo insulto.

—¿En serio? Tenías que traerlo al tema.

Sonrió engreído.

—Si me da unos puntos de simpatía, nena, tienes la maldita razón, lo traigo al tema.

Hizo un espectáculo de recostarse en su asiento, fallando miserablemente al intentar verse enojada.

—No hay puntos para ti. Sé amable o no me casaré contigo de nuevo.

Alzó su mano y besó sus dedos, mirándola como si fuera la cosa más hermosa del universo.

—Sí, lo harás.

Los dos estaban sumergidos en su propio mundo, apenas notándonos a Tyler y a mí, a pesar de que Travis casi nos había tacleado en la terminal. Él y su esposa, Abby, nos habían recogido en el aeropuerto de Chicago y me estaba congelando en el asiento trasero, esquivando la ocasional ceniza de cigarro. Sus manos tomadas y la incesante felicidad me hacían sentir ligeramente mareada, y comenzaba a arrepentirme de haber venido.

—Hey —dijo Tyler, gentilmente palmeando mi rodilla—. Estará genial.

Travis subió la ventana y *luego* encendió la calefacción.

Fantaseé sobre dar un golpecito a su oreja y culpar a Tyler.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Abby, girando para verme. Me miró directamente a los ojos, hermosa y confiada. Su cabello acaramelado era largo y hermoso sin esfuerzo, sus ojos grises tan intensos que cualquier otro se habría encogido ante su mirada. Me pregunté si era porque su marido era la persona más intimidante que hubiera conocido, o porque ella tenía su propio aire de malota para ofrecer.

—No. ¿Debería? —pregunté.

—Yo estuve un poco nerviosa en la primera Acción de Gracias Maddox.

Tyler golpeó su asiento.

—Eso es porque fingías aún estar con Travis,

—¡Oye! —dijo Travis, estirándose para golpear a su hermano.

—¡Para! ¡Basta! ¡Ahora! —comandó Abby. Me recordaba a mí en las barracas con veinte chicos mal portados.

—Oh, ¿no estaban juntos el año pasado? —pregunté— Pensé que estaban pasados el marzo pasado.

—Lo estábamos —dijo Travis con una ridícula sonrisa en su cara.

Abby sonrió pícaramente, invitándome a juzgarlos.

—Tuvimos una gran pelea—varias, de hecho—y rompimos, luego nos escapamos a Las Vegas. Vamos a renovar nuestros votos en St. Thomas en marzo para nuestro aniversario.

—Ellie vendrá también —dijo Tyler—. Es mi invitada.

—Hablamos sobre esto —dije rápidamente—. No creo que ya esté segura sobre eso.

—¿Eso es una cámara? —preguntó Abby, mirando la bolsa en mi regazo.

—Lo es.

—¿Eres una fotógrafa profesional o solo estás aquí para capturar los momentitos de la familia Maddox en Acción de Gracias?

—Es la fotógrafa de la revista en Estes Park. Sigue a los bomberos locales—hizo toda una historia.

—Me encantaría ver tu trabajo —dijo Abby—. Necesitamos un fotógrafo para la boda. ¿Cuánto cobras?

—No lo hago —dije.

—¿No cobras? —preguntó Travis— ¡Contratada!

—Es muy buena —dijo Tyler.

—Ahora tienes que venir —dijo Abby.

Tyler me codeó, satisfecho.

Abby entrecerró los ojos hacia su cuñado.

—¿Cómo se conocieron?

—En una fiesta —dijo Tyler, aclarando su garganta.

—Mi fiesta —dije.

—¿Entonces vives en Estes Park? —preguntó.

—Sí.

—¿Te graduaste allá?

—Abby, puta madre. ¿Qué con tu interrogación? —preguntó Tyler.

—Solo estoy conversando —dijo Abby con una sonrisa relajada. Era muy buena en algo.

No estaba segura de qué.

Alcé mi mentón.

—Mis padres tienen una casa ahí. Viví ahí hasta hace poco. Ahora trabajo en la revista y tengo un apartamento en Estes Park.

—¿Cómo terminaste en casa de sus padres para una fiesta, Tyler? ¿Son clientes tuyos? —preguntó Abby.

—Noup —dijo Tyler, viendo por la ventana.

Abby miró a Travis.

—Está mintiendo.

Tyler le disparó con la mirada.

—Está bien, Paloma —dijo Travis, divertido—. Suficiente trabajo de detective por hoy.

—¿Eso es lo que haces? —pregunté— ¿Eres policía?

Todos se rieron menos yo.

—No —dijo Abby—. Soy estudiante universitaria. Doy clases de matemáticas un par de noches a la semana.

Arqueeé una ceja.

—Tal vez deberías pensarlo.

Abby parecía satisfecha.

—¿Escuchaste eso, Trav? Debería ser policía.

Besó su mano de nuevo.

—No creo que pudiera soportarlo.

—Ni yo —dijo Tyler. Se inclinó y susurró a mi oído—. Se pone un poco loco cuando se trata de ella.

—Yo conozco a alguien así —dije.

Tyler pensó mis palabras y luego sonrió, tomándolo como un cumplido.

Llegamos a la entrada de una pequeña casa con un garaje separado y un espantoso Dodge Intrepid rojo en la entrada. Un hombre redondo y mayor salió con otro hermano musculoso, el mismo cabello rapado y brazos entintados como Travis y los gemelos.

—¿Trent? —pregunté.

Tyler asintió.

Cuando Travis aparcó el auto, Tyler salió y golpeó el maletero hasta que Travis lo hizo abrirse. Buscó nuestras maletas y las pasó sobre su hombro.

—Empacas más ligero que yo —dijo Abby—. Me impresionas.

Sonreí sin saber si ella planeaba ser amiga o enemiga.

—Entren, entren —dijo el Sr. Maddox.

Tyler dio un abrazo de oso a su padre y golpeó a Trent en el brazo antes de abrazarlo también.

—Trent —dijo, estrechando mi mano.

—Ellie —respondí—. Es un gusto conocerte.

—Estamos tan felices de que hayas decidido venir —dijo el Sr. Maddox.

—Agradezco que me recibieran, Sr. Maddox.

Se rio entre dientes y aplanó sus palmas en la barriga, como si fuera una mujer embarazada adorando su bulto de bebé maduro.

—Solo Jim, niña. ¡Protégete del frío adentro! Hemos tenido un mal frente frío esta semana.

Trent mantuvo abierta la puerta de malla mientras entrábamos, entré en su diminuta casa con alfombra gastada y muebles que parecían sacados de la casa de *Una Historia de Navidad*. Casi esperaba que Ralphie estuviera escaleras arriba con su traje de conejo rosado y sonreí mientras recordaba ver la película varios días de Acción de Gracias en el regazo de mi padre, balanceándome mientras su barriga se reía por más de una hora.

Inhalé el humo y el olor a alfombra vieja, sintiéndome extrañamente relajada. Nos detuvimos en la cocina, viendo a la chica que lavaba trastes en el fregadero secar sus manos y estirar sus brazos cubiertos de tinta hacia Tyler. Él la abrazó y luego estrechó mi mano, sus dedos estaban arrugados por el agua jabonosa, pero aún podía leer *baby doll*³⁶ en sus nudillos. Un piercing nasal de diamante brillaba en su nariz y, bajo su grueso delineador, era sensacionalmente hermosa. Todo desde su cabello rasurado hasta su sonrisa tímida me recordó a Paige.

—Esta es Cami —dijo Trent.

—O Camille —dijo—. Como prefieras. Encantada de conocerte.

—Cami es de Trent —dijo Abby, señalando al hermano correcto.

³⁶ *Nena y muñeca*. Camille Camlin es la protagonista de *Beautiful Oblivion*, el primer libro de la saga de los hermanos Maddox, en él se explica que Trenton tatúa sus nudillos y eventualmente el resto de sus brazos.

—De hecho... yo soy de ella —dijo Trent, guiñándole un ojo.
Camille alzó su hombro, parándose en los costados de sus pies.

—Creo que me lo quedaré.

—Más te vale —dijo Trent, caminando hacia ella.

Tyler aclaró su garganta.

—¿Dónde dormiremos?

—Yo los llevo —dijo Abby.

Besó a su esposo en la mejilla y nos guió escaleras arriba hacia un cuarto con una litera y un vestidor. Marcos polvorientos con niños sucios y fotos de Taylor y Tyler con dientes grandes y cabello enmarañado colgaban de las paredes tapizadas. Trofeos de béisbol y fútbol apiñaban un librero.

—Aquí están —dijo Abby, acomodando su cabello tras su oreja. Posó sus manos en su cintura echándole un último vistazo para asegurarse de que el cuarto era habitable antes de que nos instaláramos—. Tiene sábanas limpias en las camas. El baño está al final del pasillo, Ellie.

—Gracias.

—Los veo abajo —dijo Abby—. Cami y yo cocinaremos algo por si quieres venir. Después habrá póker.

—No juegues con ella —dijo Tyler, señalando a Abby.

—¿Qué? ¿Hace trampa? —pregunté.

—No, es una puta estafadora. Se llevará todo tu dinero.

—No todo —dijo Abby, mirándolo—. Devuelvo un poco.

Tyler gruñó algo con su aliento y Abby nos dejó solos, cerrando la puerta detrás de ella. De pronto la habitación se sintió pequeña y me quitó el abrigo.

—Ellie.

—¿Ajá?

—Te ves muy mal.

—Necesito una cerveza y un cigarrillo.

Sacó su paquete y su encendedor, caminando unos pasos para abrir la ventana. Prendí el encendedor y respiré profundamente, manteniendo el humo en mis pulmones hasta que me arrodillé junto a la ventana y exhalé.

Tyler encendió su propio cigarrillo y buscó tras el armario para encontrar un pequeño bol rojo con recortes en el borde.

—¿Cenicero secreto?

—Sí. Nunca lo encontró. Estábamos orgullosos de ello.

—Rebeldes.

Tyler fumó una calada y luego la sopló por la ventana, mirando su viejo vecindario.

—Le partí la madre a Paul Fitzgerald en aquella esquina. Y Levi... demonios... no recuerdo su apellido. Raro. Pensé que recordaría a esos chicos para siempre. ¿Recuerdas a todos tus amigos de la infancia?

—La mayoría sigue por ahí. Algunos sufrieron sobredosis, otros se suicidaron. El resto anda por ahí. Los veo en galas de caridad de vez en cuando. Bueno... solía hacerlo... cuando iba a galas de caridad.

—¿Qué es una gala de caridad, exactamente? —preguntó Tyler.

Ambos nos reímos y sacudí la cabeza, tomando una última calada antes de aplastar la colilla de mi cigarrillo en el cenicero secreto de Tyler.

—Un imán de cabrones.

—Bueno, es por una buena causa, ¿cierto?

Bufé, poniendo mi maleta en la cama de abajo y abriendo el cierre.

—La pido —dije, acomodando cosas en mi cama. Cuando Tyler no respondió, me giré para atraparlo viéndome—. ¿Qué?

Se encogió de hombros.

—Es genial... tenerte aquí.

—Gracias por invitarme. Perdón por ser una perra malhumorada —tragué saliva y mi garganta se secó y apretó, Jim parecía ser un tipo de cervezas y esperaba que tuviera un six-pack o dos en el refrigerador escaleras abajo. Era todo lo que podía hacer para no correr escaleras abajo y abrir la puerta para averiguarlo.

Pasé mis dedos por los dorsos de algunos libros que estaban junto a sus trofeos.

—¿*Jim y el durazno gigante*? —pregunté.

—Oye, es un libro malditamente bueno.

—Voy a asumir que te encantan los duraznos.

—Cállate³⁷ —dijo Tyler, sacando el cenicero por la ventana y poniéndolo de cabeza para vaciarlo. Bajó el marco de la ventana, cerrándola.

—Así que... ¿Qué con Abby la policía?

Me senté en la cama y Tyler se sentó junto a mí, tomando mi mano y deslizando sus dedos entre los míos.

—Nunca traemos a nadie así que ella es hipersensible al respecto. Es nuestra hermana... sobreprotectora.

—Está bien. Me agrada.

Se le quedó viendo a la alfombra y rio.

—A mí también. De verdad salvó a la familia... salvó a Travis... de varias formas.

—De verdad se aman. Medio dan asco.

Se rio.

—Sí. Solían pelear todo el tiempo. Se rompieron los corazones. Cuando terminaron temí que Travis se volviera loco. Ahora míralos. Son endemoniadamente felices.

—Hacen que se vea fácil—como si cualquiera pudiera hacerlo.

—Es fácil, Ellie.

—No soy Abby.

—Ella también ha pasado por mucho. Si escucharas su historia tal vez pensarías las cosas distintas.

—Lo dudo. Pensé que no hablaríamos sobre esto.

—¿Sobre qué?

Lo miré y me sonrió, su hoyuelo apareció haciendo imposible que me enojara.

—Quiero dar asco contigo —dijo.

—Bueno... si lo pones de esa forma...

³⁷ Cuando Ellie y Tyler están en la estación de bomberos, ella lo llama "peach". Traduje *Peach* como *Amor* en lugar de *durazno* ya que no es una expresión en español. En esta escena, ella dice: "Llamarte un durazno ahora parece adecuado" refiriéndose a lo mismo y bromeando. Son gajes de traducción. [N. del T.]

Se inclinó, rozando mis labios con los suyos. Mi cuerpo reaccionó al instante, pidiéndolo solamente a él. Lo toqué bajo la camisa, pasando mis dedos por su espalda.

—No —susurró—. No me refiero a eso —se alejó, quitando mis manos de debajo de su camisa. Suspiró—. Mañana hace un año vi a mi hermano menor sufriendo más de lo que jamás lo había visto.

—Parece que al final todo funcionó.

—Eso es lo que me digo a mí mismo. Lo miró y recuerdo lo que le costó llegar ahí, lo confundida y terca que era Abby y cómo Trav nunca se rindió.

—Tyler...

—No lo digas. Tenemos todo un fin de semana restante.

Besó la esquina de mi boca y luego se levantó, jalándome con él. Bajamos las escaleras, mano a mano. Abby nos miró hasta que Tyler me dejó para unírseles a sus hermanos en la otra habitación.

—¿Aún solo amigos? —preguntó Abby.

—Tú vas directo al punto, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—No tiene sentido andarse con rodeos. Estos chicos han pasado por mucho. Por alguna razón también son glotones por castigos.

—Supongo que sabes más sobre esto —dije, sentándome en el mostrador y tomando una manzana del canasto de frutas. La froté en mis vaqueros y di una mordida—. ¿Quién te interrogó por Travis?

Abby arqueó una ceja.

—Touché.

—Tranquilas, niñas. Todas estamos del mismo lado —dijo Camille mientras yo masticaba. Abby sonrió traviesa.

—¿Lo estamos?

—Tyler es un amigo —dije.

Camille y Abby intercambiaron miradas conecedoras, luego Abby se apoyó en el mostrador junto a mí.

—Eso es lo que todas decimos. Así que... ¿vas a traer esa cámara a mi boda?

Miré a las dos que me veían expectantes. Finalmente cabeceé dos veces, lenta y empática.

—Sería un honor.

—América se va a cagar —advirtió Camille.

—¿Quién es América? —pregunté.

Abby se veía divertida.

—Mi mejor amiga. Está planeando toda la cosa. No le gusta cuando yo interfiero.

—¿Con tu boda? —pregunté.

—Travis y yo nos escapamos así que como que le debo una. No quiero planearla, de todas formas, pero si tenemos una fotografía en la familia...

—Solo son amigos —bromeó Camille.

—Oh, cierto —dijo Abby con un guiño—. Lo olvidaba.

—¡Nena! —llamó Travis.

Abby se disculpó y fue al siguiente cuarto donde los chicos Maddox estaban sentados alrededor de la mesa con cartas en sus manos. Abby se inclinó en el hombro de su esposo para ver su mano antes de susurrarle algo al oído.

—¡Putos cabrones tramposos! —gritó Trent.

—¡Maldición! —bramó Jim— Cuida tu lenguaje.

—¡Están haciendo trampa! —dijo Trent, señalando a Travis y Abby con cuatro dedos.

—Renunciamos a jugar con tu esposa, Trav —dijo Tyler—. Si no dejas de hacer eso tampoco te vamos a dejar jugar.

—Jódanse todos. Solo están celosos —dijo Travis, besando la mejilla de Abby.

Tyler me miró por medio segundo antes de volver la atención a sus cartas.

Mi estómago se hundió. Travis y Abby asquerosamente felices y desvergonzados por sus MPA³⁸, eran hacia donde Tyler pensaba que nos dirigíamos. Por eso se negaba a creerme o escucharme. Él sabía que Travis y Abby habían sobrevivido a lo que fuera que hubieran atravesado y pensaba que podíamos hacer lo mismo.

Salté del mostrador y agarré la manija del refrigerador, viendo botellas de Sam Adams³⁹ alineadas en el estante de la puerta. Agarré una y le quité la tapa, bebiendo un sorbo. Mi cuerpo instantáneamente se relajó y la culpa se fue.

—¿Vendrás de nuevo en Navidad? —preguntó Camille.

Sacudí la cabeza empezando a dar voz a mis dudas, pero Tyler interrumpió.

—Sí. Pero vamos a regresar a Colorado para mi cumpleaños. Taylor decidió que quiere una fiesta.

—¿Estoy invitada? —bromeé.

La boca de Abby se jaló hacia un lado.

—Odio que ustedes vivan tan lejos. Podrían vender seguros aquí, ¿sabes?

Tyler se movió y pude ver el reconocimiento en los ojos de Abby. Era un detector de mentiras humano. Sabía que no estaban siendo honestos.

—Sí, pero lo que hacemos es buen dinero, Abby. Y nos gusta Colorado.

—A ustedes niños les va bien. Sigán haciendo lo que hacen si es lo que les gusta —dijo Jim. Él y Abby intercambiaron una mirada.

Santa mierda. Jim también sabía.

—¿Alguien conoce al caballero latino que ha estado estacionado en frente en un Lexus rentado por la última media hora? —preguntó Jim.

Abby corrió a la ventana para ver y las expresiones de los muchachos se volvieron severas. Las sillas rallaron contra el piso de madera descolorida del comedor mientras se levantaban para caminar a través de la pequeña casa, entre el sofá y la televisión, para mirar por la ventana. Observaron al conductor por un momento, ninguno lo reconoció, pero todos asumieron que su papá estaba en lo correcto al asumir que estaba vigilando la casa.

Me pregunté si ería Trex y Tyler fingía ignorancia, pero él no era tan buen mentiroso y Abby lo habría reconocido.

Caminé atrás de Tyler, asomándome sobre su hombro y encogiéndome al instante.

—Putra madre.

—¿Qué? —dijo Tyler, girándose para verme— ¿Sabes quién es?

³⁸ Muestras Públicas de Afecto. En inglés: PDA, por *Public Displays of Affection*. Directamente traducido.

³⁹ La cerveza Samuel Adams es la insignia de la Boston Beer Company. [N. del T.]

La familia Maddox se giró para verme, reulé, enferma de vergüenza.

—Es Marco.

—¿Quién es Marco? —preguntó Abby.

Miré a Tyler bajo mis pestañas, me sentía humillada por solo decir las palabras.

—El niño de mi hermana. Debe haberlo enviado para que me echara un ojo.

Tyler señaló a la ventana.

—Lo he visto antes.

—Sí, nos recogió a Finley y a mí del bar, una vez.

—No. Lo he visto afuera de la revista... frente a mi apartamento. Te ha estado vigilando por un largo rato.

Mi expresión cambió de confusión a incredulidad y luego a ira en pocos segundos, empujé mi camino hacia la puerta, dando pisotones hacia el Lexus. Pude ver el pánico en los ojos de Marco mientras cruzaba la calle y jalaba su puerta.

—¿Qué, en el nombre del carajo, estás haciendo aquí?

Marco lanzó la revista en su mano.

—¡Ellie! ¡Qué sorpresa!

Sacudí mi cabeza, sacando el teléfono de mi bolsillo trasero y llevándolo a mi oreja, más furiosa con cada ring.

—No puedo creer que no vengas para Acción de Gracias —dijo Finley—. ¡No puedo creer que estés alejándote de esta familia! ¡Solo quieren ayudarte!

—Envía a Marco a casa. Ahora, o llamaré a la policía.

—¿De qué hablas?

—Estoy parada justo al lado suyo... ¡en Eakins, Illinois! ¡¿Qué está mal contigo?! —grité.

Escuché pasos rápidos acercándose, me giré para ver a Abby trotando a través de la calle antes de que me pusiera el abrigo de Tyler por los hombros. Se había cruzado de brazos, mirando a Marco con severidad. Podía ver su vaho como un toro listo para embestir. Por primera vez desde que había dejado las barracas me sentí como si tuviera un ejército detrás de mí.

—Ellison —dijo Finley—, no nos llamas. La mitad de las veces nos estamos preguntando si alguien ha sabido algo de ti o si por lo menos estás viva. Si no contestas o regresas mis llamadas, ¡me obligas a esto! ¡No me voy a disculpar por quererte!

Suspiré, alzando mi manto hacia mi cara.

—Tienes razón. No he llamado. Pero eso no te permite enviar a tu matón para acosarme. ¿Tienes idea de lo humillante que es esto? ¡Toda la familia de Tyler lo está viendo!

Abby tocó mi hombro.

—Esto no es lo peor que han visto. No te sientas mal.

Finley esnifó.

—Demonios, Fin, no llores.

—Te extraño. Eres mi mejor amiga. Siento que ya ni siquiera te conozco.

—¿Está llorando? —preguntó Marco con horror en sus ojos.

—Dile a Marco que vaya a casa. Me reportaré por lo menos una vez a la semana, lo prometo. Solo... no estoy al cien por ciento. Tuve una recaída.

—Ellie... podemos ayudarte con eso. Queremos ayudar. Hay lugares fantásticos a los que puedes ir. Solo di la palabra...

—Tal vez pueden... pero ¿por qué si no tienen que hacerlo? —pensé en su sugerencia, queriéndolo tanto como las personas que me amaban. Miré de vuelta a la casa Maddox— Lo pensaré.

—Feliz Acción de gracias, hermanita. Te extrañamos. Todos desearíamos que estuvieras aquí... hasta Mamá.

Ahugué una risa.

—Manda a tu esclavo a casa.

Marco alzó sus manos.

—Me paga muy bien, Señorita Edson, y me encanta mi trabajo.

Rodé los ojos.

—Mándalo a casa. Estoy segura de que te extraña.

—Muy bien —dijo ella—. Te quiero.

Colgué el teléfono y cerré la puerta de Marco, me aseguré de que su teléfono sonara antes de guardar el mío en mi bolsillo trasero. Abby enganchó su brazo al mío mientras cruzábamos la calle.

—Edson, ¿huh? ¿Como en Edson Tech?

—Sí —dije, encogiéndome y cubriéndome del sol de la tarde.

—¿Recaída?

Suspiré. No tenía caso seguir negándolo.

—Soy una ebria, Abby. Mis padres invocaron el último recurso de amor pesado. Estaba fuera de control.

Mi mamá también es una ebria. Recuerdo cuando intentaba no serlo.

—¿No pudo quitárselo?

—No sola, y es muy orgullosa para pedir ayuda.

Bajé la mirada, pateando la acera irregular con mis botas.

—No merezco la ayuda de Fin. No merezco la ayuda de nadie.

—¿Tyler te contó sobre Travis y yo?

—No mucho.

Se arregló el cabello tras la oreja.

—Yo estaba convencida de que él no era el indicado para mí. Mi familia era peor que disfuncional. Mi padre casi hace que me maten. Alejé a Travis pensando que era malo para mí, y luego otra vez, pensando que yo era mala para él. Resulta que cuando finalmente lo dejé acercarse, toda la mierda se fue y fuimos buenos juntos.

—He sabido desde un principio que soy mala para Tyler. Él no quiere escuchar.

—Cuando un chico Maddox se enamora, ama para siempre... —Abby meditó.

—¿Qué?

—Si está enamorado de ti—y el solo hecho de que estés aquí me dice que lo está—no se va a rendir. Puedo ver que te preocupas por él.

Asentí.

—Es un buen amigo.

Entrecerró los ojos. Su radar se activó.

—Claro.

—Sí —dije—. Me preocupó por él. Tal vez incluso... me siento culpable porque no puedo dejarlo acercarse ni alejarse. De cualquier modo se siente mal.

—Sé cómo te sientes —dijo Abby sin dudar—. Pero tu hermana tiene razón. No te amas a ti misma ahora mismo. Por eso no puedes arreglar las cosas con Tyler. Por eso no quieres.

Reí frustrada.

—Necesito un trago.

—Te haré uno. Pero si yo fuera tú, recibiría toda la ayuda que pudiera si significara que la felicidad está del otro lado. Y créeme... estos chicos... ¿Cuándo son felices? Es como vivir en un cuento de hadas. No saben hacer las cosas a medias, y amar a alguien no es la excepción.

Los hermanos salieron al porche con Camille mientras Marco se alejaba de la acera. Tyler bajó los escalones y cruzó el jardín para rodear mis hombros con su brazo.

—¿Estás bien?

Asentí.

—¿Finley? —preguntó.

—Estamos bien. No la he llamado. Se preocuparon por mí.

Besó mi sien.

—Vamos. Te estás congelando.

Tyler me guio adentro con Abby siguiéndonos. Travis la abrazó instantáneamente y frotó sus manos por sus brazos. Luego ahuecó sus manos y sopló en ellas. Se miraron mutuamente a los ojos como si fueran cómplices de un secreto. De pronto, el asco no se vía tan mal.

CAPÍTULO 22

Tyler me ayudó con el abrigo y luego nos acomodamos para ver documentales en Netflix⁴⁰—el pasatiempo favorito de Jim.

Tyler y yo nos sentamos en el sofá junto a Travis y Abby. Trent y Camille hicieron un jergón en el piso y murmuraban mientras él dibujaba en la palma de su mano con un Sharpie⁴¹. Jim se sentaba en su reclinable con los ojos pesándole más a cada minuto.

Me incliné a susurrarle algo a Tyler.

—¿Dónde está Taylor?

—Viene hacia acá. Tenía que encargarse de unas cosas.

Asentí.

—¿Y el mayor? ¿Era Thomas?

—Sí, fue invitado a casa de su jefe este año. No podía negarse.

Cabeceé de nuevo. Tyler relajaba su espalda contra el cojín del sofá desgastado mientras su mano descansaba en mi rodilla. Nadie nos molestó sobre nuestra amistad ambigua como temí que hicieran. Solo nos sentamos alrededor y pasamos tiempo juntos en lo que parecía un momento pacífico Maddox poco característico.

Justo cuando los créditos del segundo documental aparecieron, la puerta frontal se abrió y Taylor soltó su bolsa de lona en el piso.

—¡Despierten, capullos! ¡Estoy en casa!

Trent y Travis saltaron inmediatamente para taclear a su hermano, los tres cayeron en el porche frontal con un estrépito. Después de unos pocos segundos de riña, Tyler suspiró.

—Vuelvo enseguida.

Corrió para ayudar a su gemelo y me contraje un par de veces al ver cómo el pleito escalaba de nivel.

Con un poco de esfuerzo, Jim se levantó de su silla, caminando hacia la puerta.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Es suficiente! —uso su pie para apuntalar a la pila de chicos Maddox retorciéndose, entonces Travis finalmente salió del montón perruno para empezar a separar a los otros.

Abby sacudió su cabeza, inalterable. Camille miraba desde el piso sin la más mínima preocupación.

Los muchachos entraron, respirando con dificultad y riendo por lo bajo, manchas rojas en sus caras y brazos. Trent uso el dorso de su mano para frotar su labio inferior sangrante y Travis lo señaló y rio.

—No agarres mis nueces la próxima vez, lame pollas —dijo Tyler.

Camille fue al refrigerador y regresó con una risilla mientras ponía una bolsa de hielo, cubierta en un trapo de cocina, sobre el labio de Trent.

—Santo Dios —dijo Jim regresando a su silla.

Travis no parecía tener ni un rasguño, pero Tyler cojeó de vuelta al sofá.

—Whoa —susurré.

Abby palmeó mi rodilla.

⁴⁰ Netflix es una compañía estadounidense, pero disponible internacionalmente, que proporciona servicios de reproducción (principalmente de películas y series de televisión) por internet.

⁴¹ Sharpie es una famosa marca de plumones de gran calidad. [N. del T.]

—Mejor acostúmbrate. Es algo que ocurre con regularidad.

—¿Estás bien? —pregunté.

Tyler tiró la entrepierna de mis vaqueros.

—Ese fuck knuckle trató de arrancarme las bolas.

Trent retractó su cabeza.

—Buena. Me gusta esa.

—Es australiana —dijo Tyler.

—Genial —dijo Trent, asintiendo.

—Significa Trenton —añadió Tyler.

Trenton frunció el ceño mientras los demás reían—hasta Camille y Jim. Se estiró por la bolsa de Taylor y se la arrojó. Taylor trotó para besar la cabeza de su padre antes de subir las escaleras.

—Ustedes niños me van a dar un infarto —dijo Jim.

—No, tú comiendo medio kilo de tocino cada mañana te va a dar un infarto —dijo Trent.

—Es un Maddox —dijo Travis—. Es invencible.

Alguien golpeó la puerta y luego la abrió, mostrando una pareja joven y una mayor. El caballero mayor se parecía a Jim.

Todos menos Tyler y Jim se levantaron de nuevo, incluyendo a Abby. Lanzó sus brazos alrededor de la pasmosa rubia de piernas largas, y hablaron sin detenerse por dos minutos enteros.

Tyler señaló.

—Ella es América. Es la mejor amiga de Abby y la novia de Shepley. Shepley es nuestro primo. Su papá, Jack, es hermano de mi papá; y su mamá, Deana, es la hermana de la nuestra.

Lo miré.

—No entiendo.

Sonrió, habiendo esperado mi reacción.

—Shepley es nuestro doble primo. Ambos de nuestros padres son hermanos. Papá y Jack, Mamá y Deana.

—Entonces... ¿Jack y Jim... Deana y...?

—Diane —dijo Tyler con reverencia.

Miré a Deana, preguntándome qué tanto se parecería a Diane, y preguntándome si era duro para Jim y los chicos. Él parecía estar feliz de que estuvieran ahí.

—¿Qué hay con los nombres? —pregunté.

—No sé —dijo Tyler—. Supongo que es una cosa del medio occidente. Mis padres se nombraron con la primera inicial, así que Mamá lo hizo con nosotros también.

Taylor marchó escaleras abajo y se dejó caer entre Tyler y yo. Tyler codeó a su hermano—duro—y Taylor ganó.

—Puto Cristo —gritó Taylor.

—¡Maldición! ¡Lenguaje! —dijo Jim.

Jack le ayudó a Deana con su abrigo y ella besó su mejilla antes de que él se alejara para colgarlo en el armario. Trenton trajo unas sillas del comedor con la ayuda de Shepley.

Al segundo en que Shepley se sentó, sus primos comenzaron a atormentarlo.

—¿No hay anillo en el dedo de Mare todavía, Shep? ¿Ya no la amas? —preguntó Taylor.

—Cállate, capullo. ¿Dónde está tu cita? —bramó de vuelta.

—Justo aquí —dijo, envolviéndome en su brazo. Besó mi mejilla, incitando a Tyler para que lo tirara al piso.

Jim sacudió su cabeza.

—América solo puede planear una boda a la vez —bromeó Deana, guiñando un ojo a Abby.

Taylor frotó su codo.

—¿Conociste a Ellie? Su papá es Philip Edson. Edson Tech.

—Whoa —dijo América—. Entonces eres como... ¿billonaria? —tomó a Shepley del brazo— ¡Es una heredera! Creo que te he visto en la revista *People*⁴².

—Esa sería mi hermana, Finley. Mi papá es el billonario. Yo estoy en quiebra, te lo aseguro —dije.

—Oh —dijo América, avergonzada.

—Ellie es la fotógrafa para *La OrejaMontañesa* —dijo Tyler.

Taylor se metió.

—Toma fotos de acción. Sus cosas fueron publicadas en cinco números de la revista en el verano.

—Impresionante —dijo Deana con una dulce sonrisa—. Suena a que te las puedes arreglar sola. Tendré que buscar esa revista para ver tu trabajo.

De pronto, Taylor y Tyler se vieron nerviosos.

—No está en línea. Veré si puedo enviarte algunas copias —dije.

Deana asintió, apaciguada por el momento. Claro que no le mandaría nada, no con las sucias caras de Taylor y Tyler por todo el artículo, cavando y apagando fuegos con antorchas de goteo.

Los gemelos se relajaron, escuchando mientras la familia se ponía al día. Los padres de Shepley iban a celebrar este año con la familia de Deana, e iban a extrañar las tartas de Abby. A la mitad de su visita, Thomas llamó y el teléfono fue pasado de mano a mano mientras los insultos se usaban como saludos en lugar de términos de cariño.

Jim y Jack bostezaron al mismo tiempo y Deana se levantó.

—Muy bien, tenemos que madrugar y viajar mucho. Vamos a casa, mi amor.

Jack se puso de pie.

—¿Cómo discutir con eso? —besó a su esposa, y Shepley y América se levantaron también. Me abrazaron y a todos los demás, despidiéndose mientras, uno por uno, salían hacia el porche y dirigiéndose al auto de Jack.

Travis y Abby se pararon junto a la ventana, abrazados mientras se despedían.

Jim se levantó.

—Está bien. Los veré en la mañana, niños.

Los muchachos se levantaron y abrazaron a su padre. Trenton estaba en la cocina y regresó con un vaso de agua fría antes de que Jim llegara al pasillo,

—Gracias, hijo —dijo, bebiendo un poco camino a su cuarto.

—Lameculos —siseó Taylor.

—Solo sé lo que le gusta desde que... ya sabes... estoy aquí para cuidarlo.

Todos gruñeron.

⁴² *People* es una revista estadounidense de carácter semanal, que trata acerca de las celebridades e historias de interés general. [N. del T.]

—Demasiado real —dijo Trent—. Dejemos esa mierda para otra festividad.

Trenton alzó su dedo medio, juntando sus cosas y las de Camille.

—Los veo mañana, tarados.

—Buenas noches, Trent —dijo Abby.

Tyler se levantó y me ofreció su mano.

—Creo que iré arriba. ¿Vienes?

Asentí, parándome y estirándome. Miré al refrigerador y Abby cabeceó lo suficiente para que lo notara.

—Podría tener una cerveza —dijo—. ¿Quieres una?

—Claro, podría beber una antes de subir —dije.

Abby caminó a través del cuarto y abrió la puerta del refrigerador, sacando dos botellas y quitándoles las tapas con su mano y el mostrador. Tomé una mientras pasaba y ella guiñó un ojo. Tyler guiñó de vuelta.

Ninguno de ellos trataba de limitarme tanto como querían ayudarme a soportar la visita sin hacer estallar mi adicción. Algo que solo los hijos de los alcohólicos entendían.

Tyler me guio escaleras arriba de la mano y luego por el pasillo hacia su cuarto.

—¿Dónde dormiré Taylor? —pregunté.

—El sillón —respondió.

Jugué con la botella en mi mano.

—A Abby no se le escapa nada, ¿cierto?

—Noup. Definitivamente es la matriarca de la familia, y una vez que entras, te cuida la espalda.

—También guarda tu secreto —dije.

Tyler se quitó la camiseta. Mis ojos escanearon la ascensión y caída de cada músculo en su torso. Ya estaba volviendo a ganar el peso que había perdido caminando incontables kilómetros en las montañas durante el verano, luciendo como su viejo ser y viéndose bien.

—¿A qué te refieres? —preguntó, arrojándome su camisa.

—Sabe que no trabajas en seguros. Básicamente te delataste cuando le dijiste sobre mi artículo.

—Nah —dijo, desabrochando sus vaqueros.

Bajé mi cerveza y me desvestí, poniéndome su camisa rápidamente. Para cuando Tyler se había desnudado a sus calzoncillos bóxer, ya me miraba con media sonrisa.

—Esperaba que hicieras eso.

—Bueno, sabía que no me la dabas para lavar.

Río una vez, pero su sonrisa desapareció con velocidad.

—¿De qué hablaron tú y Abby afuera?

Me encogí de hombros, moviendo el dobladillo de abajo en la camisa de Tyler.

—Ella sabe —levanté la cerveza y bebí un gran trago—. Por eso se aseguró de que tuviera esto. Dijo que debería aceptar la oferta de Finley.

—¿Y esa es? —preguntó.

—Ayuda. Como en... —me desvié, sintiendo como mis mejillas se ruborizaban en carmesí— Soy una alcohólica funcional y mi familia quiere enviarme a un centro de rehabilitación.

—¿Y qué opinas sobre eso? —preguntó sin juzgarme en absoluto.

—Creo que quiero ser feliz. Hay muchas cosas que quiero hacer pero temo decir en voz alta por si meto la pata.

Sus cejas se juntaron, esperanza y desesperación pesando en su expresión.

—Dilo de todas formas.

Tragué saliva, nerviosa.

—Quiero dar asco contigo.

Se rio una vez, dando un paso y gentilmente apretándome contra su pecho. NO habló en un largo tiempo, solo me sostuvo entre brazos acariciando mi cabello con su mejilla.

—¿Puedes decirlo? ¿Solo una vez?

Lo miré, pensando en cómo se sentirían las palabras en mis labios y lo que me haría si las dijera. No era lo suficientemente fuerte para dos grandes confesiones en un día. Me alcé de puntillas para darle un beso en los labios.

Tyler se detuvo, dejándome besarlo pero nada más. Tomé sus manos y las guie bajo mi camisa hasta que sus palmas ahuecaron mis pechos. Su pulgar rozó mi pezón y cerré los ojos dejando salir un suave suspiro.

—Sé lo que estás haciendo —susurró.

—¿Y? —dije, besando su cuello.

Se inclinó, pasando su lengua desde la suave piel bajo mi oreja hasta el cuello de mi camisa, luego plantando besitos todo el camino hacia arriba. Sus manos se deslizaron a mi espalda y me jaló más cerca, levantando la camisa para que nuestros estómagos se tocaran.

Las yemas de sus dedos recorrieron mi espalda y luego bajaron a mi trasero, jalándome hacia él con un apretón gentil.

—Dilo, Ellie. Sé que lo haces.

Me arrodillé frente a él y exhalé confundida, posando sus manos en su cintura. Se endureció al instante, estirando los confines de su ropa interior. Tomé el resorte y lo bajé, mojó mi palma con la lengua y entonces lo agarré. Gruñó mientras comenzaba desde el principio y entonces lamía mi camino hacia la base de su asta.

Involuntariamente arqueó la espalda e inclinó su pelvis hacia adelante. Mi lengua se deslizó, suave pero firme hacia su punta, y luego lo tomé en mi boca, tarareando cuando sentí el final rozando mi garganta.

Ahuequé la base con mi mano derecha y, mientras me inclinaba hacia atrás, me seguí con los dedos.

—Joder —dijo Tyler, arrastrando la palabra.

Sonreí, agachándome de nuevo y engulléndolo todo en mi boca, atragantándome un poco cuando su mano ahuecó la parte de atrás de mi cabeza para adentrarse más. Ligeramente acaricié su piel con mis dientes mientras subía, él hacía sonidos guturales involuntarios.

Antes de que realmente pudiera empezar, se alejó, sentándose en la cama. Sacudió la cabeza.

—Realmente sabes cómo cambiar el tema. Pero no te dejaré hacerlo esta vez.

Di unos pasos para pararme frente a él, metiendo mi pulgar bajo el cinto de mi ropa interior, bajándola y sonriendo cuando gentilmente aterrizaron en el piso.

Tyler no se movió así que me estiré por su mano, deslizando sus dedos entre mi piel. Mientras movía sus dedos en círculos, hice mi cabeza hacia atrás y gemí. Sus yemas de los

dedos se deslizaban más fácilmente mientras más húmeda me ponía, y noté que su propósito se debilitaba.

Inserté dos de sus dedos y dos de los míos, gimiendo fuertemente. Agarró mi trasero y, en un movimiento, nos giró y cayó sobre mí en su cama de la infancia.

—Dilo —dijo, su punta rozaba mi suave piel.

Desvié la mirada de sus intensos ojos y cerré los míos, mi cuerpo rogaba por tenerlo adentro.

—Fóllame —dije, regresando mis ojos a los suyos. Lo rodeé con los brazos para jalarlo hacia mí, pero se resistió.

—¿Te importo en absoluto? —preguntó— ¿Me odias? ¿Son sentimientos tibios o realmente solo somos amigos? Lo que sea, Ellie, putas dilo.

—¿Por qué no podemos solo hacer esto? —dije, alzando mis labios.

Reaccionó, alejándose. Rozó mi mandíbula con sus labios.

—Te haré venirte toda la noche —susurró a mi oído—. Solo necesito un poco de honestidad.

—Te amo —exhalé. Antes de que pudiera terminar mi oración, se deslizó dentro de mí y gemimos al mismo tiempo. Mordí su hombro, tratando de ahogar mi grito mientras se mecía en mi interior.

Su ritmo se ralentizó cuando se inclinó para besarme.

—Dilo otra vez.

—Te amo —dije sin dudar.

Tyler levantó mi rodilla hasta que chocaba contra su pecho, hundiéndose más profundo dentro de mí. Se lamió dos dedos y luego se estiró a entre mis piernas, circulando mi suave piel mientras sus embestidas aceleraban. Algo comenzó a aparecer dentro de mí, conocido pero diferente. Mientras mis interiores daban espasmos inexorablemente, Tyler tapó mi boca con su mano para ahogar mis gritos mientras gruñía en la curva de mi cuello.

Se estremeció, su respiración tan elaborada como la mía. Mi cuello estaba arqueado hacia atrás mientras mi pecho se levantaba, tratando de inhalar tanto aire como pudiera. Tyler cambié su peso, incendiando mis sensibles interiores, haciéndome chillar.

Besó la esquina de mi boca, colapsándose junto a mí.

—Prometiste toda la noche —exhalé.

—Lo tendrás. Tendrás todas las noches.

Enterró su cara en mi cabello y observé la parte baja de madera de la cama superior, esperando que Abby tuviera razón. No quería estar demasiado loca por amor.

CAPÍTULO 23

—Siento que vivimos aquí —dije, colgué mis piernas del regazo de Tyler y me sacudí contra el incómodo brazo del asiento que se clavaba en mi espalda.

Nos sentamos en la terminal con maletines llenos además de nuestras maletas, regalos navideños por parte de Travis y Abby. Era una regalo brillante, porque ni Tyler ni yo habíamos pensando en necesitar espacio extra para los regalos que inevitablemente recibiríamos de sus hermanos.

—¿Llamaste a Fin? —preguntó Tyler. Dijo las palabras como segunda naturaleza, recordándomelo al menos una vez a la semana desde Acción de Gracias.

—Antes de que dejáramos la casa.

—¿Aún está enojada de que no fuiste al este en Navidad?

—Fui al este en Navidad.

—Ellie. ¿Cuándo irás a verlos?

—No empieces —dije.

—No puedes evitarlos para siempre.

—Simplemente no estoy lista. Lo haré cuando lo esté.

—Es la décima vez que oigo eso en tres semanas —gruñó.

—¿En serio? Ya te lo he dicho. Me gusta mi departamento y Wick no te dejará mudarte.

Asintió, colocándose un audífono en la oreja opuesta a mí. Sonreí, sabiendo que dejaba la otra libre en caso de que yo tuviera algo que decir. Pulsó en su teléfono para seleccionar una canción y luego se recostó, sosteniendo mis piernas en su regazo con su mano libre.

La encargada en el escritorio preguntó por cualquiera que necesitara tiempo extra para abordar y luego a la primera clase. Lo cual era extrañamente divertido para mí, recordé los días cuando estaría ya en la línea con mi familia, esperando a ocupar los primeros asientos— y eso era antes de nuestro jet privado.

Cuando llamó nuestro grupo, Tyler se levantó, agarró mi mochila y la suya, y también su equipaje rodante. Yo levanté la manija de mi propio maletín y lo jalé detrás de mí, riéndome por lo cargado que se veía Tyler.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté.

—Lo tengo.

—¿Seguro?

—Sí, nena. Estoy bien.

Me detuve a medio paso, observándolo dar unos pasos más antes de que se diera cuenta de lo que había dicho y se girara.

—¿Qué?

—Es solo que... no habías dicho eso desde la cena con Sterling.

—¿Cuándo besé tu mejilla? —se rio, perdido en el recuerdo.

—Sí, cuando le dije a la mesera que tenías clamidia.

Frunció el ceño.

—Aún lo cree.

—Bien —dije, hombreándolo mientras pasaba.

Registramos nuestro equipaje en la puerta y seguimos la línea por el puente hacia el avión. Fuimos arreados cual ganado hasta el 20C y el 20D, y Tyler se esforzó por encontrar

espacios vacíos para nuestro equipaje. Recurrió a poner el mío en un compartimiento una fila atrás y colocar el suyo bajo su asiento.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Estoy cansado. Me mantuviste despierto toda la noche.

Presioné mi nariz contra su mejilla, soltando una risilla.

—Bueno, no te estabas quejando.

Alzó una ceja.

—¿Por qué haría algo estúpido como eso?

—No es por volar. Has estado al borde toda la mañana.

Pensó en lo que quería decir y luego suspiró.

—Solo algo en mi mente.

—¿Sobre mí? —pregunté, incorporándome.

—Más o menos. Bueno, sí, pero algo de lo que quiero hablar después.

—Bueno, ahora debes decirme —dije.

Los pasajeros aún estaban llegando, luchando por hallar un lugar para poner su equipaje. Un hombre un par de asientos atrás estaba maldiciendo por lo bajo y luego le ladraba a la aeromoza.

Tyler miró atrás, evaluando la situación.

—Es solo que apesta pasar un fin de semana largo contigo y luego tener que volver solo a mi apartamento.

—Tienes un compañero de cuarto.

Frunció el ceño.

—Nunca está en casa. Siempre está donde Falyn. Además, no es el compañero que me gustaría tener en casa.

Parpadeé, dándome cuenta de hacia dónde se dirigía la conversación.

—¿Sí va a venir a la fiesta?

—Se supone —musitó, acostumbrado a mi desviación.

—¿Qué? —dije, empujándolo— ¿No te agrada?

—Pelean mucho.

—Hmm, conozco una pareja así.

—No peleamos. Ya no —dijo—. No desde hace unos días, al menos.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiero que te mudes conmigo —dijo bruscamente.

—¿A qué se debe esto? Llevamos un mes. Pequeños pasos, Maddox.

Miró alrededor, tratando de mantener su voz baja.

—Tal vez solo necesito un poco más de compromiso.

Ya no estaba divertida.

—¿Qué carajos, Tyler? Te estás convirtiendo en una novia obsesiva. Contrólate.

—¿Qué? No es como si acabáramos de conocernos. Cada vez que voy a casa lo único que veo es a ti. La cabecera que hiciste, las decoraciones... todo es tuyo.

—¿Y?

Separó las piernas, hundiéndose en su asiento. Parecía un niño haciendo berrinche.

—Estás siendo tan raro ahora, realmente no sé cómo responder.

Los músculos de su mandíbula bailaron bajo su piel.

—No espero con ansias esta fiesta.

—¿Está bien...?

—Me preocupa que las cosas se pongan incómodas. Estamos en un lugar frágil, de todas formas.

—¿Un lugar *frágil*? ¿Quién eres? ¿Por qué las cosas se pondrían incómodas?

La aeromoza comenzó a dar sus anuncios, revisando la información de seguridad y pidiendo a los pasajeros que colocaran sus aparatos en modo avión. La mente de Tyler estaba girando, pero no tenía nada que ver con el vuelo.

—¿La chica que besé en Colorado Springs?

—¿Ajá? —pregunté, preparándome para lo que podría decir.

—Era Falyn —dijo finalmente—. Besé a Falyn —se giró para verme, desesperado—. Fue como lo que pasó contigo y Taylor. Ella pensó que yo era él, y pensé que estaba coqueteando conmigo.

—¿Besaste a Falyn y entonces me pides que me mude contigo?

—Sí.

Sacudí la cabeza.

—¿Besaste a la novia de Taylor?

—No era su novia entonces.

—Estoy tan confundida. ¿Eso qué tiene que ver conmigo mudándome?

—No lo sé, Ellie. Me estoy alterando hasta la puta. Nunca he —tomó mi mano y la besó—. Estoy enamorado de ti. No lo has dicho desde Acción de Gracias. Te niegas cada vez que menciono la mudanza. Está bien, sí, tal vez estoy desesperado, pero no sé qué lo que haría si me mandarás a freír espárragos.

—Ya veo.

Tyler esperó a que dijera más.

—¿Estás pidiéndome que me mude contigo porque cuando me enterara de lo de Falyn en la fiesta habría sido más fácil el evitar que te dejara? —bramé— ¿Estás putas bromeando?

Se estremeció.

—Eso es tan... tan... romántico —gruñí.

Sus hombros se cayeron.

—¿Me odias?

—Sí, pero no porque besaras a Falyn.

Bajó la mirada, un poco perdido.

—El último mes ha sido increíble, Ellie. Exactamente lo que pensé que sería. He estado tan nervioso como el año nuevo desde que me enteré de que ella vendría.

—Entonces tal vez debiste haberme dicho la verdad desde un principio. Si recuerdas, tampoco me importaba entonces.

—Sí, te importaba.

—Está bien, sí, pero no era algo para romper.

—Tienes razón —dijo, enojado consigo mismo—. Tienes razón. No volverá a pasar.

—¿Besar a Falyn, mentir o pedirme que me mude contigo?

Me miró, sus cejas se juntaron para formar una profunda línea entre ellas.

—Wow —dije—. Creo que es la primera vez que en verdad has estado enojado conmigo.

—No se siente bien—dijo, aún frunciendo el ceño.

El avión rodó de la pista y en cinco minutos los motores nos elevaron, compitiendo contra el asfalto y luego hacia el aire.

Tyler deslizó su mano sobre la mía, descansando contra el reposacabezas.

—No me di cuenta de lo aterrador que esto sería —susurró.

—Te lo dije —señalé.

Sus ojos se ensancharon y se giró para verme. Incluso con círculos bajó sus ojos y el desorden de ayer en su cara, era ridículamente hermoso.

—Y yo dije que valdria la pena —apretó mi mano—. Y lo vale.

Sonreí.

—Solo porque no lo diga no quiere decir que no lo haga.

—¿Que me amas? ¿Por qué te es tan difícil?

Me encogí de hombros.

—Tu familia lo dice mucho. La mía no. Solo no se siente natural decirlo. Pero lo hago. Te amo —tuve que forzar las palabras, pero no el sentimiento detrás de ellas.

Besó mi frente y me acurruqué contra su brazo, abrazándolo a mí. Descansó su mejilla en mi cabeza, su respiración se igualó y durmió hasta que la aeromoza comenzó su anuncio final.

—Damas y caballeros, mientras comenzamos nuestro descenso, por favor asegúrense de que los respaldos de sus asientos y las mesas estén en posición completamente vertical. Asegúrense de que su cinturón esté abrochado y que su equipaje se encuentre bajo su asiento o en los compartimientos. Gracias.

Tyler se removió, frotando sus ojos.

—Wow ¿Cuánto tiempo estuve fuera?

—Bueno, estamos aterrizando así que poco más de dos horas.

—Santo joder. Debí estar más cansado de lo que pensé.

Estiré mi cuello y me incliné para besar su mejilla, luego me recosté mientras comenzábamos el descenso. El aeropuerto Denver estaba tan ocupado y caótico como siempre, pero navegamos nuestro nuevo equipaje rodante a través de la terminal, hacia el tranvía y finalmente al nivel cinco hacia la salida.

Tyler desaceleró justo cuando pasábamos por la cinta de equipaje, reconociendo a la pareja que nos saludaba antes que yo.

—¿Esa no es...?

—Oh, carajo —dije mientras mi estómago se hundía.

Finley se quitó sus lentes de sol más nuevos y caminó rápidamente hacia mí en tacones Louboutin⁴³ de quince centímetros con los brazos abiertos.

Me envolvió en sus brazos y miré a Tyler, en pánico.

—Finley —dije, abriendo mis brazos para ella—. Qué bueno verte.

—A ti también —dijo, soltándose por fin. Se secó la mejilla—. No te lo advertí, pero sabía que me pidieras que no viniera. Han sido diez meses, Ellie. No podía darte ni un día más de espacio. Eres mi hermana.

—Te he estado llamando como pediste.

⁴³ Christian Louboutin es un diseñador de zapatos de lujo. Sus brillantes suelas rojas se han vuelto su característica distintiva [N. del T.]

—Lo sé —dijo, mirando a Marco—. Pero no es suficiente. Eres mi mejor amiga —sus ojos bailaron entre Tyler y yo—. ¿Qué? ¿Qué no me están diciendo?

Tyler me miró y menté buscó apresuradamente una mentira creíble.

—Nos eh... mudaremos juntos —dije.

Finley y Tyler me lanzaron la misma mirada.

—Vamos a tratar de mover mis cosas antes de Año Nuevo. Es en verdad un muy mal momento para tu primera visita.

—Oh —dijo Finley. Se veía un poco perdida pero luego una amplia sonrisa se extendió por su cara—. Bueno, ¡felicidades, ustedes dos! —nos abrazó a los dos y Tyler se ahogó un poco cuando ella apretó su cuello en su hombro—. Eso es tan emocionante. Nuestros padres no pueden esperar a conocerte —dijo, señalándolo con sus lentes—. Les encantaría ver tu nuevo lugar. ¡A *mí* me encantaría ver tu nuevo lugar! —juntó sus manos— ¿En Estes?

Tyler me miró con su mandíbula colgando, la boca abierta, no sabía cómo responder.

—Sí, está en Estes Park —dije—. Él tiene un apartamento frente al mío.

—¿Podemos ir ahora?

—Fin...

—Acabo de venir a Colorado para verte. Literalmente no tengo nada más que hacer.

—...genial. Eso es genial —dije con ojos abiertos y una sonrisa forzada. Miré a Tyler—. Um... uh... *cariño*, ¿supongo que pueden seguirnos a mi apartamento? Puedes solo dejarme. Sé que tienes mucho por hacer.

Con sus labios dibujó *cariño*, poniendo una cara de asco en su cara tras Finley. Le lancé una sonrisa expectante que seguro me hizo ver como una lunática.

—Claro... *cariño* —dijo—. ¿Conoces el área? —le preguntó a Marco.

—Tengo navegación —dijo con una sonrisa orgullosa.

—Los encontraremos en el Boulevard Peña en el lugar de renta Avis⁴⁴, pueden seguirnos de ahí.

—¿Tienen hambre? —preguntó Finley— Deben tenerla.

—No —dije, sacudiendo la cabeza—. En realidad no.

—Oh. De acuerdo... Entonces los veremos en Avis en diez minutos.

—Perfecto —dije, sonriéndoles hasta que salieron por la puerta.

Tyler y yo no hablamos hasta llegar al camión, él entró al asiento del conductor y cerró la puerta.

—¡Esto es terrible! —chillé.

—¡Esto es puto genial! —dijo con una amplia sonrisa.

Lo miré ferozmente.

—Van a venir a mi apartamento. Estaré atorada con Fin por toda la velada. Se habrá enterado de lo de Sterling para la hora de cenar. Estoy *jodida*.

Tyler arrugó su nariz.

—No entiendo tu estrategia, Ellie. No has visto a tu hermana en casi un año para evitar que se entere de algo que podría o no hacer que no quiera verte de nuevo.

—Exacto.

—Si nunca la vez de nuevo, ¿por qué importa?

—Al menos no me odiaría.

⁴⁴ Avis Rent a Car System. Una compañía estadounidense de renta de autos.

Tyler condujo hasta Avis y saludé a Finley desde la ventana del asiento de pasajero. Nos siguieron hacia el norte por el camino de peaje hacia Estes Park.

Suspiré por cuarta vez en diez minutos.

—Ellie... —empezó Tyler.

—Tengo menos de una hora y media para arreglar esto. ¿Tú qué haces? —grité.

—¿Qué? —chilló.

—¡Estás yendo muy rápido! ¡Necesito tiempo para hallar la forma de mantenerla lejos de mi apartamento!

Tyler relajó su pie sobre el acelerador, viéndose molesto.

—¿Qué tal si le dices que lo fumigaron?

—Entonces irá a tu apartamento.

—¿Y?

—Esperará que yo vaya también.

—Está bien, entonces te mareas camino a Estes.

—Me gusta, pero es un arreglo temporal para un problema permanente.

Tyler suspiró.

—Tal vez... tal vez solo deberías decirle.

—¿Estás demente? ¿Quieres que Finley me odie?

—Si fuera yo- —titubeó—. Estaría más molesto porque me lo hubieras escondido. Lo superará si eres honesta con ella.

—No —dije, sacudiendo mi cabeza—. No conoces a Fin como yo. Ella guarda rencores, y Sterling...

—Es un pequeño y torpe concha su madre chillón.

Cerré los ojos.

—No le digas eso a ella.

Cuando llegamos al estacionamiento de *OrejaMontañesa* mi corazón se aceleró y mis palmas se sentían resbaladizas por el sudor.

—¿Estás segura de que no quieres que entre?

—Solo lo suficiente para que me sigas al baño y...

Marco golpeó la ventana de Tyler. Me miró y presionó el botón, esperando a que bajara por completo.

—Hey, Ellie no se siente bien. Creo que está un poco mareada por el viaje.

—Mi hermana no se mareo por los viajes —dijo Finley detrás de Marco—. ¿Por qué estamos en su trabajo? Pensé que iríamos a su apartamento.

—Aquí es su apartamento —dijo Tyler—. Sobre las oficinas.

Finley sonrió.

—Fantástico. Vamos.

Marco sacó una maleta con ruedas extra grande con varias bolsas de lona encima y la puso en la acera.

Me perturbé en el camión.

—¿Qué estás haciendo?

—Oh —dijo Finley—. ¿Necesitas ayuda con tu equipaje?

—No. Es un apartamento de una habitación. ¿Por qué no te estás quedando en casa?

Finley parecía molesta.

—Porque nuestros padres están ahí y ellos no saben que estoy aquí. Si lo supieran estarían en tu puerta porque también están desesperados por verte.

Finley giró sobre sus tacones, esperándome en la puerta con Marco.

Mordí mi uña del pulgar, mirando a Tyler que seguía en el asiento de conductor.

—Es en momentos como estos que me arrepiento de no ser religiosa.

—¿Debería ir? —preguntó—. Al menos déjame ayudarte con tus maletas.

Sacudí mi cabeza, derrotada.

—No quiero que veas esto.

Con preocupación en sus ojos, Tyler se despidió, esperando a que llegara a la puerta antes de retroceder.

Guie a Finley y Marco escaleras arriba, enviando a Marco al sofá y a Finley a mi habitación.

—¡Esto es precioso! Tenía miedo de lo que podías permitirte con tu balance, ¡pero esto es exquisito! ¡Bien hecho, hermanita!

—Bueno —dije, viéndola desempacar como si estuviera en llamas—, mi jefe me ofreció un buen trato.

—¿Cómo es el apartamento de Tyler? ¿Es lindo

—No —dije, sacudiendo la cabeza—. Pero es decente.

—¿Entonces por qué no lo mudas aquí? ¿Y por qué no has empezado a desempacar?

—Lo decidimos por Navidad.

—Gracias a Dios que estoy aquí —dijo Finley—. Marco puede ayudarte a empacar.

—En verdad... estoy bien. Tyler vendrá más tarde. Como que íbamos a hacerlo juntos.

—No seas boba... —comenzó Finley, pero finalmente me miró el tiempo suficiente para ver lo que sabía que vería— ¿Qué no me estás diciendo? ¡Oh por el infierno, Ellie! ¡¿Estás embarazada?! —chilló.

—¡¿Qué?! No, apenas puedo cuidarme a mí sola —salí hacia la cocina, abriendo el refrigerador y destapando el abrelatas de mi cerveza barata favorita.

—Ew, ¿qué putas es eso? —preguntó.

—Cerveza —dije, alzando la lata—, ¿quieres un poco? —pregunté, con un poco aún en mi boca.

—No. Has desarrollado unos atroces hábitos que definitivamente no impresionarán a Madre.

—Bueno, no planeo verla así que estoy bien.

—Ellie —empezó Finley.

—Les dije. Están muertos para mí.

—Eso es duro. Solo trataban de ayudarte.

Terminé la lata y abrí otra.

La nariz de Finley se encendió.

—Puedo ver que funcionó.

Agarré la cima de la puerta abierta del refrigerador con una mano y sostuve la lata con mi vida en la otra.

—Fin, te quiero, pero no puedes quedarte aquí. Encuentra un hotel o ve a la casa, pero necesitas irte.

Finley se me quedó viendo, impactada al principio y luego con el corazón roto.

—¿Cómo pasó esto? ¿Cómo nos separamos tanto? Siento que estoy de pie frente a una extraña.

—Podremos hablar mañana, pero necesito hacer esto en dosis pequeñas. Al menos al principio. Necesito empacar, tengo mucho por hacer y no es justo que solo entres en mi vida ahora mismo.

Asintió, haciéndole gestos a Marco. Empacó sus cosas y se apresuró a mi cuarto por las pocas cosas que había sacado de ahí.

Las ruedas golpeaban cada escalón mientras Marco rodaba el equipaje escaleras abajo. Abracé a mi hermana y me sostuvo por un segundo extra antes de girar hacia la puerta.

Una vez que tomó el pomo, giró el cuello para verme sobre su hombro.

—Hay algo más. Intentas protegerme de algo. No creas que no lo veo.

Cerré mis ojos.

—Por favor vete, Fin.

Mordió su labio y luego desapareció tras la puerta.

CAPÍTULO 24

La fiesta estaba llena cuando entré al apartamento de Taylor y Tyler. Reconocí un par de caras—Jubal y quien asumí que era su esposa. Watts, Smitty, Taco y azúcar de la estación de bomberos estaban ahí, también.

Tyler trotó hacia mí ofreciéndome un abrazo y un largo beso.

—Wow. Te ves increíble. Despampanante.

—Gracias —dije, bajando la mirada a mi vestidito de tiras con lentejuelas y tacones altos que Finley me había prestado—. Perdón por llegar tarde. Estaba peleándome con todo esto —dije, señalando mi cabello y mi maquillaje—, y luego Finley llamó. Quiere hablar conmigo esta noche.

—Uh oh —dijo Tyler.

—Sonaba feliz, de hecho.

—Oh. Eso es bueno, ¿no?

—Eso creo —dije, tomando su brazo cuando un tacón se tambaleó.

El apartamento estaba levemente iluminado, sin decoración excepto por una sola luz en una esquina que emitía un arcoíris de circulitos en las paredes y el techo. Las bocinas estallaban con lo que reconocí como música de la lista de reproducción de Tyler y me pregunté si los vecinos llamarían a la policía o si dejarían pasar el estruendo del bajo porque era año nuevo.

—No es una mala forma de celebrar tu cumpleaños cada año —grité al oído de Tyler.

—¿Es como si todo el mundo estuviera de fiesta con nosotros! —dijo, jalándome a través de la multitud hacia donde Taylor y Faly n estaban de pie.

Ella era hermosa; las chispas en su vestido de marfil reflejaban la luz de la esquina, su cabello completamente rubio y pecas le daban el balance perfecto entre gatita sexual y la chica perfecta. Intenté no quedarme viendo sus labios y recordé que Tyler los había saboreado una vez, incluso cuando no hace mucho tiempo no me hubiera molestado probarlos yo misma.

Justo cuando Tyler se movió para presentarnos, la multitud se partió y Paige apareció, viéndose nerviosa y esperanzada. Su cabello ahora era plateado en un pompadour recién arreglado. Tenía más tatuajes y perforación de las que recordaba, la inocencia dulce tenía mucho tiempo de haber dejado sus ojos. Me ofreció una cerveza en un rojo vaso desechable.

—Ha pasado un tiempo —me dijo.

—¿Cómo has estado? —pregunté.

—De la mierda. ¿A ti cómo te va?

—Aún soy una ebria —dije, tomando un gran sorbo—. Pero al menos el internet dice que soy una alcohólica funcional, así que tengo eso para aliviarme.

Sacudió su cabeza y sonrió.

—Siempre tan graciosa.

Tyler besó mi mejilla.

—No quisiera ser grosero, nena, pero la novia de...

—¿Nena? —dijo Paige, bajando la barbilla— ¿Qué son? ¿Una pareja?

Retraí mi cabeza, sorprendida por el descaro que venía de alguien tan pequeño.

—En realidad sí —dije.

Paige ahogó una risa y luego continuó con una risilla, cubriendo su boca y agitando su mano frente a su cara.

Tyler y yo intercambiamos miradas y luego se inclinó para susurrarme algo al oído.

—No la invité. Supongo que vive aquí ahora.

—Oh —dije, asintiendo con ojos ensanchados—. Genial —terminé mi bebida y Paige la tomó, estirándose por otra.

—Nena —advirtió Tyler—. Hay una fina línea entre ser funcional y ser solo alcohólica.

—Es la Víspera de Año Nuevo —dijo Paige—. ¿Cuál es tu problema?

La puerta se abrió y Finley entró, observando todo con amplios ojos, fascinada por todos los cuerpos en el diminuto espacio. Tomé otra bebida, acabándome medio vaso antes de ver a Sterling también.

Me atraganté y Tyler palmeó mi espalda mientras tragaba los contenidos aún en mi boca y luego tosía.

—Jesús, María y José puto Stalin —dije, sacudiendo mi cabeza incrédula.

Finley saludó empáticamente y luego jaló a Sterling a través de la multitud. Se veía tan enfermo por el desastre inminente como yo.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? —dije, entrando en pánico.

—¿Evitar que mate a Sterling? —dijo Tyler— Eso debería distraerte de Finley.

Lo miré, viéndolo analizar la cita de Finley. Tragué el resto de la cerveza que Paige me había traído y le di el vaso a Tyler. Ninguna cantidad de alcohol me permitiría soportar los próximos minutos.

—¡Ellie! —dijo Finley, envolviéndome en sus brazos.

—Fin... has estado bebiendo —dije, haciendo un gran esfuerzo por no establecer contacto visual con Sterling.

—Un poco de champaña celebratoria —dijo, mostrándome su mano izquierda. Un gran diamante brillaba en su dedo anular.

Tomé sus dedos y los acerqué a mí, luego estreché los ojos hacia Sterling. Sacudió la cabeza, rogándome porque no hiciera una escena.

—¡Nos vamos a casar! —chilló Finley.

—No entiendo —dije—. Ni siquiera están saliendo. No lo han hecho desde la universidad.

La sonrisa de Finley se desvaneció y me quitó su mano, regresando a su reservado ser.

—Sterling y yo nos hemos conocido por mucho tiempo, Ellison. Papi y madre están extremadamente satisfechos, pensé que tú también lo estarías.

—Talvez si tuviera sentido —dije, lanzándole una mirada a Sterling.

—No has hablado conmigo en mucho tiempo, Ellie. Sterling y yo nos volvimos cercanos y...

—¡Hey! —dijo Paige, dándome un nuevo vaso, lo bebí casi de un trago y se lo devolví.

—Nena —advirtió Tyler.

—Gracias, Paige —dije, secando mi boca.

Toqué el brazo de mi hermana.

—Finley, primero hay algo que deberías saber.

—Fin, deberíamos irnos. Este claramente no es un buen momento para Ellison —dijo Sterling.

—¿Eso qué importa? —dijo Tyler, hirviendo— No es como si hubiera hecho diferencia antes. ¿No tienes unas píldoras para eso?

Sterling se aclaró la garganta.

—Vámonos, querida.

—¿Esta es Finley? —dijo Paige, sintiendo el caro vestido de Finley— ¡Oh, sí! ¡Yo te recuerdo! ¡Del bar! ¡Te querías follar a Tyler!

El repentino interés de Paige en la situación me puso nerviosa.

—Pero por supuesto que no —dijo Finley, alisando su cabello—. Debes haberme confundido con alguien más.

—No, no, eras tú. Tú y tu amante latino nos dieron un aventón esa no—¡Oh por Dios! —tomó la mano de Fin y examinó su anillo— ¿Qué es esto? ¿Están comprometidos?

—Sí —dijo Finley, jalando su mano.

—¿Con este sujeto? —Paige señaló, para nada impresionada—. ¿No es este tipo del que te querías librar en el bar?

—No —dijo Finley, parpadeando. NO estaba acostumbrada a experimentar situaciones incómodas.

—Paige —dije.

—No... no —dijo, arrastrando las palabras, palmeando mi pecho izquierdo—. Ya entiendo. Pensé que solo era yo —dijo, presionando su palma contra su pecho—. Pero son ustedes, chicos —balanceó su dedo índice, señalando a Finley, Sterling, Tyler y luego a mí—. Ustedes son como... perversos sexuales jodidos sin consideración por los sentimientos de los demás. Como ustedes dos —nos hizo gestos a Tyler y a mí—. ¿Qué carajos están haciendo juntos? Yo fui buena contigo, Ellie. Él se acercó a ti, tú y yo compartimos la cama... te hice galletas —canturreó. Luego hizo una mueca a Sterling—. Después te lo follaste y ahora es el prometido de tu hermana después de que ella fallara en follarse a Tyler. Todos ustedes están muy jodidos y deberían buscar ayuda. Inmediatamente.

—¿De qué está balbuceando? —dijo Finley, bajando la barbilla.

Cerré mis ojos.

—Fin...

—¿Acaba de decir que te follaste a Sterling?

—De hecho —dijo Paige—. Él se la cogió —presionó sus labios y cabeceó, claramente una habladora con resentimientos.

Mis ojos ardieron y traté de alcanzar a mi hermana.

—Finley...

Finley se alejó de mí y luego miró a Sterling.

—¿Te follaste a mi hermana?

Sterling alzó sus manos.

—No. Quiero decir, sí, pero cariño... fue un error. Estaba acongojada y tomamos algo que no debíamos... Ni siquiera estoy seguro de lo que pasó. No recuerdo nada de eso, ella tampoco.

Finley me miró, horrorizada.

—¿Es eso cierto?

Titubeé, luego asentí mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Te lo iba a decir.

—Tú... —dijo Finley, mirando a su alrededor— ¿Ibas a decirme? ¿Se supone que eso lo justifique?

No —dije, sacudiendo mi cabeza—. En absoluto.

—¿Por eso no me habías hablado en tanto tiempo? ¿Es lo que me estuviste ocultando?

No podía hablar así que cabeceé.

Tyler señaló a Sterling.

—Necesitan irse.

Sterling se estiró por Finley con lágrimas escurriendo por sus mejillas.

—Fin. Por favor. Sé que estás enojada y que estás en todo tu derecho, pero fue hace mucho tiempo.

—¿Qué tanto tiempo?

—Poco después de que fueras a Sanya —ahogó Sterling.

Finley sacó su teléfono y furiosamente escribió un mensaje.

—¿Quién es? —preguntó Sterling.

—Marco —dijo Finley—. Le pedí que me recogiera.

—Querida, no. Tenemos que hablar de esto —tocó su hombro pero ella alzó su puño.

—¡No! —gritó, sus manos temblaban.

Todos alrededor nos miraban para escuchar.

Se quitó el anillo y lo enterró en el bolsillo del esmoquin de Sterling, palmeando su pecho.

—Hijo de perra. Ibas a dejar que me casara sin decirme.

El labio inferior de Sterling tembló.

—Finley, por el amor de Dios...

—Y tú —dijo, señalándome. Una lágrima bajó por su mejilla—. Solo espera. Me voy a follar a Tyler para que veas cómo se siente.

—Quería decírtelo —lloré—. Pero no podía retractarme y no quería que me odiaras.

—No puedo odiarte —dijo—. Eres mi hermana. Pero tú —dijo, girándose para enfrentar a Sterling—, a ti te puedo odiar —el teléfono de Sterling se encendió y ella se despidió—. Feliz Año Nuevo, perras —dijo, cerrando de un portazo.

Sterling la siguió rápidamente y Tyler pasó su brazo por mis hombros, besando mi cabello.

—Nena, lo lamento tanto.

Cerré mis ojos, sintiendo las líneas de rimel secándose en mi rostro.

—Es tu cumpleaños, amor —dije, bebí del vaso de alguien—. Hay que festejar.

Cuando mis ojos se abrieron, solo podía manchas de un edredón desconocido. Parpadeé un par de veces para enfocar mi vista, viendo una foto de Taylor y Falyn en el buró de noche.

Me incorporé, intentando tragar pero sintiendo como si hubiera agujas de pino en mi garganta. Estaba acostada en medio de la cama de Taylor, sola. Caminé por el pasillo hasta el baño, deteniéndome cuando oí la regadera, entonces seguí a la sala, sin reconocer a nadie más de todos los desmayados en los muebles.

—¿Tyler? —pregunté, mirando alrededor. Tropecé hacia la cocina por un vaso con agua. En cuanto el líquido tocó mi garganta, sentí un segundo de alivio antes de vomitar violentamente en el fregadero. Justo cuando pensé que había terminado, mi estómago se alzó

de nuevo, y luego otra vez, salpicando una mezcla de cerveza y vino y posiblemente tequila en los trastes y la basura que se había quedado en reluciente lavabo.

Abrí el agua, enjuagando mi desastre y tirando la basura. Encendí el lavavajillas y atravesé el pasillo de vuelta a la habitación.

—¿Tyler? —dije, empujando la puerta.

Él alzó su cabeza, frotando sus ojos.

—Hey, Ellie —parpadeó un par de veces tratando de enfocar en mi expresión—. ¿Qué pasa?

—Buenos días —dijo Finley, junto a él.

Tyler casi saltó fuera de la cama, pero luego revolvió sus sábanas para cubrirse. Finley se levantó casualmente en su forma perfecta y se metió en su vestido, subiendo la cremallera y tomando sus tacones.

—¿Qué carajos? —gritó Tyler, viéndose mortificado y confundido.

—Me merecía esto, tanto —dije con voz rota.

Tyler sacudió su cabeza, tocando su frente con la palma de su mano, intentando recordar lo sucedido.

—No. Tú... estabas ebria y te fuiste a la habitación incorrecta. Solo te dejamos ahí para que pudieras dormir. No me cogí a tu hermana. ¿Dónde está Falyn?

Me encogí de hombros.

—¿Cómo voy a saber dónde está Falyn?

—Juró por Dios, Ellie —rogó, señalando a Finley—. ¡Nada pasó! No tengo idea de por qué estaba desnuda en la cama.

Finley guiñó un ojo a Tyler y se detuvo junto a mí en el umbral.

—¿Cómo se siente?

Exhalé entrecortado, sintiendo mis ojos arder con lágrimas.

—Como la muerte.

—Entonces estamos a mano. Marco está esperándonos afuera. Te dará un aventón a tu casa.

Me hombreé en el camino y miré a Tyler. Había soltado sus cobertores, furiosamente mirando su ropa.

—No te vayas, Ellie —advirtió—. No te putas vayas con ella. Tenemos que resolver esto.

—Me lo merecía —dije, mi rostro derrumbándose—. Pero tú no. Lamento que te hayas mezclado en esto... en mi universo jodido. De verdad pensé... —exhalé suavemente, tratando de no sollozar— No importa.

Tyler encontró su ropa interior y se la puso rápidamente.

—Ellie, espera.

Giré sobre mis talones, apresurándome al final del pasillo y empujando la puerta. Marco estaba esperándome en el Lexus rentado con mi hermana esperando recién follada y contenta en el asiento de copiloto. Me deslicé en el asiento trasero y Marco se alejó justo cuando Tyler emergió de la puerta solo con una toalla envuelta en su cintura.

—No te detengas —dije, escuchando a Tyler gritar mi nombre hasta que giramos en una esquina en la siguiente cuadra.

—Tal vez deberías apagar tu teléfono hasta que puedas cambiar tu número —dijo Finley—. Eso es lo que tuve que hacer con Sterling. ¿Volverás al apartamento o a la mansión?

—Al apartamento —dije, mirando por la ventana.

Mi teléfono vibró y lo apagué tras un forcejeo con mis manos.

—Te lo dije —dijo Finley. Olió su cabello e hizo un sonido, asqueada—. *Agh*, aún huelo como él.

—Cállate de una puta vez, Finley. Solo cállate.

Marco condujo hasta la *OrejaMontañesa*. Para cuando terminé de subir las escaleras, ponerme una camiseta y pantalones deportivos, y me lavaba la cara y cepillaba los dientes, la camioneta de Tyler se había deslizado hacia el estacionamiento y estaba golpeando la puerta trasera.

Miré por mi ventana. Solo vestía una camiseta y unos vaqueros, sus botas estaban desatadas. Podía ver el vaho saliendo de su boca mientras frotaba sus manos juntas entre cada golpe.

—¡Ellie! —gritó— No me iré. ¡Abre la puta puerta!

Abri la ventana sin esfuerzo, inclinándome en el alfeizar mientras miraba a Tyler.

—No estoy enojada.

Me miró.

—Entonces déjame subir.

—Ve a casa, Tyler.

Alzó sus manos.

—Está puto helado aquí.

—Entonces entra a tu camión y ve a casa.

—¡No me follé a tu hermana! Estaba en la ducha en la mañana. Entraste al cuarto de Taylor así que dormí para estar contigo. Te tuve en mis brazos toda la puta noche. Taylor debió haber dormido en mi cuarto y tu hermana psicótica debe haberse metido en la cama con él pensando que era yo. ¡Atrapaste a Finley con Taylor!

Fruncí el ceño sabiendo que ya podía diferenciarlos, pero me acababa de levantar y estaba molesta. Tal vez...

—Solo déjame subir. ¿Por favor? Voy a empezar a perder los dedos.

—¿Vas a dejar que Taylor caiga por ti? Esto va más allá de engañar a tus profesores en la escuela, ¿no crees?

—Juro por Dios. Solo déjame subir y lo explicaré. Podemos llamar a Taylor si quieres.

—Él mentiría por ti.

—Ellie, ¿por favor? Es mi cumpleaños —su hoyuelo apareció, pero me mantuve firme.

—Entonces ve con tu hermano y celébralo.

Sacudió la cabeza, sonriendo.

—Quiero pasarlo contigo. Incluso si eso significa pasar el día intentando averiguar qué demonios pasó anoche.

—Estamos a menos dieciséis grados, Tyler.

—Entonces déjame entrar —dijo, su sonrisa desapareció—. No me puedo ir. Arruinaría todo mi día.

—¡Creo que *tú* arruinaste tu día cuando te *acostaste* con mi hermana!

—¡No me acosté con tu hermana! ¡Maldita sea! —gritó, pateando la puerta.

—¡Basta! ¡Harás que Wick me eche!

Tyler posó sus manos en su cadera, respirando con dificultad. Sacudió la cabeza y luego me miró de nuevo.

—Abre la puerta, Ellie, o la derribaré, juró por Dios.

—Eres un bastardo —dije.

—Y tu hermana es una perra —respondió, extendiendo sus manos.

Cerré la ventana y bajé las escaleras dando pisotones, girando la chapa de la puerta y abriéndola. Tyler entró, trotando a mi departamento. Para cuando entré a la sala de estar él estaba tiritando en el sofá, cubierto con el edredón de mi cama.

Rodé mis ojos hacia la Keurig.

—Casi me da hipotermia por esto —dijo.

—Debiste haberte abrigado —bramé.

—No tenía mucho tiempo, considerando que mi hermano entró a la fuerza al baño para decirme la versión a medias de la historia y tuve que perseguirte en una toalla por media cuadra para luego regresar. Agarré lo primero que vi y me lo puse para salir por la puerta. La única mujer a la que toqué anoche fuiste tú. Tienes que creerme.

—Te haré una taza de café y luego te irás.

Tyler se puso de pie.

—¡Vamos! ¡Sabes que esto no está bien! ¡Piénsalo!

Dejé que mis manos cayeran a mis muslos.

—¿Entonces qué? ¿Mi hermana regresó y dedujo que era tu cuarto por las fotos en la pared, se desvistió y se metió en la cama con un Taylor desnudo?

—¡Tal vez! No tengo idea, pero eso es más posible que yo confundíendola contigo.

Me levanté.

—Finley no haría eso.

—Oh, pero ¿se follaría a tu novio en venganza?

Mi cara se volvió asco.

La Keurig pitó y puse una taza bajo el canal y un vasito en el soporte, presionando el botón de ELABORAR. Abrí el refrigerador para sacar una cerveza y la crema de avellana favorita de Tyler.

Le di la taza y abrí mi cerveza.

—No lo revuelvas —dije bruscamente.

—Maldición —dijo, ofendido—. Creí que no estabas enojada.

Lo miré tomar su café con una pequeña sonrisa en el rostro.

—¡Esto no tiene nada de gracioso!

Se rio una vez, incrédulo.

—Yo nunca te haría eso. Gracias a Dios que tu hermana no puede diferenciarnos pero me preocupa un poco que tú tampoco.

Me crucé de brazos.

—Me acababa de despertar y los encontré a ti y a tu hermana. Tal vez no estaba viendo con claridad.

—Entonces me crees.

—Deja de hablar.

—Tienes que saber que te cargué a la cama. Estabas borrachísima, no te hubiera dejado sola. Lo único que no puedo resolver es dónde estaba Falyn.

Su teléfono sonó y contestó.

—¿La encontraste? —cabeceó, mirándome— Te pondré en altavoz.

—¿Ellie? —dijo Taylor mientras Tyler sostenía el teléfono— Falyn fue a la tienda para conseguir unas cosas y hacer un desayuno de cumpleaños. Dejó entrar a Finley. Ella no sabe nada y apreciaría que no se lo dijeras. No me acosté con tu hermana y esto podría ser muy difícil de explicar.

Cubrí mis ojos con mis manos.

—No diré nada. Lo lamento, Taylor.

Tyler colgó y deslizó su teléfono en el bolsillo trasero.

—Ven aquí —dijo, estirando sus brazos.

Mantuve mi cara cubierta.

—Lo siento tanto.

—No es tu culpa —dijo. Caminó hacia mí y nos envolvió a ambos con el edredón.

Presioné mi frente contra su pecho, oliendo a cigarrillo viejo y a su colonia.

Lo dejé para sentarme en el sofá, encendiendo un cigarrillo. Se sentó junto a mí dejando que su cabeza cayera contra la pared.

—No estoy seguro de cuál de las dos debería odiar más a la otra.

—La oíste. Somos hermanas. No podemos odiarnos.

—Yo puedo odiarla —gruñó—. Se metió a la cama con Taylor sin que él supiera. Él debió haber pensado que era Falyn volviendo a la cama.

Tomé una calada y se lo ofrecí a Tyler. Hizo lo mismo y me lo devolvió.

—Mi jodida familia oficialmente ha envenenado a la tuya.

Tyler me quitó la cerveza de mi mano.

—Estabas completamente borracha anoche, y estás bebiendo de nuevo. Creí que lo ibas a dejar. ¿Tengo que dejarlo contigo?

—Acabo de perder a mi hermana. No es el mejor momento para dejar de beber.

—Nunca será un buen momento si bebes cada vez que te acongojas. Mierda pasa. Tienes que aprender a enfrentarla sin alcohol. Te amo sin importar qué, pero necesito que despiertes, Ellie.

Mis cejas se juntaron y me quede viendo a la pared.

—No puedo despertar. Esto no es un sueño.

CAPÍTULO 25

Brillantes luces blancas colgaban del techo, colgadas por la muselina envuelta con soltura de las vigas. Gordas velas votivas estaban rodeadas con arreglos elaborados arreglos florales verdes en cada mesa.

Abby y Travis bailaban lentamente en el centro de la habitación, susurrando y sonriendo, delirantemente felices. Estaba en el piso tomando fotos y buscando otros ángulos. Apenas había podido fotografiar cosas en la boda, las parejas familiares, el primer baile. Ahora sería el corte del pastel, pero Travis y Abby no parecían tener prisa.

Empujé mis pies, sintiendo que alguien me tocaba el hombro. Tyler estaba de pie detrás de mí, recién rasurado y en un hermoso esmoquin, su botón de arriba estaba desabrochado y el moño no estaba en el centro.

—¿Quieres bailar? —me preguntó.

—Probablemente debería mantenerme concentrada. No quiero perderme nada.

Deslizó las manos en sus bolsillos de pantalón y asintió.

—¡Oh, vayan! —dijo Camille, jalando mi cámara hasta que la cinta pasó por mi cabeza— Yo tomaré su foto.

—Preferiría estar del otro lado de la cámara —dije.

—¿Por favor? —dijo Tyler, acompañándome a la pista de baile.

Lo seguí, pero Camille atacando mi cámara como paparazzi era perturbador. Tyler y yo sonreímos para un par de fotos, luego Camille decidió que le gustaría probar sus habilidades fotográficas en los padres de Shepley y Trenton.

Tyler miró nuestras manos mientras se balanceaba conmigo a pocos metros de los no-tan-recién-casados. Tocó su suave mejilla con la mía, saboreando el momento.

—Esta es una buena canción —dijo—. La he escuchado mil veces antes y nunca pensé que estaría en St. Thomas bailando contigo.

—Es bellissimo aquí. Lo olvidada. Si no te he agradecido todavía... gracias.

—Si no lo hubiera hecho, los padres de América habrían tenido que pagarle a alguien como tú.

—Tal vez me hubieran dado mi propio cuarto —dije con una sonrisa traviesa.

—Dudable. Nadie cree que seamos solo amigos, a pesar de tu insistencia.

Miré el vaso de "agua con hielos" que había dejado sobre la mesa. Antes de la boda había vaciado una botella de agua y bajado para llenarla con vodka. Cada trago que tomara durante el día me hacía sentir físicamente bien y emocionalmente peor.

—En el momento en que embarren ese pastel en las caras del otro, habré terminado. Catorce horas es suficiente para un día. Esto es más estresante que estar en una montaña hacia un incendio.

Tyler formó una media sonrisa y besó mi sien. No retrocedí, apenas pensándolo dos veces. Más temprano su familia había mencionado que eventualmente cedería ante Tyler. No estaba segura de lo que fuéramos. Habíamos empezado una serie de dos pasos adelante y cuatro pasos atrás desde el comienzo y no parecía empezar bien.

Gotas de sudor se formaban entre mi piel y mi vestido, y humedeciendo el cabello en mi nuca. No hacía tanto calor como humedad. El aire era espeso y pesado, cubriendo mi piel como una sábana eléctrica.

La canción terminó y Travis guio a Abby a la mesa de pastel de la mano. Había dejado a Tyler en la pista para buscar a Camille y mi cámara, tratando de un sentirme irritada porque hubiera tomado como cien fotos en los últimos cinco minutos.

Enfoqué la lente mientras Travis y Abby bajaban el cuchillo para cortar la primera rebanada. Todos se rieron mientras Abby lo amenazaba y él acercaba un pequeño cuadrado de pastel a su boca. Un momento después había terminado, sellado con un beso. Todos aplaudieron y entonces la música sonó nuevamente, Saqué un par de fotos más y luego caminé hasta nuestra mesa, bebiendo un poco y terminando el resto antes de llegar al pequeño bar en la esquina.

—¿Ron? —dijo el barman, sudor bajaba por su sien.

—Vodka y arándano. Doble, por favor... principalmente vodka —lo miré de cerca mientras vertía, cabeceando con satisfacción mientras servía tres cuartos de vodka y el resto jugo de arándano. Me había dado cuenta de que el vodka era barato y el menos oloroso, era fácil de mezclar con la mayoría de las cosas, haciéndolo fácil de llevar al trabajo u otros lugares—. Mejor adelántate y hazme otro —dije, mirando sobre mi hombro. Terminé la primera bebida antes de irme, girando con una sonrisa en mi rostro, esperando que alguien mirando pensara que solo tendría un trago.

Escondiéndome, planeando y haciendo una estrategia para verme normal. No sabía cuánto más sería verdad la parte funcional de mi alcoholismo.

—Tranquila —dijo Tyler—. ¿Está todo bien?

—Solo relajándome —dije, viendo a Travis besar a su esposa y luego alzarla de brazos, despidiéndose. Tomé mi cámara y capturé el momento, feliz por ellos y por mí, ya que finalmente podía sacar mi cámara significando algo.

No pasó mucho antes de que Camille y Trenton, Taylor y Falyn, y Tyler y yo fuéramos los últimos invitados. Los padres habían salido temprano y Thomas y Liis parecían haber peleado.

Me senté en la mesa, poniendo un hielo en mi cuello con una mano y sosteniendo una nueva bebida en la otra. Trenton y Taylor giraban a la música con sus citas, bromeando y riendo. Las solapas afuera del restaurante habían sido desenrolladas para evitar que entrara la lluvia con la brisa. Alcé mi cabeza, dejando que el aire surcara mi húmeda piel y que el licor se asentara.

Tyler peinó algunos mechones de cabello de mi frente.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —canturreé un voz baja, manteniendo los ojos cerrados. No pasaba seguido que pudiera emborracharme de nuevo—. Quiero nadar en el océano.

Encendió un cigarrillo, pero antes de que pudiera soplarlo, agarré sus mejillas e inhalé su humo, llenando mis pulmones. Me recosté en el asiento, exhalando hacia el aire.

Posó su codo sobre la mesa y ahueco su barbilla en su mano, sacudiendo la cabeza.

—Haces tan puto difícil el hacer lo correcto.

—Llévame a nadara —dije, mordiendo mi labio inferior.

—¿Qué tal mañana? —preguntó—. Ha sido un largo día. No estoy seguro de que sea una buena idea nadar en la noche con una tormenta cuando estamos borrachos y cansados.

—Lo que sea —dije, inclinándome hacia atrás y cerrando los ojos de nuevo. El aire enfriado por la lluvia acariciaba mi piel y lo pesado del vodka era reconfortante. Me estiré hacia Tyler, encontrando su brazo a ciegas.

—¿Qué haces? —preguntó, divertido.

—Solo me aseguro de que sigues aquí.

—Estoy aquí. Todo el tiempo que me permitas.

Abri los párpados y dejé que mi cabeza cayera hacia adelante, mirándolo con ojos somnolientos y secos.

—Quiero hacer un jergón en el piso contigo y acostarnos desnudos.

—Eso suena como un truco sucio —dijo, sonriendo.

Alcé mi mano hacia el mesero, pidiéndole otra bebida. Él miró a Tyler, a quien podía ver sacudiendo con el rabillo de mi ojo.

—Oye —dije en un momento de claridad.

—Ellie... estás ebria. Estás como en el décimo trago... sin incluir toda la mierda que has bebido en todo el día. Te vas a lastimar.

—Mejor yo que alguien más.

Frunció el ceño.

—Wow. ¿Somos el espectáculo lastimero de la noche? ¿O acaso estás siendo una ebria amarga?

Camille mostraba su anillo de compromiso a Falyn por la doceava vez esa noche y yo rodé mis ojos.

—Es un puto diamante, y uno pequeño. Deja de presumir.

—Ellie, suficiente —dijo Tyler.

Mi cara se retorció.

—No me escuchó.

—Estás hablando más alto de lo que crees. Vamos. Hay que volver al cuarto.

—Me la estoy pasando bien.

—No, estás sentada en una esquina emborrachándote.

Suspiré.

—Me iré. Tú quédate aquí con tu familia, no quiero que te pierdas esto.

—¿Para que termines en el océano? No. Vamos.

Me paré, relucante, empujando a Tyler cuando intentó tomar mi mano. Se despidió de sus hermanos y sus parejas, y solo me tocó cuando me tropecé de la acera.

Subimos un excesivamente grande número de escaleras hacia nuestro cuarto y me apoyé con la pared mientras él abría la puerta. El seguro hizo clic y la puerta se abrió y, si Tyler no me hubiera atrapado, me habría caído dentro.

Me alzó en sus brazos y me cargó a la cama, luego me bajó gentilmente sobre el colchón.

—Ven aquí —dije, estirándome hacia él.

Me quitó los tacones y me puso de lado, lo suficiente para bajar la cremallera de mi vestido. Me quitó la tela y me puso una camiseta encima.

—Mucho mejor—dije—. Ahora ven aquí —me estiré hacia el de nuevo, pero apagó la luz y se cerró la puerta del baño. Las tuberías silbaron cuando abrió la regadera. Pensé en unirmele, pero estaba tan cómoda y mareada, y con un poco de náusea. Después de unos

minutos, el calor se intensificó y la comodidad se fue. La náusea se apoderó mientras rodaba fuera de la cama, gateando al baño y alcanzando el pomo.

Apenas llegué al inodoro antes de que mi estómago rechazara todo un día de vodka. La cortina se jaló y la profunda voz de Tyler llenó el cuarto.

—Dios, Ellie. ¿Estás bien?

—Sí. Lista para el round dos enseguida.

La cortina se cerró justo a tiempo para que expulsara de nuevo. El agua se cerró y escuché a Tyler pasando una toalla por su cuerpo antes de empezar a llenar la tina. Sostuvo mi cabello hasta que terminé y luego me desvistió, levantándose del piso y bajándose hacia la bañera.

Uso un trapo para limpiar mi cara y suspiró.

—Esto dejó de ser emocionante, ¿no? —dije, sintiendo el rimel quemando mis ojos.

—Sí —dijo, sonando triste—. Creo que ya es hora.

Asentí, limpiándome el negro de las mejillas.

—Está bien, Tyler, sabía que esto llegaría.

—¿Sabías que qué llegaría?

—El adiós.

Sacudió la cabeza.

—Ya te lo he dicho... no iré a ningún lado. Tal vez no es perfecto, pero amo la caminata por el infierno contigo igual. Solo que ya no te veré empeorar. Es tiempo de que vayamos en la otra dirección.

—Creo que ambos sabemos que ya pasamos un apoyo profesional y doce pasos.

Limpió mi frente con el trapo.

—Tal vez. Lo que sea, estoy contigo.

Mi labio inferior tembló, cabeceé.



Rasqué mis uñas, sintiéndome extraña por pasar del sudor de las Islas Vírgenes y la humedad a recibir la calefacción del camión de Tyler soplándome en la cara para combatir el frío de Colorado doce horas después. Los limpiaparabrisas rechinaban por el vidrio, quitando los copos de nieve que caían silenciosamente del cielo nocturno.

—No trato de ser complicada. Solo creo que necesito tiempo de arreglar mi mierda.

Suspiró, frustrado.

—¿Y por qué no podemos hacerlo juntos?

—Porque todo lo que he intentado hacer hasta este fin de semana no ha funcionado. Ha sido un año. Creo que necesito algo nuevo.

—¿O alguien nuevo? —preguntó.

Parpadeé, ofendida.

—No puedo creer que acabas de decir eso.

—Solo déjame ayudarte con tu equipaje. No tiene que ser la gran cosa.

—Cuando subas, querré que te quedes.

—¿Eso es malo? —cuando no respondí, apreté el volante hasta que sus nudillos se pusieron blancos—. Quieres beber pero que no te vea.

—Algo así.

—¿Esta va a ser la cosa nueva que quieres intentar? ¿Elegir embriagarte sobre mí?

—No.

—A eso me suena.

—No vas a entrar —bramé.

—¿Por qué?

—¡Sabes por qué!

Azotó su palma contra el tablero.

—¡Maldita sea, Ellie! ¡Estoy puto exhausto!

—¡Entonces ve a casa!

—¡No quiero ir a casa! ¡Quiero estar contigo!

—¡Qué puto mal!

Apretó sus dientes, mirando derecho hacia el frente. Las luces del camión iluminaban la *OrejaMontañesa* y los copos de nieve, haciendo crecer el manto blanco que ya cubría el piso.

Arrojó la palanca a reversa.

—No puedo hacer esto.

Agarré mi mochila y puse la mano en la manija.

—Ya era hora de que lo admitieras.

—Solo estabas esperando eso, ¿no es cierto? Me rindo, así que no es tu culpa. O tal vez puedas subir las escaleras y fingir que bebes porque te tienes lástima. Puto brillante.

Abri la puerta y luego la del asiento trasero, agarrando mi maleta rodante y azotándola en el piso. Cerré de un portazo ambas puertas.

Tyler bajó la ventana.

—He soportado mucha mierda para que esto funcione y no te importa ni un carajo.

—¡Te lo advertí!

—¡Son patrañas, Ellie! ¡Solo porque advierto un banco que le voy a robar no quiere decir que el banco lo merecía!

—Asegúrate de decirle eso a todos en el bar cuando estés llorando en tu cerveza —dije, hirviendo.

—No tengo que ir al bar cada vez que algo en mi vida va mal. Se llama ser un adulto. Y definitivamente no voy a llorar por ti —dijo, subiendo la ventana. Dio un pisotón al acelerador, haciendo un medio círculo chillón en reversa, y luego salió del lote del estacionamiento de vuelta a la calle, arrollando camino a la autopista.

Me paré sola por un rato, impactada. Durante todo el año que llevaba de conocerlo, Tyler nunca me había hablado así. El amor hacía que las personas odiaran de una forma que jamás habían hecho.

La nieve silenció al mundo, pero incluso el silencio emitía un sonido. Empujé mi equipaje a través de la nieve, sobre la acera y hacia la puerta trasera. Mi llave estaba fría cual hielo, quemando mis dedos mientras mi mano temblaba. En un ritmo constante, las ruedas chocaron contra cada escalón, y entonces lo dejé caer todo cuando llegué a la cima.

Di un par de pasos hacia el refrigerador y agarré la última lata de cerveza, notando que era lo único además de un queso mohoso y una botella de mostaza. La cerveza siseó cuando

abrí la tapa, el amargo líquido se sentía frío y confortable en mi garganta. Había media botella de vodka en el gabinete, pero el día de paga estaba a una semana.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo trasero y me revolví para contestar.

—¿Hola?

—Soy Jojo. ¿Volviste?

—Sí —dije, quitando la nieve de mi cabello.

—¿Aburrida?

—¿Qué tienes en mente?

—¿Bebidas baratas en un antro? —dijo— Paso por ti.

—Suená perfecto.

CAPÍTULO 26

Jon Bon Jovi sonaba de la rocola en la esquina, su luz amarilla, verde y azul era una de las pocas fuentes de luz en Turk's además de las luces fluorescentes del bar.

Un pequeño grupo de patinadores de nieve locales bebían tequila en la esquina, y a pesar de mis miradas coquetas ocasionales en aquella dirección, no iban a compartir.

Annie se mantenía ocupada tras la barra, colectando sus últimas propinas de la temporada de esquí. Yo estaba sentada en un taburete frente a su máquina de soda, viéndola mezclar bebidas que yo no podía permitirme. Jojo ya me había comprado y no iba a pedir otra. Desafortunadamente, nadie quería flirtear con una chica fiestera con resaca y jetlag demasiado pobre para fiestear.

Miré alrededor, sintiéndome más desesperada mientras los minutos pasaban, escuchando a Jojo hablar y hablar sobre Liam y su invitación para que lo visitara en Carolina del Norte.

Un chupito fue puesto frente a mí y me giré para ver quién era. Mi sonrisa se desvaneció cuando vi un pompadour platino y una dulce sonrisa.

—Te ves como si hubieras tenido mejores días, Ellie —dijo Paige, alisando uno de sus enormes aretes de hoja.

Miré adelante.

—Vete de aquí, Paige.

—Eso no es muy amable. Te acabo de comprar una bebida.

Estiré mi cuello hacia ella.

—Mi hermana no me habla por tu culpa.

Jojo se acercó.

—No puedo creer que hicieras eso, Paige. ¿En qué carajos pensabas?

—No lo hacía —dijo sin disculparse—. Estaba borracha y tal vez muy dopada.

Jojo arrugó su nariz.

—¿Qué te pasó? Solías ser dulce. Ahora estás llena de hoyos y cubierta de arte barato.

—Fóllate un canguro, Jojo.

—Eres una andrajosa concha tu madre, Paige. Tu sonrisa inocente y falsa no engaña a nadie —dijo Jojo, girándose para ver la televisión elevada.

A Paige no se le veía alterada, descansando su mejilla en su palma.

—No quería ser mala. No me di cuenta de que era un secreto.

—Si vas a hacer algo tan nefasto al menos toma crédito. Te respetaría más —dije, tomando el chupito y lanzándolo por mi garganta.

—¿Quieres otro? —preguntó, arqueando una ceja. Tenía planes para mí y no me importaba lo que fuera. Solo quería emborracharme y no preocuparme por una noche.

—Depende. ¿Qué le pusiste a ese chupito?

—Nada divertido, a menos que me lo pidas.

—Solo querré otra bebida.

Paige hizo una señal a Annie, quien asintió.

—¿Dónde está tu chico? —preguntó Paige, alzando una pierna para trepar al taburete de mi derecha. Vestía pantalones ajustados y una blusa bajo una camisa de franela, mostrando sus curvas y escote mientras se mantenía abrigada.

—No aquí —dije, lanzando el siguiente chupito que Annie puso frente a mí.

—Oye —dijo Paige, con una sonrisa—, espérame —alzó su barbilla y el líquido oscuro que quedaba en el vaso, vaciándolo en su boca. Puso el vaso boca abajo y lo deslizó hacia Annie, pidiendo dos dobles.

Los bebí tan rápido como Annie pudo hacerlos. Finalmente Paige me detuvo.

—Te vas a beber mi paga. Vine con cincuenta y ahora se fueron.

—Gracias —dije, alzando mi vaso vacío.

—Contrólate —dijo Jojo—. Cuando papá cae del vagón es más fácil que suba otra vez sin una resaca.

—Ya tengo una resaca —dije—. O la tenía... hace seis tragos.

—¿Llevas la cuenta? —preguntó Paige— Impresionante.

Jojo bufó.

—Solo contar hasta seis sería impresionante para ti, Miley Cyrus.

—¿Por qué la trajiste al bar si estaba en el camino de la sobriedad, Jojo? —preguntó Paige, acercándosele.

—¿Por qué le llevaste Crown a su casa? ¿Qué le estás cobrando con esos chupitos? Yo solo quería un par de tragos y charlar, no emborracharla para convencerla de cosas impías.

—¿Estás segura? —dijo Paige con una dulce sonrisa,

—Jódete, Paige.

—Ahora, señoritas —dije, sonriendo cuando sentí el calor asentándose en mis músculos—. No hay por qué pelear sobre quién es la mejor embriagadora.

—No es chistoso —dijo Annie, mirándonos con sus redondos ojos de chocolate mientras secaba un vaso furiosamente—, Ambas son cabronas si intentaba mantenerse sobria —me miró—. Ya no beberás, Ellie. Largo de aquí.

Mi boca se abrió.

—¿Qué hice mal?

—Me dejaste servirle bebidas a una alcohólica. Espero no volver a verte por aquí o llamaré a Wick. Jojo... qué vergüenza.

Jojo hizo una mueca.

—Oh, por favor. Como si Papi no viniera a emborracharse cada vez que pelea con mamá.

—No desde hace mucho tiempo —dijo Annie, sus rizos marrones hasta los hombros se sacudían mientras regañaba y trabajaba al mismo tiempo—. Llévala a casa.

—Está bien... está bien, nos vamos —dije, levantándome para recoger mis cosas.

—Yo te llevo a casa —dijo Paige.

—No —sacudí mi cabeza—. Aún no te has disculpado por Año Nuevo.

Paige dio un paso hacia mí, demasiado dentro de mi espacio personal.

—¿Qué piensas que intento hacer?

Se inclinó, ladeando la cabeza y plantando sus labios en los míos. Los patinadores en la esquina vitorearon como si su equipo favorito de hockey acabara de anotar.

—¡Cómprale una bebida a esas chicas! —dijo uno de ellos, señalándonos.

Miré a Annie, pero ella señaló la puerta.

Paige me guio de la mano, pero una vez que salimos al callejón me puso de espaldas contra la pared y se jaló hacia mí. Su piercing de lengua chocaba con mis dientes y sus manos estaban firmes a cada lado de mi cara.

Escuché unas risillas a mi izquierda y me giré para ver a una mujer en la misma posición que Paige, jalando la cara de Sterling hacia ella. Su rodilla alzada hasta su cadera.

Sus ojos bordeados con rojo giraron hasta reconocirme, pude ver que estaba tan borracho como yo, sino es que más. Nos miramos mutuamente por mucho tiempo, y luego su amiga jaló su cara hacia ella, demandando total atención.

—Paige trató de hacer lo mismo, pero me alejé.

—¿Ellie? —dijo, confundida,

Caminé hacia la calle, pasando a Sterling y su nueva amiga y girando a la derecha hacia el centro de la ciudad. Me detuve en la esquina, bajando la mirada cuando una patrulla policiaca rodó cerca. La luz cambió y me apresuré a cruzar la calle hacia la única tienda de conveniencia de veinticuatro horas en la ciudad.

—¿Baño? —pregunté.

El encargado señaló atrás y corrí.

—¡Oye, oye! ¡No vomites ahí!

Entré corriendo por la puerta y me recargué contra ella, deslizándome hacia el piso. Trozos de papel de baño y toallas estaban a mi alrededor, podía sentir el trasero de mis vaqueros mojándose por los pequeños charcos en el piso. Busqué mi teléfono con mi pulgar buscando en la pantalla.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, presioné el último nombre que pensé marcar— un número que Finley había puesto en mi teléfono tres meses atrás.

Sonó dos veces antes de que contestara: —¿Ellison? Por Dios, es bueno saber de ti.

—Sally —dije—. Estoy en el baño de una tienda de conveniencia. Creo que es la única abierta en la ciudad.

—¿Dónde?

—Estes Park. Voy a necesitar un auto para el centro de rehabilitación más cercano. He tratado de dejar de beber... he... —inhale profundo— No puedo hacerlo sola. Estoy ebria ahora mismo.

—Alguien estará allí en diez minutos. Solo espera, Ellison. Te vamos a recuperar.

Puse la alarma de mi teléfono y me senté en el piso sucio. Antes de que el timbre sonara, el encargado golpeó la puerta.

—¿Oiga ,señorita? ¿Está todo bien ahí?

—Estoy bien —dije, esnifando. Gateé hacia la pared más lejana y tomé un poco de papel de baño del rollo, secando mis ojos entre sollozos.

—Hay un sujeto afuera. Dice que vino por ti.

Me levanté con dificultad, pasmada por mi imagen en el espejo. Las gruesas líneas de rímel manchaban mis mejillas desde mis ojos hasta mi mandíbula. Mi cabello estaba anudado, mis ojos apagados y vidriosos. Abrí la puerta para encontrar a Tyler junto al encargado, viéndose grande junto al pequeño sujeto.

Suspiró, aliviado.

—Ellison... te he estado buscando por todas partes.

Sequé mis manos en mis pantalones y traté de salir sin tropezarme. Tyler me siguió afuera listo para atrapar me si me caía. Puso su chaqueta militar por mis hombros y se movió nerviosamente.

—Lo puto siento tanto —dijo bruscamente—. No decía en serio nada de lo que dije.

—Lo sé.

—No —dijo, estirándose hacia mí—. No, no sabes. No tienes ni puta idea de lo mucho que te amo. Solo... ya no tengo ideas. Las cosas estaban tan bien antes de mi cumpleaños. Solo quiero regresar de alguna forma.

Me tambaleé hacia atrás pero él me jaló contra su costado.

—¿Cuánto bebiste? —preguntó.

—Mucho —dije, mi labio inferior temblaba—. Vi a Sterling.

La expresión de Tyler cambió de preocupación a ira.

—¿Dónde? ¿Te dijo algo? ¿Cómo llegaste acá? ¿Él?

Sacudí la cabeza y me crucé de brazos.

—Caminé.

—Jesús, Ellie, está helado.

—No quiero ser como él.

—¿Sterling? —preguntó, atrapado con la guardia baja— No lo eres. No eres como él en absoluto.

—Soy justo como él. Soy una cabrona ebria y egoísta que no se preocupa por nadie — giré hacia Tyler—. No puedo amarte si no me amo a mí misma.

Tyler se veía como si le hubieran sacado el aire de un golpe. Se encogió de hombros.

—¿Cómo se supone que responda a eso? Sigues derribándome y yo me sigo levantando, pensando que en algún punto dejarás de lanzar golpes. Te amo. Y sé que me amas pero... no soy un saco de boxeo. No sé cuánto más pueda soportar.

—No depende de ti el salvarme. Tengo que hacerlo yo misma. En otra parte.

Palideció.

—¿De qué hablas?

Un auto negro se estacionó y el conductor salió.

—¿Señorita Edson?

Asentí,

Tyler frunció el ceño.

—¿Quién carajos es ése?

—Mi aventón.

—Yo puedo llevarte. ¿A dónde vas?

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

—¿Quién es? ¿Trabaja para tus padres?

—No exactamente —dije, Sally sabía tan bien como yo que mis padres pagarían por cualquiera que me llevara a rehabilitación.

Me quité su chaqueta pero alzó su mano.

—Quédatala. Regrésala cuando vuelvas a casa.

Me acerqué a su rostro, parándome de puntillas para besarlo, me envolvió en sus brazos, cerrando sus ojos y apretándome como si fuera la última vez.

—Vuelve —dijo contra mis labios, manteniendo los ojos cerrados.

—¿Y si vuelvo diferente? ¿Qué si me lleva mucho tiempo?

Sacudió la cabeza.

—He amado a cada versión de ti hasta ahora. Amaré a quien quiera que regrese.

Mi rostro se desmoronó y asentí, despidiéndome con la mano.

El conductor se paró junto a su auto, abriendo la puerta cuando vio que me acercaba a él. Cerró mientras me deslizaba en el asiento trasero. El olor de cuero y auto nuevo me recordaron a mi otra vida, la vieja Ellison que no habría notado que estaba sucia mientras el auto olía tan limpio. No pertenecía a ese auto, ni a esa vida, pero me senté ahí esperando a someterme para sanar por completo.

—Abróchese el cinturón, Señorita Edson —dijo el conductor—. Tenemos un largo viaje.

Asentí, tomando la cinta de mi hombro y jalándola hacia el seguro. No estaba segura de dónde me estaba llevando el conductor, pero lloré todo el camino hasta allá.

CAPÍTULO 27

La barda fría de piedra se sentía bien contra mis palmas mientras me equilibraba en el balcón de mi cuarto privado. El océano estaba en calma ese día, finalmente en paz tras una semana de tormenta. Las olas me arrullaban en las noches y el aire salado me hacía sentir segura, pero me estaba yendo. Aún tenía que enfrentar a mi hermana, y a Tyler, y a los chicos. Tenía disculpas que hacer y mucho más trabajo por realizar.

Un suave golpe me hizo caminar sobre por el piso de mármol. Ajusté el cinto de mi bata sedosa color crema y alcancé la manija de estaño. Mi estadía en Passages⁴⁵ había sido como unas vacaciones lujosas. Cuando llegué al principio pensé que era otro intento de mi familia por comprar mi sobriedad, pero había aprendido tanto y cambiado mucho más. Mi corazón estaba curado y mi alma en paz—al menos en los confines de las paredes del centro de rehabilitación más lujoso del mundo.

Sally entró con mi consejera, Barb, con una magdalena y un certificado. Sally me guiñó un ojo, al tanto de lo patético que era el certificado, pero significaba que podía volver a casa. Me abrazó, su orgullo genuino evidente en el abrazo. Habíamos pasado muchas noches en pláticas privadas durante mi estancia de sesenta días, y de alguna forma había convencido a mis padres de respetar mis límites mientras apoyaban mi rehabilitación con gracia y dinero, aunque sus pedidos por verme fueran constantemente negados.

Barb ya había llenado los papeles de liberación y me entregó una pluma. Leí la hoja grande y la pequeña, luego firmé. Sally palmeó mi mano derecha mientras escribía con la izquierda y luego me despedí de Barb.

Cuando mi consejera salió de la habitación, Sally me sonrió con su clásica sonrisa de labios juntos, orgullo prácticamente irradiando de sus ojos. Sally no era la serpiente en el pasto que pensaba que era. Ahora que era sobria, era más fácil ver a las personas por lo que en verdad eran. Una mente despejada me ayudaba a distinguir quiénes querían lo mejor para mí y pelearían conmigo hasta llegar a la meta, y aquellos cuyas buenas intenciones serían los primeros en incitarme—como mis padres. No era lo suficientemente fuerte para verlos todavía, y aunque ya era bastante difícil tomar algo de ellos sabiendo el daño que le había hecho a la familia, estaba comprometida con mi sobriedad, y su apoyo sería la diferencia entre el éxito y la recaída. Tuve que tragarme mi orgullo y aceptar cualquier soporte caritativo de aquellos que me amaban.

Sally condujo conmigo hasta el aeropuerto y se despidió con un abrazo prometiendo reportarse seguido. Luché contra mi resentimiento de volar en primera clase, vistiendo nuevas ropas y caro perfume que Finley me había enviado. Estaba tan lejos de ser la alcohólica patética que había sido hacía solo dos meses, incluso de ser la fotógrafa de aventuras, apestosa y llena de cenizas que amaba ser, pero todo parecía distinto estando sobria. Incluso yo.

Mientras el avión rodaba por la pista, mi teléfono se encendió y la cara de Finley besándome brilló fuertemente en la pantalla.

Me había visitado en Passages solo una vez, pero lo suficiente para que tuviéramos una sesión de tres horas de consejería durante la cena. Admitió entre llantos que había entrado pasando a Falyn al departamento y vio una foto mía en el buró, asumiendo que era Tyler el

⁴⁵ Passages Malibu es un centro de rehabilitación en California, E.U.

que estaba en la cama. Recordó que ella la llamó Falyn cuando se acomodó junto a él pero que estaba tan celosa y dolida que era lo único que podía pensar como contraataque. Estuvo muy avergonzada para hablarme después de eso—hasta el día en que se sentó en el hermoso cuarto con hermosas flores, pisos de mármol y pinturas caras elegidas para promover la calma y la comodidad mientras nuestros pecados más horribles salían de nuestras bocas.

—¿Hola? —dije, contestando el teléfono—. Estoy preparándome para despegar, Fin.

—Deberías llamar a Tyler, está muy ansioso.

—Ya somos dos.

—Quiere verte.

—También quiero verlo. Solo no estoy segura de que debería ser esta noche.

—Quiere recogerte en el aeropuerto. José puede hacerlo. Depende completamente de ti.

—Soy una alcohólica en recuperación, Fin, no una niña.

—Lo siento. Le diré a José que te encuentre en la cinta de equipaje a las siete treinta.

—Está bien. Conducir desde Denver será una linda plática.

—¿Con Tyler?

—Sí. Me tengo que ir, Fin. Te quiero.

—También te quiero, Abejita.

Presioné COLGAR y coloqué el teléfono en la consola entre mí y el caballero mayor en un traje de Prada y gafas. Me recordaba un poco a Stavros, el barman de Colorado Springs, con su cabello plateado y estilo. Mientras el avión despegaba pensé en mis últimos momentos con Tyler, las decisiones que había tomado en los últimos sesenta días tratando de dejar ir y la forma en que Tyler me miraba. Me pregunté si me veía así por ser la pequeña niña perdida y débil que tenía que cuidar. Ellie tres-punto-cero no era ni débil ni perdida, pero estaba cargando mucha culpa y no tenía suficiente perdón.

Cuando las ruedas aterrizaron en Denver, mi cabeza cayó hacia adelante y mi barbilla se deslizó de mi puño. Pegué mis labios, bebiendo un vaso de agua mientras la aeromoza comenzaba sus últimos anuncios sobre los procedimientos de desembarco. Una vez que el avión se detuvo por completo y la campanilla sonó por el sistema de sonido, los cinturones de seguridad se desajustaron en una sucesión rápida, sonando como un teclado siendo presionado, y luego el alboroto de todos parándose al mismo tiempo resonó por el fuselaje. Había registrado mis pertenencias, así que me apretujé para pasar al hombre de cabello dorado y estuve de pie en el pasillo, esperando a que la puerta se abriera.

La caminata por el puente pareció ser más larga de lo usual, y también el tranvía hacia la cinta de equipajes. Todo se sentía diferente—yo me sentía diferente. Cuando alcancé las escaleras eléctricas y ascendí a la terminal, vi a Tyler de pie y al fondo, siendo empujado de los hombros por las personas que bajaban de las escaleras y lo pasaban. Me miró, sin quitarme un ojo de encima hasta que estuve frente a él.

—Hola —dijo, nervioso.

—Gracias por venir hasta acá para recogerme.

—Fui a todas partes y llamé a todo mundo para saber a dónde habías ido. Tenía que estar aquí cuando volvieras a casa.

Alguien me empujó por atrás, forzándome a avanzar.

—Oye —dijo Tyler, empujando de vuelta al sujeto. Me guio lejos de la cima de las escaleras eléctricas y la calidez de sus dedos en mi piel me hizo sentir más emocional de lo que había anticipado—. No pensé que dos mesas pudieran sentirse como una eternidad.

—Probablemente porque no tenías tu abrigo —dije, dándole su chaqueta.

Miró a la tela en sus manos.

—Me había olvidado del abrigo. No podía olvidarme de ti.

—Solo necesitaba un poco de tiempo para arreglar mi mierda —dije.

Tyler sonrió, parecía aliviado por mi elección de palabras. Estaba vistiendo el vestido de crema y las botas de tacón alto de gamuza que Finley me había mandado. Mi cabello caía en suaves ondas hacia la mitad de mi espalda, libre de humo y limpia. Me veía muy distinta desde la última vez que me había visto, pero parecía que por lo menos sonaba igual.

La cinta transportadora zumbó, alertando a los pasajeros del vuelo antes de que empezara a moverse. La multitud se juntó alrededor del carrusel de equipaje.

—Vamos —dijo Tyler, llevándome de la mano. Las bolsas ya estaban tumbándose contra el largo óvalo que rodeaba el tobogán. Mi maleta era la tercera, con una manija envuelta en una etiqueta de prioridad rojo brillante.

Tyler cargó el gran equipaje sin esfuerzo y luego extendió la manija.

—Como un paseo —dijo, compungido.

—Hemos paseado juntos antes, en caminatas.

—Sí, así es —dijo con una sonrisa. Aún estaba nervioso y silencioso mientras hacíamos el viaje hacia el estacionamiento. Denver International no era el aeropuerto más fácil de navegar, pero Tyler estaba empeñado en llevarme a su camioneta tan pronto como pudiera.

Una vez que cargó mi equipaje al asiento trasero, abrió mi puerta y me ayudó a subir. Mis botas de tacón alto lo complicaron, pero con un brazo, Tyler me elevó a mi asiento.

Rodó el frente, trotando, saltando a su asiento y girando la llave en el encendido. Encendió el aire acondicionado y me miró buscando aprobación.

—Sí, está bien... Estoy bien.

Tyler retrocedió y navegó a través del laberinto del estacionamiento hasta que vimos la luz del día.

—Así que, uh —empezó—. Adivina quién va a ser padre.

Estiré mi cuello hacia él, preparándome.

—¡No! Oh joder, no soy yo. Taylor —dijo, riendo nerviosamente—. Taylor va a ser padre, yo seré un tío.

Exhalé.

—¡Genial! Eso es genial. Qué emocionante. Jim debe estar encantado.

—Sí, está muy feliz.

Asentí, girando hacia la ventana y cerrando los ojos, exhalando lentamente. Había esperado con ansias durante tanto tiempo verlo, y no sabía qué esperar pero ya estaba emocional y sintiéndome agotada. Traté de hacer los ejercicios de respiración que había aprendido fuera.

Las llantas zumbaban contra el camino, elevándose un tono cuando llegamos a la autopista y Tyler aceleró. Esperar a que él empezara la inevitable conversación de mi repentina partida era demasiada presión, así que decidí hacerlo yo misma.

—Tyler...

—Aguarda —dijo, torciendo sus manos en el volante—. Déjame explicar.

Tragué saliva, preocupada porque fuera mucho peor de lo que me había imaginado las últimas ocho semanas. Tyler me había hecho a un lado, dejándome con el corazón roto y me había gritado de mil maneras distintas en mis sueños. Ahora, todo lo que tenía que hacer era mostrarme cuál sería la realidad.

—Estaba enojado. Lo admito —empezó—. Pero no sabía que te habías subido a un puto avión. Soy un capullo increíble, Ellie. No me había percatado de que estabas en un lugar tan bajo. No sabía lo que hacíamos, pero si solo éramos amigos con beneficios, ni siquiera puedo llamarme un buen amigo. Debí haberlo visto. Debí haber sabido.

—¿Cómo? —dije— Ni siquiera yo lo sabía.

Se movía nerviosamente, quitándose su gorra y bajándola en su cabeza, luego levantándola de nuevo para que pudiera conducir. Frotaba su nuca, se movía en su asiento y ajustaba la radio.

—Tyler —dije—. Solo dilo. Si es demasiado para ti, lo entiendo. No es tu culpa. Te metí en demasiados problemas.

Se giró, lanzando una mirada en mi dirección, luego dirigió al camión a un lado de la carretera, poniendo la palanca en estacionado.

—Terminas en el sucio piso del baño de una gasolinera. Te despides con un beso y luego solo putas desapareces. He estado atrapado en la montaña preocupadísimo, Ellison. No tenía forma de contactarte, no sabía si siquiera seguías viva, incluso entonces no dormí porque cada llamada que hacía no me llevaba a ninguna parte.

Cerré los ojos.

—Lo siento. He hecho muchas cosas egoístas y te debo más que una disculpa.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza—. No debí haberte dejado en tu apartamento. Te vi en dificultades. Desde hacía ya un tiempo. Te llevé a un puto bar, jalé hilos para sacarte de prisión porque estabas borracha y buscando el incendio, te llevé a fiestas y sabía que alcoholizabas tu café en el trabajo... soy tu amigo, Ellie, y te fallé en cada nivel.

Barb me había explicado el huracán al que regresaría una vez que saliera de Passages. No solo tendría que lidiar con mi culpa, pero la culpa de los demás también.

—Tyler, basta. Ambos sabemos que no pudiste haberme detenido ni aunque hubieras querido. Tuve que ser yo la que hiciera la decisión y me amaste hasta que lo hice.

Sus cálidos ojos marrones se vidriaron, llenos de desesperación.

—Ambos estábamos arruinados la noche que nos conocimos, pero mientras más tiempo pasaba contigo, más normal me sentía.

Reí.

—Yo también.

Palideció, alcanzando la guantera. La abrió y sacó una pequeña cajita roja.

—Ábrela.

La caja rechinó al abrirse y exhalé, esperando palabras que nunca llegaron.

—Sabes cómo se siente estar en una montaña. Incluso cuando estoy cavando zanjas, hay mucho tiempo para pensar. Cuando Jojo me dijo que volverías a casa... fui directo a una joyería. No podía imaginarme nada más que estar contigo y volver a casa contigo y... Ellie, ¿serías mi-

—Esto es mucho en mi primer día de vuelta.

Asintió un par de veces y me quitó la caja. Mirando hacia adelante y golpeando el volante con su mano.

—¡Maldita sea! No iba a decir eso. Me dije a mí mismo cien veces en el camino hacia acá que no te diría. No necesitas esto ahora. Acabas de llegar y yo estoy lanzándote esta mierda pesada encima.

Mi pecho se tensó.

—Te hice pasar por el infierno —dije, hundiéndome tanto en la culpa que no sabía si podía salir.

Me miró.

—Si tú eres el fuego, Ellie... arderé.

Una lágrima cayó por mi mejilla y lo vi esperando a que decidiera qué significaban mis lágrimas. Me estiré hacia él, y me jaló sobre la consola y hacia su regazo, envolviéndome en sus brazos y plantando pequeños picos en mi cuello y mejilla hasta que llegó a mi boca.

Sus manos ahuecaron cada lado de mi mandíbula, y me besó profunda y lentamente, diciéndome que me amaba sin necesidad de hablar.

Se retractó, tocando su frente con la mía, sus ojos estaban cerrados y su pecho subía y bajaba con cada respiración apresurada. Me miró y sus cejas se juntaron, antes de que pudiera preguntar, la respuesta escapó de mí.

—Sí.

—¿De verdad? —preguntó con una pequeña pero esperanzada sonrisa,

—Pero —empecé a decir y su cara cayó, la esperanza en sus ojos se extinguió—. Tengo muchas cosas que necesito trabajar y necesitaré mucho tiempo y mucha paciencia.

Sacudió la cabeza y se incorporó, listo para pelear por mí. Abrió la cajita, sacando el pequeño anillo plateado con un solo diamante redondo y solitario.

—Sé que no es tan grande como el de Finley...

—Eso no me importa. Solo me importa lo que significa.

Deslizó el dedo en mi dedo y ahogó una sonrisa.

—Santa mierda.

Pensé en sus palabras, dejándolas rebotar en mi mente junto con todo lo que había aprendido en los últimos dos meses. Retornando a viejas relaciones o empezar nuevas era una receta para la recaída, y Tyler calificaba como ambas. Sabiendo eso, sabía que nadie me podría enseñar a amar mejor que él.

—¿Podemos solo...? —empecé.

—Lo que necesites, nena —dijo, llevando mi mano a sus labios.

Me acomodé en mi asiento y la mano de Tyler rodeó la mía por el resto del viaje a Estes Park. No me sentí más estresada ni ansiosa—todo lo contrario. Todo parecía estar encajando en su lugar el mismo día. La nueva Ellie estaba en casa, enamorada, en compromiso matrimonial y feliz. No podía imaginar nada que pudiera ser más emocionalmente saludable que eso. No es que esperara que todo fuera a hacer un suave viaje, pero cuando miraba a Tyler, lo único que sentía era contento.

CAPÍTULO 28

Jojo se asomó por la esquina, luciendo como si se hubiera quedado dormida en una cama de bronceado. Su larga trenza rubia colgaba de su nuca, balanceándose un poco frente a su hombro.

—¿Tienes un minuto?

—Claro —dije—. Solo deja que termine esto —tecleé unas palabras más y guardé el documento, me recosté en mi silla de oficina.

—¿Cómo se siente regresar? —preguntó, colapsando en el canapé frente a mi escritorio.

—Um... bien —dije, asintiendo.

—¿Y cómo sientes tu nuevo lugar? —preguntó.

Asentí de nuevo.

—Como que no es mío, o nada de lo que está en él.

—Sé que es difícil. Será más difícil sin su ayuda, Ahora mismo concéntrate en recuperarte.

—Lo sé. Tyler dice lo mismo. Ni siquiera me está presionando para que me mude con él, lo cual es... raro.

—Pero listo. Felicidades, por cierto —las sinapsis en la mente de Jojo claramente se estaban disparando, y esperé un poco en lo que giraba sus mechones de cabello colgando de su banda elástica transparente asegurando su trenza—. Jefe llamó hoy. Preguntó por cómo te iba.

—¿El superintendente del equipo Alpino?

—Sí, ese Jefe. Hizo un par de preguntas sobre tu recuperación.

—Incómodo.

—Quiere darte otra oportunidad.

—Lo hace —dije, dubitativa.

—La tripulación Alpina está en descanso ahora,

—Lo sé.

—Van a ir a Colorado Springs en dos días.

—También sé eso.

—Cuando regresen, Jefe me preguntó si estarías lista.

—¿Por qué me querría de vuelta? —pregunté, sospechosa.

—Vio tu último artículo del servicio forestal. Está teniendo una gran recepción y les gustaría verlo en una nota positiva.

—¿Supongo que la Asociación de Prensa ayudo a que tomara esa decisión?

Jojo sonrió.

—Estoy bastante segura de que Papi te adoptaría si pudiera. Pusiste a la revista en el mapa. Los anuncios están llenados por seis meses. Los suscriptores suben día a día. Todo lo hiciste tú, Ellie. No puedo ni tomar crédito por la última escritura. Usé casi todas las palabras que escribiste.

—Noté que faltaba tu nombre.

—Y con razón —dijo, inclinándose adelante—. Ponerte bien es nuestra primera prioridad. Si piensas que es demasiado, muy pronto, podemos posponerlo a la temporada del próximo año. Papi quiere que sepas eso.

Mi giré, viendo que la puerta de Wick estaba cerrada. Había pasado un día desde que había regresado a mi trabajo de escritorio en tiempo completo.

—No, puedo hacerlo —dije. Mi corazón golpeando contra mi pecho. Traté de no verme tan excitada.

La cara entera de Jojo se iluminó.

—¿En serio?

—Sí. Solo deja de decir que necesitan ponerme bien. Me enferma.

Se levantó, sacudiendo la cabeza,

—Absolutamente. No lo diré de nuevo —no pasaron dos segundos antes de que diera vuelta en la esquina. Su cara naranja apareció de nuevo con su labial rosa brillante delineando su brillante sonrisa—. Eso no es verdad. Lo diré si es necesario.

—Entendido.

Jojo me dejó sola y me recosté, respirando profundamente. La superficie de mi escritorio estaba tan vacía como lo había estado en mi primer día, a excepción de tres fotografías que había enmarcado. Agarré el metal de cinco por siete en el que se lucía la terriblemente recortada retoma de una foto de Finley que colgaba de la pared en la mansión. Era irónico que esa misma foto me hubiera dado mi trabajo de fotografía desde un principio, y solo dieciocho meses después, se viera tan principiante que tenía que plantarla boca abajo en el escritorio varias veces al día.

La puerta frontal rechinó y Jojo saludó a quien quiera que fuera el que acababa de entrar. Noté por la condescendencia y familiaridad que era Tyler.

—¿Ellie? —chilló la voz de Jojo a través del intercomunicador.

Presioné el botón: —¿Sí?

Tyler sonaba en el fondo, quejándose porque Jojo debería dejarlo pasar a mi oficina y ya.

—Tyler Maddox está aquí para verte. ¿Debería dejarlo entrar o preferirías que le sugiriera volver al mar de enfermedades venéreas por donde vino?

Escupí una risa.

—Déjalo pasar.

Suspiró fuertemente.

—Bien.

Tyler apareció, sosteniendo dos bebidas.

—Sprite para ti —dijo, poniéndola en mi escritorio—. Coca Cherry para mí.

—Gracias —dije, envolviendo mis labios alrededor de la pajilla—. Así que, Jefe llamó.

—¿Lo hizo? —preguntó Tyler, fingiendo sorpresa. Se sentó en el mismo lugar donde Jojo había rebotado hacía unos minutos.

—¿Cómo lo convenciste?

—Ahora, ¿cómo demonios se supone que yo convenza a Jefe de tenerte de vuelta después de lo que hiciste en Colorado Springs?

—No mientas.

—Tienes razón. Todos le hablamos.

—¿Quiénes son todos?

—Los muchachos. Te extrañan. Pudín se lamenta por tus sándwiches de queso dos veces al día.

—Dije que sí.

Sus cejas se alzaron.
—¿Lo hiciste?
Asentí, saltó del canapé, estirándose sobre mi escritorio y atrapando mis mejillas para plantarme un beso.
—Wow, debería decir que sí más seguido.
—Concuerdo. ¿Recuerdas qué pasó la última vez que dijiste que sí?
—Sí, lo recuerdo.
Sonrió.
—Dijiste mucho que sí esa noche.
—Cállate. ¿Qué harás esta noche?
—¿Además de a ti? —preguntó.
—Hilarante. ¿Planes?
Se rio, rascando el costado de su nariz.
—No, nena. Eres los únicos planes que tengo.
—Bien, porque nos invitaron a la mansión para cenar.
—¿Cómo?
—La casa de vacaciones de mis padres.
Palideció.
—¿Eso qué fue?
—Mis padres quieren conocerte.
Parpadeó, todo su cuerpo se congeló en la posición que estaba cuando le di las noticias.
—Oh.
—¿Oh?
—Solo pensaba... ya sabes... que no iríamos a más fiestas.
—No es fiesta. Es una cena. Y servirán agua mineral. Finley estará allí.
—Entonces, lo que estás diciendo es que... tendremos la cena más incómoda de la historia.
—Más o menos.
—Me apunto —dijo, parándose.
Sonreí, alzando mi barbilla para encontrar su mirada.
—¿Ah sí?
—Por supuesto. Tengo que conocer a los suegros. Espero con ansias todos esos ojos juzgantes y preguntas sobre mi escaso salario.
—Me alegra que sepas qué esperar.
Se inclinó y besó mi mejilla, despidiéndose antes de rodear la esquina.
—¡Te quiero! —gritó antes de que la puerta se cerrara.
—¡No te queremos de vuelta! —gritó Jojo.



El cuarto estaba en silencio excepto por los tenedores rascando contra los platos y Papi bebiendo su agua de una copa de vino. Felix estaba en la puerta como un militante esperando a que Tyler o yo intentáramos escapar, y madre no me había mirado desde que llegamos.

Finley estaba ocupada mensajeando en su teléfono, tan avergonzada por estar en el mismo cuarto con Tyler como él.

Sally me miraba y me guiñaba un ojo ocasionalmente para asegurarse de que no me estresara demasiado. Tyler cortaba su pierna de cordero, felizmente comiendo el cuarto plato de una cena de cinco platillos.

—Ellison —comenzó a hablar Madre con su voz de una perdición inminente—. Tu padre habló con la junta y están muy interesados en usar tus talentos recién hallados para la compañía. Estoy segura de que el salario será muy satisfactorio en comparación con tu paga actual.

Tragué rápidamente y luego aclaré mi garganta.

—Me gusta el trabajo que tengo ahora.

—Puedes hacer el mismo trabajo en Edson Tech, querida —dijo.

—No puedo escalar montañas y fotografiar incendios forestales en Edson Tech.

Madre frunció los labios, profundizando las arrugas alrededor de su boca.

—Precisamente. Tu madre y yo sentimos que los salarios más altos te ayudarán mejor con tu nuevo condominio y-

—Uh... tú insististe en el condo, yo lo consentí.

—Pero aún así cuesta dinero, querida. Dinero que, como una adulta, debes proveer.

—Estaba viviendo en un gran apartamento que me podía permitir.

—Acordamos que mudarte sería una mejor forma de hacerte sentir que empezabas de nuevo.

—Pude haber encontrado un lugar más rentable y-

—Meredith —interrumpió Sally. Me había llegado a encantar su suave y calma voz—una vezo que alguna vez creí que era manipulativa y falsa. Ahora era alguien en quien podía confiar cuando estaba en problemas. Papi pensó que era una buena idea contratarla de nuevo—. A Ellison le gusta el trabajo que tiene ahora. Tal vez sea contraproducente para su camino hacia el bienestar si la alejas de un lugar donde se siente cómoda y la empujas a un empleo que tal vez pague más pero no la hace tan feliz.

—Le va a gustar —dijo Madre, descaradamente desdeñosa.

—Meredith —dijo Papi.

—Philip —bramó Madre, su voz se alzó un octavo. Sonrió, recuperando la compostura—. Acordamos que sería bueno para Ellison hallarle un lugar como miembro en la compañía y que actúe de manera activa y participante en la paga de sus facturas.

—Ellison no está de acuerdo —dijo Sally—. Y le va muy bien —me sonrió—. Estaba pagando cuentas antes de que la mudáramos al condo.

—Ellison no tiene elección —dijo Madre.

—De hecho, la tiene —dijo Sally—. Fácilmente podría mudarse a un apartamento distinto si insisten en usarlo como chantaje. Estoy segura de que esa no era tu intención cuando lo aseguraste para ella. Recuerdo que estabas muy preocupada por su recuperación y querías ofrecer algo para reducir sus niveles de estrés.

—Sally —dijo Madre con la sonrisa más tiesa. Palmeó su boca con su servilleta—. Trabajas para mí, no para Ellison.

Sally no se inmutó.

—Soy un servicio independiente, uno que solicitaste para ayudar a guiar a Ellison a una mejor vida. Es feliz. Lo que propones es lo opuesto a eso. Especialmente ahora, al comienzo de su recuperación... Meredith. Honestamente no puedes pensar que esto es lo mejor para tu hija esta vez.

Madre lanzó una mirada a Papi, esperando que interviniera.

Se incorporó, aclarándose la garganta y masticando rápidamente.

—Tu madre —lo miró ferozmente— y yo... sentimos que ahora que has pasado la universidad... *por mucho*... tu lugar está en Edson Tech. Ella se encargó de crear una estación que incluyó la fotografía y quiere que tengas la posición y el respeto que mereces. Ha sido difícil para ella pensar que su hija es secretaria, o esta... sucia y acampante persona forestal que toma fotos de ardillas.

Tyler se inclinó hacia adelante.

—Disculpe, señor... ¿Ha visto el trabajo de Ellie? No está fotografiando ardillas, documenta el contenimiento de grandes fuegos silvestres por todo Estados Unidos, y es muy, muy talentosa. Ha publicado y se le ha solicitado. Ha rechazado algunas ofertas, incluyendo *National Geographic*.

—¿En verdad? Eso es tan genial, Abejita —dijo Finley con una orgullosa sonrisa ampliándose en su rostro.

—Gracias —dije.

Tyler tomó mi mano bajo la mesa y me incorporé.

—Si quieren que me mude del condo, lo haré con gusto. Pero no renunciaré a mi trabajo.

Madre estrechó sus ojos hacia Tyler.

—Supongo que esto tiene algo que ver con él.

—No, en realidad, es solo que amo mi trabajo. Pero también lo amo a él, y tomar un empleo en Edson Tech significaría mudarme a East Coast, y me quiero quedar en Estes Park.

Madre rodó los ojos.

—Es una ciudad turista, Ellieson. No es un lugar donde puedes crecer raíces.

—Eso no es verdad —dije—. Mis raíces están muy crecidas.

Tyler apretó mi mano.

Madre puso su codo sobre la mesa y pinchó el largo puente de su nariz.

—¿En verdad te estás casando con un bombero, Ellison? Sin ofender, Sr. Maddox, pero ¿cómo planea proveer para nuestra hija?

Arrojó su servilleta sobre la mesa y sus hombros se relajaron.

—Ellie no me necesita para mantenerla financieramente, pero hago seis dígitos anuales, Sra. Edson. Y eso no está mal.

—¿En verdad? —preguntó Papá, intrigado.

Tyler se encogió de hombros.

—Hago mucho tiempo extra, y la paga por peligros es la verga.

—¿Es la...? —empezó Madre.

—Se refiere a que es lucrativo, Madre —dijo Finley, mirándome.

—Bueno —dijo Papi, desajustando su corbata—. Creo que suena como que lo tienen bajo control.

—No, definitivamente no —dijo Madre—. Este niño-

—Meredith —ladró Papi—. Es suficiente.

Finley bajó la mirada, su boca se curvó hacia arriba infinitamente. No pasaba muy seguido, pero a ambas nos encantaba cuando Papi por fin le ponía un alto a Madre.

—No veo por qué Ellison no puede quedarse en el condo por tanto tiempo como quiera. Compramos un apartamento en Nueva York para Finley, después de todo.

—Finley no es una adicta —siseó Madre.

—Yo tampoco —dije—. Estoy en recuperación.

Maricela trajo una bandeja llena de crême brûlée, repartiendo pequeños boles blancos a mis padres, a Finley, a Tyler y finalmente a mí.

—Madre —dije, probando un bocado de la especialidad de Maricela antes de hablar—. Tal vez es tiempo de que aceptes que tus sueños no son los míos. He cometido muchos errores y he roto tu corazón y, por eso, lo siento. Todavía tengo mucho por hacer y mucho que compensar, pero no me voy a disculpar por quedarme con un trabajo que me encanta y estar comprometida con un hombre que ha estado conmigo por todo. Tal vez tengamos que ensuciar nuestras manos por un cheque pero... me encanta dar asco con él.

La boca de Tyler se elevó para una media sonrisa.

—Quiero ver algunos de tus artículos, jovencita —dijo Papi.

—Sí, señor —sonreí.

—La cena estuvo deliciosa. Gracias —dijo Tyler.

Papi se paró al mismo tiempo que nosotros.

—Fue un placer conocerte, Tyler. Espero con ansias escuchar algunas de tus historias.

Tyler rodeó la mesa para estrechar la mano de Papi.

—Yo espero con ansias verlo a usted en las fotos.

Tyler regresó conmigo y me dio la mano. Lo seguí un par de pasos antes de escuchar la voz de Madre, llamándome.

—¿Ellison? Solo quiero que seas feliz.

Sonreí.

—Créeme cuando te digo que por primera vez en mucho tiempo... soy feliz. Tal vez más que nunca.

Asintió y Tyler me guio por el pasillo afuera y luego hacia su camioneta. Mantuvo la puerta abierta y entré, acomodándome mientras él se deslizaba detrás del volante.

—Eso fue... —empecé a decir.

—Intenso —ruo entre dientes. Deslizó sus dedos entre los míos, llevando mi mano a sus labios—. Creo que estuvo bien.

Arrugué mi nariz.

—¿Sí?

—Claro. Todo va a estar bien.

Levanté mi mano frente a mí, admirando mi diamante.

—¿Crees que los felices-para-siempre podrían funcionar con alguien como yo?

El teléfono de Tyler sonó y lo sacó, entrecerrando los ojos al leer el mensaje.

—Joder.

—¿Qué?

—Me llaman. Colorado Springs. Oh, no.

—Taylor ya está allá con Zeke y David Dalton.

Fruncí el ceño sin reconocer el segundo nombre.

—Judío —explicó—. No se han reportado. Están listos para listarlos como desaparecidos. Cubrí mi boca. Tyler me miró.

—Vamos —dije.

—Nena...

—Me quedaré en el hotel. Conduce. ¡Conduce!

—Prométeme que te quedarás ahí.

—Me quedaré en el hotel —retrocedí un poco ante la mirada severa de Tyler—. ¡Lo prometo!

Tyler empujó la palanca a manejo, apresurándose a avanzar. Llamó a Jefe en el camino, haciéndole saber que íbamos al sur.

El camino parecía volar—probablemente porque Tyler estaba conduciendo a treinta kilómetros por encima del límite de velocidad. En cuanto llegamos al vestíbulo, Tyler se unió al resto de los hotshots en la sala de conferencias.

—¡Ellie! —dijo Darby con una sonrisa—. Esperaba que vinieras.

—Estoy aquí. Necesito un cuarto.

Mientras Darby me registraba, me giré para saludar a Stavros.

—Hazme un favor —susurré a Darby.

—Claro —trinó, mirando al monitor de la computadora y haciendo clics en su ratón.

—No voy a acercármele a Stavros mientras estoy aquí.

La cabeza de Darby se levantó y me miró confundida.

—Ya no bebo —dije.

—Oh... ¡oh! Sí. La última vez... eso estuvo mal.

Asentí una vez.

—Y no se puso mejor después de eso.

Los ojos de Darby se ensancharon mientras cruzaba sobre el escritorio para tomar mi mano.

—Nuggets de pollo, ¿no puede ser tan malo! ¡Felicidades! ¿Tyler?

—Sí —dije con una sonrisa.

Soltó mi mano.

—Demonios, eso es lindo. Le haré saber a Stavros que estás en el vagón.

—Gracias —dije, decidiendo en aquel momento que odiaba ese eufemismo. Estar en un vagón como si la sobriedad fuera un tren, no tenía mucho sentido y sonaba un poco lastimero.

Me dio dos tarjetas y me guiñó un ojo, miré al sobre para checar el número de habitación. Observé a Tyler por encima de mi hombro, estaba de pie en el cuarto de conferencias, de brazos cruzados.

Cargué mi bolsa de cámara hacia el elevador, presionando el botón para el segundo piso. Nuestro cuarto estaba al final del pasillo, un cuarto en la esquina, y bajé la vista para ver al montón de luces iluminando los camiones de bombero y noticieros que rodeaban al vehículo de Tyler.

Me senté en la cama y jugué con el control. No me tomó mucho encontrar el canal de noticias cubriendo el incendio. Informes sobre los Alpinos desaparecidos ya estaban pasando a través del fondo de la pantalla en letras amarillas.

Llamé a Jojo para hacerle saber que estaba en el sur cubriendo el incendio. Justo cuando conectaba mi teléfono en el cargador, timbró.

Voy a buscar a Taylor. Te quiero,

Cuídate. Tengo planes para ti. También te quiero.

CAPÍTULO 29

El sol se estaba ocultando en el cielo cuando las puertas del vestíbulo se abrieron y Trex entró. No parecía sorprendido de verme, pero sí de ver el anillo en mi dedo.

—Felicidades —dijo.

—¿Sabes algo de la tripulación Alpina? —pregunté.

—El equipo de rescate fue llevado en helicóptero. Ese incendio es una bestia.

Me senté detrás del sofá, viendo la gran pantalla plana junto al escritorio de Darby. Stavros me había traído un vaso con algo transparente y espumoso.

—Sprite —dijo—. Solo Sprite. ¿Tienes hambre?

—No, gracias.

Stavros regresó al bar y retorné mi atención al televisor. CNN estaba reportando que el pilar de humo podía verse desde la estación espacial y que habían entrevistado al Jefe de Servicios Forestales de E.U. Tom Tidwell.

—Esto es malo —dije, cruzándome de brazos por el torso.

—Mi gente dice que tienen ojos en el equipo de rescate —dijo Trex, revisando su teléfono por doceava vez.

Después de que otra reunión se llevara a cabo en la sala de conferencias, oficiales salieron y convergieron alrededor del televisor. Mi estómago gruñó pero no me moví. Darby había terminado su turno a las tres, pero se había quedado conmigo, sabiendo que estaba preocupada y sola.

—¡Suban el volumen! —gritó alguien del otro lado de la habitación.

Darby buscó el control y presionó el botón de volumen varias veces. Una reportera estaba frente a pasto alto y árboles en llamas sosteniendo un micrófono. Mi corazón dio un vuelco, sabiendo que Tyler no podía estar tan lejos.

Me giré sobre mi asiento para ver al equipo táctico. Hablaban rápido y en voces apagadas, luego me giré para ver el televisor con mis dedos cubriendo mi boca.

—La última comunicación reportada con la tripulación de Estes Park fue a las seis en punto esta tarde, justo cuando los dos incendios principales convergieran. Reportaron haber desplegado sus refugios de fuego.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y todo comenzó a moverse en cámara lenta. Me levanté, escaneando los rostros de los hombres a mi alrededor, buscando a alguien que pudiera saber donde estaban mis chicos.

Darby me ofreció un pañuelo y rápidamente limpié mis mejillas, negándome a pensar lo peor.

—Están bien —dijo uno de los bomberos, palmeando mi brazo.

Giré para ver el televisor, rezando por que en cualquier segundo las palabras en el fondo de la pantalla cambiaran.

—¡Ellie!

Me giré para ver a Falyn corriendo al vestíbulo desde el estacionamiento, se veía tan en pánico como yo me sentía. Corrí hacia ella y lancé mis brazos sobre sus hombros, esnifando.

—Acabo de enterarme—dijo—. ¿Noticias?

Sacudí mi cabeza, limpiando mi nariz con el pañuelo que Darby me había dado.

—Nada. Llegamos justo después de las siete. Tyler condujo como un maniaco. Está allá afuera con los equipos buscándolos.

Me abrazó.

—Sé que están bien.

—Tienen que estarlo —dije, apretándola mientras forzaba una sonrisa—. Escuché... sobre el bebé. El primer nieto Maddox. Jim está extático —el rostro de Falyn cayó y mi corazón se hundió—. Oh, Dios. Oh, no. ¿Acaso... perdiste al bebé?

Me miró confundida y horrorizada.

—Tienes razón —dije—. Este no es el momento. Vamos a sentarnos. Trex recibe noticias cada media hora de su gente.

—¿Su gente? —preguntó Falyn.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Solo dijo *su* gente.

Falyn se sentó conmigo en el sofá frente al televisor, rodeadas de bomberos y hotshots. Mientras la noche avanzaba, la multitud disminuyó, peor Falyn, Darby y yo permanecimos, esperando por cualquier otra palabra además de las noticias de Trex que en realidad no servían de mucho. Lo único que sabíamos es que no habían encontrado cuerpos.

Falyn sostuvo mi mano y la apreté, su cuerpo hundiéndose más en el sofá. Darby nos trajo café un plato de donas, pero nadie tocó la comida.

Trex vino, sentándose en la silla adyacente al sofá.

—¿Algo? —pregunté.

Trex sacudió la cabeza, desalentado.

—¿Qué tal el equipo de rescate? —preguntó Falyn.

—Nada —dijo—. Lo siento. Mis chicos solo tienen confirmación visual y no han visto a nadie en una hora. Los helicópteros están arriba con reflectores, pero el humo hace que ver sea difícil —miró a Darby, deseando haber tenido mejores noticias—. Volveré a llamarlos en diez minutos. Volveré a llamarlos en cuando sepa algo.

Asentí, entonces se abrieron las puertas del vestíbulo.

Tyler entró, su piel estaba negra con ceniza. Se quitó el casco de protección. Y Falyn se incorporó mientras yo saltaba, corriendo hacia él y golpeándolo a toda velocidad.

—Oh por Dios —lloré suavemente en su oreja—. Oh por Dios, estás aquí. Volviste —me incliné hacia atrás, viendo las limpias rayas en sus mejillas. Lo abracé de nuevo y me apreté fuertemente.

—No lo encontramos, Ellie. No puedo encontrarlo —ahogó.

—Tuvimos que arrastrarlo fuera —dijo Jubal, limpiándose la frente sucia con el dorso de su muñeca. Se le veía exhausto, líneas limpias se expandían de sus ojos.

—¡No! —chilló Falyn.

Tyler me soltó y se dirigió hacia Falyn, jalándola a sus brazos. Le susurró algo al oído mientras ella sacudía la cabeza, luego sus rodillas se rindieron y su llanto llenó el vestíbulo.



Mis ojos parpadearon para abrirse, escuchando la mitad de la conversación de Tyler y Falyn. Ella iría a trabajar sin poder soportar estar sentada más tiempo.

—¿Vas a volver a salir? —preguntó ella.

—No sé si me dejen. Tal vez haya golpeado a una o dos personas antes de que me echaran del área —dijo Tyler.

—Es tu hermano —dijo Falyn—. Entenderán.

Tyler se tensó y me estiré para tocar su hombro.

—Va a atravesar esa puerta en cualquier momento. No lo han encontrado. Eso es bueno. Asintió.

—Vamos. Hay que ducharte —me levanté, jalando a Tyler conmigo. Caminé conmigo al elevador y luego atravesamos el pasillo hacia nuestro cuarto. Lo guie al interior y al baño, donde desabrochando sus botones y engancho la camisa en la puerta, luego le quité su camiseta interior y después el resto de sus ropas y botas.

Me estiré para girar la llave de la regadera, revisando la temperatura antes de dejarlo entrar. Cerró la cortina pero pude escucharlo llorando.

Apoyé mi cabeza contra la pared, cerrando los ojos y respirando profundamente, respiraciones que ayudaban quitar el estrés y la repentina sed que hacía que mi cuerpo entero doliera. Pensé en Stavros y en lo fácil que sería pedirle una cerveza para Tyler. Solo una. Estaba cansada, y asustada y preocupada por Tyler, pero tenía que estar presente. Tenía que estar sobria. Me levanté, negándome a ceder. Era el primer anhelo de muchos, pero solo tenía que superarlos uno a la vez.

Tyler cerró la llave del agua y le di una toalla. Se secó la cara y luego se envolvió la cintura, abrazándome contra la pared. Puse mi mano en su nuca y besé su mejilla.

—Volverá —susurré—. Deberíamos volver abajo. Vas a querer estar allá cuando entre por la puerta.

Tyler asintió, luego se limpió la nariz, girándose para enjuagar su boca y vestirse de nuevo. Me tomó de la mano mientras bajábamos las escaleras, deteniéndose cuando llegamos al vestíbulo. Su hermano estaba charlando con unas personas tan sucias como Dalton y Zeke junto a él. Estaban estrechando manos y abrazando al resto de la tripulación Alpina.

—Tu capullo estúpido —dijo Tyler, dando pisotones hacia su hermano. Se abrazaron tan fuerte que sus puños machacaban sus espaldas. Tyler lo perdió.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y Trex pasó su brazo por mis hombros mientras veíamos a Taylor y Tyler reunirse. Les di un momento a solas y luego me acerqué, insertándome en el abrazo.

—Hey —dijo Taylor, una lágrima goteaba en la punta de su nariz.

—Falyn estaba aquí —dije.

Taylor se separó.

—¿Qué? ¿Estaba aquí? —preguntó, señalando al piso.

Asentí.

—Esperó toda la noche. Preocupadísima. Deberías llamarla.

Taylor palmeó sus bolsillos, buscando las llaves. Señaló a Tyler.

—Te quiero, hermano. Tengo que ir a ver a una chica.

—Vete de aquí, pedazo de mierda. No regreses hasta que sea tuya.

Taylor corrió a su camión, haciendo chillar sus llantas.

Tyler se giró y arrojó sus brazos a mi alrededor.

—Joder —dijo, sacando un suspiro de alivio.

El equipo lo palmeó en la espalda, tan aliviados y emocionales como Tyler. Abracé a Zeke y a Judío, y luego al resto de los chicos mientras Tyler hablaba con unos oficiales.

Regresó conmigo, levantándose en sus brazos y cargándome al elevador mientras los hotshots hacían ridículos ululares y silbidos.

Mis ojos de pronto se sintieron pesados y me recosté contra su hombro. El elevador repicó y Tyler entró, maniobrando un poco para que pudiera presionar el botón al segundo piso. Me cargó hasta el cuarto y de nuevo esperé mientras tocaba la tarjeta llave contra la cerradura. La puerta hizo clic y Tyler bajó la manija, empujando la puerta con su pie para bajarme sobre la cama.

Me acurruqué a su cuello, derritiéndome contra él mientras me cubría en sus brazos.

—No sabía que Taylor y Falyn estaban teniendo problemas.

—Sí, terminaron.

—¿Aunque está embarazada? No lo veo dejando eso ir.

—Falyn no está embarazada.

Me incorporé, abofeteando su pecho.

—¡Cállate la boca! ¿Es en serio?

Taylor apuntaló su cabeza con su brazo.

—Ella terminó con él y él fue a California para visitar a Tommy. Se enganchó con una de sus colegas. Supongo que lo va a tener pero no se lo quiere quedar. ¿Qué tan raro es eso? Taylor tendrá la custodia total.

—Whoa. ¿Crees que lo solucionen?

Se encogió de hombros.

—Si estuvo aquí toda la noche. Aún se preocupa por él. Ven aquí —dijo.

Me agaché para estar más cómoda junto a él.

Tocó su frente con el dorso de su muñeca.

—Wow. Eso estuvo intenso. No sé qué habría hecho si algo le hubiera pasado a Taylor. Eso nos pone tres a cero en estos últimos años.

—¿A qué te refieres?

—Taylor, Trent y Travis han enfrentado situaciones mortales.

Enterré mi cara en el cuello de Tyler.

—No es tu turno.

—Bueno, seguramente no es el de Tommy. Es un ejecutivo de publicidad.

—¿Estás seguro? —pregunté.

Taylor hizo una pausa.

—¿Qué te hace decir eso?

—Bueno... es que tu familia piensa que tú y Taylor venden seguros. ¿Qué tal si Thomas no es lo que piensas que es?

—¿Qué piensas que es?

—Un policía.

Tyler bufó.

—Hablo en serio. O algo. Vive en San Diego, ¿cierto? ¿No hay un edificio federal por ahí? Es algo. También su novia. Vi a Travis caminar a su habitación la mañana después de la boda.

—Tienes toda una imaginación.
—Abby sabe —dije.
—¿Abby sabe qué?
—Sobre ti.
Se rio una vez.
—No, no sabe.
—Sí, lo sabe. Y también sobre Travis.
—¿Qué sobre Travis?
—Lo que sea que no le esté diciendo. Es lista. Yo también lo soy. Soy una fotógrafa., Tyler. Noto cosas. Siempre estoy viendo a la gente. Supe que eras inherentemente bueno, ¿no?
Frunció el ceño, indispuerto a ceder todavía.
—Creo que tu papá lo sabe —dije.
—¿Qué? —dijo, alzando la cabeza— ¿De dónde viene todo esto?
—Lo sé. Los vi en Acción de Gracias. Abby estaba preguntándote todo eso raro y Jim tenía una mirada.
—Una mirada —dijo, con expresión neutra.
El teléfono de Tyler sonó y buscó en el bolsillo de su camiseta.
—Huh.
—¿Qué pasa?
—Papá. Me envió un mensaje.
—¿Qué dice?
—Está preguntando, quiere saber si todo está bien.
Me incliné hacia su oreja, besando su mejilla.
—Te lo dije.
—No puede ser —dijo, escribiendo una respuesta y guardando el teléfono.
—Es un ex-detective. ¿Crees que no lo averiguará?
—¿Por qué no diría nada?
Me encogí de hombros.
—Tal vez los está dejando pensar que lo engañaron. Tal vez sabe que hay una razón por la que mintieron y los deja salirse con la suya.
—Ya que papá es psíquico, tal vez pueda decirme cuándo vas a elegir una fecha para la boda —dijo, medio bromeando.
Metí mi mano bajo la camiseta de Tyler, pasando mis dedos por su pecho.
—Pensé que no te importaba.
—Claro que me importa, nena. Solo no te voy a presionar por ello.
La piel de Tyler estaba cálida bajo mi mano, su pecho subía y bajaba con cada respiro. Pensé en la primera vez que nos conocimos, lo sudado y sexy que se veía intercambiando golpes en la galería de mis padres. Habíamos conquistado el cielo y el infierno, hielo y fuego, y se había quedado a mi lado por todo.
—Mi madre parece estar muy consternada sobre mi condo.
—Sí, pero tu papá no está preocupado.
—Si Taylor va a ser papá... ¿no necesitará tener su propio hogar con Falyn?
—Sí, cielos. No había pensado sobre eso.
—Tal vez deberías darles el apartamento, ¿y mudarte al condo conmigo?

Tyler giró de lado y se tocó la cabeza con la mano.
—¿Qué? —dijo, sospechoso.
Me encogí de hombros.
—Puedes pagar la mitad de la renta. Podemos casarnos después de la temporada de incendios...
Las cejas de Tyler se dispararon hacia arriba.
—¿Después de esta temporada?
—¿Muy pronto?
Ahueco mi mandíbula, girando sobre su torso hasta que estuvo sobre mí.
—Nena —dijo, presionando sus labios a los míos y deslizando su lengua dentro. Me estiré bajo su camisa, presionando mis dedos en los músculos de su espalda.
—¿Como octubre o noviembre? —dijo contra mis labios.
Asentí.
Tocó mi frente con la suya, ya emocional por el día.
—¿Me estás jodiendo?
—No necesito nada demasiado lujoso. ¿Tú? —sacudió su cabeza— Elige un sábado.
Buscó rápidamente en su teléfono, abriendo su calendario.
—Siete de noviembre. Así nos aseguramos de que la temporada termine, y tal vez algunos de los chicos sigan por ahí.
—Suena bien.
—Siete de noviembre —repitió.
—Perfecto.
—Última oportunidad para cambiar de opinión. Le diré a Papá —dijo, esperando a que hiciera algo.
Esperé, divertida.
Sostuvo su teléfono contra su pecho, cerrando los ojos.
—Si me estás diciendo patrañas, romperás mi puto corazón.
—¡Tyler Maddox! —agarré su teléfono, escribí el mensaje y lo envié, girándolo para que lo viera— Está enviado. Es un trato cerrado. Seré tu esposa el siete de noviembre.
Tocó mi mejilla con su mano, corriendo su pulgar por mi barbilla.
—¿Estás segura de que estás lista?
¿A qué hay que temerle? Ya has visto mi lado feo y me amaste de todas formas.
—¿Qué si la situación se voltea?
Me mordí el labio, viendo los suyos. Era honesto, era fuerte, era hermoso y era mío.
—No eres el único que caminaría a través del fuego por lo que ama.
Escaneó mi cara y se rio, sacudiendo la cabeza y presionando sus labios contra los míos.

EL FIN.